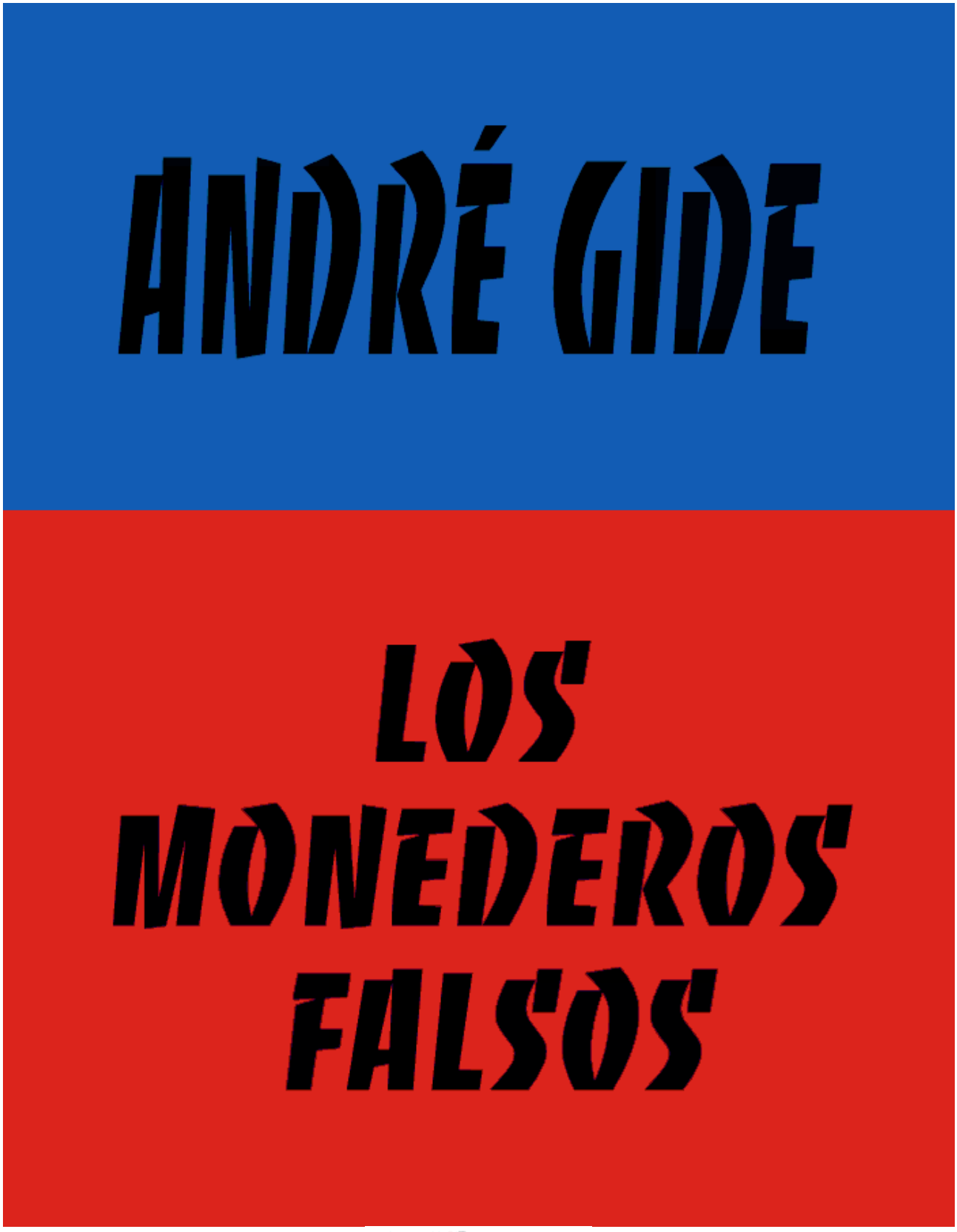
LOS MONEDEROS FALSOS
ANDRÉ GIDE



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Roger Martin Du Gard, dedico mi primera novela en prueba de profunda amistad

PRIMERA PARTE

PARIS

I

EL JARDÍN DEL LUXEMBURGO

—Es cosa de creer que oigo pasos en el pasillo, se dijo Bernardo.

Alzó la cabeza y aguzó el oído. Pero no: su padre y su hermano mayor tenían que hacer en el Palacio de Justicia; su madre estaba de visitas; su hermana en un concierto; en cuanto a su segundo hermano, el pequeño Caloub, tenía que enclaustrarse a diario en un pensionado, al salir del liceo. Bernardo Profitendieu se había quedado en casa para repasar su Bachillerato; no le quedaban ya más que tres semanas. La familia respetaba su soledad: no así el demonio. A pesar de haberse quitado la chaqueta, Bernardo se ahogaba. Por la ventana abierta a la calle sólo entraba calor. La frente le chorreaba. Una gota de sudor corrió por su nariz y fue a caer sobre una carta que tenía en la mano:

—Imita a una lágrima, pensó. Pero más vale sudar que llorar.

Sí, la fecha era perentoria. No había manera de dudar; era de él, de Bernardo, de quien se trataba. La carta estaba dirigida a su madre; una carta de amor de hacía diecisiete años y sin firmar.

—¿Qué significa esta inicial? Una V, que puede ser también una N... ¿Estará bien interrogar a mi madre?... Confiemos en su buen gusto. ¡Soy muy dueño de imaginar que es un príncipe! ¡Qué adelanto con saber que soy hijo de un plebeyo! No saber uno quién es su padre: esto es lo que cura del miedo a parecérsele. Toda investigación obliga. No retengamos de ello más que la liberación. No ahondemos. Por eso ya tengo bastante por hoy.

Bernardo dobló nuevamente la carta. Era del mismo tamaño que las otras doce del paquete. Estaban atadas con una cinta rosa, que no tuvo él que desatar: le bastó con subirla para fajar como antes el paquete. Volvió a colocarlo en la arqueta y guardó ésta en el cajón de la consola. El cajón no estaba abierto: había entregado su secreto por arriba. Bernardo sujetó de nuevo las tiras desunidas del tablero de madera, cubierto por una pesada pieza de ónix. Colocó ésta suave y, casi cuidadosamente, puso nuevamente encima los dos candelabros de cristal y el historiado reloj que acababa de entretenerse en componer.

Sonaron las cuatro. Lo había puesto en hora.

—El señor juez de Instrucción y el señor letrado, su hijo, no estarán de vuelta antes de las seis. Tengo tiempo. Es preciso que el señor juez encuentre a su regreso, sobre su mesa, la hermosa carta en que voy a notificarle mi partida. Pero antes de escribirla, siento un enorme deseo de airear un poco mis pensamientos y de ir en busca de mi querido Oliverio, para asegurarme, al menos provisionalmente, un cubil. Oliverio, amigo mío, ha llegado para mí el momento de poner a prueba tu bondad y para ti de demostrarme lo que vales. Lo más hermoso que había en nuestra amistad es que, hasta ahora, no habíamos recurrido nunca el uno al otro. ¡Bah! Un favor gracioso que hacer no puede resultar molesto de pedir. Lo molesto es que Oliverio no estará solo. ¡Qué se le va a hacer! Ya me las arreglaré para hablarle aparte. Quiero aterrarle con mi tranquilidad. En lo extraordinario es donde me encuentro más natural.

La calle de T., donde Bernardo Profitendieu había vivido hasta ese día, está muy cerca del jardín del Luxemburgo. Allí, junto a la fuente Médicis, en esa avenida que la domina, tenían la costumbre de verse, todos los miércoles de cuatro a seis, algunos de sus camaradas. Hablábase de arte, de filosofía, de deportes, de política y de literatura. Bernardo había caminado muy de prisa;

Librodot

pero al pasar la verja del jardín divisó a Oliverio Molinier e inmediatamente aminoró su paso.

La reunión era aquel día más numerosa que de costumbre, sin duda a causa del buen tiempo. Habíanse agregado unos cuantos a quienes Bernardo no conocía aún. Cada uno de aquellos muchachos, no bien se encontraba delante de los otros, representaba un personaje y perdía casi toda naturalidad.

Oliverio enrojeció al ver acercarse a Bernardo y separándose con bastante brusquedad de una joven con quien conversaba, se alejó. Bernardo era su amigo más íntimo y por eso Oliverio tenía muy buen cuidado en no parecer buscarle; a veces, fingía incluso no verle.

Antes de llegar hasta él, Bernardo tenía que afrontar varios grupos, y como él también aparentaba no buscar a Oliverio, se entretenía.

Cuatro de sus compañeros rodeaban a uno bajito, barbudo, con lentes, notablemente mayor que ellos, que llevaba un libro. Era Dhurmer.

—¡Qué quieres! —decía dirigiéndose especialmente a uno de los otros, aunque visiblemente satisfecho de ser escuchado por todos—. He llegado hasta la página treinta sin encontrar un solo color, una sola palabra que pinte. Habla de una mujer; no sé siquiera si su vestido era rojo o azul. Yo, cuando no hay colores, no veo nada, sencillamente.

Y por afán de exagerar tanto más cuanto que se sentía tomado menos en serio, insistía:

—Absolutamente nada.

Bernardo no escuchaba ya al discurseador; parecíale incorrecto apartarse demasiado pronto, pero prestaba ya atención a otros que disputaban a su espalda y a los que se había unido Oliverio, después de separarse de la muchacha; uno de ellos, sentado en un banco, leía la «Acción Francesa».

¡Qué formal parece Oliverio Molinier entre todos! Y, sin embargo, es uno de los más jóvenes. Su rostro casi infantil aún y su mirada revelan la precocidad de su pensamiento. Se ruboriza fácilmente. Es tierno. Por muy afable que se muestre con todos, no se sabe qué secreta reserva, qué pudor, mantiene a sus compañeros a distancia. Lo cual le apena. Si no fuese por Bernardo le apenaría aún más.

Molinier se había prestado un instante, como hace ahora Bernardo, a cada uno de los grupos; por complacencia, ya que nada de lo que escuchaba le interesa.

Se inclinaba sobre el hombro del lector. Bernardo, sin volverse, le oía decir:

—Haces mal en leer periódicos; eso te congestiona.

Y replicar al otro, con voz agria:

—Tú, en cuanto se habla de Maurras, te pones lívido.

Y luego preguntar a un tercero, en tono zumbón:

—¿Te divierten los artículos de Maurras?

Y contestar al primero:

—Me revientan; pero reconozco que tiene razón.

Y después, a un cuarto, cuya voz no conocía Bernardo:

—A ti, todo lo que no te molesta, te parece falto de profundidad.

El primero replicaba:

—¿Crees que basta con ser estúpido para ser gracioso?

—Ven —dijo en voz baja Bernardo, cogiendo bruscamente a Oliverio por e! brazo. Le arrastró unos pasos más allá:

—Contesta rápido; tengo prisa. ¿Me dijiste realmente que no dormías en el mismo piso que tus padres?

—Te he enseñado la puerta de mi cuarto; da a la escalera, un piso antes de llegar al nuestro.

—¿Me dijiste que tu hermano dormía allí también?

—¿Jorge? Sí.

—¿Estáis solos los dos?

—Sí.

—¿Sabe callar el pequeño?

—Cuando hace falta. ¿Por qué?

—Escucha. Me he marchado de casa; o mejor dicho, me marcharé esta noche. No sé aún adonde iré. ¿Puedes acogerme por una noche?

Oliverio se quedó muy pálido. Su emoción era tan viva que no podía mirar a Bernardo.

—Sí —dijo—. Pero no vengas antes de las once. Mamá baja a decirnos adiós todas las noches y a cerrarnos con llave.

—Pero entonces...

Oliverio sonrió.

—Tengo otra llave. Llama suavemente para no despertar a Jorge, si está durmiendo.

—¿Me dejará pasar el portero?

—Se lo advertiré. ¡Oh! Estoy muy bien con él: es él quien me ha dado la otra llave. Hasta luego.

Se separaron sin darse la mano. Y mientras Bernardo se alejaba, meditando la carta que quería escribir y que debía encontrar el magistrado, a su regreso, Oliverio, que no quería que le viesen aislarse con Bernardo, fue a buscar a Luciano Bercail, a quien los otros arrinconan un poco. Oliverio le hubiera querido mucho de no haber preferido a Bernardo. Todo lo que tiene de decidido Bernardo, lo tiene de tímido Luciano. Se le adivina débil; parece existir solamente por el corazón y por el espíritu. Rara vez se atreve a adelantarse, pero se vuelve loco de alegría en cuanto ve que Oliverio se acerca. Todos sospechan que Luciano hace versos; y sin embargo, Oliverio, es, indudablemente, el único a quien Luciano revela sus proyectos. Ambos fueron hasta el borde de la terraza.

—Lo que yo quisiera —decía Luciano— es contar la historia, no de un personaje, sino de un sitio —mira, por ejemplo, de una de esas avenidas, contar lo que sucede en ella— desde por la mañana hasta la noche. Llegan primero niñeras, nodrizas llenas de lazos... No, no... primero gentes muy grises, sin sexo ni edad, a barrer la avenida, a regar el césped, a cambiar las flores, a fin de preparar el escenario y la decoración antes de abrirse las puertas, ¿comprendes? Entonces es cuando llegan las nodrizas. Unos rapazuelos juegan con la arena y riñen entre ellos; las niñeras les pegan. Después, es la salida de los colegios, y más tarde de las obreras. Hay pobres que vienen a comer, en un banco. Luego gentes que se buscan; otras que se huyen; otras que se aislan, soñadoras. Y después la multitud, en el momento de la música y de la salida de los almacenes. Estudiantes, como ahora. Al atardecer, amantes que se besan y otros que se separan, llorando. Y finalmente, al anochecer, una pareja de viejos... Y de pronto, un redoble de tambor: cierran. Todo el mundo sale. Se acabó la comedia. ¿Comprendes? Algo que diese la impresión del final de todo, de la muerte... pero sin hablar de la muerte, naturalmente.

—Sí, ya veo la cosa muy bien —dijo Oliverio, que pensaba en Bernardo y no había escuchado una palabra.

—Y no es esto todo, ¡no es esto todo! —prosiguió Luciano con ardor—. Quisiera, en una especie de epílogo, mostrar esta misma avenida, de noche, cuando todo el mundo se ha ido, desierta, mucho más bella que de día; en el gran silencio la exaltación de todos los ruidos naturales: el ruido de la fuente, del viento entre las hojas, y el canto de un pájaro nocturno. Pensé al principio hacer vagar por ahí sombras, estatuas quizá... pero creo que resultaría más vulgar; ¿a ti qué te parece?

—No, nada de estatuas, nada de estatuas —protestó distraídamente Oliverio; y luego, ante la

mirada triste del otro—: Bueno, chico, si consigues hacerlo, será asombroso —exclamó fervorosamente.

Librodot

II
LA FAMILIA PROFITENDIEU

No hay indicio en las cartas de Poussin, de ninguna obligación para con sus padres No mostró, después, la menor pena por haberse alejado de ellos. Trasladado voluntariamente a Roma, perdió todo deseo de regresar, y hasta dijérase, que todo recuerdo.

PAUL DESJARDINS (Poussin).

El señor Profítendieu tenía prisa en volver a su casa y le parecía que su colega Molinier, que le acompañaba por el bulevar Saint-Germain, andaba muy despacio. Alberico Profitendieu acababa de pasar un día especialmente atareado: le preocupaba sentir cierta pesadez en el costado derecho; el cansancio, en él, le atacaba al hígado, que tenía un poco delicado. Pensaba en el baño que iba a darse; nada le descansaba mejor de las preocupaciones diarias, que un buen baño; en previsión de lo cual no había merendado aquella tarde, juzgando que no es prudente meterse en el agua, aun estando templada, más que con el estómago vacío. Después de todo, acaso no era ello sino un prejuicio; pero los prejuicios son los pilares de la civilización.

Oscar Molinier apresuraba el paso cuanto podía y se esforzaba por seguir a Profitendieu, pero era mucho más bajo que éste y de menor desarrollo crural; además, tenía el corazón un poco envuelto en grasa, y se sofocaba fácilmente. Profitendieu, vigoroso aún a los cincuenta y cinco años, sin barriga y de paso ágil, se hubiese separado de él de buena gana; pero era muy respetuoso con las conveniencias sociales; su colega tenía más edad que él, y era de más categoría en la carrera: le infundía respeto. Tenía además que hacerse perdonar su fortuna que, desde la muerte de los padres de su mujer, era considerable, mientras que el señor Molinier no poseía más bienes que su sueldo de presidente de Sala, sueldo irrisorio y desproporcionado con la elevada posición que ocupaba con una dignidad tanto mayor cuanto que paliaba su mediocridad. Profitendieu disimulaba su impaciencia; se volvía hacia Molinier y veía cómo se secaba el sudor; pero su punto de vista no era el mismo y lá discusión se acaloraba.

—Haga usted vigilar la casa —decía Molinier—. Recoja los informes del portero y de la falsa criada: todo eso está muy bien. Pero tenga usted cuidado, pues a poco que lleve su indagatoria un poco demasiado adelante, se le escapará de las manos el asunto... Quiero decir que se expone usted a que le arrastre más allá de lo que pensaba usted al principio.

—Esas preocupaciones no tienen nada que ver con la Justicia.

—¡Vamos! Vamos, amigo mío; ya sabemos usted y yo lo que debiera ser la Justicia y lo que es. Hacemos lo que podemos, conformes; pero por mucho que hagamos, sólo conseguimos algo aproximado. El caso que le ocupa hoy es particularmente delicado: de quince inculpados, o que, por una sola palabra de usted podrán serlo mañana, hay nueve menores. Y algunos de esos niños, como usted sabe, son hijos de familias honorabilísimas. Por eso considero, en este caso, la menor orden de detención como una torpeza insigne. Los periódicos partidistas se apoderarán del asunto, y abre usted la puerta a todos los chantajes, a todas las difamaciones. Haga usted lo que haga, a pesar de toda su prudencia, no podrá usted impedir que suenen nombres... No tengo categoría para darle un consejo y ya sabe usted hasta qué punto lo recibiría de usted, cuya alteza de miras, cuya lucidez y cuya rectitud he reconocido y apreciado siempre... Pero yo en su lugar, obraría así: buscaría el medio de poner fin a ese abominable escándalo, cogiendo a cuatro o cinco de los instigadores... Sí, ya sé que son difíciles de echar el guante; pero, ¡qué diablo!, es nuestra profesión. Haría cerrar el piso, teatro de esas orgías, y me las compondría para prevenir a los padres de esos jóvenes desvergonzados, suavemente, secretamente y tan sólo de manera de impedir reincidencias. ¡Ah, en cambio, encierre usted a esas mujeres! Eso se lo concedo de buena gana; parece que tenemos que habérnoslas en este caso con unas cuantas criaturas de una insondable perversidad, de las que hay

que limpiar a la sociedad. Pero, lo repito una vez más: no coja usted a unos niños; conténtese usted con asustarles, y luego cubra usted todo eso con la etiqueta de «habiendo obrado sin discernimiento» y que se queden asombrados largo tiempo de haberse librado de ello con el susto. Piense usted que tres de esos muchachos no tienen aún catorce años y que, seguramente, los padres los consideran como unos ángeles de pureza y de candor. Pero al fin de cuentas, vamos, mi querido amigo, aquí en confianza, ¿es que nosotros no pensábamos ya en las mujeres a esa edad?

Se había detenido, más sofocado por su elocuencia que por su paso, obligando a Profitendieu, a quien había cogido de la manga, a detenerse también.

—O si pensábamos en ellas —prosiguió—, era como podría decirse, idealmente, místicamente, religiosamente. Estos muchachos de hoy, como usted ve, estos muchachos carecen ya de ideal... Y a propósito, ¿cómo están los de usted? Claro está que no decía todo esto por ellos. Sé que con ellos, bajo la vigilancia de usted y gracias a la educación que usted les ha dado, semejantes extravíos no son de temer.

En efecto, Profitendieu no había tenido, hasta el presente, más que satisfacciones con sus hijos; pero no se hacía ilusiones: la mejor educación del mundo no puede? contra los malos instintos; a Dios gracias, sus hijos no tenían malos instintos, lo mismo que los hijos de Molinier, sin duda; por eso se apartaban por sí propios de las malas compañías y de las malas lecturas. Porque ¿de qué sirve prohibir lo que no se puede impedir? Los libros que le prohiben leer, el niño los lee a escondidas. El sistema que él emplea es muy sencillo: no prohibía la lectura de los malos libros; pero se las arreglaba de manera que sus hijos no sintiesen el menor deseo de leerlos. En cuanto al asunto en cuestión, volvería a reflexionar sobre él; y prometía, en todo caso, no hacer nada sin avisárselo a Molinier. Seguirían simplemente ejerciendo una discreta vigilancia y puesto que el mal duraba ya desde hacía tres meses, podía muy bien continuar unos cuantos días o unas cuantas semanas más. Por otra parte, las vacaciones se encargarían de dispersar a los delincuentes. Hasta la vista.

Profitendieu pudo apretar, al fin, el paso.

No bien llegó a su casa, corrió al cuarto de baño y abrió los grifos. Antonio acechaba el regreso de su amo y se las arregló para cruzarse con él en el pasillo.

Aquel fiel criado estaba en la casa desde hacía quince años; había visto crecer a los niños. Había podido ver muchas cosas; sospechaba otras muchas, pero aparentaba no notar nada de lo que pretendían ocultarle. Bernardo no dejaba de sentir afecto por Antonio. No había querido marcharse sin decirle adiós. Y acaso, por rabia a su familia, se complacía en poner al corriente a un simple criado de aquella huida que sus allegados ignorarían; pero hay que decir en descargo de Bernardo que ninguno de los suyos estaba en aquel momento en casa. Además, Bernardo no hubiera podido decirles adiós sin que intentasen detenerle. Y él tenía miedo a las explicaciones. A Antonio podía decirle simplemente: «Me marcho». Pero al decírselo le alargó la mano de una manera tan solemne que el viejo criado se quedó sorprendido.

—¿No vuelve el señor a cenar?

—Ni a dormir, Antonio.

Y como el otro permaneciera indeciso sin saber bien qué pensar, ni si debía preguntarle más, Bernardo repitió más intencionadamente: «Me marcho», y luego agregó:

—He dejado una carta sobre la mesa de...

No pudo decidirse a decir «papá», y corrigiéndose:

—...sobre la mesa del despacho. Adiós.

Al estrechar la mano de Antonio, sentíase emocionado, como si se despidiese al mismo tiempo de su pasado; repitió muy de prisa adiós, y después se fue, para no dejar estallar el gran sollozo que le subía a la garganta.

Antonio dudaba pensando si no constituía una grave responsabilidad dejarle marchar así;

pero, ¿cómo hubiese podido retenerle?

Que aquella fuga iba a ser para toda la familia un acontecimiento inesperado, monstruoso, Antonio lo sentía sin duda, pero su papel de perfecto servidor consistía en no extrañarse de ello. No tenía por qué saber lo que el señor Profitendieu no sabía. Hubiera podido, sin duda, decirle simplemente: «¿El señor sabe que el señor Bernardo se ha marchado?»; pero así perdía toda ventaja, lo cual no era nada divertido. Si esperaba a su amo con tanta impaciencia era para deslizarle, en un tono neutro, deferente, y como un simple aviso que le hubiese encargado de transmitir Bernardo, esta frase que había preparado largo rato:

—Antes de marcharse, el señor Bernardo ha dejado una carta para el señor en el despacho.

Frase tan sencilla que corría el riesgo de pasar inadvertida; había él buscado en vano algo de más bulto, sin encontrar nada que fuese a la vez natural. Pero como Bernardo no se ausentaba nunca, el señor Profitendieu, a quien Antonio observaba con el rabillo del ojo, no pudo reprimir un sobresalto:

—¡Cómo! Antes de...

Se dominó en seguida; no podía dejar traslucir su sorpresa delante de un subalterno; el sentimiento de su superioridad no le abandonaba nunca. Terminó con un tono muy tranquilo, realmente magistral.

—Está bien.

Y mientras se dirigía a su despacho:

—¿Dónde dices que está esa carta?

—Sobre la mesa del señor.

No bien entró en la habitación, Profitendieu vio, en efecto, un sobre colocado de un modo ostensible frente al sillón donde acostumbraba él a sentarse para escribir; pero Antonio no cedía tan pronto, y el señor Profitendieu no había leído dos líneas de la carta, cuando oyó llamar a la puerta.

—Me olvidaba de decir al señor que hay dos personas que esperan en el saloncito.

—¿Que personas?

—No sé.

—¿Vienen juntas?

—No lo parece.

—¿Qué me quieren?

—No lo sé. Quieren ver al señor.

Profitendieu sintió que se le acababa la paciencia.

Ya he dicho y repito que no quiero que vengan a molestarme aquí —sobre todo a esta hora—; tengo mis días y mis horas de recibo en el Palacio de Justicia... ¿Por qué las has dejado pasar?

—Las dos han dicho que tenían algo urgente que decir al señor.

—¿Están ahí hace mucho?

—Hará pronto una hora.

Profitendieu dio unos pasos por la habitación y se pasó una mano por la frente; en la otra tenía la carta de Bernardo. Antonio seguía en la puerta, digno, impasible. Tuvo al fin la alegría de ver al juez perder su calma y de oírle, por primera vez en su vida, gruñir, dando con el pie en el suelo.

—¡Que me dejen en paz!, ¡que me dejen en paz! Diles que estoy ocupado. Que vuelvan otro día.

No había acabado de salir Antonio cuando Profitendieu corrió a la puerta:

—¡Antonio! ¡Antonio!... Vete a cerrar los grifos del baño.

¡Para baños estaba! Se acercó al balcón y leyó:

»Muy señor mío:

»He comprendido, de resultas de cierto descubrimiento que he hecho por casualidad esta tarde, que debo cesar de considerarle como a mi padre, lo cual representa para mí un inmenso alivio. Al sentir tan poco cariño por usted he creído, durante mucho tiempo, que era yo un hijo desnaturalizado; prefiero saber que no soy hijo de usted en absoluto. Quizás estime usted que le debo agradecimiento por haberme usted tratado como a uno de sus hijos; pero, lo primero, he sentido siempre entre ellos y yo una diferencia de consideraciones por parte de usted y luego que todo lo que usted ha hecho, le conozco lo suficiente para saber que ha sido por miedo al escándalo, para ocultar una situación que no le hacía a usted mucho honor, y, finalmente, porque no podía usted hacer otra cosa. Prefiero marcharme sin ver a mi madre porque he temido, si me despedía de ella definitivamente, enternecerme y también porque delante de mí, podría ella sentirse en una situación falsa, lo cual me sería muy desagradable. Dudo que su afecto hacia mí sea muy grande; como he estado casi siempre interno, no ha tenido ella tiempo de conocerme, y como el verme le recordaba sin cesar algo de su vida que hubiera querido borrar, creo que me verá marchar con gran alivio y complacencia. Dígale, si tiene usted valor para ello, que no la guardo rencor por haberme hecho bastardo; que, por el contrario, prefiero eso a saber que usted me ha engendrado. (Perdone usted que le hable así; mi intención no es escribir insultos; pero lo que le digo le va a permitir a usted despreciarme y eso le servirá de alivio.)

»Si desea usted que guarde silencio sobre los motivos secretos que me han hecho abandonar su casa, le ruego que no intente hacerme volver a ella. Mi resolución de abandonarle es irrevocable. No sé lo que habrá podido costarle mi manutención hasta este día; he podido aceptar el vivir a sus expensas mientras estaba ignorante de todo, pero no hay ni qué decir que prefiero no recibir nada de usted en el porvenir. La idea de deberle a usted algo me resulta intolerable, y creo que, si las cosas volviesen a empezar, preferiría morirme de hambre antes que sentarme a su mesa. Afortunadamente creo recordar haber oído decir que mi madre era más rica que usted cuando le tomó por esposo. Puedo, por tanto, pensar que he vivido tan sólo a costa de ella. Se lo agradezco, le perdono todo lo demás y le pido que me olvide. Ya encontrará usted algún medio de explicar mi marcha a quienes pudiera extrañarles. Le permito que me eche la culpa por entero (aunque sé perfectamente que no esperará usted mi permiso para hacerlo).

»Firmo con el apellido ridículo, que es el suyo, que quisiera poder devolverle y que me urge deshonrar.

BERNARDO PROFITENDIEU

»P. S. — Dejo en su casa todos mis bártulos, que podrán servir a Caloub con más legitimidad que a mí, como espero en beneficio de usted.»

El señor Profitendieu pudo llegar, vacilante, hasta un sillón. Hubiese querido reflexionar, pero las ideas remolineaban confusamente en su cabeza. Además, sentía una ligera punzada en el costado derecho, allí, bajo las costillas; no podia engañarse: era el cólico hepático. ¿Habría siquiera agua de Vichy en casa? ¡Si al menos estuviese de vuelta su mujer! ¿Cómo iba a contarle la fuga de Bernardo? ¿Debía enseñarle la "carta? Es injusta esta carta, abominablemente injusta. Debiera indignarle sobre todo. Quería tomar su tristeza por indignación. Respira hondamente y a cada espiración exhala un «¡ah, Dios mío!», rápido y débil como un suspiro. Su dolor en el costado se confunde con su tristeza, la evidencia y la localiza. Parécele que siente pena en el hígado. Se arroja en un sillón y relee la carta de Bernardo. Se alza de hombros, tristemente. Realmente, aquella carta es muy dura con él; pero nota en ella despecho, provocación, jactancia. Jamás ninguno de sus hijos, de sus verdaderos hijos, hubiera sido capaz de escribir así, como no hubiera sido capaz él mismo; lo sabe muy bien porque no hay nada en ellos que él no haya conocido en sí mismo. Verdad es que él

ha creído siempre que debía censurar lo que sentía en Bernardo de nuevo, de áspero, de indomado; pero aunque lo siga creyendo, comprende con toda claridad que precisamente a causa de eso, le quería como no habrá querido nunca a los otros.

Desde hacía unos instantes oíase en la habitación contigua a Cecilia que, de vuelta del concierto, se había sentado al piano y repetía con obstinación la misma frase de una barcarola. Finalmente Alberico Profitendieu no pudo contenerse más. Entreabrió la puerta del salón y con voz quejumbrosa, casi suplicante, porque el cólico hepático empezaba a hacerle sufrir cruelmente (y además siempre ha sido un poco tímido con ella):

—Cecilita, ¿quieres ver si hay agua de Vichy en casa? Si no la hubiese, manda a buscarla. Además, te agradecería que tuvieses la bondad de dejar un poco el piano.

—¿Te sientes mal?

—No, no. Es, sencillamente, que necesito meditar un poco hasta la cena y tu música me distrae.

Y, por amabilidad, pues el dolor le dulcifica, añade:

—Es muy bonito lo que estabas tocando. ¿Qué era?

Pero se va sin haber oído la respuesta. Por otra parte, su hija, que sabe que no entiende nada de música y que confunde un cuplé con la marcha de Tannhäuser (ella así lo dice al menos), no tiene el propósito de contestarle. Mas he aquí que vuelve a abrir la puerta.

—¿No ha vuelto tu madre?

—No, todavía no.

Es absurdo. Iba a regresar tan tarde que no tendría él tiempo de hablarle antes de cenar. ¿Qué iba a inventar para explicar, de momento, la ausencia de Bernardo? No podía, sin embargo, contar la verdad, revelar a los chicos el secreto del extravío pasajero de su madre. ¡Ah, estaba todo tan bien perdonado, olvidado, reparado! El nacimiento de su último hijo había sellado su reconciliación. Y de pronto, aquel espectro vengador que resurgía del pasado, aquel cadáver devuelto por las olas...

¡Vaya! ¿qué sucedía ahora? La puerta de su despacho se ha abierto sin ruido; rápidamente, se mete la carta en el bolsillo interior de su americana; la cortina se alza muy despacio. Es Caloub.

—Dime, papá.... ¿Qué quiere decir esta frase latina? No la entiendo.

—Ya te he dicho que no entres sin llamar. Y, además, no quiero que vengas a interrumpirme así, a cada momento. Te estás acostumbrando a que te ayuden, a confiarte en los demás, en vez de realizar un esfuerzo personal. Ayer era tu problema de geometría; hoy es una... ¿de quién es tu frase latina?

Caloub le tiende su cuaderno.

—No nos lo ha dicho; pero, mira; a ver si tú la reconoces. Nos la ha dictado, pero quizás la he escrito mal. Quisiera saber, al menos, si está escrita correctamente...

El señor Profitendieu coge el cuaderno, pero sufre demasiado. Rechaza suavemente al niño.

—Después. Vamos a cenar. ¿Ha vuelto Carlos?

—Ha bajado otra vez a su despacho. (El abogado recibe a sus clientes en el piso bajo.)

—Dile que venga aquí. Anda, de prisa.

¡Un timbrazo! La señora Profitendieu regresa al fin; se disculpa de llegar con retraso; ha tenido que hacer muchas visitas. Le apena encontrar enfermo a su marido. ¿Qué puede hacerse? Es verdad que tiene muy mala cara. No podrá comer. Que se sienten a la mesa sin él. Pero que venga, después de la comida, a verle, con los chicos. —¿Y Bernardo?— ¡Ah, es verdad! Su amigo... ya sabes, ese con el que repasaba las matemáticas, se le ha llevado a cenar.

Profitendieu se encontraba mejor. Al principio temió estar demasiado enfermo para poder

Librodot

hablar. Y, sin embargo, había que dar una explicación sobre la ausencia de Bernardo. Sabía ahora lo que debía decir, por doloroso que ello fuese. Sentíase firme y resuelto. Su único temor era que su mujer le interrumpiera con su llanto o con un grito; que se sintiese mal...

Una hora más tarde, entra ella con los tres hijos; se acerca. Él la hace sentarse, a su lado, junto a su sillón.

—Procura contenerte —le dice en voz baja, pero con un tono imperioso—; y no digas una palabra; ya me entiendes. Luego hablaremos los dos.

Y mientras él habla, tiene cogida una mano de ella entre las suyas.

—Vamos, sentaos, hijos míos. Me cohibe veros ahí, de pie frente a mí, como en un examen. Tengo que deciros algo muy triste. Bernardo nos ha abandonado y no le volveremos ya a ver... de aquí a algún tiempo. Tengo que revelaros hoy lo que os he ocultado al principio, deseoso como estaba yo de veros querer a Bernardo como a un hermano; porque vuestra madre y yo le queríamos como a un hijo. Pero no era hijo nuestro... y un tío suyo, hermano de su verdadera madre, que nos le había confiado al morir... ha venido esta noche a buscarle.

Un silencio penoso sigue a sus palabras y se oye sorber con la nariz a Caloub. Cada uno de ellos espera, creyendo que va a hablar más. Pero él hace un ademán:

—Idos ahora, hijos míos. Necesito hablar con vuestra madre.

Después que han partido, el señor Profitendieu permanece largo rato sin decir nada. La mano que la señora Profitendieu ha dejado entre las suyas está como muerta. Con la otra se ha llevado ella el pañuelo a los ojos. Se apoya en la gran mesa y vuelve la cara para llorar. A través de los sollozos que la agitan, Profitendieu la oye murmurar:

—¡Oh, qué cruel eres!... ¡Le has echado!...

Hacía un rato había él decidido no enseñarle la carta de Bernardo; pero ante esta acusación tan injusta se la tiende.

—Ten: lee.

—No puedo.

—Es preciso que leas.

Ya no piensa en su dolor. La sigue con los ojos, a lo largo de la carta, línea tras línea. Hacía un momento, al hablar, costábale trabajo contener las lágrimas; ahora la emoción misma le abandona; contempla a su mujer. ¿Qué piensa? Con la misma voz quejumbrosa, a través de los mismos sollozos, murmura aún:

—¡Oh!, ¿por qué le has hablado?... No hubieras debido decirle.

—Pero ¡si ya ves que yo no le he dicho nada!... Lee mejor su carta.

—La he leído bien... Pero, entonces, ¿cómo ha descubierto?... ¿quién le ha dicho?...

¡Cómo!, ¡en eso piensa ella! ¡Ese es el acento de su tristeza! Aquel pesar debía unirlos. ¡Ay! Profitendieu siente vagamente que los pensamientos de ambos toman direcciones opuestas. Y mientras ella se queja, acusa, reclama, él intenta inclinar aquel espíritu indócil hacia unos sentimientos más piadosos.

—Ésta es la expiación —dice.

Se ha levantado, por instintiva necesidad de dominar; está ahora muy erguido, olvidado y despreocupado de su dolor físico, y coloca grave y tiernamente, autoritariamente su mano sobre el hombro de Margarita. Sabe muy bien que ella no se ha arrepentido nunca más que muy imperfectamente de lo que él ha querido siempre considerar como un extravío pasajero; querría decirle ahora que aquella tristeza, aquella prueba podrá ayudarla a rendirse; pero busca en vano una fórmula que la satisfaga y que pueda resultar comprensible. El hombro de Margarita resiste a la suave presión de su mano. Margarita sabe perfectamente que siempre, de un modo insoportable, debe surgir alguna enseñanza moral, explicada por él, de los menores sucesos de la vida; él

interpreta y traduce todo conforme a su dogma. Se inclina hacia ella. He aquí lo que quisiera decirle:

—Ya ves, infeliz amiga mía: no puede producir nada bueno el pecado. De nada ha servido intentar tapar tu falta. ¡Ay! He hecho cuanto he podido por ese hijo; le he tratado como si fuese mío. Dios nos enseña ahora que era un error pretender...

Pero a la primera frase se detiene.

Y ella comprende, sin duda, aquellas pocas palabras tan cargadas de sentido; sin duda, han penetrado en su corazón, porque vuelven a conmoverla los sollozos, más violentos todavía que al principio, a ella, que desde hacía unos instantes ya no lloraba; luego, se dobla como dispuesta a arrodillarse ante él, que se inclina hacia su mujer y la sostiene. ¿Qué dice ella a través de sus lágrimas? Él se encorva hasta sus labios. Y oye:

—Ya lo ves... ya lo ves... ¡Ah!, ¿por qué me perdonaste?... ¡Ah, no debía yo haber vuelto!

Se ve casi obligado a adivinar sus palabras. Luego, ella enmudece: no puede tampoco expresar más. ¿Cómo iba a decirle que se sentía aprisionada en aquella virtud que él exigía de ella? Que se ahogaba; que no era tanto su falta la que ahora deploraba, sino el haberse arrepentido de ella.

Profitendieu se había erguido de nuevo.

—Mi pobre amiga —dice con un tono digno y severo—. temo que estés un poco obcecada esta noche. Es ya tarde. Mejor haríamos en acostarnos.

La ayuda a levantarse y luego la acompaña hasta su cuarto, roza su frente con sus labios y después se vuelve a su despacho y se deja caer en un sillón. Cosa rara: su cólico hepático se ha calmado; pero se siente destrozado. Permanece con la frente en las manos, demasiado triste para llorar. No oye llamar a la puerta, pero al ruido que hace al abrirse, alza la cabeza: es su hijo Carlos.

—Venía a darte las buenas noches.

Carlos se acerca. Lo ha comprendido todo. Quiere dárselo a entender a su padre. Quisiera demostrarle su compasión, su cariño, su devoción, pero quién iba a creerlo en un abogado: es de lo más torpe para expresarse; o quizá se vuelve torpe precisamente cuando sus sentimientos son sinceros. Abraza a su padre. La manera insistente que tiene de colocar, de apoyar su cabeza sobre el hombro de su padre y de descansarla allí un rato, persuade a éste de que ha comprendido. Ha comprendido de tal modo que alzando un poco la cabeza, pregunta torpemente, como todo lo que él hace, ¡tiene el corazón tan dolorido! que no puede dejar de preguntar:

—¿Y Caloub?

La pregunta es absurda, porque así como Bernardo se diferenciaba de los otros hijos, en Caloub el aire de familia es evidente. Profitendieu da unos golpecitos sobre el hombro de Carlos:

—No, no, tranquilízate. Únicamente Bernardo.

Entonces Carlos, sentenciosamente:

—Dios arroja al intruso por...

Pero Profitendieu le detiene; ¿qué necesidad tiene de que le hablen así? —Cállate.

El padre y el hijo no tienen ya nada que decirse. Dejémosles. Pronto serán las once. Dejemos a la señora Profitendieu en su cuarto, sentada sobre una sillita recta, poco confortable. Ya no llora; no piensa en nada. Quisiera, ella también, huir; pero no lo hará. Cuando estaba con su amante, el padre de Bernardo, que no tenemos por qué conocer, ella se decía: «Por mucho que hagas, no serás nunca más que una mujer honrada.» Tenía ella miedo a la libertad, al crimen, a la buena posición; lo cual hizo que, al cabo de diez días, volviese arrepentida al hogar. Sus padres tenían razón al decirlo en otro tiempo: «No sabes nunca lo que quieres.» Dejémosla. Cecilia duerme ya. Caloub contempla su vela con desesperación: no durará lo suficiente para permitirle terminar un libro de aventuras, que le distrae de la marcha de Bernardo. Hubiera yo sentido curiosidad por saber lo que Antonio ha podido contar a su amiga, la cocinera; pero no puede uno oírlo todo. Ésta es la hora en que

Bernardo debe ir a casa de Oliverio. No sé bien dónde cenó aquella noche, ni si cenó siquiera. Ha pasado sin dificultad por delante de la portería; sube la escalera cautelosamente...

III

BERNARDO Y OLIVERIO

Plenty and peace breeds cowards: hardness ever
Of hardiness is mother.
SHAKESPEARE.

Oliverio se había metido en la cama para recibir el beso de su madre, que venía a besar a sus dos últimos hijos, en sus camas, todas las noches. Hubiera podido volver a vestirse para esperar a Bernardo, pero dudaba aún de su llegada y temía dar el alerta a su hermano pequeño. Jorge se dormía de costumbre en seguida y se despertaba tarde; quizá no notase nada anómalo.

Al oír una especie de rascado discreto en la puerta, Oliverio saltó de su cama, se calzó apresuradamente unas zapatillas y corrió a abrir. No tuvo necesidad de encender; la luz de la luna iluminaba lo suficiente el cuarto. Oliverio estrechó a Bernardo en sus brazos.

—¡Cómo te esperaba! No podía creer que vinieses: ¿Saben tus padres que no duermes esta noche en tu casa?

Bernardo miraba hacia adelante, a la oscuridad. Se encogió de hombros.

—¿Crees que debía haberles pedido permiso, no?

El tono de su voz era tan fríamente irónico, que Oliverio sintió inmediatamente lo absurdo de su pregunta. No ha comprendido aún que Bernardo se ha marchado «de veras»; cree que tiene el propósito de faltar sólo aquella noche y no se explica el motivo de aquella escapatoria. Le interroga:

—¿Cuándo piensas volver?

—¡Nunca!

Entonces se hace la luz en el cerebro de Oliverio. Le preocupa grandemente mostrarse a la altura de las circunstancia y no dejarse sorprender por nada; a pesar de lo cual se le escapa un: «¡Es enorme eso que haces!»

No le desagrada a Bernardo asombrar un poco a su amigo; es sensible sobre todo a lo que se trasluce de admiración en aquella exclamación; pero se encoge otra vez de hombros. Oliverio le ha cogido la mano; está muy serio; pregunta con ansiedad:

—Pero... ¿por qué te vas?

—¡Ah! Esos son asuntos de familia. No puedo decírtelo.

Y para no parecer demasiado serio, se divierte en hacer caer con la punta de su zapato la zapatilla que Oliverio balancea al extremo de su pie, pues se han sentado al borde de la cama.

—Entonces, ¿dónde vas a vivir?

—No sé.

—¿Y con quién?

—Ya veremos.

—¿Tienes dinero?

—El suficiente para almorzar mañana.

—¿Y después?

—Después habrá que buscar. ¡Bah! Siempre encontraré algo. Ya verás; te lo contaré.

Oliverio admira inmensamente a su amigo. Conoce su carácter decidido; sin embargo, desconfía aún: falto de recursos y apremiado bien pronto por la necesidad, ¿no intentará volver a su casa? Bernardo le tranquiliza; intentará cualquier cosa antes que volver con los suyos. Y como

Librodot

repite varias veces y cada una de ellas más salvajemente: *cualquier cosa*, una sensación angustiosa sobrecoge el corazón de Oliverio. Querría hablar, pero no se atreve. Al fin, empieza, bajando la cabeza y con voz insegura:

—Bernardo... a pesar de todo, no tendrás intención de...

Pero se detiene. Su amigo levanta los ojos y, sin ver bien a Oliverio, percibe su confusión.

—¿De qué? —pregunta—. ¿Qué quieres decir? Habla. ¿De robar?

Oliverio mueve la cabeza.

—No, no es eso.

De pronto estalla en sollozos; estrecha convulsivamente a Bernardo.

—Prométeme que no te...

Bernardo le abraza y luego le rechaza, riendo. Ha comprendido:

—Eso te lo prometo. No, no me dedicaré a chulo.

Y añade:

—Confiesa, sin embargo, que sería lo más sencillo.

Pero Oliverio se siente tranquilizado; sabe muy bien que estas últimas palabras sólo las ha dicho por aparentar cinismo.

—¿Tu examen?

—Sí; eso es lo que me revienta. No quisiera que me tumbasen. Creo estar preparado; es cuestión sobre todo de no estar cansado ese día. Tengo que salir pronto del apuro. Es un poco arriesgado, pero... saldré, ya lo verás.

Se quedan un instante callados. La segunda zapatilla se ha caído. Bernardo:

—Vas a coger frío. Vuelve a acostarte.

—No; eres tú el que va a acostarse.

—¡Déjate de bromas! Vamos, pronto.

Y obliga a Oliverio a meterse de nuevo en la cama deshecha.

—Pero, ¿y tú?, ¿dónde vas a dormir?

—En cualquier sitio. Sobre el suelo. En un rincón. Tengo que irme acostumbrando.

—No, óyeme. Quiero decirte algo, pero no podré si no te siento muy cerca de mí. Ven a mi cama.

Y una vez que Bernardo, que se ha desnudado en un momento, está también en la cama:

—Ya sabes lo que te dije la otra vez. Atrae contra él a su amigo, que continúa:

—Bueno, chico, pues es repugnante. ¡Horrible!... Después, tenía ganas de escupir, de vomitar, de arrancarme la piel, de matarme.

—Exageras.

—O de matarla a ella...

—¿Quién era? ¿No habría sido imprudente, al menos?

—No, es una lagarta muy conocida de Dhurmer: él me la presentó. Lo que me asqueaba sobre todo era su conversación. No cesaba de hablar. ¡Y qué estúpida es! No comprendo cómo no se calla uno en esos momentos. Hubiese querido amordazarla, estrangularla...

—¡Pobre chico! Debiste pensar, sin embargo, que Dhurmer sólo podía ofrecerte una idiota... ¿Era guapa, por lo menos?

—¡Si creerás que la miré!

—Eres un idiota. Eres un encanto. Durmamos... Pero al menos hiciste bien...

—¡Hombre! Eso es lo que más me asquea: el de haber podido a pesar de todo... como si la

desease.

—Nada, chico, es soberbio.

—¡Calla! Si es eso amor, ya me he hartado para una temporada...

—¡Qué niño eres!

—Me hubiese gustado verte allí.

—¡Oh, yo! Ya sabes que no las persigo. Te lo he dicho: espero la aventura. Hecho así, fríamente, no me dice nada. Lo cual no obsta para que si yo...

—Si tú, ¿qué?

—Si ella... Nada. Durmamos.

Y, bruscamente, se vuelve de espalda, separándose un poco de aquel cuerpo, cuyo calor le molesta. Pero, Oliverio, dice al cabo de un instante:

—Di... ¿tú crees que será elegido Barrès?

—¡Caray!... ¿Te preocupa eso mucho?

—¡Me tiene sin cuidado!... Di, óyeme...

Se deja caer sobre el hombro de Bernardo, que se vuelve.

—Mi hermano tiene una querida.

—¿Jorge?

El pequeño, que finge dormir, pero que lo escucha todo, aguzando el oído en la oscuridad, al oír su nombre contiene la respiración:

—¡Estás loco! Te hablaba de Vicente.

(Vicente, que es mayor que Oliverio, acaba de aprobar su primer año de medicina.)

—¿Te lo ha dicho él?

—No. Me he enterado sin que él lo sospeche. Mis padres no saben nada.

—¿Qué dirían si se enterasen?

—No sé. Mamá se pondría desesperada. Papá le exigiría que riñese o que se casase.

—¡Caray! Los burgueses honrados no comprenden que se pueda ser honrado de otra manera que ellos. ¿Cómo lo has sabido?

—Verás: desde hace algún tiempo, Vicente sale por la noche, después de haberse acostado mis padres. Hace el menor ruido que puede al bajar, pero yo reconozco su paso en la calle. La semana última, el martes me parece, la noche era tan calurosa que no podía yo estar acostado. Me asomé a la ventana para respirar mejor. Oí la puerta de abajo abrirse y volverse a cerrar. Me incliné, y cuando pasó junto al farol, reconocí a Vicente. Eran las doce dadas. Esa ha sido la primera vez. Quiero decir que ha sido la primera vez que lo veía. Pero desde que estoy sobre aviso, vigilo. ¡oh!, sin querer... y casi todas las noches le oigo salir. Tiene su llave y mis padres le han arreglado el antiguo cuarto, de Jorge y mío, como gabinete de consulta para cuando tenga clientela. Su alcoba está al lado, a la izquierda del vestíbulo, mientras que el resto del cuarto está a la derecha. Puede salir y entrar cuando quiere, sin que nadie lo sepa. Generalmente no le oigo volver, pero anteayer, el lunes por la noche, no sé qué me pasaba; pensaba en el proyecto de revista de Dhurmer... No podía dormirme. Oí unas voces en la escalera; creí que era Vicente.

—¿Qué hora era? —pregunta Bernardo, no tanto por deseo de saberlo, como por demostrar su interés.

—Las tres de la madrugada, supongo. Me levanté y me puse a escuchar, con el oído pegado a la puerta. Vicente hablaba con una mujer. O, mejor dicho, era ella sola la que hablaba.

—Entonces, ¿cómo sabías que era él? Todos los inquilinos pasan por delante de tu puerta.

—Eso es incluso muy molesto a veces; cuanto más tarde es, más jaleo arman al subir; ¡les

Librodot

importa un bledo la gente que duerme! No podía ser nadie más que él; oía yo a la mujer repetir su nombre. Le decía... ¡Oh, me da asco repetirlo!

—Anda, hombre.

—Le decía: «¡Vicente, cariño mío, mi amante, no me dejes!» ¿Verdad que es curioso?

—Sigue contando.

—«No tienes derecho a abandonarme ahora. ¿Qué quieres que sea de mí? ¿Dónde quieres que vaya? Dime algo. ¡Oh, hablame!» Y le llamaba de nuevo por su nombre y repetía: «Mi amante, mi amante» con una voz cada vez más triste y más baja. Después oí un ruido (debían estar en plena escalera), un ruido como de algo que cayese. Me imagino que ella se dejaría caer de rodillas.

—¿Y él no contestaba nada?

—Debió subir los últimos escalones; oí cerrarse la puerta del piso. Y luego ella permaneció largo rato, muy cerca, casi contra mi puerta. La oía sollozar.

—Debiste abrirle.

—No me atreví. Vicente se pondría furioso si supiese que estoy al corriente de sus asuntos. Y además temí que a ella le cohibiese mucho de verse sorprendida en pleno llanto. No sé qué hubiera yo podido decirle. Bernardo se había vuelto hacia Oliverio.

—Yo, en tu lugar, hubiese abierto.

—¡Sí, tú te atreves a todo! Haces lo que te pasa por la cabeza.

—¿Me lo reprochas?

—No, te envidio.

—¿No te imaginas quién podía ser esa mujer?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Buenas noches.

—Dime... ¿estás seguro de que Jorge no nos ha oído? —musita Bernardo al oído de Oliverio. Permanecen un momento en acecho.

—No, duerme —prosigue Oliverio con su voz natural—; y además no hubiese comprendido. ¿Sabes que le preguntó el otro día a papá? Por qué los...

Esta vez Jorge no puede contenerse; se incorpora a medias sobre su cama y cortando la palabra a su hermano:

—¡Imbécil! —grita—. ¿No viste que lo hacía a propósito? Sí, hombre, he oído todo lo que habéis hablado hace un rato; ¡oh, no merece la pena que os emocionéis! En cuanto a Vicente, sabía yo eso hace mucho tiempo. Pero eso sí, hijos míos, procurad hablar más bajo, porque tengo sueño. O callaros.

Oliverio se vuelve hacia la pared. Bernardo, que no duerme, contempla la habitación. La luz de la luna la hace parecer mayor. En realidad, él apenas la conoce. Oliverio no está allí nunca durante el día; las raras veces en que ha recibido a Bernardo ha sido en el piso de encima. La luz de la luna llega ahora al pie de la cama, donde Jorge se ha dormido al fin; ha oído casi todo lo que ha contado su hermano; ya tiene con qué soñar. Por encima de la cama de Jorge se distingue una pequeña librería de dos estantes, donde están unos libros de clase. Sobre una mesa, junto al lecho de Oliverio, Bernardo ve un libro de mayor tamaño, alarga el brazo y le coge para mirar el título: *Tocqueville*; pero al ir a dejarlo sobre la mesa, se cae el libro y el ruido despierta a Oliverio.

—¿Lees a Tocqueville, ahora?

—Me ha prestado eso Dubac.

—¿Te gusta?

—Es un poco pesado. Pero tiene cosas que están muy bien.

—Oye; ¿qué vas a hacer mañana?

Al día siguiente, jueves, los colegiales están libres. Bernardo piensa en citarse quizá con su

Librodot

amigo. Tiene el propósito de no volver más al liceo; pretende no asistir a las últimas clases y preparar, él solo, su examen.

—Mañana —dice Oliverio— voy a las once y media a la estación de San Lázaro, a esperar a mi tío Eduardo, que llega de Inglaterra, en el tren de Dieppe. Por la tarde, a las tres, iré a buscar a Dhurmer, al Louvre. Tengo que trabajar el resto del día.

—¿Tu tío Eduardo?

—Sí, es un hermanastro de mamá. Está fuera desde hace seis meses, y apenas le conozco; pero le quiero mucho. No sabe que voy a esperarle y temo no reconocerle. No se parece nada al resto de mi familia; es un hombre que está muy bien.

—¿Qué hace?

—Escribe. He leído casi todos sus libros; pero hace mucho tiempo que no ha vuelto a publicar nada.

—¿Novelas?

—Sí, una especie de novelas.

—¿Por qué no me has hablado nunca de ellas?

—Porque hubieras querido leerlas, y si no te hubieran gustado...

—¿Qué?, ¡acaba!

—Pues que me hubiera causado pena; eso es todo.

—¿Qué te hace decir que está muy bien?

—No lo sé en realidad. Ya te he dicho que le conozco apenas. Es más bien un presentimiento. Presiento que se interesa por muchas cosas que no interesan a mis padres y que se le puede hablar de todo. Un día, poco tiempo antes de su marcha, había almorzado en casa; mientras hablaba con mi padre, sentía yo que me miraba constantemente, lo cual empezaba a molestarme; iba a marcharme de la habitación —era en el comedor, donde se habían quedado después del café—; pero él empezó a interrogar a mi padre sobre mí, lo cual me molestó aún más; y, de pronto, papá se levantó para ir a buscar unos versos que acababa yo de hacer y que había tenido la idiotez de enseñarle.

—¿Versos tuyos?

—Sí, hombre, sí, los conoces; es esa obra en verso que se parecía al *Balcón*. Sabía yo que no valían nada o muy poco y me irritó mucho que papá enseñase aquello. Durante un momento y mientras que papá buscaba esos versos, nos quedamos solos en la habitación, el tío Eduardo y. yo, y noté que me ponía muy colorado; no se me ocurría nada que decirle; miraba hacia otro lado, lo mismo que él, por supuesto; empezó por hacerse un pitillo, y luego, sin duda para no azorarme, pues seguramente vio que me ponía colorado, se levantó y se puso a mirar por el balcón. Silbaba. De repente, me dijo: «Estoy más azorado que tú.» Pero creo que lo dijo por amabilidad. Papá volvió al fin; entregó mis versos al tío Eduardo, que se puso a leerlos. Estaba yo tan nervioso, que si llega a elogiarme creo que le hubiera insultado. Papá, evidentemente, esperaba eso, unos elogios; y como mi tío no decía nada, le preguntó: «¿Qué?, ¿qué te parecen?» Pero mi tío le dijo, riendo: «Me violenta hablarle delante de ti.» Entonces papá salió de la habitación, riéndose también. Y cuando estuvimos otra vez solos, me dijo que le parecían muy malos mis versos: sin embargo, me agradó oírselo decir; y lo que me agradó todavía más es que, de pronto, señaló con el dedo dos versos, los dos únicos que me gustaban del poema, me miró sonriendo, y dijo: «Éstos son buenos.» ¿No te parece que está bien? ¡Si supieras con qué tono me lo dijo! Le hubiese abrazado. Luego me dijo que mi error consistía en partir de una idea, y que no me dejaba guiar lo bastante por las palabras. No lo comprendí bien al principio, pero creo que ahora entiendo lo que quería decir y que tenía razón. Ya te explicaré eso en otra ocasión.

—Comprendo ahora que quieras ir a esperarle.

—¡Oh! Esto que te he contado no es nada, y no sé por qué te lo cuento. Nos hemos dicho

Librodot

muchas cosas más.

—¿A las once y media, dices? ¿Cómo sabes que llega en ese tren?

—Porque se lo ha escrito a mamá en una postal, y además he consultado la guía.

—¿Vas a almorzar con él?

—¡Oh, no! Tengo que estar de vuelta aquí para el mediodía. No tendré tiempo más que de estrecharle la mano: pero eso me basta... ¡Ah!, dime, antes de que me duerma: ¿cuándo te volveré a ver?

—Hasta dentro de unos días, no. Hasta que haya salido del atolladero.

—A pesar de todo... si pudiese yo ayudarte...

—No. No entra eso en el juego. Me parecería estar haciendo trampas. Que duermas bien.

Librodot

IV
EN CASA DEL CONDE DE PASSAVANT

Mi padre era un animal, pero mi madre tenía talento; era quietista; era una mujercita dulce que me decía con frecuencia: Hijo mío, te condenarás. Pero esto no la apenaba lo más mínimo.

FONTENELLE.

No, no era a casa de su querida adonde iba Vicente Molinier por las noches. Aunque camina de prisa, sigámosle. Desde la parte alta de la calle de Nuestra Señora de los Campos, donde vive, Vicente baja hasta la calle de San Plácido, que la continúa; luego a la calle del Bac, por donde circulan todavía algunos burgueses rezagados. Se detiene en la calle de Babilonia, ante una puerta cochera que se abre. Ya está en casa del conde de Passavant. Si no viniera aquí con tanta frecuencia no entraría tan resueltamente en este fastuoso hotel. El lacayo que le abre sabe muy bien cuánta timidez se oculta bajo aquel fingido aplomo. Vicente aparenta no entregarle su sombrero, que tira, desde lejos, sobre un sillón. Y, sin embargo, no hace mucho tiempo que va allí Vicente. Roberto de Passavant, que se llama amigo suyo, es amigo de mucha gente. No sé bien cómo se han conocido Vicente y él. En el liceo, sin duda, aunque Roberto de Passavant sea bastante mayor que Vicente; se habían perdido de vista unos cuantos años y luego, recientemente, se encontraron de nuevo una noche en que, caso extraordinario, Oliverio acompañaba a su hermano al teatro; durante el entreacto, Passavant les había convidado a unos helados; se enteró aquella noche de que Vicente estaba indeciso sin saber si se presentaría como interno; las ciencias naturales, a decir verdad, le atraían más que la medicina; pero la necesidad de ganar su vida... En resumen, que Vicente había aceptado gustoso la proposición remuneradora que le hizo poco tiempo después Roberto de Passavant, de venir por las noches a cuidar a su anciano padre, a quien una operación bastante grave había dejado muy quebrantado: tratábase de renovar unos vendajes, de unos delicados sondajes, de unas inyecciones, en fin, de no sé qué cosas que exigían unas manos diestras. Pero, aparte de esto, el vizconde tenía secretas razones para acercarse a Vicente, y éste tenía también otras para aceptar. La razón secreta de Roberto, ya intentaremos descubrirla más adelante; en cuanto a la de Vicente, era ésta: una gran necesidad de dinero le apremiaba. Cuando se tiene un corazón templado y una sana educación os ha inculcado desde niño el sentido de las responsabilidades, no se le hace un chico a una mujer sin sentirse algo comprometido con ella, sobre todo cuando esa mujer ha abandonado a su marido para seguirle a uno. Vicente había hecho hasta entonces una vida bastante virtuosa. Su aventura con Laura le parecía, según las horas del día, o monstruosa o naturalísima. Basta, muy a menudo, con la suma de una cantidad de pequeños hechos muy sencillos y naturales, tomados cada uno por separado, para obtener un total monstruoso. Esto se lo repetía andando y no le sacaba del atolladero. Verdad era que no había pensado nunca en tomar aquella mujer definitivamente a su cargo, en casarse con ella, una vez divorciada, o en vivir en su compañía sin casarse con ella; se veía obligado a confesarse que no sentía por ella un gran amor; pero sabía que estaba en París sin recursos; era el causante de su aflictiva situación: le debía, por lo menos, aquella primera asistencia precaria que comprendía lo difícil que iba a ser para él asegurarle, hoy aún menos que ayer, menos que aquellos últimos días. Pues la semana pasada poseía aún los cinco mil francos que su madre había ido ahorrando paciente y penosamente para facilitar el comienzo de su carrera; aquellos cinco mil francos hubiesen bastado sin duda para el parto de su querida, su pensión en una clínica y los primeros cuidados a la criatura. ¿De qué demonio había escuchado entonces el consejo? La suma, entregada ya en pensamiento a aquella mujer, aquella suma que él le ofrecía y le consagraba, y de la que no hubiese podido distraer nada sin sentirse culpable, ¿qué demonio le insinuó, cierta noche, que sería probablemente insuficiente? No, no era Roberto de Passavant. Roberto no había dicho nunca nada parecido; pero su proposición de llevar a Vicente a una sala de

Librodot

juego, fue hecha precisamente la noche aquella. Y Vicente aceptó.

Aquel garito tenía de pérfido que todo ocurría allí entre gente de mundo, entre amigos. Roberto presentó a su amigo Vicente a unos y a otros. Vicente, cogido de improviso, no pudo jugar en grande aquella primera noche. No llevaba casi nada encima y rechazó los billetes que quiso prestarle el vizconde. Pero, como ganaba, sintió no haber arriesgado más y prometió volver al día siguiente.

—Ahora, le conoce aquí todo el mundo; ya no es necesario que le acompañe —le dijo Roberto.

Esto sucedía en casa de Pedro de Brouville. A partir de aquella primera noche, Roberto de Passavant puso su auto a disposición de su nuevo amigo. Vicente aparecía alrededor de las once, charlaba un cuarto de hora con Roberto fumando un cigarrillo y luego subía al primero, y permanecía con el conde más o menos tiempo, según el humor de éste, su paciencia y las exigencias de su estado; después, el auto le llevaba a la calle de San Florentino, a casa de Pedro, de donde le traía una hora más tarde, dejándole otra vez, no precisamente en su casa, pues temía llamar la atención, sino en la esquina más próxima.

La penúltima noche, Laura Douviers, sentada en los peldaños de la escalera que conduce al piso de los Molinier, había esperado a Vicente hasta las tres; entonces fue cuando él regresó. Aquella noche, por otra parte, Vicente no había ido a casa de Pedro. No tenía ya nada que perder allí. Desde hacía dos días no le quedaba un céntimo de los cinco mil francos. Se lo había comunicado a Laura; le había escrito diciéndole que no podía ya hacer nada por ella; la aconsejaba que volviese al lado de su marido o de su padre; y que lo confesase todo. Pero la confesión parecía ya imposible a Laura, y no pedía siquiera pensar en ello a sangre fría. Los reproches de su amante no provocaban en ella más que indignación y aquella indignación desaparecía solamente para dejarla sumida en la desesperación. En tal estado la había encontrado Vicente. Había ella querido retenerle y él se había arrancado de sus brazos. Tuvo realmente que violentarse, pues era de corazón sensible; pero más voluptuoso que enamorado, se había hecho fácilmente, de la misma dureza, un deber. No contestó nada a sus súplicas, a sus quejas; y como le contó después a Oliverio, que los oía, a Bernardo, ella se había quedado, cuando Vicente cerró la puerta, desplomada sobre los escalones, sollozando, durante largo rato, en la oscuridad.

Habían transcurrido más de cuarenta horas desde aquella noche. Vicente, el día anterior, no había ido a casa de Roberto de Passavant cuyo padre parecía reponerse; pero un telegrama le hizo acudir aquella noche. Roberto quería verle. Cuando Vicente entró en la habitación que servía a Roberto de despacho y de saloncito de fumar, donde permanecía la mayoría de las veces y que había arreglado y adornado a su gusto, Roberto le tendió la mano, indolentemente, por encima de su hombro, sin levantarse.

Roberto escribe. Está sentado ante una mesa cubierta de libros. Frente a él la puerta-balcón que da al jardín está abierta de par en par a la luz de la luna. Le habla sin volverse.

—¿Sabe usted lo que estoy escribiendo? Pero, no lo diga usted..., ¿me lo promete? Un manifiesto que encabezará la revista de Dhurmer. No lo firmo, naturalmente... tanto más cuanto que hago en él mi elogio. Además, como acabarán por descubrir que soy yo el que financia esa revista, prefiero que no sepan tan pronto que colaboro en ella. Así es que ¡chitón! Pero, ahora que pienso, ¿no me ha dicho usted que su hermano escribía? ¿Cómo se llama?

—Oliverio —dijo Vicente.

—Oliverio, sí, me había olvidado... No esté usted de pie. Siéntese en ese sillón. ¿No tiene frío? ¿Quiere usted que cierre el balcón? Son versos lo que hace, ¿verdad? Debía traérmelos. Claro es que no me comprometo a aceptarlos... pero, sin embargo, me extrañaría que fuesen malos. Parece muy inteligente su hermano. Y además se ve que está muy al día. Quisiera hablar con él. Dígale que venga a verme, ¿eh? Cuento con usted. ¿Un pitillo? —y le ofrece su petaca de plata.

—Con mucho gusto.

Librodot

—Y ahora escuche usted, Vicente; tengo que hablarle muy seriamente. Obró usted como un niño la otra noche... y yo también, por supuesto. No digo que hice mal en llevarle a usted a casa de Pedro; pero me siento un poco responsable del dinero que usted ha perdido. Me digo que soy yo quien se lo ha hecho perder. No sé si será esto lo que se llama remordimiento, pero empieza a trastornarme el sueño y las digestiones, ¡palabra!, y luego pienso en esa pobre mujer de la que usted me ha hablado... Pero esto es otro asunto; no lo toquemos, es sagrado. Lo que quiero decirle es que deseo, que quiero, sí, firmemente, poner a disposición de usted una cantidad equivalente a la que ha perdido. Eran cinco mil francos, ¿verdad? Va usted a arriesgarlos de nuevo. Esa suma, le repito, estimo que he sido yo quien se la ha hecho perder, que se la debo, no tiene usted que agradecérmela. Me la devolverá si gana. Y si no, ¡tanto peor!, quedaremos en paz. Vuelva usted a casa de Pedro esta noche, como si no hubiera pasado nada. El auto le llevará a usted y luego vendrá a buscarme aquí para dejarme en casa de Lady Griffith, donde le ruego que venga después a buscarme. ¿Cuento con ello, verdad? El auto volverá por usted a casa de Pedro.

Abre un cajón y saca cinco billetes que entrega a Vicente.

—Vayase en seguida.

—Pero, ¿y su padre?

—¡Ah! Se me olvidaba decírselo: ha muerto hace...

Saca su reloj y exclama:

—¡Caray! ¡Qué tarde es! Van a dar las doce... Va yase de prisa. Sí, hace unas cuatro horas.

Todo esto dicho sin precipitación alguna, sino por el contrario con una especie de dejadez.

—Y no se queda usted...

—¿Velándole? —interrumpe Roberto—. No; de eso se encarga mi hermano pequeño; está arriba con su vieja criada, que se entendía con el difunto mejor que yo...

Y luego, como Vicente no se mueve, continúa:

—Escuche usted, mi querido amigo: no quisiera parecerle cínico; pero me horrorizan los sentimientos, como los trajes hechos. Había yo creado en mi corazón, respecto a mi padre, un amor filial a medida, pero que, en los primeros tiempos, resultaba un poco holgado y que tuve que achicar. El viejo sólo me ha proporcionado en vida disgustos, contrariedades, molestias. Si le quedaba algo de ternura en el corazón, no ha sido a mí a quien se la ha demostrado. Mis primeros impulsos hacia él, en la época en que no sabía yo lo que era la contención, no me han valido más que sofiones, que me han servido de enseñanza. Ya habrá visto usted mismo, cuando le cuidaba... ¿Le dio nunca las gracias? ¿Mereció usted de él la menor mirada, la más leve sonrisa? Creyó siempre que se le debía todo. ¡Oh! Era lo que llaman un carácter. Creo que hizo sufrir mucho a mi madre, a quien, sin embargo, él amaba, sí es que ha amado realmente alguna vez. Creo que ha hecho sufrir a todo el mundo a su alrededor, a sus criados, a sus perros, a sus caballos, a sus queridas; a sus amigos no, porque no tenía ninguno. Su muerte hará que respiren todos con satisfacción. Era según creo, un hombre de gran valía «en lo suyo», como dicen; pero no he podido nunca descubrir qué era «lo suyo». Era, sin duda alguna, muy inteligente. En el fondo, sentía yo por él, y conservo aún, cierta admiración. Pero eso de poner en juego un pañuelo... eso de derramar lágrimas... no, no soy yo un chiquillo para eso. ¡Vamos! Largúese usted pronto y venga dentro de una hora a reunirse conmigo en casa de Lilian. ¿Qué? ¿Le molesta no estar de smoking? ¡No sea usted tonto! ¿Por qué? Estaremos solos. Mire, le prometo ir yo también de americana. Entendido. Encienda un puro antes de marcharse. Y mándeme pronto el coche; después volverá a recogerle a usted.

Miró salir a Vicente, se alzó de hombros y luego fue a su cuarto a ponerse el frac, que le esperaba extendido sobre un sofá.

En una habitación del primero, el viejo conde yace en su lecho mortuorio. Han puesto el

Librodot

crucifijo sobre su pecho, pero se han olvidado de unirle las manos. Una barba de varios días suaviza el ángulo de su mentón voluntarioso. Las arrugas transversales que cortan su frente, bajo sus cabellos grises peinados como un cepillo, parecen menos profundas y como distendidas. Los ojos se hunden bajo el arco superciliar, abultado por una mata de pelos. Precisamente porque no volveremos a verle más, le contemplo largo rato. Un sillón está a la cabecera de la cama, en el que está sentada Serafina, la vieja criada. Pero se ha levantado. Se acerca a una mesa donde una lámpara de aceite de un antiguo modelo alumbra malamente; la lámpara necesita que la reanimen. Una pantalla proyecta la claridad sobre el libro que lee el joven Gontrano...

—Está usted cansado, señorito Gontrano. Mejor haría usted en acostarse.

Gontrano alza una mirada muy dulce hacia Serafina. Su pelo rubio, que él aparta de su frente, cae sobre sus sienes. Tiene quince años; su rostro casi femenil no expresa aún más que ternura y amor.

—¿Y tú? —dice él—. Tú eres la que debías irte a dormir, mi pobre Fina. Has estado levantada casi toda la noche pasada.

—¡Oh! Yo estoy acostumbrada a velar, y además he dormido durante el día, mientras que usted...

—No, déjame. No me siento fatigado, y me hace mucho bien quedarme aquí meditando y leyendo. ¡He conocido tan poco a papá! Creo que le olvidaría por completo si no le contemplase bien ahora. Voy a velarle hasta que sea de día. ¿Cuánto tiempo hace que estás en casa, Fina?

—Estoy desde el año antes de nacer usted, y va usted a cumplir pronto los dieciséis años.

—¿Te acuerdas bien de mamá?

—¿Que si me acuerdo de su mamá? ¡Qué pregunta! Es como si me preguntase usted si me acuerdo de mi nombre. Claro que me acuerdo de su mamá.

—Yo también me acuerdo un poco, pero no muy bien... no tenía yo más que cinco años cuando se murió... Dime... ¿y papá le hablaba mucho?

—Eso dependía de los días. No fue nunca muy hablador su papá, y no le gustaba mucho que le dirigiesen la palabra primero a él. Pero, a pesar de todo, hablaba un poco más que en estos últimos tiempos. Y mire usted, señor, más vale no remover demasiado los recuerdos y dejar que el Señor lo juzgue todo.

—¿Tú crees realmente que el Señor va a ocuparse de todo eso, mi buena Fina?

—Si no es el Señor, ¿quién quiere usted que sea?

Gontrano posa sus labios sobre la mano enrojecida de Serafina.

—¿Sabes lo que debías hacer? Irte a dormir. Te prometo despertarte en cuanto empiece a clarear; entonces me iré a dormir, a mi vez. Anda, te lo ruego.

En cuanto Serafina le ha dejado solo, Gontrano se postra de rodillas al pie del lecho; hunde su frente en las sábanas, pero no consigue llorar; ningún arrebato conmueve su corazón. Sus ojos permanecen desesperadamente secos. Entonces se incorpora. Contempla aquel rostro impasible. Él quisiera experimentar, en aquel momento solemne, un no sé qué de sublime y de extraño, escuchar una comunicación del más allá, lanzar su pensamiento hacia regiones etéreas, suprasensibles, pero su pensamiento permanece, aferrado, a ras del suelo. Contempla las manos exangües del muerto, y se pregunta cuánto tiempo le seguirán creciendo todavía las uñas. Le choca ver desunidas aquellas manos. Querría acercarlas, unirlas, hacer que sostuviesen el crucifijo. Sí, es una buena idea. Piensa que Serafina se quedará muy sorprendida cuando vuelva a ver al difunto con las manos enlazadas, y se divierte de antemano con su sorpresa; e inmediatamente después se reprocha aquella diversión. A pesar de lo cual se inclina hacia adelante sobre el lecho. Coge el brazo del muerto más distante de él. El brazo está ya rígido y se niega a moverse. Gontrano quiere forzarle a doblarse, pero hace que se mueva todo el cuerpo. Coge el otro brazo, que le parece más flexible. Gontrano ha conseguido casi llevar la mano al sitio necesario; coge el crucifijo, intenta deslizarle y mantenerle entre el

pulgar y los otros dedos; pero el contacto de aquella carne fría le hace desfallecer. Cree que va a sentirse mal. Le dan deseos de llamar a Serafina. Suelta todo: el crucifijo atravesado sobre la sábana arrugada, el brazo que vuelve a caer inerte en su primitivo sitio, y, en medio del gran silencio fúnebre, oye de pronto un brutal «¡Maldito sea el...!» que le llena de espanto, como si alguien... Se vuelve; pero no: está solo. Ha sido realmente él quien ha lanzado aquel juramento sonoro, él, que nunca ha jurado. Luego va a sentarse de nuevo y se enfrasca otra vez en su lectura.

Librodot

V

VICENTE ENCUENTRA DE NUEVO A PASSAVANT EN CASA DE LADY GRIFFITH

Era un alma y un cuerpo donde no penetra jamás el aguijón.

SAINTE-BEUVE.

Lilian, incorporándose a medias, tocó con la punta de sus dedos, los cabellos castaños de Roberto:

—Empieza a despoblársele la cabeza, amigo mío. Cuidado: tiene usted treinta años apenas. La calvicie le sentará muy mal. Toma usted la vida demasiado en serio.

Roberto alza su rostro hacia ella y la mira sonriendo.

—No cuando estoy al lado de usted, se lo aseguro.

—¿Ha dicho usted a Molinier que venga aquí a buscarnos?

—Sí, puesto que usted me lo pidió.

—¿Y... le ha prestado usted dinero?

—Cinco mil francos, como le dije, que va a perder de nuevo en casa de Pedro.

—¿Por qué cree usted que va a perderlos?

—Eso es de cajón. Le he visto la primera noche. Juega muy mal.

—Ha tenido tiempo de aprender... ¿Quiere usted apostar a que gana esta noche?

—Si usted quiere...

—¡Oh! Le ruego que no lo acepte como si fuese una penitencia. Prefiero que se haga gustoso lo que va a hacerse.

—No se enfade. Convenido. Si gana será a usted a quien devuelva el dinero. Pero si pierde será usted la que me pague. ¿Conformes?

Apretó ella el botón de un timbre:

—Tráiganos el Tokay y tres copas. Y si vuelve con los cinco mil francos solamente, ¿se los dejamos, eh? Y si no gana ni pierde...

—Eso no ocurre nunca. Es curioso cómo se interesa usted por él.

—Es curioso que no le encuentre usted interesante.

—Le encuentra usted interesante porque está usted enamorada de él.

—¡Eso es cierto, querido! A usted se le puede decir.

Pero no es por eso por lo que me interesa. Al contrario: cuando me seduce alguien intelectualmente, me siento más fría por regla general.

Reapareció el criado trayendo, en una bandeja, el vino y las copas.

—Vamos a brindar lo primero por la apuesta y luego volveremos a beber con el ganador.

El criado sirvió el vino y brindaron.

—A mí me parece insoportable su Vicente —replicó Roberto.

—¡Oh, «mi Vicente»! ¡Como si no fuese usted el que me lo ha traído! Además le aconsejo que no repita por todas partes que le aburre. Se comprendería demasiado pronto por qué le trata usted...

Roberto, volviéndose ligeramente, apoyó sus labios sobre el desnudo pie de Lilian, que ésta retiró en seguida y escondió bajo su abanico.

—¿Debo ruborizarme? —dijo él.

—No merece la pena intentarlo conmigo. No podría usted.

Vació ella su copa, y luego;

—¿Quiere usted que le hable con franqueza, querido? Tiene usted todas las cualidades del literato: es usted vanidoso, hipócrita, ambicioso, voluble, egoísta...

—Usted me confunde.

—Sí, todo eso es encantador. Pero no será usted nunca un buen novelista.

—¿Por qué?

—Porque no sabe usted escuchar.

—Me parece que la escucho a usted muy bien.

—¡Bah! Él, que no es literato, me escucha aún mejor. Pero cuando estamos juntos, soy yo más bien la que escucho.

—No sabe casi hablar.

—Eso es porque charla usted todo el rato. Le conozco: no le deja usted colocar ni dos palabras.

—Sé de antemano todo lo que él podría decir.

—¿Usted cree? ¿Conoce usted bien su historia con esa mujer?

—¡Oh, los asuntos amorosos son lo más aburrido que conozco!

—Me gusta también mucho cuando habla de historia natural.

—La historia natural es todavía más aburrida que los asuntos amorosos. ¿Así es que le ha explicado a usted un curso?

—Si pudiese yo repetirle lo que él me ha dicho... Es apasionante, amigo mío. Me ha contado un montón de cosas sobre los animales marinos. Siempre he sentido curiosidad por todo cuanto vive en el mar. Ya sabe que ahora construyen unos barcos, en América, con cristales en los costados, para ver alrededor el fondo del Océano. Según parece, es maravilloso. Se ve el coral vivo y... y... ¿cómo llaman ustedes a eso?... —madréporas, esponjas, algas, bancos de peces. Vicente dice que hay especies de peces que mueren cuando el agua se vuelve más o menos salada, y que existen otros, por el contrario, que soportan grados de salinidad variada, y que permanecen al borde de las corrientes, allí donde es el agua menos salada, para comerse a los primeros cuando desfallecen. Debía usted pedirle que le contase... Le aseguro que es curiosísimo. Cuando habla de eso, resulta extraordinario. No le reconocería usted... Pero usted no sabe hacerle hablar... Es como cuando cuenta su amorío con Laura Douviers... Sí, es el nombre de esa mujer... ¿Sabe usted cómo la conoció?

—¿Se lo ha dicho a usted?

—A mí se me dice todo. ¡Ya lo sabe usted, hombre terrible! —Y le acarició la cara con las plumas de su abanico cerrado—. ¿Sospechaba usted que ha venido a verme todos los días, desde la noche en que usted le trajo?

—¡Todos los días! No; realmente, no lo sospechaba.

—Al cuarto no pudo contenerse y me lo contó todo. Pero después, cada día iba añadiendo algún detalle.

—¡Y no la aburría a usted! Es usted admirable.

—Ya te he dicho que le amo.

Y le cogió el brazo enfáticamente.

—¿Y él... ama a esa mujer?

Lilian se echó a reír:

—La amaba. ¡Oh! Al principio, he tenido que fingir que me interesaba vivamente por ella. He tenido incluso que llorar con él. Y, sin embargo, me sentía atrozmente celosa. Ahora, ya no. Escucha cómo empezó la cosa: estaban en Pau los dos, en un sanatorio, adonde les habían enviado,

Librodot

porque decían que estaban tuberculosos. En el fondo, no lo estaban en realidad ninguno de los dos. Pero ambos se creían muy enfermos. No se conocían todavía. Se vieron por primera vez, tumbados el uno al lado de la otra en la terraza de un jardín, cada cual en su «chaise-longue», junto a otros enfermos que permanecen tendidos todo el día, al aire libre, para curarse. Como se veían condenados, se convencieron de que todo lo que hicieran no tendría ya consecuencias. Él la repetía a cada momento que no les quedaba más que un mes de vida: y era en primavera. Ella estaba allí completamente sola. Su marido es un profesorcillo de francés en Inglaterra. Ella le había abandonado para ir a Pau. Se habían casado bacía tres meses. Y él tuvo que soltar hasta el último céntimo para mandarla allí. Le escribía a diario. Es una muchacha de una familia honorabilísima; muy bien educada, muy reservada, muy tímida. Pero allí... No sé bien lo que pudo decirle Vicente, pero al tercer día ella le confesaba que, a pesar de acostarse con su marido y de que éste la poseyese, no sabía lo que era el placer.

—¿Y él qué dijo entonces?

—La cogió la mano que dejaba ella colgar a un lado de su «chaise-longue» y la oprimió largamente contra sus labios.

—¿Y usted qué dijo cuando le contó eso?

—¡Yo! Es horrible... Figúrese que me acometió entonces una risa loca. No pude reprimirla, ni lograba contenerme... No era precisamente lo que me contaba lo que me hacía reír; era el aire interesado y consternado que creí que debía yo adoptar, para animarle a continuar. Temí parecer demasiado divertida. Y luego que en el fondo era muy hermoso y muy triste. ¡Estaba tan conmovido habiéndome! No había contado nunca nada de todo aquello a nadie. Sus padres no saben nada, naturalmente.

—Usted es la que debía escribir novelas.

—¡Ah, amigo mío, si supiese al menos en qué lengua!... Pero no podré nunca decidirme entre el ruso, el inglés y el francés. En fin, a la noche siguiente, fue a buscar a su nueva amiga a su cuarto y allí le reveló todo lo que su marido no había sabido enseñarle; y me figuro que se lo enseñó muy bien. Ahora que como estaban convencidos de que les quedaba tan sólo muy poco tiempo por vivir, no tomaron, naturalmente, ninguna precaución y claro es, poco tiempo después, con ayuda del amor, empezaron a estar mucho mejor los dos. Cuando se dio ella cuenta de que estaba embarazada se quedaron consternados. Fue el mes pasado. Empezaba a hacer calor. Pau, en verano, es insoportable. Volvieron juntos a París. Su marido cree que ella está en casa de sus padres, que dirigen un pensionado cerca del Luxemburgo; pero no se ha atrevido a volver a verlos. Los padres, por su lado, la creen aún en Pau; pero acabará por descubrirse todo, muy pronto. Vicente juraba, al principio, que no la abandonaría; le proponía marchar a América, a Oceanía. Pero necesitaban dinero. Entonces fue, precisamente, cuando le encontró a usted y empezó a jugar.

—No me había contado nada de eso.

—¡Sobre todo no vaya usted a decirle que yo le he hablado!

Se detuvo, aguzando el oído:

—Creí que era él... Me ha contado que durante el trayecto de Pau a París, creyó que iba ella a volverse loca. Sólo entonces comprendió que empezaba el embarazo. Iba frente a él en el compartimiento del vagón; estaban solos. No le había dicho nada desde por la mañana; tuvo él que ocuparse de todo al salir; ella se dejaba manejar, parecía no darse cuenta de nada. Le cogió las manos; pero ella miraba fijamente hacia adelante, hosca, como si no le viese; y sus labios se agitaban. Se inclinó hacia ella. Decía: «¡Un amante! ¡Un amante! Tengo un amante.» Lo repetía con idéntico tono; y siempre la misma palabra, como si no supiese otras... Le aseguro a usted, querido, que cuando me relató eso, no tenía yo ganas de reír en absoluto. Ño he oído en toda mi vida nada tan patético. Pero, sin embargo, a medida que hablaba, comprendía yo que se apartaba de todo aquello. Hubiérase dicho que su sentimiento desaparecía con sus palabras. Hubiérase dicho que agradecía a mi emoción el que relevase un poco la suya.

—No sé cómo diría usted eso en ruso o en inglés, pero le aseguro que resulta muy bien en francés.

—Gracias. Ya lo sabía. Después de eso fue cuando me habló de historia natural; e intenté convencerle de que sería monstruoso sacrificar su carrera a su amor.

—O, dicho de otro modo, le aconsejó usted que sacrificase su amor. ¿Y se propone usted sustituir ese amor?

Lilian no contestó nada.

—Ahora sí creo que es él —repuso Roberto, levantándose—. Una última palabra antes de que entre. Mi padre ha muerto hace un rato.

—¡Ah! —dijo ella simplemente.

—¿No le diría a usted nada eso de convertirse en la condesa de Passavant?

Lilian, al oírlo, se dejó caer hacia atrás riendo a carcajadas.

—Pero, amigo mío... es que me parece recordar que he olvidado un marido en Inglaterra. ¡Cómo!, ¿no se lo había dicho a usted ya?

—Quizá no.

—Existe un lord Griffith en alguna parte.

El conde de Passavant, que no había creído nunca en la autenticidad del título de su amiga, sonrió. Ella prosiguió:

—Dígame. ¿Se le ha ocurrido a usted proponerme eso para encubrir su vida? No, querido, no. Sigamos como estamos. Amigos, ¿eh?

Y le tendió una mano que él besó.

—¡Hombre! Estaba seguro de ello —exclamó Vicente al entrar—. Se ha vestido de etiqueta el muy traidor.

—Sí, le había prometido quedarme de americana para que no se avergonzase de la suya —dijo Roberto—. Le pido a usted perdón, mi querido amigo, pero he recordado de pronto que estaba de luto.

Vicente llevaba la cabeza engallada; todo en él respiraba el triunfo, la alegría. A su llegada, Lilian se puso en pie de un salto. Le contempló un instante y luego se precipitó alegremente sobre Roberto y le golpeó repetidamente la espalda, bailando y gritando. (Lilian me crispa un poco los nervios cuando se pone a hacer niñerías.)

—¡Ha perdido su apuesta!, ¡ha perdido su apuesta!

—¿Qué apuesta? —preguntó Vicente.

—Roberto ha apostado a que iba usted a perder de nuevo. ¡Vamos! Dígalo pronto: ¿cuánto ha ganado?

—He tenido el extraordinario valor, la virtud de parar a los cincuenta mil y de retirarme del juego en ese momento.

Lilian lanzó un rugido de contento.

—¡Bravo, bravo y bravo! —gritaba.

Luego se colgó del cuello de Vicente, que sintió a lo largo de su cuerpo la flexibilidad de aquel cuerpo ardiente con un extraño perfume de sándalo; y Lilian le besó en la frente, en las mejillas, en los labios. Vicente, vacilante, se desasió. Sacó de su bolsillo un fajo de billetes de Banco.

—Tenga, recoja usted su anticipo —dijo tendiendo cinco a Roberto.

—Es a lady Lilian a quien se los debe usted ahora.

Roberto le entregó los billetes que ella tiró sobre el diván. Estaba jadeante. Fue hasta la terraza para respirar. Era la hora indecisa en que acaba la noche y en que el diablo hace sus

Librodot

cuentas. Afuera no se oía ni un ruido. Vicente se había sentado en el diván. Lilian se volvió hacia él y tuteándole por primera vez:

—Y ahora, ¿qué vas a hacer?

Se cogió él la cabeza con las manos y dijo en una especie de sollozo:

—No lo sé.

Lilian se acercó a él y le puso la mano sobre la frente, que él levantó; sus ojos estaban secos y ardientes.

—Entretanto, vamos a beber los tres —dijo ella y llenó las copas de Tokay.

Cuando hubieron bebido:

—Y ahora déjenme ustedes. Es tarde y ya no puedo más.

Les acompañó hasta la antesala y luego, como Roberto iba delante, deslizó en la mano de Vicente un pequeño objeto de metal y musitó:

—Sal con él y vuelve dentro de un cuarto de hora. En la sala dormitaba un lacayo, a quien ella sacudió de un brazo.

—Alumbre a estos señores hasta abajo.

La escalera estaba oscura; hubiera sido más sencillo, sin duda, encender la luz eléctrica; pero Lilian quería que un criado viese, siempre, salir a sus invitados.

El lacayo encendió las velas de un gran candelabro que sostuvo en alto delante, precediendo a Roberto y a Vicente por la escalera. El auto de Roberto esperaba ante la puerta que el lacayo cerró de nuevo tras ellos.

—Me parece que voy a volver a pie. Necesito andar un poco para recobrar mi equilibrio —dijo Vicente, cuando el otro abrió la portezuela del coche y le hizo señas de que subiese.

—¿No quiere usted de verdad que le deje en su casa?

Roberto cogió bruscamente la mano izquierda de Vicente, que éste tenía cerrada.

—¡Abra usted la mano! ¡Vamos! Enséñeme lo que lleva ahí.

Vicente tenía la ingenuidad de temer los celos de Roberto. Enrojeció al aflojar los dedos; cayó una llavecita sobre la acera. Roberto la recogió inmediatamente y la examinó; se la devolvió, riendo, a Vicente.

—¡Caray! —exclamó, alzándose de hombros.

Y luego, al entrar en el coche, se volvió hacia Vicente, que se había quedado cohibido.

—Hoy es jueves. Dígale a su hermano que le espero esta tarde, desde las cuatro.

Y cerró rápidamente la portezuela, sin darle tiempo a Vicente para replicar.

El auto arrancó. Vicente anduvo unos pasos por el malecón, cruzó el Sena, llegó hasta esa parte de las Tullerías que queda fuera de las verjas, se acercó a un piloncito y mojó en el agua su pañuelo, que luego aplicó sobre su frente y sobre sus sienes. Después, volvió lentamente hacia casa de Lilian. Dejémosle, mientras el diablo divertido le ve meter sin ruido la llavecita en la cerradura...

Es la hora en que Laura, su amante de ayer, después de haber llorado y gemido largo rato, va a dormirse en un triste cuarto de hotel. En la cubierta del barco que le devuelve a Francia, Eduardo, a la primera claridad del alba, relee la carta que ha recibido de ella, carta dolorida, en la que pide auxilio. Ya la dulce costa de su tierra natal está a la vista, pero, a través de la bruma, se necesita una mirada práctica para verla. Ni una nube en el cielo, donde la mirada de Dios haya sonreído. El párpado del horizonte, enrojecido ya, se alza. ¡Qué calor va a hacer en París! Es hora ya de volver en busca de Bernardo. Y éste se despierta en la cama de Oliverio.

Librodot

VI
DESPERTAR DE BERNARDO

We are all bastards;
And that most venerable man which I
Did call my father, was I know not where
When I was stamp'd.
SHAKESPEARE.

Bernardo ha tenido un sueño absurdo. No se acuerda de lo que ha soñado. No intenta recordar su sueño, sino salir de él. Reingresa en el mundo real para sentir el cuerpo de Oliverio apoyarse pesadamente contra él. Su amigo, durante su sueño, o al menos durante el sueño de Bernardo, se había ido acercando, y además la estrechez de la cama no permite mucha distancia; se había vuelto; duerme ahora sobre un costado y Bernardo siente su aliento cálido cosquillearle el cuello. Bernardo no tiene más que una corta camisa de calle; un brazo de Oliverio, atravesado sobre su cuerpo, oprime indiscretamente su carne. Bernardo duda un momento si su amigo duerme realmente. Se desprende, suavemente. Sin despertar a Oliverio, se levanta, se viste y vuelve a tumbarse en la cama. Es aún demasiado pronto para marcharse. Las cuatro. Comienza apenas a palidecer la noche. Una hora más de reposo, de acumulación de ímpetu para empezar valientemente la jornada. Pero se acabó el sueño. Bernardo contempla los cristales azulantes, las paredes grises del cuartito, la cama de hierro donde Jorge se agita, soñando.

—Dentro de un momento —se dice—, iré hacia mi destino. ¡Qué hermosa palabra: aventura! Lo que debe suceder. Todo lo sorprendente que me espera. No sé si otros serán como yo, pero en cuanto estoy despierto, me gusta despreciar a los que duermen. Oliverio, amigo mío, me iré sin tu adiós. ¡Hola! ¡En pie, valeroso Bernardo! Ya es hora.

Frota su rostro con un pico de toalla mojada; se peina; se calza. Abre la puerta, sin hacer ruido. ¡Afuera!

¡Ah!, ¡qué saludable le parece a todo el ser, el aire que no ha sido aún respirado! Bernardo sigue la verja del Luxemburgo; baja la calle Bonaparte, llega a los muelles, cruza el Sena. Piensa en su nueva regla de vida, cuya fórmula ha encontrado hace poco: «Si tú no haces eso, ¿quién lo hará? Si no lo haces en seguida, ¿cuándo será?» Piensa: «Grandes cosas que hacer»; le parece que va hacia ellas. «Grandes cosas» se repite, mientras anda. ¡Si supiera, al menos, cuáles!... Entretanto, sabe que tiene hambre; está cerca del mercado. Tiene setenta céntimos en el bolsillo, ni uno más. Entra en un bar, toma café con leche con un bollo en el mostrador. Gasto: cincuenta céntimos. Le quedan veinte; deja valientemente diez sobre el mostrador y da los otros diez a un desharrapado que rebusca en una lata de basura. ¿Caridad? ¿Reto? Poco importa. Ahora se siente dichoso como un rey. Ya no tiene nada: ¡todo es suyo!

—Lo espero todo de la providencia, piensa. Con sólo que acceda a poner ante mí, alrededor de las doce, un hermoso rosbif sangrando, transigiré gustoso con ella (pues, anoche, no cenó).

El sol ha salido hace mucho tiempo. Bernardo se acerca al malecón. Se siente ligero; si corre, le parece que vuela. En su cerebro brinca voluptuosamente su pensamiento. Se dice:

—Lo difícil en la vida es tomar en serio durante mucho tiempo la misma cosa. Así, el amor de mi madre por el que yo llamaba mi padre; ese amor, he creído en él quince años seguidos; ayer aún creía en él. Ella tampoco ¡qué demonio!, ha podido tomar en serio durante mucho tiempo, su amor. Me gustaría saber si la desprecio o si la estimo más, por haber hecho de su hijo un bastardo... Aunque en el fondo, no me importa tanto saberlo. Los sentimientos hacia los padres, forman parte

Librodot

de las cosas que es preferible no intentar demasiado poner en claro. En cuanto el cornudo, es muy sencillo: hasta donde alcanzan mis recuerdos, le he odiado siempre, tengo que confesarme hoy que no había en ello un gran mérito y es todo lo que siento ahora. ¡Y pensar que si no hubiese yo forzado ese cajón habría creído toda mi vida que experimentaba hacia un padre unos sentimientos desnaturalizados! ¡Qué alivio el saber!... Sin embargo, yo no he forzado realmente el cajón; no pensaba siquiera abrirlo... Además existían circunstancias atenuantes: lo primero, me aburría atrozmente aquel día. Y luego, esa curiosidad, esa «fatal curiosidad», como dice Fenelón, es lo que he heredado con mayor seguridad de mi verdadero padre, porque no hay ni rastro de ella en la familia Profitendieu. No he visto nunca a nadie menos curioso que el señor marido de mi madre; como no sean los hijos que ha tenido con ella. Tengo que volver a pensar en ellos cuando haya comido... Levantar el mármol de un velador y ver que el cajón está entreabierto, no es realmente lo mismo que forzar una cerradura. No soy un ladrón de ganzúa. Eso de levantar el mármol de un velador, le puede suceder a cualquiera. Teseo debía tener mi edad cuando levantó la roca. Lo que no permite hacerlo de costumbre, en el velador, es el reloj. No se me hubiera ocurrido levantar el mármol del velador si no hubiese querido arreglar el reloj... Lo que no sucede a cualquiera es encontrar debajo unas armas; ¡o unas cartas de amor culpable! ¡Bah! Lo importante era que yo lo supiese. Todo el mundo no puede permitirse, como Hamlet, el lujo de un espectro revelador. ¡Hamlet! Es curioso cómo varía el punto de vista, según sea uno fruto del crimen o de la legitimidad. Ya volveré sobre esto cuando haya comido... ¿Hacía yo mal en leer esas cartas? Si hubiera hecho mal... no, tendría remordimiento. Y si no hubiese leído esas cartas, habría tenido que seguir en la ignorancia, en la mentira y en la sumisión. Aireémonos. ¡Proa hacia alta mar! «¡Bernardo! Bernardo, lozana juventud...», como dice Bossuet, siéntate en este banco, Bernardo. ¡Qué hermoso tiempo hace esta mañana! Hay días en que el sol parece realmente que acaricia la tierra. Si pudiera yo evadirme de mí mismo un poco, haría versos seguramente. Tendido sobre un banco, se evadió tan bien que durmió.

Librodot

VII
LADY GRIFFITH Y VICENTE

El sol, ya alto, llega por la ventana abierta, a acariciar el pie descalzo de Vicente, sobre el amplio lecho donde reposa, junto a Lilian. Ésta, que no sabe que está despierto, se levanta, le mira y se queda extrañada al notarle un aire preocupado.

Lady Griffith amaba quizás a Vicente; pero amaba en él al éxito. Vicente era alto, guapo, esbelto, pero no sabía ni estar de pie, ni sentarse, ni levantarse. Su cara era expresiva, pero se peinaba mal. Ella admiraba sobre todo la intrepidez, la solidez de su pensamiento; era él verdaderamente muy instruido, pero parecía inculto. Se inclinaba ella con un instinto de amante y de madre sobre aquel niño grande que tenía empeño en formar. Hacía de él su obra, su estatua. Le enseñaba a cuidarse las uñas, a peinarse hacia un lado el pelo, que al principio llevaba él echado hacia atrás: y su frente, medio oculta por sus cabellos, parecía más pálida y más alta. Y, finalmente, había ella sustituido por corbatas adecuadas los modestos lacitos hechos que él llevaba. Decididamente, lady Griffith amaba a Vicente; pero no le soportaba taciturno o «áspero», como ella decía.

Pasea con suavidad sobre la frente de Vicente su dedo, como para borrar una arruga, doble surco que partiendo de las cejas, abre dos trazos verticales y parece casi doloroso.

—Si vas a traerme aquí penas, preocupaciones, remordimientos, más vale que no vuelvas —murmura inclinándose hacia él.

Vicente cierra los ojos como ante un resplandor demasiado fuerte. La alegría de las miradas de Lilian le deslumbra.

—Aquí es como en las mezquitas; se descalza uno al entrar para no llevar a ellas el barro de afuera. ¡Creerás tú que no sé en qué piensas!

Y luego, al querer Vicente taparle la boca con la mano, se desprende enfadada.

—No, déjame hablarte seriamente. He reflexionado mucho en lo que me dijiste el otro día. Se cree siempre que las mujeres no saben reflexionar, pero ahora verás que eso depende de quienes sean... Lo que me dijiste acerca de los productos de cruzamiento... y que no se obtenía nada extraordinario con la mezcla, sino más bien por selección... ¿Eh, qué tal?, ¿he retenido bien tu lección?... Bueno, pues me parece que esta mañana amamantas un monstruo, algo completamente ridículo que no podrás nunca destetar: un híbrido de Bacante y de Espíritu Santo. ¿Que no es verdad?... Te disgusta haber abandonado a Laura: leo eso en la arruga de tu frente. Si quieres volver al lado de ella, dilo inmediatamente y déjame; me habría equivocado contigo y te vería marchar sin pena. Pero si pretendes permanecer conmigo, no pongas esa cara de entierro. Me recuerdas ciertos ingleses: cuanto más se emancipa su pensamiento más se aferran a la moral; hasta el punto de que no hay nadie más puritano que algunos de sus librepensadores... ¿Me tomas por una mujer sin corazón? Te equivocas: comprendo muy bien que tengas compasión de Laura. Pero entonces, ¿qué haces aquí?

Y luego, como Vicente se apartase de ella:

—Óyeme: vas a ir al cuarto de baño y a procurar dejar allí tus penas bajo la ducha. Llamo para el té, ¿eh? Y cuando reaparezcas, te explicaré algo que no pareces comprender muy bien.

Él se levantó. Ella se precipitó tras él.

—No te vistas después. En el armario, a la derecha del calentador de agua, encontrarás albornoces, jaiques, pijamas... en fin, tú escogerás.

Vicente reapareció veinte minutos después, envuelto en una chilaba de seda verde piñón.

—¡Oh, espera, espera que te arregle! —exclamó Lilian, extasiada.

Librodot

Sacó de un cofre oriental dos anchos chales rojizos y le puso a Vicente uno de cinturón y otro de turbante.

—Mis pensamientos son siempre del color de mi vestido (habíase ella puesto un pijama púrpura "lamé" de plata). Me acuerdo de un día, siendo yo muy pequeña, en San Francisco; quisieron vestirme de negro, con el pretexto de que acababa de morir una hermana de mi madre, una vieja tía a quien yo no había visto nunca. Me pasé llorando todo el día; me encontraba triste, triste; me figuré que tenía mucha pena, que sentía de un modo inmenso a mi tía... sólo a causa de aquel color negro. Si los hombres son hoy día más serios que las mujeres, es porque van vestidos con tonos más oscuros. Apuesto a que no tienes ya las mismas ideas de hace un rato. Siéntate, al borde de la cama; y cuando hayas bebido un vasito de vodka y una taza de té y tomado dos o tres «sandwiches», te contaré una historieta. Tú me dirás cuándo puedo empezar...

Se ha sentado en la alfombra, al pie del lecho, entre las piernas de Vicente, acurrucada como una estela egipcia, con el mentón sobre las rodillas.

Después de haber bebido y comido ella también, comienza:

—Iba yo en el *Borgoña*, ¿sabes?, el día en que naufragó. Tenía diecisiete años. Con esto te digo mi edad actual. Era una nadadora excelente; y para demostrarte que no tengo el corazón demasiado seco, te diré que, si mi primera idea fue la de salvarme yo, la segunda fue la de salvar a alguien. No estoy muy segura, incluso, de que no fuese la primera. O más bien, creo que no pensé en nada absolutamente; pero nada me indigna tanto como esos, que en los momentos así, no piensan más que en sí mismos, sí: me indignan más aún las mujeres que gritan. Echaron al mar una primera canoa de salvamento, llena principalmente de mujeres y niños; algunas de aquéllas lanzaban tales aullidos que era como para perder la cabeza. La maniobra se hizo tan mal que la canoa, en vez de posarse horizontalmente sobre el mar, picó de proa y se vació de todo su cargamento, antes incluso de llenarse de agua. Todo aquello sucedía a la luz de antorchas, fanales y proyectores. No te puedes imaginar lo fúnebre que resultaba. Las olas eran bastante fuertes, y todo lo que no estaba en el marco luminoso desaparecía del otro lado de la colina de agua, en la noche. No he vivido jamás con una vida tan intensa; pero, supongo, que era yo tan incapaz de reflexionar como un terranova que se tira al agua. No comprendo siquiera bien lo que pudo ocurrir, sé tan sólo que había yo reparado, en la canoa, en una niñita de cinco o seis años, que era un encanto; e inmediatamente, cuando vi zozobrar la barca, a ella fue a quien decidí salvar. Iba, al principio, con su madre; pero ésta no sabía nadar bien; y además, la estorbaba, como ocurre siempre en esos casos, la falda. Por lo que a mí respecta, me desnudé maquinalmente; me llamaban para que ocupase un sitio en la canoa siguiente. Tuve que meterme en ella; luego me tiré, indudablemente, al mar desde esa misma canoa; recuerdo solamente que nadé bastante tiempo con la niña agarrada a mi cuello. Estaba aterrada y me apretaba el cuello con tal fuerza que no podía yo respirar. Por fortuna, pudieron divisarnos desde la canoa y esperarnos, o remar hacia nosotras. Pero no te cuento este suceso por eso. El recuerdo que ha quedado más grabado en mí, el que nada podrá nunca borrar de mi cerebro ni de mi corazón es éste: en aquella canoa íbamos amontonados unos cuarenta, después de haber recogido a varios nadadores desesperados, como me recogieron a mí. El agua llegaba casi al borde. Iba yo a popa y tenía apretada contra mí a la niñita a quien acababa de salvar, para calentarla; y para que no viese lo que yo no podía dejar de ver: dos marineros, armado el uno con un hacha y el otro con un cuchillo de cocina... ¿Y sabes lo que hacían?... Cortaban los dedos, y las muñecas de algunos nadadores que, ayudándose con unas cuerdas, se esforzaban en subir a nuestra barca. Uno de aquellos dos marineros (el otro era un negro) se volvió hacia mí (mis dientes castañeteaban de frío, de espanto y de horror) y me dijo: «Si sube uno más, nos hemos reventado todos. La barca está llena». Y añadió que en todos los naufragios no hay más remedio que obrar así; pero que no se habla de ello, naturalmente. Entonces, creo que me desmayé; en todo caso ya no recuerdo más, como se queda uno sordo mucho tiempo después de un ruido demasiado fuerte. Y cuando, a bordo del X, que nos recogió, volví en mí, comprendí que ya no era yo, que no podría ya nunca más ser la misma, la

Librodot

muchacha sentimental de otro tiempo; comprendí que había dejado hundirse una parte de mí misma con el *Borgoña*, que de allí en adelante cortaría a un montón de sentimientos delicados los dedos y las muñecas para impedirles meterse y hacer zozobrar mi corazón.

Miró a Vicente con el rabillo del ojo, y arqueando su torso:

—Tengo que adoptar esa costumbre.

Y luego, como sus cabellos mal sostenidos se habían deshecho y le caían sobre los hombros, se levantó y acercándose a un espejo, se dedicó a peinarse, mientras hablaba.

—Cuando salí de América, poco tiempo después, parecíame ser el vellocino de oro y marchar en busca de un conquistador. He podido a veces equivocarme, he podido cometer errores... y quizás cometa uno hoy, hablándote como te hablo. Pero no vayas a figurarte que porque me haya entregado a ti, me has conquistado. Grábate esto bien: odio a los mediocres y no puedo amar más que a un vencedor. Si me quieres, que sea para ayudarte a vencer. Pero si es para compadecerte, para consolarte, para mimarte... prefiero decírtelo en seguida: no, mi buen Vicente, no soy yo la que necesitas, sino Laura.

Dijo esto sin volverse, mientras seguía arreglándose su pelo rebelde; pero Vicente encontró su mirada en el espejo.

—Me permitirás que no te conteste hasta esta noche —dijo él levantándose y quitándose sus vestiduras orientales para ponerse su ropa de calle—. Necesito ahora volver pronto a casa, antes de que se marche mi hermano Oliverio; tengo algo urgente que comunicarle.

Dijo esto a guisa de disculpa y para animar su marcha; pero, al acercarse a Lilian, ésta se volvió sonriente y tan bella que él titubeó.

—Como no le deje cuatro líneas que encuentre a la hora de almorzar —repuso.

—¿Os tratáis mucho?

—Apenas. No, es una invitación para esta tarde, que tengo que transmitirle.

—De parte de Roberto... ¡Oh! *I see*... —dijo ella sonriendo extrañamente—. También de ése tenemos que hablar... Vete de prisa entonces. Pero vuelve a las seis, porque a las siete vendrá su auto a recogernos para llevarnos a cenar al bosque.

Vicente medita, mientras anda; siente que del hartazgo de los deseos puede nacer, acompañando a la alegría y como cobijándose tras ella, una especie de desesperación.

Librodot

VIII
EDUARDO REGRESA A PARÍS.
LA CARTA DE LAURA

Hay que elegir las mujeres o conocerlas; no existe término medio.
CHAMFORT.

En el rápido de París, Eduardo lee el libro de Passavant: *La barra fija*, recién publicado y que acaba de comprar en la estación de Dieppe. Aquel libro le espera, sin duda, en París; pero Eduardo está impaciente por conocerlo. Hablan, de él en todas partes. Ninguno de sus libros ha merecido nunca el honor de figurar en las librerías de las estaciones. Le han hablado, sí, de tal, o cual gestión que bastaría hacer para conseguir su admisión; pero a él no le interesa mucho. Piensa una vez más que le preocupa muy poco que sus libros estén expuestos en las librerías de las estaciones, pero necesita repetírselo al ver en ellas el libro de Passavant. Todo lo que hace Passavant le molesta, así como todo lo que se hace en torno a Passavant: los artículos, por ejemplo, donde ponen aquel libro por las nubes. Sí, es como un hecho deliberado: cada uno de los tres periódicos que compra, apenas se apea, contiene un elogio de *La barra fija*. Otro, el cuarto, inserta una carta de Passavant, protestando de un artículo un poco menos laudatorio que los otros, publicado anteriormente en ese periódico. Passavant defiende allí su libro y lo explica. Aquella carta irrita a Eduardo todavía más que los artículos. Passavant pretende esclarecer a la opinión: es decir, la inclina hábilmente. Ninguno de los libros de Eduardo ha dado lugar jamás a tantos artículos; por eso Eduardo no ha hecho nunca nada para ganarse la simpatía de los críticos. Si éstos le acogen con frialdad, le importa poco. Pero, leyendo los artículos sobre el libro de su rival, necesita repetirse que le importa poco.

No es que deteste a Passavant. Le ha visto algunas veces y le ha encontrado encantador. Por otra parte, Passavant ha estado siempre con él de lo más amable. Pero los libros de Passavant le desagradan; Passavant le parece más bien un intrigante que un artista. Basta de pensar en él...

Eduardo saca del bolsillo de su americana la carta de Laura, aquella carta que releía sobre la cubierta del barco: la relee una vez más:

»Amigo mío:

»La última vez que le he visto —era, como recordará usted, en St. Jame's Park, el 2 de abril, la víspera de mi viaje al mediodía— me hizo usted que le prometiese escribirle si me encontraba en un apuro. Cumplo mi promesa. ¿A quién iba yo a recurrir sino a usted? Aquellos en quienes quisiera poder apoyarme, son precisamente a los que debo ocultar mi angustia. Amigo mío, estoy en una gran desesperación. Algún día quizás le contaré a usted lo que ha sido mi vida desde que me separé de Félix. Me acompañó hasta Pau y luego se fue solo a Cambridge, reclamado por su clase. Lo que ha sido de mí, allá lejos, sola y abandonada a mí misma, a la convalecencia, a la primavera... ¿Podría atreverme a confesar a usted lo que no puedo decir a Félix? Ha llegado el día en que debía reunirme con él. ¡Ay! No soy ya digna de volverle a ver. Las cartas que le he escrito desde hace algún tiempo son falsas y las que recibo de él sólo hablan de su alegría al saber que estoy mejor. ¡Por qué no seguiré enferma! ¡Por qué no habré muerto allá!... Amigo mío, he tenido que rendirme a la evidencia; estoy embarazada, y el hijo que espero no es de él. Me he separado de Félix hace tres meses; de cualquier modo, a él, por lo menos, no puedo engañarle. No me atrevo a regresar a su lado. No puedo. No quiero. Es demasiado bueno. Me perdonaría, sin duda, y yo no merezco, no quiero que me perdone. No me atrevo a volver con mis padres, que me siguen creyendo en Pau. Si mi padre supiera, si comprendiese, sería capaz de maldecirme. Me rechazaría. ¿Cómo afrontaría yo su virtud, su horror al mal, a la mentira, a todo lo que es impuro? Temo también afligir a mi madre y a mi hermana. En cuanto al que... pero no quiero acusarle; cuando me prometió ayudarme estaba

Librodot

en situación de poder hacerlo. Pero para ayudarme con más facilidad, empezó, desgraciadamente, a jugar. Perdió la cantidad que iba a servir para mi manutención y para el parto. Lo perdió todo. Pensé al principio marcharme con él a cualquier parte, a vivir juntos, por lo menos algún tiempo, porque no quería molestarle ni serle gravosa; hubiese yo terminado por encontrar donde ganarme la vida; pero no puedo intentarlo inmediatamente. Veo claramente que él sufre de tener que abandonarme y que no puede hacer otra cosa, por eso no le acuso; pero, a pesar de todo, me abandona. Estoy aquí sin dinero. Vivo de fiado, en un hotel modesto. Pero esto no puede durar. No sé lo que va a ser de mí. ¡Ay! Unos caminos tan deliciosos no podían acabar más que en un abismo. Le escribo a usted a las señas de Londres que me dio; pero, ¿cuándo le llegará esta carta? ¡Y yo que tanto deseaba ser madre! No hago más que llorar todo el día. Aconséjeme usted, ya que sólo en usted confío. Socórrame si le es posible y si no... ¡Ay! En otros tiempos hubiese tenido más valor, pero ahora ya no soy sola la que muero. Si no viene usted, si me escribe: «no puedo hacer nada», no le dirigiré ningún reproche. Al decir adiós, procuraré no añorar demasiado la vida, pero creo que no ha comprendido usted nunca muy bien que la amistad que me demostró sigue siendo lo mejor que he conocido; no ha comprendido usted bien que lo que yo llamaba mi amistad hacia usted tenía otro nombre en mi corazón.

LAURA FÉLIX DOUVIERS.»

»P. S. — Antes de echar esta carta en Correos, voy a volverle a ver por última vez. Le esperaré en su casa esta noche. Si recibe usted ésta es que realmente... Adiós, adiós, no sé ya lo que escribo.»

Eduardo ha recibido esta carta la mañana misma de su marcha. Es decir, que se ha decidido a partir inmediatamente después de haberla recibido. De todas maneras, no pensaba prolongar mucho su estancia en Inglaterra. No pretendo insinuar que no hubiera sido capaz de volver a París especialmente por socorrer a Laura; digo que le alegra volver. Se ha saciado terriblemente de placer, estos últimos tiempos, en Inglaterra; lo primero que hará en París es ir a una pasa de mala nota; y como no quiere llevar allí papeles personales, coge de la red del compartimiento su maleta, y la abre para meter en ella la carta de Laura.

El sitio de esta carta no es el espacio entre una americana y unas camisas; extrae de debajo de las ropas un cuaderno medio lleno con su letra, busca en él, al comienzo, determinadas hojas escritas el pasado año, que relee, y entre las cuales ocupará un sitio la carta de Laura.

DIARIO DE EDUARDO

18 de octubre.

»Laura no parece sospechar su poder; yo, que penetro en el secreto de mi corazón, sé muy bien que hasta hoy no he escrito ni una línea que no haya inspirado ella indirectamente. La siento junto a mí, infantil aún, y toda la habilidad de mi discurso no se la debo más que a mi deseo constante de instruirla, de convencerla, de seducirla. No veo nada, no oigo nada, sin pensar inmediatamente: ¿qué diría ella? Prescindo de mi emoción y no conozco más que la suya. Me parece, incluso, que si ella no estuviese ahí para concretarme, mi propia personalidad se perdería en contornos demasiado vagos; me concentro y me defino únicamente en torno a ella. ¿Por qué ilusión he podido creer hasta hoy que la moldeaba a mi semejanza? Cuando, por el contrario, soy yo quien me doblegaba a la suya, ¡y no lo advertía! O, mejor dicho, por un extraño cruzamiento de influencias amorosas, nuestros dos seres se deformaban recíprocamente. Involuntaria e inconscientemente cada uno de los dos seres que se aman se moldea conforme a la exigencia del

Librodot

otro, trabaja en parecerse a ese ídolo que contempla en el corazón del otro... Todo el que ama de verdad renuncia a la sinceridad.

»Así me ha engañado. Su pensamiento acompañaba por todas partes al mío. Admiraba yo su gusto, su curiosidad, su cultura y no sabía yo que era tan sólo por amor a mí por lo aue la interesaba tan apasionadamente todo cuanto veía ella que me seducía. Porque no sabía descubrir nada. Cada una de sus admiraciones, hoy lo comprendo, no era para ella más que un diván donde tender su pensamiento junto al mío; nada respondía en esto al hondo afán de su naturaleza. «No me adorno ni me arreglo más que para ti», dirá ella. Precisamente, hubiese yo querido que lo hubiera hecho sólo para ella, y que cediese, al hacerlo, a alguna íntima necesidad personal. Pero de todo eso, que añadía ella a su persona para mí, no quedará nada, ni siquiera una añoranza, ni siquiera una sensación de falta. Llega un día en que reaparece el verdadero ser, que el tiempo despoja lentamente de todo su ropaje de prestado; y si el otro está enamorado de esas galas, no estrecha ya contra su corazón más que un adorno vacío, que un recuerdo... que luto y desesperación.

»¡Ah, con cuántas virtudes, con cuántas perfecciones la he adornado!

»¡Qué irritante es esta cuestión de la sinceridad! "¡Sinceridad!" Cuando hablo de ella, no pienso más que en la sinceridad de ella. Si me vuelvo hacia mí, dejo de comprender lo que quiere decir esa palabra. No soy nunca más que lo que creo que soy, y esto varía sin cesar, de modo que, muchas veces, si no estuviese yo aquí para tratarles, mi ser de por la mañana no reconocería ya al de por la noche. Nada hay más diferente de mí que yo mismo, tínicamente en la soledad es donde se me aparece a veces el substratum y cuando consigo cierta continuidad íntima; pero entonces paréceme que mi vida se aminora, se detiene y que voy a dejar de ser en puridad. Mi corazón no late más que por simpatía; no vivo más que por otro; por poder, pudiera yo decir, por desposorio, y nunca me siento vivir tan intensamente como cuando me escapo de mí mismo para convertirme en cualquiera.

»Esta fuerza antiegoísta de descentralización es tal que volatiza en mí el sentido de la propiedad y, por consiguiente, el de la responsabilidad. Un ser así no es de los que puedan casarse con nadie. ¿Cómo hacer comprender esto a Laura?

26 de octubre.

»Nada tiene para mí otra existencia que la "poética" (y devuelvo a esta palabra su sentido pleno) empezando por mí mismo. Paréceme a veces que no existo realmente, que me imagino, simplemente, que soy. En lo que más difícilmente consigo creer es en mi propia realidad. Me escapo sin cesar y no comprendo bien, cuando me veo obrar, que el que yo veo obrar sea el mismo que el que mira, y se extraña y duda que pueda él ser actor y espectador a la vez.

»El análisis psicológico ha perdido para mí todo interés desde el día en que advertí que el hombre experimenta lo que se imagina experimentar. De aquí a pensar que se imagina experimentar lo que experimenta... Lo veo muy bien con mi amor: entre amar a Laura e imaginarme que la amo; entre imaginarme que la amo menos y amarla menos, ¿qué pupila divina vería la diferencia? En la esfera de los sentimientos, lo real no se distingue de lo imaginario. Y si le basta a uno con imaginar que ama para amar, basta igualmente con decirse que se imagina uno amar, cuando se ama, para amar inmediatamente un poco menos e incluso para apartarse un poco de lo que se ama, o para desprender algunos cristales. Pero para decirse esto ¿no es preciso ya amar un poco menos?

»Por intermedio de semejante razonamiento X, en mi libro se esforzará en apartarse de Z; y, sobre todo, se esforzará en apartarla de él.

Librodot

28 de octubre

»Se habla sin cesar de la brusca cristalización del amor. La lenta «descristalización», de la que no oigo nunca hablar, es un fenómeno psicológico que me interesa mucho más. Estimo que se le puede observar, al cabo de un tiempo más o menos largo, en todos los matrimonios por amor. No habrá que temer eso con Laura, si realmente (y es mucho mejor) se casa con Félix Douviers, como le aconsejan la razón, su familia y yo mismo. Douviers es un profesor honorabilísimo, lleno de mérito y muy capaz en su esfera (recuerdo que es queridísimo por sus alumnos), en quien Laura va a descubrir, con el trato, tantas más virtudes cuanto menos va ella a ilusionarse por adelantado; cuando habla de él, encuentro que, en el elogio, se queda más bien corta. Douviers vale más de lo que ella cree.

»¡Qué admirable asunto de novela: al cabo de quince años, de veinte años de vida conyugal; la descristalización progresiva y recíproca de los cónyuges! Mientras ama y quiere ser amado, el enamorado no puede darse por lo que es en realidad, y además, no ve al otro, sino, en su lugar, a un ídolo que él adora, diviniza y crea.

»He puesto, por lo tanto, en guardia a Laura, contra ella y contra mí mismo. He intentado persuadirla de que nuestro amor no podría asegurarnos ni a uno ni a otro, una felicidad duradera. Espero haberla casi convencido.»

Eduardo se encoge de hombros, cierra el diario sobre la carta y vuelve a meter las dos cosas en la maleta. Guarda allí también su cartera después de haber sacado un billete de cien francos, que le bastará seguramente hasta el momento en que acuda a recoger su maleta, que piensa dejar en la consigna al llegar. Lo molesto es que no se cierra con llave su maleta, o por lo menos que él no tiene llave para cerrarla. Pierde siempre las llaves de sus maletas. ¡Bah! Los empleados de la consigna están demasiado atareados durante el día, y nunca solos. Recogerá la maleta alrededor de las cuatro; la llevará a su casa, luego irá a consolar y a socorrer a Laura e intentará llevársela a cenar.

Eduardo dormita; sus pensamientos toman insensiblemente otro rumbo. Se pregunta si hubiera él adivinado, con la sola lectura de la carta de Laura, que ella tiene el pelo negro. Se dice que los novelistas, con la descripción demasiado exacta de sus personajes, embrollan más que ayudan a la imaginación y que debían dejar que el lector se representase cada uno de aquéllos como le pareciese. Piensa en la novela que prepara, que no debe parecerse a nada de lo que ha escrito hasta aquel día. No está seguro de que *Los monederos falsos* sea un buen título. Ha hecho mal en anunciarlo. Absurda esta costumbre de indicar los «en preparación», a fin de atraer a los lectores. Eso no atrae a nadie y le compromete a uno... No está seguro tampoco de que el asunto sea muy bueno. Piensa en él sin cesar y desde hace largo tiempo; pero no ha escrito todavía una sola línea. En cambio, transcribe sobre un cuaderno sus notas y reflexiones.

Saca de la maleta ese cuaderno, y de su bolsillo una estilográfica. Escribe:

»Despojar a la novela de todos los elementos que no pertenezcan específicamente a la novela. Así como la fotografía, en otro tiempo, desembarazó a la pintura de la preocupación de ciertas exactitudes, el fonógrafo limpiará sin duda mañana a la novela de sus diálogos transcritos, de los que se vanagloria con frecuencia el realista. Los acontecimientos exteriores, los accidentes, los traumatismos, pertenecen al cine; está bien que la novela se los deje. Hasta la descripción de los personajes no me parece en absoluto que pertenezca propiamente al género. Sí, realmente, no me parece que la novela «pura» (y en arte, como en todo, sólo importa la pureza) deba ocuparse de ello. Como no lo hace el drama. Y que no se me diga que el dramaturgo no describe sus personajes porque el espectador está llamando a verlos llevados completamente vivos a la escena; porque cuántas veces no nos ha molestado, en el teatro, el actor, y nos ha hecho sufrir el que se pareciese

Librodot

tan mal a quien, sin él, nos imaginábamos tan bien. El novelista, por lo general, no abre suficiente crédito a la imaginación del lector.»

¿Qué estación acaba de pasar, como una tromba? Asnières. Vuelve a guardar el cuaderno en la maleta. Pero decididamente el recuerdo de Passavant le atormenta. Saca otra vez el cuaderno, y escribe de nuevo:

»Para Passavant, la obra de arte es más un medio que un fin. Las convicciones artísticas de que hace muestra, se afirman tan vehementes sólo porque no son profundas; ninguna secreta exigencia temperamental las manda; responden al dictado de la época; su santo y seña es: oportunidad.

»*La barra fija*. Lo que muy pronto parecerá más anticuado, es lo que, al principio, parece más moderno. Cada complacencia, cada afectación, es la promesa de una arruga. Pero por eso es por lo que Passavant gusta a los jóvenes. Le importa poco el porvenir. Es a la generación de hoy a la que se dirige (lo cual es realmente preferible a dirigirse a la de ayer), pero como no se dirige más que a ella, lo que escribe corre el riesgo de irse con ella. Él lo sabe y no se promete la supervivencia; y eso es lo que hace que se defienda tan hoscamente, no sólo cuando le atacan, sino que protesta incluso a cada restricción de los críticos. Si sintiese que su obra era duradera, la dejaría defenderse por sí misma y no intentaría justificarla sin cesar. ¿Qué digo? Se felicitaría de las incomprensiones y de las injusticias. Mayores dificultades para los críticos de mañana.»

Consulta su reloj. Las once y treinta y cinco. Deben haber llegado. ¿Curiosidad de saber si —por imposible casualidad— Oliverio le espera a la llegada del tren? No piensa en ello lo más mínimo. ¿Cómo suponer tan sólo que Oliverio haya podido tener conocimiento de la postal en que él anunciaba a los padres de Oliverio su regreso —y donde incidentalmente, descuidadamente, distraídamente en apariencia—, precisaba el día y la hora, como si tendiese un lazo al azar, por amor a las troneras?

Para el tren. ¡Pronto, un mozo! No; su maleta no es tan pesada y la consigna está cerca... Suponiendo que esté allí, ¿sabrán reconocerse entre la multitud? ¡Se han visto tan poco! ¡Con tal de que no esté muy cambiado!... ¡Ah, cielos! ¿Será él?

Librodot

IX
EDUARDO Y OLIVERIO VUELVEN A VERSE

No tendríamos que deplorar nada de lo que sucedió a continuación, con sólo que la alegría que sintieron Eduardo y Oliverio por volverse a ver hubiera sido más expresiva; pero una singular incapacidad de medir su crédito en el corazón y en el espíritu del prójimo les era común y les paralizaba a ambos; de modo que, al creerse que era el único emocionado cada uno de ellos, preocupado enteramente por su propia alegría y como avergonzado de sentirla tan viva, sólo le preocupaba a cada uno no dejarla traslucir con exceso.

Esto fue lo que hizo que Oliverio, lejos de ayudar a la alegría de Eduardo contándole el apresuramiento con que había ido a su encuentro, creyese conveniente hablar de un encargo que había tenido que hacer precisamente aquella mañana, como para disculparse por haber acudido. Excesivamente escrupulosa, su alma era hábil para persuadirse de que quizá Eduardo encontraba inoportuna su presencia. No bien hubo mentido, enrojeció. Eduardo sorprendió aquel rubor y, como desde el principio había cogido el brazo de Oliverio, apretándole cariñosamente, creyó, también por delicadeza, que era aquello lo que le hacía enrojecer.

Díjole primero:

—Me esforzaba en creer que no estarías allí; pero en el fondo estaba seguro de que vendrías.

Le pareció que Oliverio veía cierta presunción en aquella frase, oyéndole responder con aire desenvuelto:

—Tenía precisamente un encargo que hacer en este barrio.

Eduardo soltó el brazo de Oliverio y su exaltación se disipó inmediatamente. Hubiera querido preguntar a Oliverio si había éste comprendido que aquella postal dirigida a sus padres, la había escrito para él; a punto de interrogarle, no se atrevía sin embargo. Oliverio, temiendo aburrir a Eduardo o que éste le juzgase mal si hablaba de sí mismo, callaba. Miraba a Eduardo y le sorprendía cierto temblor en sus labios, y en seguida bajaba los ojos. Eduardo deseaba a la vez aquella mirada y temía que Oliverio le creyese demasiado viejo. Arrollaba nerviosamente entre sus dedos un trozo de papel. Era el resguardo que acababan de entregarle en la consigna, pero no se fijaba lo más mínimo.

—Si fuera el resguardo de la consigna —se decía Oliverio, viendo cómo lo arrugaba y cómo lo tiraba después— no lo tiraría.

Y se volvió un momento para ver cómo el viento arrastraba aquel pedazo de papel lejos, a su espalda, sobre la acera. Si hubiese mirado más tiempo habría podido ver que lo recogía un muchacho. Era Bernardo que les iba siguiendo, desde que salieron de la estación... Entretanto, Oliverio se desesperaba de no encontrar nada que decir a Eduardo, y el silencio entre ellos se hacía intolerable.

—Cuando lleguemos frente al liceo Condorcet, se repetía, le diré: «Ahora tengo que marcharme; hasta la vista.» Luego, una vez frente al liceo, se concedió una nueva tregua hasta la esquina de la calle de Provenza. Pero Eduardo, a quien aquel silencio pesaba igualmente, no podía admitir que se separasen así. Arrastró a su compañero a un café. Quizá el oporto que les sirvieron ayudaría a vencer su azoramiento.

Bebieron.

—Por tus éxitos —dijo Eduardo alzando su copa—. ¿Cuándo es el examen?

—Dentro de diez días.

—¿Y te encuentras preparado?

Oliverio se encogió de hombros.

Librodot

—Eso nunca se sabe. Basta con estar en mala disposición ese día.

No se atrevía a contestar «sí», por miedo a mostrar demasiado aplomo. También le cohibía el deseo y el temor que sentía a la vez de tutear a Eduardo; se contentaba con dar a cada una de sus frases un giro indirecto del que estaba excluido, al menos, el «usted», de manera que quitaba con ello precisamente a Eduardo la ocasión de solicitar un tuteo que este último deseaba, y que había obtenido sin embargo, lo recordaba bien, días antes de su marcha.

—¿Has trabajado mucho?

—Bastante. Pero no tanto como hubiese querido.

—A los buenos trabajadores les parece siempre que podrían trabajar más aún —dijo Eduardo sentenciosamente.

Dijo esto involuntariamente, y en seguida encontró su frase ridícula.

—¿Sigues haciendo versos?

—De tiempo en tiempo... Tendría gran necesidad de consejos.

Alzaba los ojos hacia Eduardo: «de consejos de usted», quería él decir; «de tus consejos». Y la mirada, a falta de la voz, lo expresaba tan bien, que Eduardo creyó que decía aquello por deferencia o por amabilidad. Pero, ¿qué necesidad tenía de responder y con tanta brusquedad?:

—¡Oh, los consejos! Debe uno saber dárselos a sí mismo, buscarlos entre los camaradas; los de los mayores no valen nada.

Oliverio pensó:

—No se los he pedido, sin embargo; ¿por qué protesta?

A cada uno de ellos le exasperaba el no poder mostrar más que sequedad y desasosiego; y cada uno de ellos, al notar la molestia y la irritación del otro, creía ser objeto y causa de ellas. Semejantes situaciones no pueden producir nada bueno, como no suceda algo que las resuelva.

Y no sucedió nada.

Oliverio se había levantado de mal talante. La tristeza que había experimentado al despertar, por no ver ya a Bernardo a su lado y por haberle dejado marchar sin despedirse de él, aquella tristeza, disipada un instante por la alegría de ver otra vez a Eduardo, le invadía como una sombría oleada, sumergiendo todos sus pensamientos. Hubiese querido hablar de Bernardo, contarle a Eduardo todo, interesarle por su amigo.

Pero la menor sonrisa de Eduardo le hubiese herido y su expresión habría traicionado los sentimientos apasionados y tumultuosos que le agitaban, o hubiera quizá corrido el riesgo de parecer exagerada. Callaba; sentía que sus rasgos se endurecían; hubiese querido echarse en los brazos de Eduardo y llorar. Eduardo se equivocaba ante aquel silencio, ante la expresión de aquel rostro contraído; sentía demasiado cariño para no perder todo aplomo. No se atrevía apenas a mirar a Oliverio, a quien hubiese querido estrechar en sus brazos y mimar como a un niño; y al encontrarse con su mirada tristona:

—Es eso —pensaba—. Le aburro... Le canso, le irrito. ¡Pobre pequeño! No espera más que una palabra mía para marcharse.

Y Eduardo pronunció, irresistiblemente, aquella palabra, por compasión hacia el otro.

—Ahora debes marcharte. Estoy seguro de que tus padres te esperan para almorzar.

Oliverio, que pensaba lo mismo, se equivocó a su vez. Levantóse precipitadamente y le alargó la mano. Quiso decir al menos a Eduardo:

—¿Cuándo volveré a verte? ¿Cuándo volveré a verle? ¿Cuándo nos veremos?

Eduardo esperaba estas palabras. No oyó más que un vulgar:

—Adiós.

Librodot

X

BERNARDO Y LA MALETA

El sol había despertado a Bernardo. Se levantó del banco con un fuerte dolor de cabeza. Su hermosa valentía de aquella mañana le había abandonado. Sentíase espantosamente solo y con el corazón henchido de no sabía qué amargura que se negaba a llamar tristeza, pero que le llenaba los ojos de lágrimas. ¿Qué hacer?, ¿adonde ir?... Si se dirigió hacia la estación de San Lázaro, a la hora en que sabía que iba a ir allí Oliverio, lo hizo sin un propósito concreto, con el solo deseo de volver a ver a su amigo. Se reprochaba su brusca partida de aquella mañana, que podía haber entristecido a Oliverio. ¿No era éste la persona que él prefería en el mundo?... Cuando le vio del brazo de Eduardo, un sentimiento extraño le hizo seguir a la pareja y le vedó al mismo tiempo mostrarse. Se sentía dolorosamente de más y hubiese querido, sin embargo, estar entre ellos. Eduardo le parecía encantador; un poco más alto apenas que Oliverio, de aspecto un poco menos juvenil, apenas. Decidió abordarle a él; esperaba para ello a que se marchase Oliverio. Abordarle, sí, pero ¿con qué pretexto?

En este momento fue cuando vio el trozo de papel arrugado escaparse de la mano distraída de Eduardo. Cuando lo hubo recogido y vio que era un resguardo de la consigna... entonces comprendió que allí estaba el pretexto buscado.

Vio entrar a los dos amigos en el café; se quedó perplejo un momento y luego, prosiguiendo su monólogo:

—Un adiposo normal creería que lo más urgente era llevarle este papel, se dijo:

How weary, slale, fíat and unprofitable
Seems to me all the uses of this world!

he oído decir a Hamlet. Bernardo, Bernardo, ¿qué pensamiento te acaricia? Ya ayer registrabas un cajón. ¿Por qué camino te aventuras? Fíjate bien, hijo mío... Fíjate bien que a mediodía el empleado de la consigna que ha atendido a Eduardo, se marcha a almorzar y es sustituido por otro. ¿Y no le has prometido a tu amigo atreverte a todo?

Pensó, sin embargo, que una precipitación excesiva encerraba el peligro de comprometerlo todo. Sorprendido a su llegada, al empleado podía parecerle sospechosa aquella prisa; consultando el registro del almacén, podía encontrar anormal que un equipaje, depositado en la consigna unos minutos antes del mediodía, fuese retirado inmediatamente después. En fin, si cualquier transeúnte o cualquier indiscreto le hubiera visto recoger el papel... Bernardo decidió volver a bajar hasta la Concordia, sin apresurarse; el tiempo que hubiese empleado otro en almorzar. Se hace con gran frecuencia, verdad, eso de dejar la maleta en la consigna mientras se almuerza e ir después a recogerla. Ya no le dolía la cabeza. Al pasar por delante de la terraza de un restaurant cogió con toda naturalidad un palillo de dientes (estaban colocados en montoncitos sobre las mesas), que pensaba llevar entre los dientes en el despacho de la consigna para tener el aire de un hombre que se ha dado un hartazgo. Satisfecho de tener de su parte su buena cara, la elegancia de su traje, la distinción de su porte, la franqueza de su sonrisa y de su mirada, en fin, ese no sé qué en el aspecto por el que se nota a los que, mantenidos en el bienestar, no necesitan nada, lo tienen todo. Aunque todo esto se pierde durmiendo en los bancos.

Se sintió sobrecogido cuando el empleado le pidió diez céntimos de custodia. No tenía un céntimo. ¿Qué hacer? La maleta estaba allí, sobre el mostrador. La menor falta de aplomo iba a dar el alerta; así como la falta de dinero. Pero el demonio no permitirá que se pierda; desliza entre los dedos ansiosos de Bernardo, que registran todos los bolsillos, en un simulacro de busca desesperada, una monedita de cincuenta céntimos olvidada desde no se sabe cuándo, allí, en el

Librodot

bolsillo de su chaleco. Bernardo se la entrega al empleado. No dejando traslucir la más mínima turbación. Coge la maleta y con un gesto sencillo y digno, se embolsa las monedas que le devuelven. ¡Uf! Tiene calor. ¿Adonde va a ir? Le fiaquean las piernas y la maleta le parece pesadísima. ¿Qué va a hacer con ella?... Piensa, de pronto, que no tiene la llave. No, no, y no; no forzará la cerradura; él no es un ladrón ¡qué diablo!... ¡Si supiese al menos lo que hay allí dentro! Le cansa el brazo. Está sudoroso. Se detiene un instante, deja su carga sobre la acera. Claro es que piensa devolver aquella maleta; pero quisiera escudriñarla primero. Aprieta al azar la cerradura. ¡Oh, milagro! Las valvas se entreabren y dejan entrever esta perla: una cartera que deja asomar unos billetes. Bernardo se apodera de la perla y vuelve a cerrar la ostra en seguida.

Y ahora que tiene con qué, ¡pronto!, un hotel. Conoce uno muy cerca, en la calle de Amsterdam. Se muere de hambre. Pero antes de sentarse a la mesa, quiere poner a cubierto la maleta. Un mozo que la lleva, le precede por la escalera. Tres pisos; un pasillo; una puerta que cierra él con llave sobre su tesoro... Vuelve a bajar.

Sentado ante un bistec, Bernardo no se atreve a sacar la cartera de su bolsillo (no sabe uno nunca si alguien le observa); pero, en el fondo de aquel bolsillo interior, su mano izquierda la palpaba amorosamente.

—Hacer comprender a Eduardo que no soy un ladrón, se decía, ahí está la dificultad. ¿Qué clase de hombre es Eduardo? La maleta nos lo dirá quizá. Indiscutiblemente seductor. Pero hay un montón de tipos seductores que toman muy mal las bromas. Si cree que le han robado la maleta, se pondrá contento indudablemente de volver a verla. Me agradecerá que se la devuelva o es un cochino. Sabré interesarle hacia mí. Tomemos pronto un postre y subamos a examinar la situación. La cuenta; dejemos una propina emocionante al mozo.

Minutos después estaba de nuevo en el cuarto.

—Y ahora, maleta, ¡ya estamos los dos solos!... Un traje de repuesto; un poco grande para mí, sin duda. La tela es original y de buen gusto. Ropa blanca; objetos de «toilette». No estoy muy seguro de devolverle todo esto. Pero lo que prueba que no soy un ladrón es que los papeles que tengo aquí delante van a interesarme más. Leamos primero esto.

Era el cuaderno en el cual había metido Eduardo la triste carta de Laura. Conocemos ya las primeras páginas; he aquí lo que venía a continuación:

Librodot

XI

DIARIO DE EDUARDO: JORGE MOLINIER

1º de noviembre

»Hace quince días... —he hecho mal en no anotar esto en seguida. No es que me haya faltado tiempo, pero tenía aún clavada en el corazón a Laura —o más exactamente no quería apartar mi pensamiento de ella; y además no me complazco en anotar aquí nada episódico, fortuito, y no me parecía aún que lo que voy a contar pudiera originar un resultado, o como dicen, tener consecuencias; me negaba a admitirlo, por lo menos, y era para probármelo, en cierto modo, por lo que me abstenía de hablar de ello en mi diario; pero comprendo muy bien, por mucho que me resista a convencerme, que el rostro de Oliverio imanta hoy mis pensamientos, que inclina su curso y que, sin tenerle a él en cuenta, no podría ni explicarme, ni comprenderme del todo.

»Volvía por la mañana de la editorial Perrin, adonde iba a inspeccionar el servicio de prensa, para la reedición de mi antiguo libro. Como el tiempo era hermoso, vagaba a lo largo de los muelles esperando la hora del almuerzo.

»Un poco antes de llegar frente a Vanier, me detuve ante un puesto de libros de ocasión. Los libros no me interesaban tanto como un joven colegial, de unos trece años, que escudriñaba los estantes bajo la mirada plácida de un vigilante sentado en un silla de paja a la puerta de la tienda. Fingía yo contemplar el puesto, pero vigilaba también de reojo al pequeño. Llevaba un abrigo muy usado, cuyas mangas demasiado cortas dejaban asomar las de su chaqueta. El bolsillo grande del costado se abría como un buzón, aunque se notaba que estaba vacío; la tela se había descosido junto a los bordes. Me imaginé que aquel abrigo había debido servir ya a varios hermanos, y que sus hermanos y él tenían la costumbre de meter demasiadas cosas en sus bolsillos. Pensé también que su madre era muy descuidada o estaba muy atareada, cuando no había zurcido aquello. Pero en aquel momento, al volverse un poco el pequeño, vi que el otro bolsillo estaba todo recosido toscamente, con hilo negro grueso. En seguida oí las amonestaciones maternales. "No te metas los libros en el bolsillo; vas a estropear el abrigo. Tienes otra vez roto el bolsillo. Te advierto que la próxima vez no vuelvo a zurcírtelo. ¡Fíjate lo que pareces!..." Todas estas cosas me las decía a mí también mi madre; y yo tampoco las tenía en cuenta. El abrigo, abierto, dejaba ver la chaqueta, y atrajo mi mirada una especie de pequeña condecoración, un trocito de cinta, o más bien una roseta amarilla que llevaba el chico en el ojal. Anoto esto por disciplina y precisamente porque me molesta anotarlo.

»Llegó un momento en que llamaron al vigilante desde el interior de la tienda; no estuvo allí más que un instante y luego volvió a sentarse en su silla; pero aquel instante bastó para permitir al niño deslizar en el bolsillo de su abrigo el libro que tenía en la mano; e inmediatamente después siguió escudriñando los estantes, como si tal cosa. Sin embargo, estaba inquieto; levantó la cabeza, notó mi mirada y comprendió que le había visto. Por lo menos se dijo que podía yo haberle visto; no estaba, sin duda, muy seguro de ello; pero en la duda, perdió todo su aplomo, se puso colorado y se entregó a unos extraños manejos, para intentar mostrarse muy desenvuelto, pero que revelaban una gran turbación. No apartaba mis ojos de él. Sacó de su bolsillo el libro robado; se lo volvió a guardar; se separó unos pasos; sacó del interior de su chaqueta una mísera carterita, fingió buscar en ella dinero que sabía que no estaba allí; hizo un gesto significativo, un gesto teatral, dedicado a mí evidentemente, que quería decir: "¡hombre, no tengo nada!", con este ligero matiz por añadidura: "¡Es curioso! Creí que tenía algo", todo esto un poco exagerado, un poco tosco, como un actor que teme no hacerse entender. Luego, por último, casi puedo decir que bajo la presión de mi mirada, se volvió a acercar al puesto, sacó al fin el libro de su bolsillo y bruscamente lo colocó en el sitio que ocupaba. Todo esto fue hecho con tanta naturalidad que el vigilante no se dio cuenta de nada.

Librodot

Después el chico alzó de nuevo la cabeza, creyendo que ya estaba en paz. Pero no; allí seguía mi mirada, como el ojo de Caín; ahora que mis ojos sonreían. Quería yo hablarle; esperaba a que se separase del puesto para abordarle; pero él no se movía; permanecía parado ante los libros y comprendí que no se movería mientras le estuviese mirando así. Entonces como hace uno en las «cuatro esquinas» para invitar a la pieza ficticia a cambiar de madriguera, me separé unos pasos, como si ya hubiese visto bastante. Él se marchó por su lado; pero no bien se hubo alejado un poco, le alcancé.

»—¿Qué era ese libro? —le pregunté a quemarropa, poniendo sin embargo en el tono de mi voz y en mi cara la mayor afabilidad posible.

»Me miró bien de frente y sentí que desaparecía su desconfianza. No era guapo quizás, ¡pero qué bonita mi(rada la suya! Veía yo en ella agitarse toda clase de sentil mientos, como hierbas en el fondo de un arroyo.

»—Es una Guía de Argelia. Pero cuesta demasiado cara. No soy lo suficientemente rico.

»—¿Cuánto?

»—Dos francos cincuenta.

»—A pesar de lo cual, si no llegas a notar que yo te miraba, te ibas con el libro en el bolsillo.

»El pequeño tuvo un movimiento de protesta y rebelándose en un tono muy vulgar:

»—¿Pero usted qué se ha creído?... ¿me toma usted por un ladrón?... —exclamó con una convicción tal que me hacía dudar de lo que había visto. Sentí que iba a perder terreno si insistía. Saqué tres monedas del bolsillo.

»— ¡Vamos! Vete a comprarlo. Te espero.

»Dos minutos más tarde, salía otra vez de la tienda, hojeando el objeto de su codicia. Se lo cogí de las manos. Era un antigua Guía Joanne, del año 71.

»—¿Qué quieres hacer con esto? —dije, devolviéndoselo—. Es demasiado antigua. No puede ya servir.

»Me aseguró que sí; y que además, las guías más recientes costaban mucho más caras y que "para lo que iba a hacer", los planos de aquélla podían servirle lo mismo. No intento transcribir sus propias palabras, porque perderían su carácter, despojadas del extraordinario acento arrabalero con que él las pronunciaba y que me divertía tanto más cuanto que sus frases no carecían de elegancia.

»Es necesario abreviar mucho este episodio. No debe obtenerse la precisión por medio del detalle en el relato, sino en la imaginación del lector, con dos o tres rasgos, colocados exactamente en el buen sitio. Creo, por lo demás, que sería interesante hacer contar todo esto al niño; su punto de vista es más significativo que el mío. El chico está cohibido y halagado a la vez de la atención que le consagro. Pero el peso de mi mirada tuerce un poco su dirección. Una personalidad demasiado tierna e incons ciente aún se defiende y oculta tras una actitud. Nada hay más difícil que observar los seres en formación. Sería necesario poder mirarles tan sólo de soslayo, de perfil.

»El pequeño declaró de pronto que lo que "él prefería" era la "geografía". Sospeché que bajo aquel amor se disimulaba un instinto de vagabundo.

»—¿Quisieras ir allá? —le pregunté.

»— ¡Caray! —exclamó, alzándose un poco de hombros.

»Se me ocurrió la idea de que no era feliz junto a los suyos. Le pregunté si vivía con sus padres.

»—Sí.

»—¿Y no estás a gusto con ellos?

»Protestó débilmente. Parecía algo inquieto de haberse descubierto hacía un momento. Y añadió:

Librodot

»—¿Por qué me pregunta usted eso?

»—Por nada —repliqué en seguida; y luego, tocando con la punta del dedo la cinta amarilla de su ojal:

»—¿Qué es esto?

»—Una cinta, como usted ve.

»Mis preguntas le importunaban claramente. Se volvió bruscamente hacia mí, como con hostilidad, y en un tono zumbón e insolente, del que no le hubiese nunca creído capaz y que me desconcertó por completo:

»—Dígame... ¿acostumbra usted a echar el ojo a los colegiales?...

»Y luego, mientras balbuceaba yo confusamente algo parecido a una respuesta, abrió la cartera de colegio que llevaba debajo del brazo para meter en ella su compra. Allí había libros de clase y unos cuantos cuadernos, forrados todos de papel azul. Cogí uno; era el de la clase de Historia. El pequeño había escrito en la portada su nombre con grandes letras. Mi corazón palpitó con violencia al reconocer el nombre de mi sobrino:

JORGE MOLINIER

(El corazón de Bernardo palpitó también con violencia al leer estas líneas, y toda aquella historia empezó a interesarle prodigiosamente.)

»Resultará difícil hacer admitir en *Los monederos falsos* que quien va a encarnar en ellos mi personaje central pueda, aun manteniendo buenas relaciones con su hermana, no conocer a los hijos de ésta. Me ha costado siempre mucho trabajo disfrazar la verdad. Incluso cambiar el color del pelo me parece una trampa que hace, para mí, la verdad menos verosímil. Todo se relaciona y yo siento, entre todos los hechos que me ofrece la vida, unas afinidades tan sutiles que me parece siempre que no se podría modificar ni uno solo de aquéllos sin hacer variar el conjunto. No puedo, sin embargo, contar que la madre de ese chico es tan sólo hermanastra mía, nacida del primer matrimonio de mi padre; que he estado sin verla mientras han vivido mis padres; que los asuntos de la testamentaría nos han obligado a tratarnos... Todo esto es, sin embargo, indispensable y no veo qué otra cosa podría yo inventar para evitar la indiscreción. Sabía que mi hermanastra tenía tres hijos; sólo conocía al mayor, estudiante de medicina; y para eso apenas le había visto, porque, enfermo de tuberculosis, había tenido que dejar sus estudios e ir a curarse a no sé qué sitio del Mediodía. Los otros dos no estaban nunca en casa a las horas en que iba yo a ver a Paulina; y el que tenía yo delante era seguramente el más pequeño. No dejé traslucir nada de mi sorpresa y, únicamente, me separé de Jorge bruscamente, después de haberme enterado de que volvía a almorzar a su casa, y me metí en un taxi, para llegar antes que él a la calle de Nuestra Señora de los Campos. Supuse que al llegar a aquella hora, Paulina me invitaría a almorzar, como sucedió, en efecto; mi libro, del que había cogido un ejemplar en la casa Perrin y que podría ofrecerla, serviría de pretexto para aquella visita intempestiva.

“Era la primera vez que comía yo en casa de Paulina. Hacía mal en recelar de mi cuñado. Dudo mucho que sea un notable jurista, pero sabe no hablar de su profesión como no hablo yo de la mía cuando estamos juntos, de modo que nos entendemos muy bien.

»Como es natural, al llegar aquella mañana, no dije ni una palabra del encuentro que acababa de tener:

»—Esto me permitirá, espero, conocer a mis sobrinos —dije cuando Paulina me rogó que me quedase a almorzar—. Porque, como sabes, hay dos a quienes no conozco todavía.

»—Oliverio —me dijo ella— volverá un poco tarde, porque tiene repaso; nos pondremos a comer sin él. Pero acabo de oír entrar a Jorge. Voy a llamarle.

»Y corriendo a la puerta de la habitación contigua:

»—¡Jorge! Ven a saludar a tu tío.

»El pequeño se acercó y me tendió la mano; le besé... Admiro el poder de disimulo de los niños: no dejó traslucir la menor sorpresa; era como para creer que no me reconocía. Se puso colorado, simplemente; pero su madre pudo creer que era por timidez. Pensé que quizás le azoraba encontrarse de nuevo al sabueso de hacía un rato, porque nos dejó en seguida y volvió a la habitación de al lado; era el comedor que, según he visto, sirve de sala de estudio a los chicos, entre las comidas. Reapareció, sin embargo, al poco rato, cuando su padre entró en el salón, y aprovechó el momento en que íbamos a pasar al comedor para acercarse a mí y cogerme la mano sin que le viesen sus padres. Pensé al principio en una señal de camaradería, que me divirtió; pero no: me abrió la mano que cerraba yo sobre la suya y deslizó en ella un papel que acababa de escribir seguramente y luego cerró mis dedos, apretando muy fuerte. Ni qué decir tiene que me presté al juego; escondí el papelito en un "bolsillo, de donde no pude sacarlo hasta después de la comida. He aquí lo que leí en él:

»"Si cuenta usted a mis padres la historia del libro, yo" (había tachado: "le detestaré") "diré que me ha hecho usted proposiciones."

»Y más abajo:

»"Salgo todos los días del liceo a las diez."

»Interrumpido ayer por la visita de X. Su conversación me ha dejado en un estado de malestar.

»He reflexionado mucho en lo que me ha dicho X. No sabe nada de mi vida, pero le he expuesto ampliamente mi plan de *Los monederos falsos*. Su consejo me es siempre útil; porque se sitúa en un punto de vista diferente del mío. Teme que derive yo hacia lo ficticio y que abandone el verdadero asunto por la sombra de este asunto en mi cerebro. Lo que me inquieta es sentir la vida (mi vida) separarse aquí de mi obra, y mi obra separarse de mi vida. Aunque esto no he podido decírselo. Hasta ahora, como es lo natural, mis gustos, mis sentimientos, mis experiencias personales nutrían todos mis escritos; en mis frases mejor construidas sentía yo aún palpitar mi corazón. De aquí en adelante, se ha roto el lazo entre lo que pienso y lo que siento. Y sospecho si no será precisamente la incapacidad que experimento en dejar hablar hoy a mi corazón lo que precipita mi obra hacia lo abstracto y lo artificial. Meditando sobre esto, se me ha aparecido bruscamente la significación del mito de Apolo y de Dafne: dichoso aquel, he pensado, que puede estrechar en un solo abrazo el laurel y el objeto mismo de su amor.

»He contado mi encuentro con Jorge, tan ampliamente, que he tenido que detenerme en el momento en que Oliverio entraba en escena. He empezado tan sólo este relato para hablar de él, y no he sabido hablar más que de Jorge. Pero en el momento de hablar de Oliverio, comprendo que el deseo de retrasar ese momento, era la causa de mi lentitud. En cuanto le vi, aquel primer día, en cuanto se sentó a la mesa de familia, desde mi primera mirada, o más exactamente, desde "su" primera mirada, sentí que aquella mirada se apoderaba de mí y que no disponía ya de mi vida.

»Paulina insiste en que venga a verla a menudo. Me ruega encarecidamente que me ocupe un poco de sus hijos. Me da a entender que su padre les conoce mal. Cuanto más hablo con ella, más encantadora me parece. No comprendo cómo he pedido estar tanto tiempo sin tratarla. Los chicos están educados en la religión católica; pero ella se acuerda de su primera educación protestante, y aunque haya abandonado el hogar de nuestro padre común al entrar mi madre en él, descubro entre ella y yo muchos rasgos de semejanza. Ha tenido a sus hijos en el pensionado de los padres de Laura, donde he vivido también yo tanto tiempo. El pensionado Azaïs, por otra parte, se jacta de no tener matiz confesional especial (en mi época había allí hasta turcos), aunque el viejo Azaïs, el antiguo amigo de mi padre, que lo fundó y lo dirige todavía, haya sido antes pastor.

»Paulina recibe bastantes buenas noticias del sanatorio donde Vicente termina de curarse. Le hablaba de mí, según me ha dicho ella, en sus cartas y quisiera que le conociese yo mejor; porque no he hecho más que verle apenas. Funda ella grandes ilusiones en su hijo mayor; el matrimonio

Librodot

ahorra cuanto puede para permitirle establecerse en seguida; es decir, para que tenga un alojamiento independiente donde recibir a la clientela. Mientras tanto, ha encontrado ella el medio de reservarle una parte del pisito que ocupan, instalando a Oliverio y a Jorge en el piso de abajo, en una habitación aislada, que estaba desocupada. El gran problema estriba en saber si Vicente, por razones de salud, va a tener que renunciar al internado.

»A decir verdad, Vicente no me interesa nada y si hablo mucho de él con su madre, es por complacencia hacia ella, y para poder acto seguido ocuparnos más ampliamente de Oliverio. En cuanto a Jorge, me acoge con frialdad, me responde apenas cuando le hablo y me lanza, al cruzarse conmigo, una mirada incomprensiblemente recelosa. Parece guardarme rencor de no haberle ido a esperar a la puerta de su colegio, o estar arrepentido de sus insinuaciones.

»Tampoco veo a Oliverio. Cuando voy a casa de su madre no me atrevo a entrar en el cuarto donde sé que trabaja; y si me lo encuentro casualmente me siento tan torpe y tan confuso que no se me ocurre nada que decirle, lo cual me entristece de tal modo que prefiero ir a ver a su madre a las horas en que sé que no está él en casa.»

Librodot

XII

DIARIO DE EDUARDO:

EL CASAMIENTO DE LAURA

(Continuación)

2 de noviembre

»Larga conversación con Douviers, que sale conmigo de casa de los padres de Laura y me acompaña hasta el Odeón, cruzando el Luxemburgo. Prepara su tesis del doctorado sobre Wordsworth, pero por las pocas palabras que me dice sobre ello, veo muy bien que las cualidades más peculiares de la poesía de Wordsworth se le escapan. Hubiera hecho mejor en escoger a Tennyson. Siento no sé qué insuficiencia en Douviers, no sé qué de abstracto y de bobo. Toma siempre las cosas y los seres por lo que aparentan ser; esto se debe, acaso, a que él aparenta ser siempre lo que es.

»—Ya sé —me ha dicho— que es usted el mejor amigo de Laura. Debiera yo sentir, sin duda, algo de celos de usted. No puedo. Al contrario; todo cuanto ella me ha dicho de usted me ha hecho comprenderla mejor y desear al mismo tiempo ser amigo de usted. Le he preguntado el otro día si no me guardaba usted demasiado rencor por casarme con ella. Y me ha contestado que, por el contrario, usted le había aconsejado que lo hiciera. (Creo que me lo ha dicho de esta manera tan ingenua.) Quisiera darle a usted las gracias por eso y que no le pareciese ridículo, porque lo hago con toda sinceridad —ha añadido, esforzándose en sonreír, pero con una voz temblorosa y arrasados de lágrimas sus ojos.

»No sabía qué decirle, porque me sentía mucho menos conmovido de lo que debía haber estado y completamente incapaz de una efusión recíproca. He debido parecerle un poco seco; pero me irritaba. A pesar de lo cual estreché lo más expresivamente que pude la mano que me tendía. Estas escenas, en las que uno ofrece más de lo que se le pide de su corazón, son siempre penosas. Pensaba él, sin duda, forzar mi simpatía. Si hubiera sido más perspicaz, se hubiese sentido defraudado; pero le veía ya agradecido a su propio gesto, cuyo reflejo creía sorprender en mi corazón. Como yo no decía nada, y cohibido quizás por mi silencio:

»—Cuento —añadió en seguida— con la desorientación de su vida en Cambridge para evitar comparaciones por su parte que irían en perjuicio mío.

»¿Qué quería decir con aquello? Me esforzaba en no comprender. Quizás esperaba una protesta; pero esto sólo hubiera servido para embrollarnos más. Hay personas cuya. timidez no puede soportar los silencios y que se creen en la obligación de llenarlos con una confesión exagerada; personas de esas que os dicen después: "Yo he sido siempre franco con usted." ¡Qué caray! No es lo más importante ser franco, sino, sobre todo, permitir al otro que lo sea. Hubiese debido darse cuenta de que precisamente su franqueza era la que imposibilitaba la mía.

Pero aunque no pueda yo ser amigo suyo, creo, al menos, que será un excelente marido para Laura; porque, en resumen, son sobre todo sus cualidades las que le reprocho aquí. Hablamos después de Cambridge, adonde prometí ir a verlos.

»¿Qué absurda necesidad habrá tenido Laura de hablarle de mí?

»Admirable propensión al sacrificio en la mujer. El hombre a quien ama no es, la mayoría de las veces, para ella, más que una especie de percha donde colgar su amor. ¡Con qué sincera facilidad realiza Laura la sustitución! Comprendo que se case con Douviers; he sido uno de los primeros en aconsejárselo. Pero tenía yo derecho a esperar un poco de pena. La boda se celebra

Librodot

dentro de tres días.

»Varios artículos sobre mi libro. Las cualidades que me reconocen más fácilmente son precisamente aquellas a las que tengo más horror... ¿He hecho bien en dejar reimprimir estas antiguallas? No responden ya a nada de lo que amo actualmente. Pero sólo ahora lo noto. No me parece realmente haber cambiado; sino que solamente ahora tengo conciencia de mí mismo; hasta ahora no sabía yo quién era. ¡Es que voy a necesitar siempre que otro ser haga para mí de descubridor! Este libro había cristalizado conforme a Laura y por eso no me quiero ya reconocer en él.

»¿Nos está prohibida esta perspicacia, hecha de simpatía, que nos permitiría adelantar las estaciones? ¿Qué problemas inquietarán mañana a los que vengan? Para ellos es para quienes quiero escribir. Proporcionar un aliento a curiosidades aún distintas, satisfacer exigencias todavía sin precisar, de tal modo que el que hoy es sólo un niño, se asombre mañana al hallarme en su camino.

»¡Cómo me gusta sentir en Oliverio tanta curiosidad, tanta impaciente insatisfacción por el pasado!...

»Paréceme a veces que la poesía es la única cosa que le interesa. Y siento, releyéndoles a través de él, que pocos son los poetas nuestros que se hayan dejado guiar más por el sentimiento del arte que por el corazón o el espíritu. Lo chocante es que cuando Oscar Molinier me enseñó unos versos de Oliverio, aconsejé a éste que procurase más bien dejarse guiar por las palabras en vez de someterlas. Y ahora me parece que es él quien, de rechazo, me lo enseña.

»¡Hasta qué punto me parece hoy todo lo que he escrito anteriormente, triste, fastidiosa y ridiculamente razonable!

5 de noviembre

»Se ha efectuado la ceremonia. En la capilla de la calle Madame, adonde no había yo vuelto hacía mucho tiempo. Familia Vedel-Azaïs en pleno: abuelo, padre y madre de Laura, sus dos hermanas, y su joven hermano, más numerosos tíos, tías y primos. Familia Douviers representada por tres tías de luto riguroso, cuyo catolicismo las hubiese convertido en tres monjas y que, según me han dicho, viven juntas y con quienes vivía igualmente Douviers desde la muerte de sus padres. En la tribuna, los alumnos del pensionado. Otros amigos de la familia acababan de llegar al salón, al fondo del cual me he quedado; no lejos de mí, he visto a mi hermana con Oliverio; Jorge debía estar en la tribuna con unos compañeros de su edad. El viejo La Pérouse ante el armonio; su rostro envejecido, más bello, más noble que nunca, pero su mirada desprovista ya de aquel fuego admirable que me transmitía su fervor, en la época de sus lecciones de piano. Se han cruzado nuestras miradas y he sentido en la sonrisa que me dirigía, tanta tristeza, que he resuelto buscarle a la salida. Se han movido algunas personas y ha quedado libre un sitio junto a Paulina. Oliverio me ha hecho señas inmediatamente y ha empujado a su madre para que pudiera yo sentarme a su lado; después me ha cogido la mano y la ha retenido largo rato en la suya. Es la primera vez que me trata con tanta familiaridad. Ha permanecido con los ojos cerrados durante casi toda la interminable plática del pastor, lo cual me ha permitido contemplarle largamente; se parece a ese pastor dormido de un bajorrelieve del museo de Nápoles cuya fotografía tengo sobre mi mesa. Hubiese creído que él también dormía, a no ser por los estremecimientos de sus dedos; su mano palpitaba como un pájaro en la mía.

»El viejo pastor se ha creído en el deber de trazar la historia de toda la familia, empezando por la del abuelo Azals de quien había sido compañero de colegio en Estrasburgo antes de la guerra y luego condiscípulo en la Facultad de Teología. Creí que no lograría terminar una frase complicada en la que intentaba explicar que, al asumir la dirección de un pensionado y al consagrarse a la educación infantil, su amigo no había abandonado, por decirlo así, su dignidad de pastor espiritual. Luego le ha tocado el turno a la otra generación. Ha hablado también de una manera edificante de la

Librodot

familia Douviers, de la que no parecía saber gran cosa. La bondad de los sentimientos disculpaba los defectos oratorios y se oía sonarse a muchos de los concurrentes. Hubiese yo querido saber qué pensaba de aquello Oliverio; pensé que educado católicamente, el culto protestante debía ser nuevo para él, que iba por primera vez a aquel templo. La singular facultad de despersonalización que me permite sentir como mía la emoción ajena, me obligaba casi a coincidir con las sensaciones de Oliverio, con las emociones que me imaginaba que debía él experimentar; y aunque tuviera los ojos cerrados, o quizás a causa de esto precisamente, parecíame ver en su sitio, y por primera vez, aquellos muros desnudos, la vaga y lívida luz que bañaba al auditorio, el crudo resalte del pulpito sobre el muro blanco del fondo, la rectitud de las líneas, la rigidez de las columnas que sostienen las tribunas, el espíritu mismo de aquella arquitectura angulosa y desvaída, cuya áspera fealdad, cuya intransigencia y cuya parquedad se me aparecían por primera vez. Cuando no me habían chocado antes, es que estaba habituado a ello desde la infancia... Volví a pensar de pronto en mi despertar religioso y en mis primeros fervores; en Laura y en aquella escuela dominical donde nos veíamos, auxiliares ambos, lleno de celo y discerniendo mal, con aquella fogosidad que consumía en nosotros todo lo impuro, lo que pertenecía al otro y lo que correspondía a Dios. Y lamenté inmediatamente que Oliverio no hubiese conocido aquella primera desnudez sensual que precipita de modo tan peligroso al alma lejos, por encima de las apariencias; lamenté que no tuviera él recuerdos parecidos a los míos; pero el sentirle extraño a todo esto, me ayudaba a mí mismo a evadirme de ello. Estreché apasionadamente aquella mano que seguía él dejando en la mía, pero que retiró bruscamente, en aquel momento. Abrió de nuevo los ojos para mirarme y luego, con una sonrisa de una picardía muy infantil, atemperada por la extraordinaria gravedad de su frente, musitó inclinado hacia mí, mientras el pastor, recordando precisamente los deberes de todos los cristianos, prodigaba a los nuevos esposos consejos, preceptos y piadosas represiones:

»—A mí me tiene sin cuidado: soy católico.

»Todo en él me atrae y me sigue siendo misterioso.

»Me he encontrado al viejo La Pérouse, a la puerta de la Sacristía. Me ha dicho un poco tristemente, pero con un tono en el que no había ningún reproche:

»—Me tiene usted un poco olvidado.

»Pretexté no sé qué preocupaciones para disculparme de haber estado tanto tiempo sin verle; y le prometí mi visita para pasado mañana. Intenté arrastrarle a casa de los Azaïs, donde estaba yo invitado al té que dan después de la ceremonia; pero él me ha dicho que se encontraba de un humor demasiado tristón y temía encontrarse a mucha gente con quien hubiese debido, pero con la que no hubiera podido hablar.

»Paulina se ha llevado a Jorge y me ha dejado a Oliverio:

»—Te lo confío —me ha dicho riendo; lo cual me ha parecido molestar un poco a Oliverio, que ha vuelto la cara. Me ha arrastrado a la calle:

»—No sabía yo que conociera usted tanto a los Azaïs...

»Le he dejado muy sorprendido al decirle que había estado de pensionista en su casa durante dos años.

»—¿Cómo ha podido usted preferir eso a cualquiera otra combinación de vida independiente?

»Me parecía más cómodo —he respondido vagamente, no pudiendo decirle que en aquella época Laura ocupaba mi pensamiento y que hubiera tolerado los peores sistemas sólo por la satisfacción de soportarlos junto a ella.

»—¿Y no se ahogaba usted en el ambiente de ese antro?

»Y luego, al ver que yo no contestaba nada:

»—Por lo demás, no sé cómo lo soporto yo mismo, ni cómo puede ser que esté allí... Aunque sea sólo de medio pensionista. Es ya demasiado.

Librodot

»He tenido que explicarle la amistad que tenía con el director de aquel "antro", su abuelo, cuyo recuerdo determinó, más adelante, la elección de su madre.

»—Por lo demás —añadió— carezco de puntos de comparación; y todos esos tugurios vienen a ser lo mismo, sin duda; creo, incluso, por lo que me han dicho, que la mayor parte de los otros son peores. Lo cual no obsta para que me alegre de salir de allí. No hubiese yo ingresado en absoluto de no haber tenido que recuperar el tiempo en que estuve enfermo. Y desde hace mucho tiempo, he vuelto allí únicamente por amistad a Armando.

»Me he enterado entonces de que ese hermano menor de Laura es condiscípulo suyo. He dicho a Oliverio que no le conocía casi.

»—Es, sin embargo, el más inteligente y el más interesante de la familia.

»—Es decir, el que te ha interesado más.

»—¡No, no! Le aseguro que es curiosísimo. Si quiere usted iremos a charlar un rato con él, a su cuarto. Espero que se atreverá a hablar delante de usted.

»Habíamos llegado al pensionado.

»Los Vedel-Azaïs habían sustituido el tradicional almuerzo de boda por un sencillo té, menos costoso. El locutorio y el despacho del pastor Vedel estaban abiertos a la multitud de invitados. Sólo algunos íntimos tenían acceso al exiguo salón particular de la esposa del pastor; pero para evitar la invasión habían condenado la puerta situada entre el locutorio y ese salón, lo cual hacía que Armando contestase a los que preguntaban por dónde podían llegar hasta su madre:

»—Por la chimenea.

»Había un verdadero gentío. Era morirse de calor. Aparte de unos cuantos "miembros del cuerpo docente", colegas de Douviers, la concurrencia era casi exclusivamente protestante. Olor puritano especialísimo. La emanación es tan fuerte, y quizás más asfixiante aún, en las reuniones católicas o judías, en cuanto, una vez entre ellos, se abandonan; pero se encuentra con más frecuencia, entre los católicos, una estimación y entre los judíos una depreciación de sí mismos, de la que no me parecen capaces los protestantes, sino muy rara vez. Si los judíos tienen la nariz demasiado larga, los protestantes, por su parte, tienen la nariz taponada; es un hecho. Y yo mismo no advertí en absoluto la especial calidad de aquella atmósfera, mientras permanecí sumida en ella. Un no sé qué de inefablemente alpestre, paradisíaco e insípido.

»Al fondo del salón, una mesa dispuesta para "buffet"; Raquel, la hermana mayor de Laura, y Sara, la hermana menor, ayudadas por unas cuantas muchachas casaderas, amigas suyas, servían el té...

»Laura, en cuanto me vio, me llevó al despacho de su padre, donde se celebraba ya todo un sínodo. Refugiados en el hueco de un balcón, hemos podido hablar sin que nos oyesen. Habíamos grabado nuestros dos nombres, sobre el borde de la jamba, en otro tiempo.

»—Venga usted a ver. Allí siguen —me dijo ella—. Estoy segura de que no los ha visto nadie. ¿Qué edad tenía usted entonces?

»Debajo de nuestros nombres, habíamos inscrito una fecha. Calculé:

»—Veintiocho años.

»—Y yo dieciséis. Hace diez años de eso.

»No estaba bien escogido el momento para remover aquellos recuerdos; intentaba yo desviar nuestras palabras de ello, mientras ella volvía a llevarme con una inquieta insistencia; luego, de pronto, como si temiese enternecerse, me preguntó si me acordaba todavía de Strouvilhou.

»Strouvilhou era un pensionista libre, que hacía rabiar mucho a los padres de Laura en aquella época. Según él asistía a unas clases, pero cuando le preguntaban cuáles eran o qué exámenes preparaba, respondía con displicencia:

»—Varío con frecuencia.

Librodot

»Al principio, tomaban, aparentemente, a broma sus insolencias, como para atenuar su mordacidad, y él mismo las acompañaba con una risotada; pero aquella risa se volvió al poco tiempo más sarcástica, mientras sus salidas se hacían más agresivas, y yo no acertaba a comprender bien cómo y por qué el pastor toleraba semejante pensionista, como no fuera por razones financieras, y porque seguía teniendo a Strouvilhou una especie de afecto, mezclado de lástima, y quizás una vaga esperanza de que lograría convencerle, es decir, convertirle. Y no comprendía yo tampoco por qué Strouvilhou seguía viviendo en el pensionado, cuando le hubiese sido tan fácil ir a otro sitio; porque no parecía retenerle allí un motivo sentimental, como a mí; sino quizás el placer que experimentaba evidentemente en aquellos torneos oratorios con el pobre pastor, que se defendía mal y le cedía siempre el papel airoso.

»—¿Se acuerda usted del día en que le preguntó a papá si llevaba debajo de la toga la americana, cuando predicaba?

»—¡Ya lo creo! Se lo preguntó tan cariñosamente que su pobre padre no percibió en ello la menor malicia. Fue en la mesa; lo vuelvo a ver todo perfectamente...

»—Y papá que le contestó candidamente que la toga no era muy gruesa y que temía resfriarse sin americana.

»—¡Y la cara desconsolada que puso entonces Strouvilhou ! ¡Y lo que hubo que apremiarle hasta hacerle declarar al fin que "aquello no tenía indudablemente gran importancia", pero que cuando su padre de usted hacía amplios ademanes, las mangas de la americana volvían a asomar por debajo de la toga, y que esto hacía un deplorable efecto sobre ciertos fieles!

»—A consecuencia de lo cual el pobre papá pronunció un sermón entero con los brazos pegados al cuerpo, fallándole todos sus efectos oratorios.

»—Y al domingo siguiente, volvió a casa con un gran catarro por haberse quitado la americana. ¡Oh! ¿Y la discusión sobre la higuera estéril del Evangelio y los árboles que no dan frutos?... "Yo no soy un árbol frutal. Lo que yo llevo es sombra, señor pastor: le cubro a usted de sombra."

»—También eso sucedió en la mesa.

»—Naturalmente; no se le veía nunca más que en las comidas.

»—¡Y lo decía todo con un tono tan agresivo! Entonces fue cuando el abuelo le puso en la calle. ¿Recuerda usted cómo se irguió de repente, él que, de costumbre, permanecía con la cara en el plato y cómo dijo con el brazo extendido: “¡Salga usted!"?

»—Parecía enorme, aterrador; estaba indignado. Creo realmente que Strouvilhou tuvo miedo.

»—Tiró su servilleta sobre la mesa y desapareció. Se marchó sin pagarnos; y desde entonces no se le ha vuelto a ver.

»—Tengo curiosidad por saber qué ha podido ser de él.

»—¡Pobre abuelo! —ha añadido Laura un poco tristemente—. ¡Qué guapo me pareció aquel día! Le quiere a usted mucho, ¿sabe? Debía usted subir a verle un momento a su despacho. Estoy segura que le daría una gran satisfacción.

»Transcribo todo esto en seguida, porque he visto lo difícil que es encontrar después la justeza de tono de un diálogo. Pero a partir de este momento empecé a escuchar a Laura más distraídamente. Acababa de divisar, bastante lejos de mí, es verdad, a Oliverio, a quien había perdido de vista desde que Laura me arrastrara al despacho de su padre. Tenía los ojos brillantes y los rasgos extraordinariamente animados. He sabido después que Sara se había divertido en hacerle beber, una tras otra, seis copas de champaña. Armando estaba con él y los dos perseguían, a través de los grupos, a Sara y a una muchacha inglesa de la edad de Sara, pensionista en casa de los Azaïs desde hace más de un año. Sara y su amiga se fueron al fin de la habitación y vi, por la puerta abierta, a los dos chicos lanzarse en su persecución, por la escalera. Iba yo a salir a mi vez, accediendo a los deseos de Laura, cuando hizo ella un movimiento hacia mí:

Librodot

»—Óigame, Eduardo, quisiera decirle también... —y repentinamente su voz se tornó muy grave—. Vamos a estar probablemente mucho tiempo sin volver a vernos. Quisiera que me repitiese usted... Quisiera saber si puedo contar con usted como un amigo.

»Jamás he sentido más gana de besarla que en aquel momento; pero me contenté con besar su mano tierna e impetuosamente, murmurando:

»—Suceda lo que suceda.

»Y para ocultarle las lágrimas que sentía subir a mis ojos, me escapé en busca de Oliverio.

»Acechaba él mi salida, sentado junto a Armando, en un escalón. Estaba realmente un poco bebido. Se levantó y me tiró del brazo:

»—Venga usted —me dijo—. Vamos a fumar un cigarillo al cuarto de Sara. Nos espera.

»—Dentro de un momento. Tengo primero que ir a ver a Azaïs. Pero no podré encontrar su habitación.

»—¡Pero, hombre, si la conoce usted perfectamente! Es el antiguo cuarto de Laura —exclamó Armando—. Como era una de las mejores habitaciones de la casa, han colocado allí a la pensionista; pero como no paga lo suficiente, comparte la habitación con Sara. Les han puesto dos camas por pura fórmula; pero era realmente inútil...

»—No le haga usted caso —dijo Oliverio riendo y empujándole—; está borracho.

»—¡No hables tú! —replicó Armando—. Entonces, ¿qué, viene usted? Le esperamos.

»Les prometí ir a buscarles.

»Desde que lleva el pelo peinado a lo cepillo, el viejo Azaïs no se parece ya nada a Whitman. Ha dejado a la familia de su yerno el primero y el segundo piso del inmueble. Desde la ventana de su despacho (caoba, reps y pana), domina desde lo alto el patio y vigila las idas y venidas de los alumnos.

»—Vea usted cómo me miman —me ha dicho, enseñándome sobre su mesa un enorme ramo de crisantemos, que la madre de uno de sus alumnos, antigua amiga de la familia, acababa de dejar allí. La atmósfera de la habitación era tan austera que parecía que las flores iban a marchitarse en seguida—: He abandonado la reunión por un momento. Me voy haciendo viejo y el ruido de las conversaciones me fatiga. Pero estas flores van a hacerme compañía. Hablan a su manera y saben contar la gloria del Señor mejor que los hombres (o algo de este calibre).

»El digno señor no se imagina lo que aburre a los alumnos con frases de ese género; tan sinceras son en él que desarman la ironía. Las almas sencillas como la de Azaïs son seguramente las que me resultan más difíciles de comprender. En cuanto es uno mismo un poco menos sencillo, se ve uno obligado a representar ante ellas una especie de comedia; poco decorosa, ¿pero qué se le va a hacer? No se puede discutir ni poner las cosas en su punto; se ve uno forzado a asentir. Azaïs impone la hipocresía a su alrededor, a poco que no se comparta su creencia. Cuando empecé a tratar a la familia, me indignaba ver mentir a sus nietos. Tuve que ponerme a tono.

»El pastor Próspero Vedel está demasiado ocupado; su esposa, un poco boba, sumida en un ensueño poético-religioso en el que pierde todo sentido de la realidad; el abuelo es el que se ha encargado de la educación y de la enseñanza de los jóvenes. Una vez al mes, durante la época en que vivía yo en su casa, asistía a una violenta explicación que acababa siempre en unas efusiones patéticas:

»—De aquí en adelante nos lo diremos todo. Entramos en una nueva era de franqueza y de sinceridad. (Emplea con frecuencia varias palabras para decir lo mismo, vieja costumbre que le ha quedado de su época de pastor.) No tendremos pensamientos ocultos, feos pensamientos de esos que se guardan detrás de la frente. Vamos a poder mirarnos bien de frente, a los ojos. Conformes, ¿verdad?

»Después de lo cual se hundían un poco más, él en la credulidad y sus hijos en la mentira.

Librodot

»Estas palabras iban dirigidas especialmente a un hermano de Laura, un año menor que ella, atormentado por la savia y que se adiestraba en el amor. (Se ha ido a comerciar a las colonias y le he perdido de vista.) Una noche en que el viejo había repetido una vez más aquella frase, fui a buscarle a su despacho; intenté hacerle comprender que aquella sinceridad que exigía él a su nieto, hacía imposible, por otra parte, su intransigencia. Azaïs casi se enfadó entonces:

»—¡Con no hacer nada que sea vergonzoso confesar! —exclamó en un tono que no admitía réplica.

»Es un hombre excelente, por lo demás; mejor aún que esto; un modelo de virtud, y lo que se llama un corazón de oro; pero sus opiniones son infantiles. La gran estimación que me profesa se debe a que no me conoce ninguna querida. No me ha ocultado que esperaba verme casado con Laura; duda que Douviers sea el marido que le convenga y me ha repetido varias veces: "Me sorprende su elección"; y luego ha añadido: "En fin, creo que es un buen muchacho... ¿A usted qué le parece?..." A lo cual he contestado:

»—Seguramente.

»A medida que un alma se hunde en la devoción, pierde el sentido, el gusto, la necesidad, el amor a la realidad. He observado esto también en Vedel, en lo poco que he podido hablarle. El deslumbramiento de su fe les ciega respecto al mundo que les rodea y respecto a ellos mis mos. A mí, que lo que más me interesa es ver claro, me deja asombrado la cantidad de mentira en que puede complacerse un devoto.

»He querido hablar a Azaïs de Oliverio, pero él se interesa sobre todo por el pequeño Jorge.

»—No le deje usted traslucir que sabe usted lo que voy a contarle —ha empezado—; por otra parte, es algo que va en honor suyo... Figúrese que su joven sobrino y unos cuantos compañeros suyos han constituido una especie de pequeña Asociación, una Liga de emulación mutua; sólo admiten en esa Liga a los que ellos juzgan dignos y que hayan dado pruebas de virtud; una especie de Legión de Honor infantil. ¿No encuentra usted esto encantador? Cada uno de ellos lleva una cintita en el ojal —bastante poco visible, es verdad—, pero que he notado sin embargo. He mandado venir al niño a mi despacho, y al pedirle una explicación de esa insignia, se ha azorado al principio. El pobre pequeño esperaba una reprimenda. Luego, muy colorado y con gran confusión me ha contado la formación de ese Club. Como usted ve, son cosas de las que hay que guardarse de sonreír, correría uno el riesgo de herir sentimientos muy delicados... Le he preguntado por qué, tanto él como sus camaradas, no hacían eso abiertamente, a la luz del día. Le he dicho la admirable fuerza de propaganda y de proselitismo que podrían tener, el hermoso papel que podrían desempeñar... Pero a esa edad le gusta a uno el misterio... Para darle confianza, le he contado a mi vez, que, en mi tiempo, es decir cuando tenía yo su edad, me inscribí en una Asociación de ese género, cuyos miembros ostentaban el bello nombre de «Caballeros del deber»; cada uno de nosotros recibía de manos del presidente de la Liga un cuaderno donde anotaba sus flaquezas y sus faltas, con una absoluta sinceridad. Ha sonreído y he visto claramente que el detalle del cuaderno le daba una idea; no he insistido, pero no me extrañaría que introdujese ese sitema de los cuadernos entre sus émulos. Como usted ve, hay que saber tratar a estos niños; mostrándoles ante todo que se les comprende. Le he prometido no decir ni una palabra de eso a sus padres; animándole al mismo tiempo a que hable de ello a su madre, a quien tanto le agradaría. Pero parece ser que han dado todos su palabra de honor de no decírselo a nadie. Hubiera cometido yo una torpeza en insistir. Pero antes de separarnos, hemos rogado juntos a Dios que bendijese su Liga.

»¡Pobre y querido viejo Azaïs! Estoy convencido de que el pequeño le ha armado un lío y de que no hay una sola palabra de verdad en todo esto. Pero, ¿cómo iba Jorge a contestar de otro modo?... Intentaremos poner esto en claro.

»No reconocí al principio el cuarto de Laura. Habían empapelado de nuevo la habitación y su aspecto era completamente distinto. Sara me parecía igualmente desconocida. Y sin embargo, creía

Librodot

yo conocerla bien. Se ha mostrado siempre muy confiada conmigo. He sido para ella, en todo tiempo, el hombre a quien puede decírsele todo. Pero había yo estado muchos meses sin volver por casa de los Vedel. Su vestido dejaba al descubierto sus brazos y su cuello. Parecía crecida y envalentonada. Estaba sentada en una de las dos camas, al lado de Oliverio, apoyada en él, que se había tumbado sin ceremonias y que parecía dormir. Estaba realmente borracho; y sufría yo, en verdad, viéndole así; aunque me parecía más bello que nunca. Unos más, otros menos, los cuatro estaban borrachos. La inglesita se reía estrepitosamente, con una risa aguda que me hacía daño en los oídos, con las más absurdas ocurrencias de Armando. Éste hablaba sin tino, excitado, halagado por aquella risa y rivalizando con él en tontería y vulgaridad; fingiendo encender una cerilla en la púrpura de las mejillas de su hermana o de Oliverio, igualmente arrebatadas, o haciendo que se quemaba los dedos en ellas, cuando, con un ademán desvergonzado, acercaba y obligaba a que se tocasen sus dos frentes. Oliverio y Sara se prestaban a aquel juego y aquello me resultaba muy penoso. Pero no quiero anticipar...

»Oliverio seguía fingiendo dormir cuando Armando me preguntó bruscamente qué pensaba yo de Douviers. Me había sentado en un sillón bajo, divertido, excitado y cohibido a la vez, por su borrachera y su descoco, halagado, por lo demás, de que me hubiesen rogado que fuese allí, cuando precisamente no parecía que mi sitio estuviese entre ellos.

»—Estas señoritas aquí presentes... —prosiguió él viendo que yo no contestaba nada, contentándome con sonreír complacido para parecer estar a tono. En aquel momento, la inglesa quiso impedir que hablase y le persiguió para ponerle la mano sobre la boca; él forcejeó y gritó—: Estas señoritas se indignan ante la idea de que Laura va a tener que acostarse con él.

»La inglesa le soltó y con fingida indignación:

»—¡Oh! No le crea usted. Es un mentiroso.

»—He intentado hacerles comprender —replicó Armando más tranquilo—, que por veinte mil francos de dote no podría esperar encontrar nada mejor y que, como verdadera cristiana, debía ella tener en cuenta, sobre todo, las cualidades del alma, como dice nuestro padre, el pastor. Sí, hijos míos. Y además, ¿qué sería de la repoblación si hubiera que condenar al celibato a todos los que no son unos Adonis... o unos Oliverios, diremos, para referirnos a una época más reciente?

»—¡Qué idiota! —murmuró Sara—. No le haga usted caso, no sabe ya lo que dice.

»—Digo la verdad.

»Nunca había oído yo a Armando hablar de aquel modo; le creía, le creo aún de temperamento fino y sensible; su vulgaridad me parecía completamente fingida, debida en parte a la borrachera y más todavía al afán de divertir a la inglesa. Ésta, indiscutiblemente bonita, debía ser muy tonta cuando le agradaban semejantes incongruencias; ¿qué interés podía encontrar en aquello Oliverio?... Me prometí, en cuanto estuve otra vez solo con él, no ocultarle mi desagrado.

»—Pero y usted —replicó Armando volviéndose hacia mí—, usted que no tiene apego al dinero y que cuenta con el suficiente para permitirse nobles sentimientos, ¿accederá usted a decirnos por qué no se ha casado con Laura? Cuando la quería usted, al parecer, y cuando, con conocimiento de todos, ella languidecía por usted.

»Oliverio que, hasta aquel momento, había fingido dormir, abrió los ojos; nuestras miradas se cruzaron y, realmente, si no enrojecí, es que ninguno de los otros se encontraba en estado de observarme.

»—Armando, eres insoportable —dijo Sara, como para animarme, pues no se me ocurría nada que contestar. Luego, se tendió cuan larga era junto a Oliverio sobre aquella cama donde estaba sentada al principio, de tal modo que sus cabezas se tocaron. Armando saltó inmediatamente y cogiendo un gran biombo, plegado al pie de la cama contra la pared, lo abrió, como un payaso, como para ocultar a la pareja, bromeando siempre, inclinado hacia mí, diciendo en voz alta:

»—¿No sabía usted acaso que mi hermana era una puta?

Librodot

»Aquello era demasiado. Me levanté; empujé el biombo, detrás del cual Oliverio y Sara se incorporaron inmediatamente. Tenía ella el pelo suelto. Oliverio se levantó, fue hacia el lavabo y se echó agua en la cara.

»—Venga usted por aquí. Quiero enseñarle algo —dijo Sara cogiéndome por el brazo.

»Abrió la puerta del cuarto y me arrastró al descansillo.

»—He pensado que esto podría interesar a un novelista. Es un cuaderno que he encontrado por casualidad; un diario íntimo de papá; no comprendo cómo lo ha podido perder. Cualquiera podía leerlo. Lo he cogido para que no lo viese Armando. No le hable usted de esto. No es muy largo: puede usted leerlo en diez minutos y devolvérmelo antes de marcharse.

»—Pero, Sara —dije mirándola fijamente—, eso es de una indiscreción atroz.

»Se alzó ella de hombros.

»—¡Oh! Si cree usted semejante cosa, le va a causar una gran desilusión. No hay más que un momento en que resulta interesante... ¡y todavía! Mire: voy a enseñárselo. «Sacó de su blusa una pequeña agenda de hacía cuatro años, que hojeó un instante y que luego me devolvió abierta, señalándome un pasaje:

»—Lea usted de prisa.

»Vi primero, debajo de una fecha y entre comillas, esta cita del Evangelio:

»"El que es fiel en las cosas pequeñas lo será también en las grandes", y después: "¿Por qué dejar siempre para el día siguiente esta resolución que quiero tomar de no fumar más? Aunque no fuese más que por no entristecer a Melania (su esposa). ¡Dios mío, concededme la fuerza suficiente para sacudir el yugo de esta vergonzosa esclavitud!" (Creo que transcribo con exactitud.) Venía después la anotación de las luchas, súplicas, rezos y esfuerzos, seguramente infructuosos, puesto que se repetían día tras día. Se volvía una página más y, de pronto, tratábase de otra cosa.

»—Es bastante conmovedor ¿verdad? —dijo Sara con una imperceptible mueca de ironía, una vez que hube terminado la lectura.

»—Es mucho más curioso de lo que usted piensa —le contesté sin poder contenerme, aunque reprochándome el hablarla—. Figúrese usted que no hará diez días le pregunté a su padre si había intentado alguna vez dejar de fumar. Me parecía que fumaba yo mismo demasiado y... En una palabra, ¿sabe usted lo que me contestó? Me dijo lo primero que creía que se exageraban mucho los efectos perniciosos del tabaco, que, por su parte, él no había sentido jamás; y, como yo insistiese: "Sí, me dijo al fin; he decidido dos o tres veces dejarlo por una temporada. —¿Y lo ha conseguido usted? —Naturalmente —me dijo, como si fuese una consecuencia lógica—, puesto que lo había decidido." ¡Es prodigioso! Quizá, después de todo, no se acordase —añadí, no queriendo dejar traslucir, delante de Sara, toda la hipocresía que sospechaba yo en aquello.

»—O quizá —replicó Sara—, eso prueba que había él puesto allí "fumar" por otra cosa.

»¿Era Sara realmente quien hablaba así? Estaba yo estupefacto. La miré, sin atreverme apenas a comprender... En este momento salió Oliverio de la habitación. Se había peinado y arreglado el desorden de sus ropas y parecía más tranquilo.

»—¿Y si nos fuésemos? —dijo con toda tranquilidad, delante de Sara—. Es tarde.

»Bajamos y en cuanto estuvimos en la calle:

»—Temo que se equivoque usted —me dijo—. Podría usted creer que amo a Sara. Pues no... ¡Oh, tampoco la odio!... Pero no la amo.

»Había yo cogido su brazo y se lo apreté sin decir nada.

»—Tampoco debe usted juzgar a Armando por lo que haya podido decirle hoy —continuó—, es una especie de papel que desempeña... a su pesar. En el fondo es muy distinto de eso... No puedo explicarle. Siente una especie de necesidad de maltratar todo lo que más le interesa. No hace mucho tiempo que es así. Creo que es muy desgraciado y que se burla para ocultarlo. Es muy orgulloso.

Librodot

Sus padres no le comprenden en absoluto. Querían que fuera pastor.

»Epígrafe para un capítulo de *Los monederos falsos*:

La familia... Esa célula social. PAUL BOURGET (*passim*).

»Título del capítulo: EL RÉGIMEN CELULAR.

»Realmente, no existe celda (intelectual) de la que no se escape un espíritu vigoroso; y nada de lo que impulsa a la rebeldía es definitivamente peligroso —aunque la rebeldía pueda falsear el carácter (le doblega, le vuelve o le encabrita y aconseja una treta impía)—; y el hijo que no cede a la influencia familiar, malgasta en librarse de ella las primicias de su energía. Pero todavía la educación que contraría al niño, al incomodarle le mortifica. Las víctimas más lamentables son las de la adulación. Para detestar lo que nos halaga, ¿qué fuerza de carácter no se necesita? Cuántos padres he visto (la madre, sobre todo) complacerse en reconocer en sus hijos, alentar en ellos, sus repulsas más necias, sus prejuicios más injustos, sus incomprensiones, sus fobias... En la mesa: "Deja eso; ¿no estás viendo que es gordo? Quítale el pellejo. Eso no está bastante cocido..." Fuera de casa, por la noche: "¡Oh! Un murciélago... Cúbrete en seguida, se te va a meter en el pelo." Etcétera... Según ellos, los abejorros muerden, los saltamontes pican, los gusanos producen granos. Absurdos equivalentes en todas las esferas: intelectual, moral, etc.

»En el tren de circunvalación que me traía de Auteuil anteayer, oía yo a una madre joven musitar al oído de una niñita de diez años, a quien acariciaba:

»—Tú y yo; yo y tú; los demás no nos importan nada.

»(¡Oh! Ya sé que era gente de pueblo; pero también el pueblo tiene derecho a nuestra indignación. El marido, en un rincón del vagón, leía el periódico, tranquilo, resignado, sín ser quizá ni siquiera cornudo.)

»¿Puede imaginarse veneno más pérfido?

»El porvenir pertenece a los bastardos. —¡Qué significación la de esta palabra: "un hijo natural"! Sólo el bastardo tiene derecho a lo natural.

»El egoísmo familiar... Un poco menos feo apenas que el egoísmo individual.

6 de noviembre

»No he podido nunca inventar nada. Pero me encuentro ante la realidad como el pintor con su modelo que le dice: déme usted tal gesto, tome usted la expresión que me conviene. Los modelos que la sociedad me proporciona puedo hacerlos obrar a mi capricho, si conozco bien sus resortes; o, al menos, puedo proponer a su indecisión determinados problemas que ellos resolverían a su manera, de modo que su reacción me instruirá. Me atormenta como novelista la necesidad de intervenir, de actuar sobre su destino. Si tuviese yo más imaginación, organizaría intrigas; las provoco, observo a los actores y luego trabajo al dictado de ellos.

7 de noviembre

»No es verdad nada de lo que escribí ayer. Sólo queda esto: que la realidad me interesa como una materia plástica; y me merece más atención, muchísima más, lo que puede ser que lo que ha sido. Me inclino vertiginosamente sobre las posibilidades de cada ser y lloro por todo aquello que la tapadera de las costumbres atrofia.»

Bernardo tuvo que interrumpir su lectura un instante. Su mirada se enturbiaba. Le faltaba aliento, como si se hubiera olvidado de respirar durante todo el tiempo que había estado leyendo, de lo intensa que era su atención. Abrió la ventana y se llenó de aire los pulmones, antes de una nueva

Librodot

zambullida.

Su amistad hacia Oliverio era evidentemente de las más entrañables; no tenía mejor amigo y no quería tanto a nadie en el mundo, ya que no podía querer a sus padres; su corazón incluso se aferraba provisionalmente a esto de una manera casi excesiva; pero Oliverio y él no entendían lo mismo, en modo alguno, la amistad. Bernardo, a medida que avanzaba en su lectura, se sorprendía cada vez más, admiraba cada vez más, aunque un poco dolorosamente, de qué diversidad se mostraba capaz aquel amigo a quien creía conocer tan bien. Oliverio no le había dicho nada de lo que contaba aquel diario. Él apenas si sospechaba la existencia de Armando y de Sara. ¡Qué distinto se mostraba con ellos de lo que se mostraba con él!... En aquel cuarto de Sara, sobre aquel lecho, ¿hubiera Bernardo reconocido a su amigo? A la inmensa curiosidad que apresuraba su lectura, uníase un oscuro malestar: repulsión o despecho. Un poco del despecho que había experimentado un momento antes viendo a Oliverio del brazo de Eduardo: despecho de no participar él.

Puede arrastrar muy lejos ese despecho y hacer cometer muchas tonterías; como todos los despechos, por lo demás.

Pasemos. Todo lo que digo anteriormente no es más que para insuflar un poco de aire entre las páginas de ese «diario» Ahora que Bernardo ha respirado bien, volvamos a él. He aquí que se entrega de nuevo a la lectura.

Librodot

XIII

DIARIO DE EDUARDO:

PRIMERA VISITA A LA PÉROUSE

(Continuación)

Poco provecho se obtiene de los viejos.
VAUVENARGUES.

8 de noviembre.

»El viejo matrimonio La Pérouse, se ha mudado otra vez. Su nuevo piso, que yo no conocía aún, es un entresuelo, en ese entrante que forma el barrio Saint-Honoré antes de cortar el bulevar Haussmann. He llamado. Ha salido a abrirme La Pérouse. Estaba en mangas de camisa y se cubría la cabeza con una especie de casquete blanco amarillento, en el cual he acabado por reconocer una media vieja (de su esposa sin duda), cuya planta anudada rebotaba, como la borla de un gorro, contra su mejilla. Llevaba en la mano unas tenazas dobladas. Le sorprendía yo evidentemente actuando de fumista, y como pareciese algo cohibido:

»—¿Quiere usted que vuelva más tarde? —le he dicho.

»—No, no... Entre usted aquí.

»Y me ha empujado a una habitación estrecha y larga cuyas dos ventanas dan a la calle, justamente a la altura de un fafol.

»—Esperaba a una alumna precisamente a esta hora (eran las seis); pero me ha telegrafiado que no vendría. Me alegra mucho verle.

»Ha dejado las tenazas sobre un velador y como para disculpar su toaleta:

»—La criada ha dejado apagar la estufa; y como no viene más que por las mañanas, he tenido que vaciarla...

»—¿Quiere usted que le ayude a encenderla?

»—No, no... Se ensucia uno... Pero permítame que me ponga una chaqueta.

»Ha salido corriendo a pasitos y ha vuelto casi al momento, vestido con una fina americana de alpaca, con los botones arrancados y las mangas rotas, tan usada que no se hubiese atrevido nadie a dársela a un pobre. Nos hemos sentado.

»—¿Me encuentra usted cambiado, verdad?

»Hubiera yo querido protestar, pero no se me ocurría nada que decirle, impresionado penosamente por la expresión cansadísima de aquel rostro que había yo conocido tan bello. Él prosiguió:

»—Sí, he envejecido mucho estos últimos tiempos. Empiezo a perder un poco la memoria. Cuando repaso una fuga de Bach, tengo que recurrir a la partitura...

»—¡Cuántos jóvenes se contentarían con lo que posee usted todavía!

»Y él replicó moviendo la cabeza:

»—¡Oh! No es sólo la memoria la que flaquea. Mire usted, al andar me parece que voy todavía bastante de prisa; pero ahora, en la calle, me pasa todo el mundo.

»—Es —le dije— que hoy día se anda mucho más de prisa.

Librodot

»—¡Ah! ¿sí?... Es como con las lecciones que doy: a las alumnas les parece que mi enseñanza les retrasa; quieren ir más de prisa que yo. Se van... Hoy, todo el mundo tiene prisa.

»Y añadió en voz tan baja que apenas le oí:

»—Ya no tengo casi ninguna.

»Sentí en él tal desesperación que no me atreví a interrogarle. Continuó:

»—Mi mujer no quiere comprenderlo. Me dice que no sé darme maña; que no hago nada por retenerlas y menos aún por buscar nuevas alumnas.

»—Esa alumna a quien usted esperaba... —le he preguntado torpemente.

»— ¡Oh! Ésa es una que preparo para el Conservatorio. Viene a trabajar aquí todos los días.

»—Eso quiere decir que no le paga a usted.

»—¡Bastante me lo reprocha mi mujer! No comprende que sólo esas lecciones me interesan; sí, las que... doy con verdadero placer. Reflexiono mucho más desde hace algún tiempo. Mire usted... quisiera preguntarle una cosa: ¿por qué hablan tan rara vez de los viejos en los libros?... Eso se debe, creo yo, a que los viejos no son ya capaces de escribirlos y a que, cuando se es joven, no se ocupa uno de ellos. Un viejo no interesa ya a nadie... Habría, sin embargo, cosas curiosísimas que decir sobre ellos. Mire usted: hay ciertos actos de mi vida pasada que sólo ahora empiezo a comprender. Sí, empiezo sólo a comprender que no tienen en absoluto la significación que yo creía en otro tiempo, al realizarlos... Sólo ahora comprendo que he vivido engañado toda mi vida. Mi mujer me ha engañado; mi hijo me ha engañado; todo el mundo me ha engañado; el Señor me ha engañado...

»Caía la tarde. Yo no distinguía ya casi las facciones de mi viejo maestro; pero de pronto ha brotado la claridad del cercano farol, mostrándome su mejilla reluciente de lágrimas. Me inquietó al principio una extraña mancha de su sien, como una depresión, como un agujero; pero, al hacer él un pequeño movimiento, la mancha se ha movido de sitio y he comprendido que no era más que la sombra producida por un florón de la balaustrada. He puesto mi mano sobre su brazo descarnado; tiritaba.

»—Va usted a enfriarse —le he dicho—. ¿No quiere usted de verdad que encendamos su estufa?... Ande, vamos.

»—No, hay que aguerrirse.

—«¡Cómo! ¿Es estoicismo?

»—Un poco. Precisamente porque tenía la garganta delicada es por lo que no he querido nunca llevar pañuelo. He luchado siempre contra mí mismo.

»—Eso está bien mientras se triunfa; pero si el cuerpo sucumbe...

»Me ha cogido la mano, y con un tono muy grave, como si me dijese un secreto:

»—Entonces sería el verdadero triunfo.

»Su mano soltó la mía; él continuaba:

»—Temía que se marchase usted sin venir a verme.

»—Que me marchase, ¿adonde? —inquirí.

»—No sé. ¡Viaja usted con tanta frecuencia! Quisiera decirle a usted una cosa... Yo también pienso marcharme pronto.

»—¡Cómo! ¿Piensa usted viajar? —le he dicho torpemente, fingiendo no comprender a pesar de la gravedad misteriosa y solemne de su voz. Él movía la cabeza:

»—Comprende usted muy bien lo que quiero decir... Sí, sí; sé que pronto llegará el momento. Empiezo a ganar menos de lo que cuesto; y esto me resulta insoportable. Me he prometido no pasar de cierto límite.

»Hablaba con un tono un poco exaltado que me inquietó:

»—¿A usted también le parece que hago mal? No he podido nunca comprender por qué nos prohibe eso la religión. He meditado mucho estos últimos tiempos. Cuando era yo joven, hacía una vida muy austera; me felicitaba por mi fuerza de voluntad cada vez que rechazaba una proposición. No comprendía que, creyendo libertarme, me convertía cada vez más en esclavo de mi orgullo. Cada uno de estos triunfos sobre mí mismo, era una vuelta de llave que daba a la puerta de mi cabeza. Eso es lo que quería decir hace un momento cuando le afirmaba que Dios me ha engañado. Me ha hecho tomar mi orgullo por virtud. Dios se ha burlado de mí. Se divierte. Creo que juega con nosotros como un gato con un ratón. Nos envía tentaciones a las que Él sabe que no podemos resistir; y cuando nos resistimos, a pesar de todo, se venga de nosotros más aún. ¿Por qué nos guarda ese rencor? Y por qué... Pero le estoy aburriendo con estas preguntas de viejo.

»Se cogió la cabeza con las manos, como un niño que se enfurruña y permaneció callado tanto tiempo que acabé incluso por pensar que se había olvidado de mi presencia. Inmóvil, frente a él, temía yo turbar su meditación. A pesar del ruido cercano de la calle, la tranquilidad de aquel cuartito me parecía extraordinaria y a pesar de la luz del farol que nos alumbraba fantásticamente de abajo arriba, como las candilejas de un teatro, las manchas de sombra a los dos lados de la ventana, parecían crecer y las tinieblas a nuestro alrededor, estancarse, como se estanca con un gran frío un agua tranquila; estancarse hasta mi corazón. Quise vencer al fin mi angustia, respiré ruidosamente y pensando en marcharme, dispuesto a despedirme, pregunté, por cortesía y por romper el encanto:

»—¿Sigue bien su esposa?

»El viejo pareció despertarse. Repitió primero:

»¿Mi esposa?... —interrogativamente; hubiérase dicho que estas sílabas habían perdido para él todo significado; luego, de pronto, inclinándose hacia mí:

»—Mi esposa atraviesa una crisis terrible... que me hace sufrir mucho.

»—¿Una crisis de qué?... —pregunté.

»—¡Oh, de nada!—dijo él alzándose de hombros, como la cosa más natural—. Se está volviendo completamente loca. No sabe ya qué inventar.

»Sospechaba yo desde hacía mucho tiempo la honda desunión de aquel viejo matrimonio, aunque desconfié de lograr más detalles:

»—¡Pobre amigo mío! —exclamé compasivamente—. ¿Y... desde hace cuánto tiempo?

»Reflexionó un momento como si no comprendiese bien mi pregunta.

»—¡Oh! Desde hace mucho tiempo... desde que la conozco.

»Pero dominándose casi en seguida:

»—No; realmente la cosa empezó a torcerse con la educación de mi hijo.

»Hice un gesto de extrañeza, pues creía yo que el matrimonio La Pérouse no tenía hijos. Alzó él su frente, que seguía teniendo hundida en sus manos y con un tono más tranquilo:

»—¿No le he hablado a usted nunca de mi hijo?... Escúcheme, voy a decírselo todo. Es preciso hoy día que lo sepa usted todo. Lo que voy a contarle no puedo decírselo a nadie... Sí, empezó con la educación de mi hijo; como usted ve, hace de esto mucho tiempo. Los primeros tiempos de nuestro matrimonio fueron encantadores. Era yo muy puro cuando me casé con mi esposa. La amaba con inocencia... sí, ésta es la mejor palabra, y no quería reconocerle ningún defecto. Pero nuestras ideas eran distintas respecto a la educación de los hijos. Cada vez que quería yo reprender a mi hijo, mi mujer se ponía de su parte contra mí; de haberle hecho caso hubiéramos debido pasarle todo. Se ponían de acuerdo contra mí. Ella le enseñaba a mentir... Cuando el chico tenía veinte años apenas, se echó una querida. Era una alumna mía, una joven rusa, muy buena música, con la que me había encariñado mucho. Mi esposa estaba al corriente de lo sucedido; pero a mí, me lo ocultaba todo, como siempre. Y, naturalmente, no me di cuenta de que estaba embarazada. Nada, le repito, no sospechaba nada. Un buen día me comunican que mi alumna está enferma; que estará algún tiempo sin venir. Cuando hablé de ir a verla, me dijeron que había

Librodot

cambiado de domicilio, que estaba de viaje... Sólo pasado mucho tiempo me enteré de que había marchado a Polonia a dar a luz. Mi hijo fue allí a reunirse con ella... Han vivido varios años juntos; pero él ha muerto sin casarse con ella.

»—¿Y... a ella ha vuelto usted a verla?

»Hubiérase dicho que él chocaba contra un obstáculo:

»—No he podido perdonarle el haberme engañado. Mi mujer sigue carteándose con ella. Cuando supe que estaba en la miseria, la envié dinero... a causa del pequeño. Pero de esto no sabe nada mi mujer. Ella misma, la otra, no ha sabido que ese dinero procedía de mí.

»—Y ¿su nieto?

»Una extraña sonrisa pasó sobre su rostro; se levantó.

»—Espere un momento; voy a enseñarle su fotografía.

»Y salió de nuevo corriendo a pasitos, con la cabeza hacia delante. Cuando volvió, sus dedos temblaban buscando la imagen en una abultada cartera. Se inclinó hacia mí para dármela, y en voz muy baja:

»—Se la he cogido a mi mujer sin que lo haya notado. Cree haberla perdido.

»—¿Qué edad tiene? —le he preguntado.

»—Trece años. ¿Parece mayor, verdad? Está muy delicado.»

»Sus ojos se habían llenado nuevamente de lágrimas. Alargó la mano hacia la fotografía como queriendo recogerla en seguida. Me incliné hacia la claridad insuficiente del farol; me pareció que el niño se parecía a él; reconocí la gran frente abombada, los ojos soñadores del viejo La Pérouse. Creí agradarle diciéndoselo; él protestó:

»—No, no, es a mi hermano a quien se parece; a un hermano que perdí...

»El niño aparecía estrafalariamente vestido con una blusa rusa, llena de bordados.

»—¿Dónde vive?

»—¿Cómo quiere usted que lo sepa? —exclamó La Pérouse con una especie de desesperación—. Le repito que me lo ocultan todo.

»Había recogido la fotografía y después de contemplarla un instante, la volvió a colocar en su cartera y se guardó ésta en el bolsillo.

»—Cuando su madre viene a París no ve más que a mi mujer, que me contesta si la interrogo: «Pregúntaselo a ella». Dice esto, pero, en el fondo, sentiría mucho que yo la viese. Ha sido siempre muy celosa. Ha querido siempre quitarme todo cuanto se encariñaba conmigo... El pequeño Boris se educa en Polonia; creo que en un colegio de Varsovia. Pero viaja a menudo con su madre.

»Y luego, con un gran arrebato:

»—¡Dígame! ¿Hubiera usted creído que fuese posible querer a un niño a quien no se ha visto nunca?... Pues bien, esa criatura es hoy lo que más quiero en el mundo... ¡Y él no lo sabe!

»Fuertes sollozos entrecortaban sus palabras. Se levantó de su silla y se arrojó, se desplomó casi, en mis brazos. Hubiera yo hecho cualquier cosa por aportar algún alivio a su angustia; pero, ¿qué podía yo hacer? Me levanté, pues sentía su flaco cuerpo escurrirse contra mí y creí que iba a caer de rodillas. Le sostuve, le abracé, le mecí como a un niño. Se dominó. Su esposa le llamaba desde la habitación contigua.

»—Va a venir... No querrá usted verla, ¿verdad? Además, se ha quedado completamente sorda. Márchese de prisa.

»Y mientras me acompañaba hasta el descansillo:

»—No esté usted mucho tiempo sin venir (había una súplica en su voz). Adiós, adiós.

9 de noviembre

»No una manera de lo trágico ha escapado casi, hasta ahora, a mi juicio, a la literatura. La novela se ha ocupado de los reveses de la suerte, de la fortuna buena o mala, de las relaciones sociales, del conflicto de las pasiones, de los caracteres, pero en absoluto de la esencia misma del ser.

»Transportar el drama al plano moral, era, sin embargo, el esfuerzo del cristianismo. Pero no hay, precisando mejor, novelas cristianas. Hay las que se proponen fines edificantes; pero esto no tiene nada que ver con lo que quiero decir. Lo trágico moral que hace, por ejemplo, tan formidable la frase evangélica: "Si la sal pierde su sabor, ¿con qué se volverá a dar?" Eso es lo trágico que me interesa.

10 de noviembre

»Oliverio va a examinarse. Paulina quisiera que se presentase después en la Normal. Su carrera está completamente trazada... Si no tuviese padres, ni apoyo, habría hecho de él mi secretario. Pero no se preocupa de mí, no se da cuenta siquiera del interés que le demuestro; y le molestaría si se lo hiciese notar. Precisamente para no molestarle nada, finjo delante de él una especie de indiferencia, de irónico desapego. Sólo cuando no me ve es cuando me atrevo a contemplarle a mi gusto. Le sigo a veces por la calle sin que lo sepa. Ayer, caminaba así detrás de él; volvió bruscamente sobre sus pasos y no tuve tiempo de volverme.

»—¿Adonde vas tan de prisa? —le pregunté.

»—¡Oh! A ninguna parte. Cuando no tengo nada que hacer es cuando parezco tener más prisa.

Hemos ido juntos un rato, pero sin ocurrírsenos nada que decir. Seguramente le fastidiaba que le hubiesen encontrado.

12 de noviembre

»Tiene padres, un hermano mayor y compañeros... Me repito esto a lo largo del día e igualmente que no tengo nada que hacer aquí. Si careciese de algo, podría yo, sin duda, proporcionárselo; pero no carece de nada. No necesita nada; y aunque su gentileza me encanta, nada en ella me permite engañarme. ¡Ah, palabra absurda, que escribo sin querer y en la que se revela la doblez de mi corazón!... Me embarco mañana para Londres. He tomado de pronto la resolución de marcharme. Ya es hora.

»¡Marcharse porque tiene uno demasiadas ganas de quedarse!... Cierta afición a lo arduo y el horror a la complacencia (me refiero a la complacencia hacia sí mismo), son quizás las dos cosas de primera educación puritana que más trabajo me cuesta borrar de mí.

»Compré ayer, en casa de Smith, un cuaderno, muy inglés ya, que servirá de continuación a éste, en el cual no quiero escribir más. Un cuaderno nuevo...

»¡Ah, si pudiera yo no irme con él!»

Librodot

XIV
BERNARDO Y LAURA

Ocurren a veces accidentes en la vida, en los que hay que ser un poco loco para salir con bien.
LA ROCHEFOUCAULD.

Bernardo acabó su lectura con la carta de Laura, copiada en el diario de Eduardo. Sintió un deslumbramiento: indudablemente, la que allí gritaba su angustia era aquella amante desconsolada de quien le hablaba Oliverio la noche anterior, la querida abandonada de Vicente Molinier. Y Bernardo comprendía, de pronto, que era aún el único, gracias a la doble confidencia de su amigo y del diario de Eduardo, en conocer el doble aspecto de la intriga. Representaba aquello una ventaja que no conservaría mucho tiempo; tratábase de actuar rápida y prudentemente. Adoptó en seguida una resolución: sin olvidar, por otra parte, nada de lo que había leído primero. Bernardo concentró toda su atención en Laura.

—Esta mañana me parecía aún dudoso lo que tengo que hacer; ahora ya no dudo lo más mínimo —se dijo precipitándose fuera del cuarto—. El imperativo es, como dijo el otro, categórico: salvar a Laura. No era quizás deber mío apoderarme de la maleta; pero una vez que la he cogido, es evidente que he sacado de esa maleta un vivo sentido del deber. Lo importante es sorprender a Laura antes de que Eduardo la vuelva a ver, y presentarme a ella y ofrecerme de modo tal que le sea a ella imposible creer que pueda yo ser un bandido. Lo demás irá sobre ruedas. Tengo ahora en mi cartera lo necesario para aliviar el infortunio tan espléndidamente como el más generoso y el más compasivo de los Eduardos. Lo único que me apura es la manera. Porque llamándose Vedel y aunque encinta, en contra de las leyes, Laura debe de ser delicada. Me imagino que será de esas mujeres que se rebelan, le escupen a uno su desprecio y rompen en trocitos los billetes que se la ofrecen bondadosamente, pero en un sobre insuficiente. ¿Cómo ofrecerla esos billetes? ¿Cómo presentarme yo mismo? Ahí está el quid. En cuanto se sale de lo legal y de los caminos trillados, ¡qué maraña! Decididamente, soy un poco joven para meterme en esta intriga tan complicada. Pero, ¡caray!, eso me ayudará. Inventemos una confesión ingenua; una historia por la que me compadezca y que sirva para que se interese por mí. Lo malo es que esa historia va a tener que servir igualmente para Eduardo; ha de ser la misma y no debo contradecirme. ¡Bah! Ya encontraremos algo. Contemos con la inspiración momentánea...

Había llegado, en la calle Beaune, a las señas que daba Laura. El hotel era de los más modestos, pero limpio y de aspecto decente. Siguiendo las indicaciones del portero, subió tres pisos. Ante la puerta del número 16, se detuvo, quiso preparar su entrada, buscó unas frases; no se le ocurrió nada; entonces, forzando su valor, llamó. Una voz, dulce como la de una hermana y un poco tímida, le pareció, dijo:

—Entre usted.

Laura estaba vestida con mucha sencillez, toda de negro: hubiérase dicho que de luto. Desde que estaba en París, hacía unos cuantos días, esperaba vagamente algo o a alguien aue viniera a sacarla del atolladero. Había obrado equivocadamente, sin duda alguna; sentíase desorientada. Tenía la triste costumbre de contar con los acontecimientos más que consigo misma. No carecía de bondad; pero encontrábase sin fuerzas, abandonada. Al entrar Bernardo, levantó ella una mano hacia su cara, como hace el que sofoca un grito o quien quiere preservar sus ojos de una luz demasiado viva. Estaba de pie: retrocedió un paso y, al encontrarse pegada a la ventana, cogió la cortina con la otra mano.

Bernardo esperaba a que le interrogase; pero ella callaba, esperando que hablase él. La

Librodot

miraba, intentaba en vano sonreír con el corazón palpitante.

—Perdone usted, señora —dijo al fin—, que venga a perturbarla así. Eduardo X., a quien sé que usted conoce, ha llegado a París esta mañana. Tengo que comunicarle algo muy urgente y he pensado que usted podría darme sus señas. Perdone que me presente de esta manera, a preguntárselas.

Si Bernardo hubiera sido menos joven, Laura se habría asustado mucho sin duda. Pero era un niño todavía; de ojos tan francos, de frente tan despejada, de gesto tan tímido, de voz tan insegura, que ante él el temor quedaba vencido por la curiosidad, el interés y esa irresistible simpatía que despierta un ser candoroso y bello. La voz de Bernardo recobraba un poco de firmeza, mientras hablaba.

—Pues no sé sus señas —dijo Laura—. Si está en París supongo que vendrá a verme en seguida. Dígame usted quién es. Yo se lo diré.

Es el momento de arriesgarlo todo, pensó Bernardo. Sintió ante sus ojos como un resplandor de locura. Miró a Laura bien de frente.

—¿Que quién soy yo?... El amigo de Oliverio Molinier...

Vacilaba, dudando aún; pero al ver que palidecía oyendo aquel nombre, se atrevió:

—De Oliverio, hermano de Vicente, el amante de usted, que la abandona cobardemente...

Tuvo que interrumpirse: Laura se tambaleaba. Sus dos manos echadas hacia atrás buscaban ansiosamente un apoyo. Pero lo que trastornó más que nada a Bernardo fue el gemido que ella lanzó; una especie de lamento apenas humano, parecido más bien al de un animal herido (y de pronto el cazador se avergüenza sintiéndose un verdugo), un grito tan extraño, tan distinto de todo lo que podía esperar Bernardo, que se estremeció. Comprendía de repente que se trataba allí de la vida real, de un verdadero dolor, y todo lo que había experimentado hasta entonces le pareció tan sólo comedia y juego. Suscitábase en él una emoción tan nueva que no podía dominarla; subía a su garganta... ¡Cómo! ¿Solloza ahora?, ¿es posible? ¡Él, Bernardo!... Se precipita para sostenerla, se arrodilla ante ella y murmura a través de sus lágrimas:

—¡Ah, perdón!... Perdón, la he ofendido... He sabido que carecía usted de recursos y... quería ayudarla.

Pero Laura, jadeante, se siente desfallecer. Busca con los ojos dónde sentarse. Bernardo, que tiene los suyos fijos en ella, comprende su mirada. Salta hacia un silloncito que está al pié de la cama; con un ademán brusco, lo arrastra junto a ella, que se deja caer en él pesadamente.

Aquí sucede un incidente grotesco, que vacilo en contar; pero fue ese incidente el que decidió las relaciones de Bernardo y Laura, sacándoles inopinadamente de apuros. No intentaré, pues, ennoblecer artificialmente aquella escena: por el precio de la pensión que pagaba Laura (mejor dicho, por el que el hotelero la reclamaba) no podía esperarse que los muebles del cuarto fuesen muy elegantes; pero había derecho a esperar que fuesen sólidos. Ahora bien, el silloncito bajo que Bernardo empujaba hacia Laura, cojeaba un poco, es decir, que tenía una gran tendencia a doblar una de sus patas como hace el pájaro bajo sus alas, lo cual es natural en el pájaro, pero insólito y lamentable en un sillón; por eso aquél disimulaba lo mejor posible aquella imperfección bajo una ancha franja. Laura conocía su sillón y sabía que había que manejarlo con muchísimo cuidado; pero no pensó en él, en su turbación y sólo se acordó de aquéllo sintiéndolo bascular bajo ella. Lanzó de pronto un leve grito, completamente distinto del largo gemido de un momento antes, se escurrió de lado y un segundo después se encontró sentada sobre la alfombra entre los brazos de Bernardo que la atendía solícito. Confuso, pero divertido, sin embargo, tuvo que hincar una rodilla en el suelo. El rostro de Laura se hallaba, pues, muy cerca del suyo; la vio enrojecer. Hizo ella un esfuerzo para incorporarse. Él la ayudó.

—¿Se ha hecho usted daño?

—No, gracias... gracias a usted. Este sillón es ridículo, lo han arreglado ya una vez... Creo que

Librodot

volviendo a colocar la pata bien derecha, aguantará.

—Voy a arreglarlo —dijo Bernardo—. ¡Así! ¿Quiere usted probarlo?

Y luego rectificando:

—O si no, permita usted... Es más prudente que lo pruebe yo primero. Como usted ve, aguanta muy bien. Puedo mover las piernas (y así lo hizo, riendo).

Y después, levantándose:

—Siéntese otra vez; y si me permite usted que me quede un momento más, voy a coger una silla. Me siento junto a usted y así no podrá usted caerse; no tenga miedo... Quisiera hacer algo más por usted.

Había tal apasionamiento en sus palabras, tal circunspección en sus maneras, tal gracia en sus gestos, que Laura no pudo por menos que sonreír.

—No me ha dicho usted su nombre. —Bernardo.

—Sí... pero ¿y su apellido?

—No tengo familia.

—Bueno, el apellido de sus padres.

—No tengo padres. Es decir, soy lo que será ese niño que usted espera: un bastardo.

La sonrisa desapareció repentinamente de los rasgos de Laura; irritada por aquella insistencia en penetrar en la intimidad de su vida y en violar su secreto.

—Pero en fin, ¿cómo sabe usted? ¿Quién le ha dicho?... No tiene usted derecho a saber...

Bernardo se había lanzado; hablaba ahora en voz alta y decidida:

—Sé, al mismo tiempo, lo que sabe mi amigo Oliverio y lo que sabe su amigo de usted, Eduardo. Pero cada uno de ellos no conoce aún más que una mitad de su secreto. Soy, probablemente, con usted el único en conocerle por entero... Como usted ve, tengo que ser amigo suyo —añadió con más dulzura.

—¡Qué indiscretos son los hombres! —murmuró Laura tristemente—. Pero... si no ha visto usted a Eduardo, no ha podido hablar con usted. ¿Es que le ha escrito, entonces?... ¿Es él quien le manda a usted?...

Bernardo se había contradicho; había hablado demasiado de prisa cediendo al placer de fanfarronear un poco. Movía negativamente la cabeza. El rostro de Laura se ensombrecía cada vez más. En aquel momento se oyó llamar a la puerta.

Quiéranlo o no, una emoción común crea un lazo entre dos seres. Bernardo se sentía cogido en la trampa; a Laura le enojaba que la sorprendiesen acompañada. Se miraron ambos como se miran dos cómplices. Llamaron de nuevo.

Los dos dijeron al unísono:

—Adelante.

Desde hacía unos minutos ya, Eduardo escuchaba detrás de la puerta, extrañado de oír voces en el cuarto de Laura. Las últimas palabras de Bernardo le habían aclarado todo. No podía dudar de su significado; indudablemente, también quien hablaba era el ladrón de su maleta. Adoptó en seguida su resolución. Porque Eduardo es uno de esos seres cuyas facultades, que se embotan en el vaivén ordinario, vibran y se distienden inmediatamente ante lo imprevisto. Abrió, pues, la puerta, pero permaneció en el umbral, sonriente y contemplando alternativamente a Bernardo y a Laura, que se habían levantado.

—Permita usted, querida amiga —dijo a Laura, con un gesto que aplazaba las efusiones para después—. Tengo primero que decir unas palabras a este señor, si quiere salir un momento al pasillo.

Librodot

Su sonrisa se tornó más irónica aún, en cuanto Bernardo se hubo reunido con él.

—Esperaba encontrarle a usted aquí.

Bernardo comprendió que estaba descubierto. No le quedaba más que mostrarse audaz; así lo hizo, y jugándose el todo por el todo:

—Yo también esperaba que usted viniese.

—Lo primero, si no lo ha hecho aún (porque quiero creer que ha venido usted a eso), va usted a bajar y a pagar la cuenta de la señora Douviers, con el dinero que ha encontrado usted en mi maleta y que debe usted llevar encima. No suba hasta dentro de diez minutos.

Todo esto había sido dicho con bastante gravedad, pero en un tono que no tenía nada de conminatorio. Entretanto, Bernardo recobraba su aplomo.

—Había venido, en efecto, a eso: no se ha equivocado usted. Y empiezo a creer que yo tampoco me había equivocado.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que es usted realmente el que yo esperaba.

Eduardo intentaba en vano poner un gesto severo. Se divertía de un modo enorme. Hizo una especie de saludo burlón:

—Muchas gracias. Ahora queda por examinar la recíproca. ¿Supongo, al verle aquí, que habrá usted leído mis papeles?

Bernardo, que sostenía sin pestañear la mirada de Eduardo, sonrió a su vez con audacia, ironía, impertinencia e inclinándose:

—No lo dude. Estoy aquí para servirle.

Luego, como un elfo, se precipitó hacia la escalera.

Cuando Eduardo volvió al cuarto, Laura estaba sollozando. Se acercó. Apoyó ella la frente sobre su hombro. La manifestación de la emoción le molestaba, érale casi insoportable. Se sorprendió dándole suaves palmaditas en la espalda, como se le hace a un niño que tose.

—Mi pobre Laura —decía—; vamos, vamos, sea usted razonable.

—¡Oh, déjeme llorar un poco! Me hace bien.

—Se trata de saber lo que va usted a hacer ahora.

—Pero, ¿qué quiere usted que haga? ¿Dónde quiere usted que vaya? ¿A quién quiere usted que me dirija?

—Sus padres...

—Ya los conoce usted... Sería sumirles en la desesperación. Lo han hecho todo para que fuese yo feliz.

—¿Y Douviers?...

—No me atreveré nunca a volver a verle. ¡Es tan bueno ! No crea usted que no le amo... ¡Si usted supiese! ¡Si usted supiese!... ¡Oh, dígame que no me desprecia usted demasiado!

—Al contrario, Laura, al contrario. ¿Cómo puede usted creer?...

Y volvió a darle palmaditas en la espalda.

—Sí, es verdad, junto a usted no siento ya vergüenza.

—¿Cuántos días hace que está usted aquí?

—No lo sé. He vivido solamente para esperarle a usted. Ha habido momentos en que no podía más. Ahora me parece que no podré estar aquí ni un día más.

Y sollozaba con más fuerza, gritando casi, pero con una voz sofocada.

—Lléveme usted. Lléveme usted.

Librodot

Eduardo estaba cada vez más desconcertado.

—Óigame, Laura... Cálmese... El... el otro, no sé siquiera cómo se llama...

—Bernardo —murmuró Laura.

—Bernardo va a subir dentro de un momento. Vamos, levántese usted. No debe verla así. Ánimo. Vamos a inventar algo, se lo prometo. ¡Vamos, seqúese usted los ojos! No se adelanta nada con llorar. Mírese en el espejo. Está usted toda congestionada. Dése un poco de agua en la cara En cuanto la veo llorar no puedo ya pensar en nada... Mire usted. Aquí está; le oigo.

Fue a la puerta y la abrió para que entrase Bernardo; y mientras Laura, vuelta de espaldas a la escena, se dedicaba ante el lavabo a serenar su rostro:

—Y ahora, caballero, ¿puede usted decirme cuándo me será permitido volver a entrar en posesión de mis cosas?

Eso fue dicho mirando a Bernardo bien de frente, con el mismo gesto de ironía sonriente en los labios.

—En cuanto usted quiera, caballero; pero debo confesarle que esas cosas que echa de menos, le hacen a usted seguramente menos falta que a mí. Lo comprendería usted, no me cabe duda, con sólo que conociese usted mi historia. Sepa usted, por lo pronto, que desde esta mañana no tengo cama, ni hogar, ni familia y que estaba a punto de tirarme al agua si no le hubiera encontrado. Lo he seguido largo rato esta mañana, mientras hablaba usted con Oliverio, mi amigo. ¡Me había hablado tanto de usted! Hubiese querido abordarle. Buscaba yo un pretexto, un medio... Cuando tiró usted su resguardo de la consigna, bendije al azar. ¡Oh! No me tome usted por un ladrón. Si he cogido su maleta ha sido, sobre todo, por entrar en relaciones con usted.

Bernardo había soltado todo esto casi de un tirón. Una pasión extraordinaria animaba su discurso y su semblante; hubiérase dicho que era bondad. Por la sonrisa de Eduardo parecía que éste le encontraba encantador.

—¿Y ahora? —profirió.

Bernardo comprendió que ganaba terreno.

—Pues ahora, ¿no necesitaba usted un secretario? No puedo creer que desempeñaría yo mal esas funciones, al realizarlas con tanta satisfacción.

Esta vez Eduardo se echó a reír. Laura les miraba a los dos, divertida.

—¡Vaya!... Será cosa de ver y vamos a pensarlo. Venga usted a verme mañana, a esta misma hora, aquí, si la señora Douviers lo permite... porque también con ella tengo que resolver muchas cosas. ¿Supongo que estará usted en un hotel? ¡Oh! No me interesa saber en cuál. Hasta mañana.

Y le tendió la mano.

—Caballero —dijo Bernardo—, antes de separarme de usted, ¿me permite que le recuerde que en el barrio Saint-Honoré, vive un pobre viejo, profesor de piano, que se llama, me parece, La Pérouse, a quien dará usted una gran alegría si va a verle de nuevo?

—¡Caray! Eso no está mal como debut: entiende usted correctamente sus futuras funciones.

—Entonces... ¿consiente usted en ello?

—Ya hablaremos mañana. Adiós.

Eduardo, después de permanecer un rato con Laura, se fue a casa de los Molinier. Esperaba volver a ver a Oliverio, a quien hubiese querido hablar de Bernardo. Vio sólo a Paulina, aunque prolongó desesperadamente su visita.

Oliverio fue aquella misma tarde, cediendo a la apremiante invitación que acababa de transmitirle su hermano, a casa del autor de *La barra fija*, a casa del conde de Passavant.

Librodot

XV

OLIVERIO EN CASA DE PASSAVANT

—Temía que su hermano no le hubiese dado mi encargo —dijo Roberto de Passavant, viendo entrar a Oliverio.

—¿Me he retrasado? —replicó éste, adelantándose tímidamente y casi de puntillas. Llevaba en la mano su sombrero; Roberto se lo cogió.

—Déjelo. Siéntese donde quiera. Mire, creo que no estará usted del todo mal en ese sillón. No se ha retrasado usted a juzgar por el reloj; pero mi deseo de verle iba adelantado con respecto a él. ¿Fuma usted?

—Gracias —contestó Oliverio, rechazando la petaca que el conde de Passavant le ofrecía. La rechazaba por timidez, aunque desease con afán saborear aquellos finos cigarrillos perfumados con ámbar, rusos sin duda, que veía alineados en la petaca.

—Sí, me satisface que haya usted podido venir. Temía que estuviese usted dedicado exclusivamente a preparar su examen. ¿Cuándo es ello?

—Dentro de diez días, el escrito. Pero ya no trabajo mucho. Creo que estoy preparado y temo, sobre todo, presentarme cansado.

—¿Se negaría usted de todos modos a ocuparse ahora de otra cosa?

—No... si no es demasiado avasallador.

—Voy a decirle por qué le he rogado que viniese. Lo primero, por tener el gusto de volverle a ver. Habíamos iniciado una conversación, la otra noche, en el «foyer» del teatro, durante el entreacto... Lo que usted me dijo me había interesado mucho. ¿No se acuerda usted, sin duda?

—Sí, sí —contestó Oliverio, que creía no haber dicho más que tonterías.

—Pero hoy tengo algo más concreto que decirle... ¿Usted conoce, según creo, a cierto judío llamado Dhurmer? ¿No es uno de sus compañeros?

—Acabo de separarme de él.

—¡Ah!, ¿se ven ustedes a menudo?

—Sí, estábamos citados en el Louvre para hablar de una revista que va a dirigir él.

Roberto se echó a reír de un modo afectado. —¡Ja, ja, ja! ¡Director él!... ¡No se anda con chiquitas! Va muy de prisa... ¿Le ha dicho a usted eso de verdad?

—Hace tiempo que me viene hablando.

—Sí, estoy pensando en ello hace bastante tiempo. El otro día, le pregunté incidentalmente si aceptaría leer conmigo los originales; esto es lo que él ha llamado, en seguida, ser redactor jefe; le he dejado hablar y acto seguido... Eso es muy de él, ¿eh? ¡Qué tipo! Necesita que le contemplen un poco... ¿De verdad, no fuma usted?

—Bueno —dijo Oliverio, aceptando ahora—. Muchas gracias.

—Permítame usted que le diga Oliverio... ¿me deja usted llamarle Oliverio?: no puedo realmente tratarle con prosopopeya; es usted demasiado joven y tengo demasiada intimidad con su hermano Vicente para llamarle Molinier. Pues bien, Oliverio, permítame que le diga que tengo muchísima más confianza en su gusto que en el de Sidi Dhurmer. ¿Querría usted asumir esa dirección literaria? Un poco bajo mi vigilancia, naturalmente; por lo menos al principio. Pero prefiero que mi nombre no figure en la cubierta. Ya le explicaré por qué más tarde... ¿Tomará usted una copa de oporto, eh? Tengo una excelente.

Cogió de una especie de armarito, al alcance de su mano, una botella y dos copas y las llenó.

—¿Qué le parece a usted?

—Excelente, en efecto.

Librodot

—No me refiero al oporto—protestó Roberto, riendo— sino a lo que estaba diciendo.

Oliverio había fingido no comprender. Temía aceptar demasiado rápidamente y dejar traslucir demasiado su alegría. Enrojeció levemente y balbuceó confuso:

—Mi examen no me...

—Acaba usted de decirme que no le ocupaba mucho —interrumpió Roberto—. Además, la revista no aparecerá inmediatamente. Me he preguntado, incluso, si no sería preferible aplazar su aparición hasta el otoño. Pero de todas maneras convenía prevenirle. Habrá que tener varios números preparados antes de octubre y será necesario que nos veamos mucho este verano para hablar de ello. ¿Qué piensa usted hacer durante estas vacaciones?

—¡Oh! No lo sé bien. Mis padres irán probablemente a Normandía, como todos los veranos.

—¿Y tendrá usted que acompañarles?... ¿No querría usted separarse un poco de ellos?...

—Mi madre no accederá.

—Tengo que cenar esta noche con su hermano... ¿Me deja usted hablarle?

—¡Oh! Vicente no vendrá con nosotros.

Y luego, al darse cuenta de que su contestación no guardaba relación con la pregunta, agregó:

—Y además no serviría de nada.

—Sin embargo, ¿y si se encontrasen buenas razones para la mamá?

Oliverio no contestó nada. Amaba tiernamente a su madre y el tono burlón que había adoptado Roberto al hablar de ella le desagradó. Roberto comprendió que había ido demasiado de prisa.

—¿Le gusta entonces mi oporto? —dijo a modo de diversión—. ¿Quiere usted otra copa?

—No, no, gracias... pero es excelente.

—Sí, me chocó mucho la madurez y la seguridad de su criterio, la otra noche. ¿No piensa usted dedicarse a la crítica?

—No.

—¿Versos?.. Sé que hace usted versos.

Oliverio enrojeció de nuevo.

—Sí, le ha traicionado su hermano. Y conocerá usted, sin duda, otros jóvenes que estén dispuestos a colaborar... Es preciso que esta revista llegue a ser una plataforma de reunión para la juventud. Es su razón de ser. Quisiera que me ayudase usted a redactar una especie de proclama-manifiesto que señale, sin precisarlas demasiado, las nuevas tendencias. Ya volveremos a hablar de esto. Hay que elegir dos o tres epítetos; nada de neologismos; antiguas palabras muy usadas, cargadas de un sentido novísimo y que impondremos. Después de Flaubert hemos tenido: «numeroso y ritmado»; tras de Leconte de Lisie: «hierático y definitivo»... Vamos a ver, ¿qué le parecería a usted «vital»? ¿Eh?... «Inconsciente y vital»... ¿No? Y ¿«elemental, robusta y vital»?

—Creo que podría encontrarse aún algo mejor —se atrevió a decir Oliverio, que sonreía sin parecer aprobar del todo.

—Vamos, otra copa de oporto... —No me la llene usted del todo, se lo ruego. —Mire usted, el gran defecto de la escuela simbolista está en no haber traído más que una estética; todas las grandes escuelas han aportado, con un nuevo estilo, una nueva ética, un nuevo pliego de condiciones, nuevos índices, una nueva manera de ver, de comprender el amor y de comportarse en la vida. El simbolista obraba de un modo sencillo: no se comportaba de ninguna manera en la vida; no intentaba comprenderla; la negaba; le volvía la espalda. Sistema absurdo, ¿no le parece? Eran gentes sin apetito e incluso sin glotonería. Lo contrario de nosotros... ¿verdad?

Oliverio había terminado su segunda copa de oporto y su segundo cigarrillo. Entornaba los ojos, medio tumbado en su confortable sillón, y sin decir nada, mostraba su asentimiento con leves

Librodot

movimientos de cabeza. En aquel momento oyeron llamar y casi en seguida entró un criado y presentó una tarjeta a Roberto, que le echó un vistazo y la dejó a su lado sobre su mesa:

—Está bien. Dígale que haga el favor de esperar un momento.

Salió el criado.

—Escúcheme, amiguito Oliverio, le quiero a usted de verdad y creo que nos entenderemos muy bien. Pero me espera alguien que no tengo más remedio que recibir y que desea verme a solas.

Oliverio se había levantado.

—Voy a hacerle salir por el jardín, si me lo permit .¡Ah! Ahora que pienso: ¿le gustaría a usted tener mi nuevo libro? Tengo aquí precisamente ún ejemplar en holanda...

—No he esperado a recibirlo de usted para leerlo —dijo Oliverio, a quien no le gustaba mucho el libro de Passavant y que procuraba salir del paso sin adulación, quedando bien al mismo tiempo.

¿Sorprendió Passavant un ligero matiz de desdén en el tono de su frase? Añadió en seguida:

—¡Oh! No se esfuerce en hablarme de él. Si me dijera usted que le gustaba, me vería obligado a poner en duda su gusto o su sinceridad. No; sé mejor que nadie lo que le falta a ese libro. Lo he escrito demasiado de prisa. A decir verdad, mientras lo escribía, pensaba en mi libro siguiente! ¡Ah, éste sí que me interesa! Me interesa mucho. Ya verá usted, ya verá... Lo siento infinito, pero no tengo más remedio que dejarle... A menos que... Pero no, no; no nos conocemos aún lo suficiente y sus padres le esperan seguramente para cenar. Vaya, hasta la vista. Hasta pronto... Voy a escribir su nombre en el libro; permítame.

Se había levantado; se acercó a su mesa. Mientras se inclinaba para escribir, Oliverio avanzó un paso y miró de reojo la tarjeta que acababa de traer el criado:

VÍCTOR STROUVILHOU

Este nombre no le dijo nada.

Passavant entregó a Oliverio el ejemplar de *La barra fija* y al ver que Oliverio se disponía a leer la dedicatoria:

—Ya lo verá usted después —dijo Passavant metiéndole el libro debajo del brazo.

Hasta estar en la calle no leyó Oliverio aquel epígrafe manuscrito, transcrito del propio libro que adornaba, y que el conde de Passavant acababa de escribir a modo de dedicatoria:

»Por favor, Orlando, unos pasos más. No estoy aún muy seguro de atreverme a comprenderle perfectamente.

Debajo de la cual había añadido:

»A OLIVERIO MOLINIER, SU presunto amigo ROBERTO, CONDE DE PASSAVANT.»

Epígrafe ambiguo, que dejó pensativo a Oliverio, pero que era muy libre, después de todo, de interpretar como quisiese.

Oliverio volvió a su casa en el momento en que Eduardo acababa de marcharse de allí, cansado de esperarle.

Librodot

XVI

VICENTE CON LADY GRIFFITH

La cultura positiva de Vicente le vedaba creer en lo sobrenatural; lo que daba al demonio grandes ventajas. El demonio no atacaba de frente a Vicente; le atacaba de un modo astuto y furtivo. Una de sus habilidades consiste en hacernos tomar nuestros fracasos por éxitos. Y lo que inclinaba a Vicente a considerar su manera de obrar con Laura como un triunfo de su voluntad sobre sus instintos reales, es que, siendo él naturalmente bueno había tenido que violentarse, que resistirse, para mostrarse duro con ella.

Examinando bien la evolución del carácter de Vicente en esta intriga, percibo en ella varios estadios, que quiero señalar para edificación del lector:

1.° El período de la buena causa. Probidad. Necesidad escrupulosa de reparar una falta cometida. En resumen: la obligación moral de dedicar a Laura la suma que sus padres han ahorrado trabajosamente para subvenir a los primeros gastos de su carrera. ¿No es eso sacrificarse? ¿No es este motivo decente, generoso y caritativo?

2° El período de la inquietud. Escrúpulos. Dudar si esa suma señalada será suficiente, estar dispuesto a ceder cuando el demonio haga brillar ante los ojos de Vicente la posibilidad de aumentarla.

3.° Constancia y fuerza de espíritu. Necesidad, después de perder esa suma, de sentirse «por encima de la adversidad». Esa «fuerza de espíritu» es la que le permite confesar sus pérdidas en el juego a Laura; y la que le permite, de paso, romper con ella.

4.° Renuncia a la buena causa, considerada como un engaño, a la luz de la nueva ética que Vicente se cree en el deber de inventar para justificar su conducta; porque sigue siendo un ser moral y el diablo no logrará vencerle más que proporcionándole razones para aprobarse a sí mismo. Teoría de la inmanencia, de la totalidad en el instante; alegría gratuita, inmediata e inmotivada.

5." Embriaguez del ganador. Desdén por la reserva. Supremacía.

A partir de lo cual, el demonio tiene ganada la partida.

A partir de lo cual, el ser que se cree más libre no es más que un instrumento a su servicio. El demonio no cesará, pues, hasta que Vicente haya entregado su hermano a ese agente maldito que es Passavant.

Vicente no es malo, sin embargo. Todo esto, le irrita, le deja insatisfecho, desasosegado. Agreguemos unas palabras más:

Llámase «exotismo», según creo, a todo pliegue matizado de la Maya, ante lo que se siente extranjera nuestra alma; que la priva de puntos de apoyo. Resistiría a veces tal virtud, que el diablo antes de atacar, aleja en extrañamiento. Indudablemente si no hubiesen estado bajo nuevos cielos, lejos de sus padres, lejos de los recuerdos de su pasado, de lo que les mantenía consecuentes con ellos mismos, ni Laura hubiera cedido a Vicente, ni Vicente hubiera intentado seducirla. Parecíales, sin duda, que aquel acto de amor, allá lejos, no podía ya tomarse en consideración... Habría mucho más que decir; pero lo que anteriormente queda dicho basta ya para explicarnos mejor a Vicente.

Junto a Lilian, sentíase igualmente desplazado.

—No te rías de mí, Lilian —le decía aquella misma noche—. Sé que no me comprenderás, y, sin embargo, necesito hablarte como si me comprendieses, porque me es imposible de aquí en adelante, expulsarte de mi pensamiento...

Medio tumbado a los pies de Lilian, tendida sobre el diván bajo, dejaba descansar amorosamente sobre las rodillas de su amante su cabeza, que ella acariciaba amorosamente también.

Librodot

—Lo que me tenía preocupado esta mañana... es quizá el miedo, sí. ¿Puedes permanecer seria un momento? ¿Puedes olvidar un momento, para comprenderme, no lo que crees, porque tú no crees en nada, sino, precisamente, olvidar que no crees en nada? Tampoco yo creía en nada, como sabes; creía yo que no creía ya en nada, en nada más que en nosotros mismos, en ti, en mí, en lo que puedo ser contigo, en lo que, gracias a ti, seré...

—Roberto vendrá a las siete —interrumpió Lilian—. No lo digo para apremiarte; pero si no avanzas más de prisa, nos interrumpirá precisamente en el momento en que empieces a ser interesante. Porque supongo que preferirás no seguir delante de él. Es curioso, que te creas en el deber de tomar hoy tantas precauciones. Pareces un ciego que toca primero con su bastón cada sitio donde quiere poner el pie. Ya ves que conservo, sin embargo, mi seriedad. ¿Por qué no tienes confianza?

—Tengo, desde que te conozco, una confianza extraordinaria —repitió Vicente—. Puedo mucho, lo siento; y, como ves, todo me sale bien. Pero eso precisamente es lo que me aterra. No, cállate... He pensado durante todo el día en lo que me contaste esta mañana del naufragio del *Borgoña*, y de las manos que cortaban a los que querían subir a la barca. Paréceme que algo quiere subir a mi barca —empleo tu imagen para que me comprendas—, algo que quiero impedir que suba a ella...

—Y quieres que te ayude a ahogarlo, ¡cobardón!

Él prosiguió sin mirarla:

—Algo que yo rechazo, pero cuya voz oigo... una voz que tú no has oído nunca; que escuchaba yo en mi infancia.

—¿Y qué dice esa voz? No te atreves a repetirlo. No me extraña. Apuesto a que interviene en eso el catecismo, ¿eh?

—¡Pero Lilian! ¡Compréndeme! El único medio para mí de librarme de esos pensamientos, es contártelos. Si te ríes de ellos me los guardaré para mí solo, y me envenenarán.

—Entonces habla —dijo ella con un aire resignado.

Y luego como él callaba, escondiendo, infantilmente, su frente en la falda de Lilian:

—¡Vamos!, ¿qué esperas?

Le cogió del pelo y le obligó a levantar otra vez la cabeza:

—Pero ¡lo verdaderamente en serio que toma esto, palabra! Escucha, hijo mío, si quieres hacer el niño, te diré que eso no me va en absoluto. Hay que querer lo que se quiere. Y además, ya sabes: no me gustan los tramposos. Cuando intentes hacer subir a tu barca, solapadamente, lo que no tiene por qué subir, haces trampa. Accedo a jugar contigo; pero ¡juego limpio!; y te advierto que es para hacerte triunfar. Creo que puedes llegar a ser alguien muy importante y considerable; siento en ti una gran inteligencia y una gran fuerza. Quiero ayudarte. Bastantes mujeres hay que hacen fracasar la carrera de aquellos de quienes se enamoran; yo quiero que sea lo contrario. Me has hablado ya de tu deseo de dejar la medicina por unos trabajos de ciencias naturales; sentías no tener dinero bastante para ello... Lo primero, acabas de ganar en el juego; cincuenta mil francos son ya algo. Pero prométeme que no jugarás más. Pondré a tu disposición todo el dinero que sea necesario, a condición, si dicen que te dejas mantener, de que tengas la fuerza de encogerte de hombros.

Vicente se había levantado. Se acercó a la ventana. Lilian prosiguió:

—Ante todo y para terminar con Laura, creo que podrían enviársele los cinco mil francos que le prometiste. Ahora que tienes dinero, ¿por qué no cumples tu palabra? ¿Es por necesidad de sentirte todavía más culpable respecto a ella? Eso no me agrada lo más mínimo. Me horrorizan las granujadas. No sabes cortar las manos con limpieza. Hecho eso, nos iremos a pasar el verano allí donde sea más ventajoso para tus trabajos. Me has hablado de Roscoff; yo preferiría Monaco, porque conozco al Príncipe, que podría llevarnos en un crucero y colocarte en su Instituto.

Vicente callaba. Le agradaba oír a Lilian, y sólo más adelante se lo contó, que antes de venir a

Librodot

verla, había estado en el hotel donde Laura le había esperado tan desesperadamente. Preocupado de sentirse al fin en paz, había metido en un sobre aquellos billetes con los cuales ya no contaba ella. Había entregado el sobre a un camarero y esperado luego en el vestíbulo a tener la seguridad de que el camarero lo había entregado en propia mano. Pocos minutos después, el camarero había bajado de nuevo, llevando el sobre, a lo ancho del cual había escrito Laura: Demasiado tarde. Lilian llamó para pedir que le trajesen su abrigo. Cuando hubo salido la doncella:

—¡Ah! Quería decirte antes de que llegue: si Roberto te propone una inversión para tus cincuenta mil francos, desconfía. Es muy rico, pero necesita siempre dinero. Mira: me parece oír la bocina de su auto. Llega con media hora de adelanto; pero tanto mejor... ¡Para lo que estábamos diciendo!...

—Llego más pronto —dijo Roberto al entrar—, porque he pensado que sería divertido ir a comer a Versalles. ¿Le hace a usted?

—No —dijo lady Griffith—, los estanques me fastidian. Vayamos mejor a Rambouillet; tenemos tiempo. Comeremos allí menos bien, pero charlaremos mejor. Quiero que Vicente te cuente sus historias de peces. Sabe algunas sorprendentes. No sé si es verdad lo que dice, pero es más divertido que las más bellas novelas del mundo.

—No será esa quizá la opinión de un novelista —dijo Vicente.

Roberto de Passavant tenía un diario de la noche en la mano:

—¿Sabe usted que Brugnard acaba de ser nombrado jefe del personal de Justicia? Es el momento de hacer condecorar a su padre de usted —dijo volviéndose hacia Vicente.

Éste se alzó de hombros.

—Mi querido Vicente —continuó Passavant—, permítame que le diga que le ofenderá usted seriamente si no le pide ese pequeño favor, que le alegrará tanto negarle.

—¿Y si empezase usted por pedírselo para usted mismo? —replicó Vicente.

Roberto hizo una especie de gesto afectado:

—No; mi coquetería consiste en no enrojecer ni siquiera por el ojal.

Y luego, volviéndose hacia Lilian:

—¡Sabe usted que son raros, hoy día, los que alcanzan la cuarentena sin haber tenido ni viruela ni condecoraciones !

Lilian sonrió alzándose de hombros:

—¡Por hacer una frase consiente en envejecerse!... Dígame: ¿es alguna cita de su próximo libro? ¿Hará fresco?... Vayan ustedes bajando; me pongo mi abrigo y les alcanzo.

—¿Creí que no quería usted volver a verle? —preguntó Vicente a Roberto en la escalera.

—¿A quién? ¿A Brugnard?

—Le encontraba usted tan estúpido...

—Mi querido amigo —respondió Passavant sin apresurarse, parado en un escalón y deteniendo a Molinier con el pie levantado, porque veía venir a lady Griffith y deseaba que ésta lo oyese—, sepa usted que no tengo un solo amigo que no me haya dado, al cabo de tratarle cierto tiempo, muestras de imbecilidad. Le aseguro que Brugnard ha resistido la prueba más que muchos otros.

—¿Que yo quizás? —inquirió Vicente.

—Lo cual no me impide ser el mejor amigo de usted; ya ve.

—Y esto es lo que se llama «esprit» en París —dijo Lilian, que se había unido a ellos—. Cuidado, Roberto: ¡no hay nada que se marchite antes!

Librodot

—Tranquilícese, querida: ¡las palabras no se marchitan más que cuando las imprimen!

Tomaron asiento en el auto que les alejó de allí. Como su conversación siguió siendo muy ingeniosa, es inútil que la transcriba aquí. Sentáronse en la terraza de un hotel, frente a un jardín que el anochecer llenaba de sombra. A influjos de la oscuridad, la charla se fue haciendo pesada poco a poco; incitado por Lilian y Roberto, al final sólo hablaba Vicente.

Librodot

XVII

LA VELADA EN RAMBOUILLET

—Me interesaría más por los animales si me interesase menos por los hombres —había dicho Roberto. Y Vicente respondió:

—Acaso cree usted a los hombres demasiado diferentes de ellos. No existe ningún gran descubrimiento en zootecnia que no haya tenido su repercusión en el conocimiento del hombre. Todo eso se toca y se relaciona; y creo que un novelista que se precie de psicólogo, no aparta nunca impunemente los ojos del espectáculo de la naturaleza ni permanece ignorante de sus leyes. En el *Diario* de los Goncourt, que me dejó usted para leer, se fijó mi atención en el relato de una visita a las galerías de historia natural del Jardín de Plantas, donde sus deliciosos autores lamentan la escasa fantasía de la Naturaleza o del Buen Dios. La tontería y la incomprensión de su limitado espíritu se manifiestan en esa pobre blasfemia. ¡Qué diversidad, por el contrario! Parece que la naturaleza ha ensayado alternativamente todas las maneras de estar viva, de moverse, ha empleado todas las concesiones de la materia y de sus leyes. ¡Qué lección en el desistimiento progresivo de ciertas empresas paleontológicas, irracionales e inelegantes! ¡Qué economía ha permitido la subsistencia de ciertas formas! La contemplación de éstas me explica el abandono de las otras. Hasta la botánica puede instruirnos. Cuando examino una rama observo que en el interior del ángulo de cada una de sus hojas, cobija un botón, capaz, al año siguiente, de vegetar a su vez. Cuando observo que de tantos botones, dos todo lo más se desarrollan, condenando a la atrofia, por su propio crecimiento, a todos los demás, me permito pensar que igual sucede con el hombre. Los botones que se desarrollan naturalmente son siempre los botones terminales, es decir, los que están más alejados del tronco familiar. Sólo la talla o el arqueamiento, al rechazar la savia, la obligan a animar los gérmenes cercanos al tronco, que hubiesen permanecido dormidos. Y así es como se hacen fructificar las especies más reacias que, de haberlas dejado medrar libremente, no hubiesen producido, sin duda, más que hojas. ¡Ah! ¡Qué buena escuela es un vergel, un jardín! ¡Y qué buen pedagogo podría hacerse, muchas veces, de un horticultor! Aprende uno más cosas, con frecuencia, por poco que se sepa observar, en un corral, en una perrera, en un acuario, en un conejar o en un establo que en los libros, e incluso, créame, que en la soledad de los hombres, donde todo está más o menos falsificado.

Vicente habló luego de la selección. Expuso el método corriente de los técnicos para conseguir los más bellos semilleros; su elección de las muestras más robustas, y aquella fantasía experimental de un horticultor audaz que, por horror a la rutina, diríase casi que por provocación, imaginó elegir por el contrario los individuos más débiles, y las floraciones incomparables que obtuvo.

Roberto, que al principio únicamente escuchaba a medias, como quien espera sólo aburrirse, no intentaba ya interrumpir. Su atención encantaba a Lilian, como un homenaje a su amante.

—Debías hablarnos —le dijo— de lo que me contabas el otro día de los peces y de su acomodamiento a los grados de salinidad del mar... ¿Es eso, verdad?

—Aparte de ciertas regiones —prosiguió Vicente—, ese grado de salinidad es aproximadamente constante; y la fauna marina no soporta generalmente más que variaciones de densidad muy pequeñas. Pero las regiones de que yo hablaba no están, sin embargo, deshabitadas; son las que se hallan sujetas a importantes evaporaciones, que reducen la cantidad de agua en relación con la proporción de sal, o aquellas, por el contrario, en que una aportación constante de agua dulce diluye la sal, y por decirlo así, desala el mar, las que están cercanas a las desembocaduras de los grandes ríos o a ciertas enormes corrientes, como la denominada del Golfo. En esas regiones, los animales llamados «estenohalinos» languidecen y van allí a perecer; y como son entonces incapaces de defenderse de los animales llamados «euryhalinos», en cuya presa se

Librodot

convierten, inevitablemente, los «euryhalinos» viven con preferencia en los confines de las grandes corrientes, donde la densidad de las aguas cambia, allí donde van a agonizar los «estenohalinos». Habrá usted comprendido, ¿verdad?, que los «esteno» son los que soportan tan sólo siempre el mismo grado de salinidad. Mientras que los «eury»...

—Son los desalados —interrumpió Roberto, que relacionaba con él toda idea y que no consideraba en una teoría más que aquello de que podría hacer uso.

—La mayoría de ellos son feroces —añadió Vicente, con gravedad.

—¡Cuando yo te decía que valía eso por todas las novelas! —exclamó Lilian, entusiasmada.

Vicente, como transfigurado, permanecía insensible al éxito. Estaba extraordinariamente serio y agregó en un tono más bajo, como si hablase consigo mismo:

—El descubrimiento más asombroso de estos últimos tiempos —al menos el que más me ha enseñado— es el de los aparatos fotogénicos de los animales de grandes profundidades.

—¡Oh, cuéntanos eso! —dijo Lilian, que dejaba apagar su cigarrillo y deshacerse el helado que acababan de servirles.

—La luz del día, como sabrán ustedes, sin duda, no penetra mucho en el mar. Sus profundidades son tenebrosas... abismos inmensos, que han podido creerse durante mucho tiempo deshabitados; más adelante, los dragados realizados han traído de esos infiernos una gran cantidad de animales extraños. Estos animales eran ciegos, según se creía. ¿Qué falta hace el sentido de la vista en la oscuridad? No tenían ojos, evidentemente; no podían, no debían tenerlos. Se les examinó, sin embargo, y se comprobó, con estupor, que algunos tenían ojos; que los tenían casi todos, contando a veces, por añadidura, con unas antenas de una sensibilidad prodigiosa. Se dudaba aún; se maravillaban los sabios: ¿para qué unos ojos?, ¿para no ver nada? Ojos sensibles, pero sensibles ¿a qué?... Y he aquí que se descubre al fin que cada uno de esos animales, que al principio se creía oscuros, emite y proyecta ante él, a su alrededor, «su» luz. Cada uno de ellos alumbra, ilumina, irradia. Cuando, ya de noche, los extraían del fondo del abismo y los echaban sobre la cubierta del barco, la noche parecía deslumbrada. Fuegos movedizos, vibrantes, versicolores, faros giratorios, centelleos de astros, de pedrerías, cuyo esplendor, según nos dicen quienes los han visto, nada puede igualar.

Vicente enmudeció. Permanecieron sin hablar largo rato. —Volvamos; tengo frío —dijo Lilian de pronto.

Lady Lilian se sentó junto al chófer, un poco resguardada por el parabrisas. En el fondo del coche descubierto, los dos hombres siguieron hablando entre ellos. Durante casi todo el almuerzo, Roberto había guardado silencio, escuchando charlar a Vicente; le llegaba ahora su turno. —Peces como nosotros, mi buen Vicente, agonizan en las aguas tranquilas —dijo primero, dando una palmada en el hombro de su amigo. Se permitía algunas familiaridades con Vicente, pero no hubiese soportado la recíproca; por lo demás, Vicente no era inclinado a ello.

—¿Sabe usted que le encuentro asombroso? ¡Qué conferenciante sería usted! Palabra: debía usted dejar la medicina. No le imagino a usted prescribiendo laxantes y en compañía de los enfermos. Una cátedra de biología comparada, o algo por el estilo, es lo que necesitaría usted... —Ya he pensado en ello —dijo Vicente. —Lilian debiera conseguirle eso, interesando en sus investigaciones a su amigo el príncipe de Monaco, que es, según creo, del oficio... Tengo que hablarla. —Ya me ha hablado ella.

—Entonces, ¿no hay, realmente, medio de hacerle un favor? —dijo, afectando cierto enfado—; yo que iba, precisamente, a pedirle a usted uno.

—Será usted a su vez el que tenga que estarme agradecido. Me cree usted de mala memoria.

—¡Cómo! ¿Piensa usted todavía en los cinco mil francos? ¡Pero si me los ha devuelto usted, querido! No me debe usted nada... nada más que un poco de amistad, si acaso.

Librodot

Añadía esto en un tono casi cariñoso, poniendo una mano sobre el brazo de Vicente.

—A su amistad voy a apelar.

—Le escucho —dijo entonces Vicente.

Pero en seguida, Passavant protestó, adjudicando su impaciencia a Vicente.

—¡Qué prisa tiene usted! Espero que de aquí a París, tendremos tiempo.

Passavant era especialmente hábil en endosar a otro sus propias variaciones de humor, y todo cuanto él prefería desaprobar. Luego, fingiendo abandonar aquel tema, como esos pescadores de truchas que, por miedo a espantar su presa, tiran muy lejos el cebo y después lo van trayendo insensiblemente:

—A propósito, le agradezco que me haya enviado su hermano. Temí que se olvidase usted.

Vicente hizo un gesto. Roberto continuó:

—¿Le ha visto usted después?... No ha tenido tiempo, ¿verdad?... Entonces es curioso que no me haya usted preguntado noticias de esa conversación. En el fondo, le es a usted indiferente. Se desliga usted por completo de su hermano. Lo que piensa Oliverio, lo que siente, lo que es y lo que quisiera ser, son cosas por las que no se preocupa usted nunca...

—¿Es un reproche?

—Hombre, sí. No comprendo, no admito su apatía. Cuando estaba usted enfermo, en Pau, pase; no debía usted pensar más que en usted; el egoísmo formaba parte del tratamiento. ¡Pero ahora!... ¡Cómo! Tiene usted a su lado ese juvenil temperamento vibrante, esa inteligencia en acecho, llena de promesas, que espera sólo un consejo, un apoyo...

Olvidaba, en aquel momento, que él también tenía un hermano.

Vicente, sin embargo, no era nada tonto; la exageración de aquella salida, le revelaba que no era muy sincera, que la indignación se mostraba allí para traer otra cosa. Callaba, esperando que llegase. Pero Roberto se detuvo en seco; acababa de sorprender, a la luz del cigarrillo de Vicente, un extraño gesto en los labios de éste, que le pareció de ironía; y lo que más temía en el mundo era la ironía. ¿Fue aquello, sin embargo, lo que le hizo cambiar de tono? Me pregunto si fue más bien la brusca intuición de una especie de connivencia entre Vicente y él... Prosiguió, pues, simulando una perfecta naturalidad y como diciendo «con usted no es necesario fingir»:

—Pues tuve con el joven Oliverio una conversación de las más agradables. Me gusta mucho ese muchacho.

Passavant intentaba apresar la mirada de Vicente (la noche no era muy oscura); pero éste miraba fijamente hacia adelante...

—He aquí, mi querido Molinier, el pequeño favor que quería pedirle...

Pero, ahora también, sintió la necesidad de hacer una pausa y, por decirlo así, de abandonar un instante su papel a la manera de un actor completamente seguro de dominar a su público, deseoso de probarse a sí mismo y de probarle que le domina. Se inclinó, pues, hacia Lilian y, en voz muy alta, como para hacer resaltar el carácter confidencial de lo que había dicho y de lo que iba a decir:

—Mi querida amiga, ¿no tendrá usted frío de verdad? Tenemos aquí una manta sin utilizar...

Y luego, sin esperar la respuesta, arrinconado en el fondo del auto, junto a Vicente, en voz de nuevo baja:

—Verá usted: quisiera llevarme este verano a su hermano. Sí, se lo digo con toda sencillez, ¿para qué circunloquios entre nosotros?... No tengo el honor de que me conozcan sus padres, que no dejarán, naturalmente, marchar a Oliverio conmigo, como no intervenga usted directamente. Ya encontrará usted manera de disponerlos en favor mío. Supongo que les conocerá usted bien y que sabrá usted cómo atacarlos. ¿Quiere usted hacer eso por mí?

Esperó un instante y luego, como Vicente se callaba, prosiguió:

Librodot

—Escuche usted, Vicente... Me iré pronto de París... no sé adonde. Necesito imprescindiblemente llevarme un secretario... Ya sabe usted que fundo una revista: he hablado de ello a Oliverio. Creo que tiene las cualidades requeridas... Pero no quiero colocarme solamente desde mi punto de vista egoísta: lo que digo es que todas las cualidades suyas me parecen tener aquí aplicación. Le he ofrecido el puesto de redactor jefe... ¡Redactor jefe de una revista, a su edad!... Reconocerá usted que eso no es lo corriente.

—Es tan poco corriente que temo que mis padres se asusten un poco —dijo Vicente volviendo por fin sus ojos hacia él y mirándole fijamente.

—Sí, debe usted tener razón. Quizá sea preferible no hablarles de eso. Podía usted hacerles resaltar el interés y el provecho de un viaje que le haría yo hacer, ¿no? Sus padres tendrán que comprender que, a su edad, necesita uno ver tierra. En fin, usted se arreglará con ellos, ¿verdad? Tomó aliento, encendió otro cigarrillo y luego continuó sin cambiar de tono:

—Ya que accede usted a ser amable conmigo, voy a intentar hacer algo por usted. Creo que podré hacerle aprovecharse de algunos beneficios que me ofrecen en un negocio absolutamente excepcional... que un amigo mío, de la alta banca, reserva para unos cuantos privilegiados. Pero le ruego que quede esto entre nosotros; ni una palabra a Lilian. De todas maneras, no dispongo más que de un número restringido de acciones; no puedo ofrecerles su adquisición a ella y a usted a la vez... ¿Y sus cincuenta mil francos de anoche?...

—He dispuesto ya de ellos —lanzó Vicente un poco secamente, porque recordaba la advertencia de Lilian.

—Está bien, está bien... —replicó en seguida Roberto, como si se ofendiese—. No insisto. Y luego, con un gesto como de decir «no puedo enfadarme con usted»:

—Si cambiase usted acaso de opinión, avíseme en seguida... porque después de mañana, a las cinco, será ya demasiado tarde.

Vicente admiraba al conde de Passavant mucho más desde que no le tomaba ya en serio.

Librodot

XVIII

DIARIO DE EDUARDO:

SEGUNDA VISITA A LA PÉROUSE

»*2 tarde*. — He perdido mi maleta. Bien hecho. De todo lo que contiene, no me interesaba nada más que mi diario. Pero me interesaba demasiado. En el fondo, muy divertido con la aventura. Entretanto, me gustaría recuperar mis papeles. ¿Quién los leerá?... Quizá, desde que los he perdido, exagero su importancia. Ese diario se interrumpía en mi salida para Inglaterra. Allí lo he anotado todo en otro cuaderno; cuaderno que he dejado ahora que estoy de regreso en Francia. El nuevo, en el que escribo esto, no saldrá tan fácilmente de mi bolsillo. Es el espejo que paseo conmigo. Nada de lo que me sucede toma para mí existencia real hasta que no lo veo reflejado allí. Pero desde mi vuelta paréceme que me agito en un sueño. ¡Qué penosa fue la conversación con Oliverio! ¡Y yo que pensé que iba a producirme tanta alegría!... ¡Ojalá le haya dejado tan poco satisfecho como a mí! Tan poco satisfecho de él como de mí. No he sabido ni hablar yo ni hacerle ¡ay! hablar a él. ¡Ah! ¡Qué difícil es la menor palabra, cuando lleva consigo el asentimiento completo de todo el ser! En cuanto se mezcla el corazón, embota y paraliza el cerebro.

»*7 tarde*. — Encontrada mi maleta; o al menos al que me la cogió. El hecho de que éste sea el amigo más íntimo de Oliverio, teje entre nosotros una red, el apretar cuyas mallas sólo de mí depende. El peligro está en que, todo suceso inesperado, me produce una diversión tan viva que me hace perder de vista el fin a conseguir.

»He vuelto a ver a Laura. Mi afán de servir se exaspera en cuanto se interpone alguna dificultad, en cuanto tiene que rebelarse contra lo convenido, lo banal y lo acostumbrado.

»Visita al viejo La Pérouse. Su esposa ha sido la que ha salido a abrirme. Hacía más de dos años que no la había visto; sin embargo, me ha reconocido en seguida. (No creo que reciba muchas visitas.) Por lo demás, ella está muy poco cambiada también; aunque (¿será porque estoy prevenido en contra de ella?) sus rasgos me han parecido más duros, su mirada más agria, su sonrisa más falsa que nunca.

»—Temo que mi marido no esté en disposición de recibirle —me ha dicho en seguida, claramente, deseosa de acapararme; y luego, utilizando su sordera para contestar sin que le haya preguntado:

»—No, no; no me molesta usted en absoluto. Pase usted.

»Me hizo entrar en la habitación donde La Pérouse acostumbra a dar sus clases, y cuyas dos ventanas dan al patio. Y en cuanto estuve en ella:

»—Me alegra muchísimo poder hablarle un momento a solas. El estado de mi marido, a quien sé que usted profesa una antigua y fiel amistad, me preocupa mucho. Usted, a quien hace caso, ¿no podría convencerle de que se cuide? Todo lo que le repito yo es como si le cantase el Mambrú.

»Y se desató entonces en recriminaciones interminables: el viejo se niega a cuidarse por el solo placer de atormentarla. Hace todo lo que no debiera hacer y no hace nada de lo que sería necesario. Sale en todo tiempo, sin consentir jamás en ponerse una bufanda. No quiere comer en las comidas: «El señor no tiene gana», y ella «o sabe ya qué inventar para estimular su apetito; pero, por la noche, se levanta y revuelve toda la cocina para freírse no sé qué.

»La vieja no inventaba nada seguramente; comprendía yo, a través de su relato, que sólo la interpretación de pequeños gestos inocentes les confería un significado ofensivo, y qué sombra monstruosa proyectaba la realidad sobre la pared de aquel cerebro estrecho. Pero el viejo, por su lado, ¿no interpretaba torcidamente todos los cuidados, todas las atenciones de la vieja, que se creía una mártir, y de la que era un verdugo? Renuncio a juzgarles, a comprenderles; o más bien, como

Librodot

sucede siempre, cuanto mejor les comprendo más se suaviza mi opinión sobre ellos. En conclusión, he aquí dos seres, ligados uno a otro para toda la vida y que se hacen sufrir de un modo abominable. He observado con frecuencia, entre cónyuges, qué intolerable irritación mantiene en uno de ellos la más pequeña protuberancia del carácter del otro, porque la «vida común» raspa a ésta siempre en el mismo sitio. Y si el rozamiento es recíproco, la vida conyugal no es ya más que un infierno.

»Bajo su peluquín de bandos negros, que endurece los rasgos de su lívido rostro, con sus largos mitones negros, por los que asoman unos deditos como garras, la señora de La Pérouse tomaba un aspecto de arpía.

»—Me reprocha el que le espío —continuó ella—. Ha necesitado siempre dormir mucho; pero, por la noche, finge acostarse, y cuando me cree bien dormida, se levanta de nuevo; revuelve viejos papeles, y a veces se entretiene hasta la mañana releyendo lloroso antiguas cartas de su difunto hermano. ¡Y quiere que aguante yo todo esto sin decir nada!

»Luego se lamentó de que el viejo quisiese hacerla ingresar en un asilo; lo cual le sería tanto más doloroso, añadía ella, cuanto que él era perfectamente incapaz de vivir solo y de prescindir de sus cuidados. Esto lo decía con un tono compasivo que respiraba hipocresía.

»Mientras continuaba ella sus quejas, la puerta del salón se abrió suavemente a su espalda y entró La Pérouse, sin que ella le oyese. Ante las últimas frases de su esposa, me miró sonriendo irónicamente y se llevó un dedo a la sien, queriendo significar que estaba loca. Luego, con una impaciencia, incluso con una brutalidad, de la que no le hubiese yo creído capaz y que parecía justificar las acusaciones de la vieja (aunque debida también al diapasón que tenía que emplear para hacerse oír de ella):

»—¡Vamos, mujer! Debías comprender que cansas al señor con tus discursos. No era a ti a quien ha venido a ver mi amigo. Déjanos.

»La vieja entonces ha protestado, diciendo que el sillón en el cual permanecía sentada era de ella, y que no se levantaría de allí.

»—En ese caso —replicó La Pérouse riendo burlonamente—, con tu permiso seremos nosotros los que saldremos.

»Y luego, volviéndose hacia mí y con un tono muy dulcificado:

»—¡Venga usted! Dejémosla.

»Esbocé un saludo azorado y le seguí a la habitación contigua, la misma donde me recibió la última vez.

»—Me alegro de que haya usted podido oírla —me dijo—. Pues así está todo el santo día.

»Fue a cerrar las ventanas:

—Con el estrépito de la calle no se oye uno. Me paso el tiempo cerrando estas ventanas, y mi mujer se lo pasa abriéndolas. Le parece que se ahoga. Exagera siempre. ¡No quiere darse cuenta de que hace más calor fuera que dentro. Tengo ahí, sin embargo, un pequeño termómetro; pero cuando se lo enseño me dice que las cifras no prueban nada. Quiere tener la razón hasta cuando sabe que se equivoca. Lo importante para ella es contrariarme.

»Me pareció, mientras hablaba, que él tampoco estaba perfectamente equilibrado; prosiguió con una exaltación creciente:

»—De todo cuanto hace ella mal en la vida, me echa a mí la culpa. Sus opiniones son todas equivocadas. Mire usted, voy a explicárselo: ya sabe usted que las imágenes de afuera llegan invertidas a nuestro cerebro, donde un aparato nervioso las vuelve a colocar bien. Bueno, pues mi mujer carece de aparato rectificador. En ella todo queda al revés. ¡Figúrese lo desagradable que es!

»Experimentaba realmente cierto alivio explicándose, y me guardaba de interrumpirle. Continuaba:

»—Mi mujer ha comido siempre demasiado. Pues bien, ahora pretende que soy yo el que

Librodot

como demasiado. Dentro de un rato, como me vea con un trozo de chocolate (es mi alimento principal), va a murmurar: —¡Siempre comistreando!... Me vigila. Me acusa de levantarme por la noche para comer a escondidas, porque me ha sorprendido una vez haciéndome una taza de chocolate en la cocina... ¿Qué quiere usted? Sólo de verla, en la mesa, frente a mí, cómo se arroja sobre los platos, me quita por completo el apetito. Y ella dice entonces que me hago el descontentadizo por afán de atormentarla.

»Hizo una pausa y con una especie de arrebato lírico:

»—¡Me admiran los reproches que me dirige!... Así, por ejemplo, cuando sufre de su ciática, la compadezco. Entonces me interrumpe: «No te las eches de tener corazón». Todo cuanto hago o digo es fiara hacerla sufrir. «Nos habíamos sentado; pero él se levantaba y se volvía a sentar en seguida, presa de una inquietud enfermiza:

»—¿Podrá usted creer que en cada una de estas habitaciones hay muebles que son suyos y otros que son míos? Ya la ha oído usted hace un momento con su sillón. Dice a la asistenta, cuando ésta arregla la casa: «No, esto es del señor, no lo toque usted.» El otro día dejé, por equivocación, un cuaderno de música encuadernado sobre un velador que le pertenece: mi esposa lo tiró al suelo, y se rompieron las esquinas... ¡Oh, esto no puede durar mucho tiempo! Pero, óigame...

»Me cogió el brazo y, bajando la voz:

»—He tomado mis medidas. Me amenaza continuamente con ir a refugiarse, «si sigo», en un asilo. He apartado cierta cantidad que estimo suficiente para pagar su pensión en Sainte-Périne; dicen que es de lo mejor. Las escasas lecciones que doy aún no me producen ya casi nada. Dentro de poco, estarán agotados mis recursos; me veré obligado a pellizcar esa suma, y no quiero. Así es que he tomado una resolución... Será dentro de un poco más de tres meses. Sí; he marcado la fecha. ¡Si supiese usted qué alivio siento pensando que desde ahora cada hora que pasa me acerca a ese momento!

»Se había inclinado hacia mí; se inclinó aún más:

»—He apartado también un título de la Deuda. ¡Oh! No es gran cosa, pero no podía hacer más. Mi mujer no lo sabe. Está en mi «secrétaire», dentro de un sobre que lleva escrito el nombre de usted, con las instrucciones necesarias. ¿Puedo contar con la ayuda de usted? No sé nada de esta clase de asuntos, pero un notario a quien he consultado me ha dicho que la renta podría ser abonada directamente a mi nieto, hasta su mayoría de edad y que entonces entraría él en posesión del título. He pensado que no sería pedir demasiado a su amistad el que velase para que todo esto fuese ejecutado. ¡Tengo tal desconfianza de los notarios! E incluso, si quiere usted tranquilizarme por completo, acceda a coger ahora mismo ése sobre... Sí, ¿verdad? Voy a buscarlo.

»Salió correteando, según su costumbre, y volvió a aparecer con un gran sobre en la mano.

»—Perdonará usted que lo haya lacrado; es por mera lormalidad. Cójalo.

»Le eché un vistazo y leí, debajo de mi nombre, con unas letras muy perfiladas: «PARA ABRIR DESPUÉS DE MI MUERTE».

»—Métaselo en seguida en el bolsillo, que sepa yo que está seguro. Gracias... ¡Ah! ¡Cómo le esperaba a usted!

»He experimentado con frecuencia que en un instante tan solemne toda emoción humana puede ser sustituida en mí por un éxtasis casi místico, una especie de entusiasmo, por el cual se siente mi ser engrandecido, o más exactamente, libertado de sus ataduras egoístas, como desposeído de sí mismo y despersonalizado. Quien no haya experimentado eso, no sabría comprenderme. Pero yo sentía que La Pérouse lo comprendía. Toda protesta, por mi parte, hubiera sido superflua; me hubiese parecido de mal gusto, y me contenté con estrechar fuertemente la mano que él abandonó en la mía. Sus ojos brillaban con un extraño fulgor. En la otra mano, la que sostenía primero el sobre, tenía otro papel:

»—He apuntado aquí su dirección. Porque ahora ya sé dónde está. «Saas-Fée». ¿Conoce usted

Librodot

eso? Es en Suiza. He buscado en el mapa, pero no he podido encontrarlo.

»—Sí, le dije—. Es un pueblecito cercano al Cervino.

»—¿Está muy lejos?

»—No tan lejos que no pueda yo ir allí, quizá.

»—¡Cómo! ¿Haría usted eso?... ¡Oh, qué bueno es usted! —dijo—. Yo soy muy viejo para ello. Y además no puedo a causa de la madre... Sin embargo, me parece que yo...

»Titubeó, buscando la palabra, y continuó:

»—...que moriría más a gusto con sólo que pudiese verle.

»—Mi buen amigo... Haré todo lo humanamente posible por traérselo. Verá usted al pequeño Boris, se lo prometo.

»—Gracias... gracias...

»Me estrechaba convulsivamente en sus brazos.

»—Pero prométame que no pensará más en...

»—¡Oh! Eso es otra cosa — dijo interrumpiéndose bruscamente. E inmediatamente después y como para impedirme que insistiese, desviando mi atención:

»—Figúrese que el otro día, la madre de una de mis antiguas alumnas ¡quiso llevarme al teatro! Hace de esto alrededor de un mes. Era una «matinée» en los Franceses. Desde hacía más de veinte años no había yo vuelto a poner mis pies en una sala de espectáculos. Representaban *Hernani*, de Víctor Hugo. ¿Lo conoce usted? Al parecer, lo hacían muy bien. Todo el mundo se extasiaba. Yo sufrí de un modo indecible. Si no me hubiese contenido la urbanidad, no hubiera nunca podido permanecer allí... Estábamos en un palco. Mis amigos procuraban calmarme. Me hubiese dirigido al público. ¡Oh! ¿Cómo se puede? ¿Cómo se puede?

»Como al principio no comprendiese yo contra qué se irritaba, le pregunté:

»—¿Encontraba usted detestables a los actores?

»—Evidentemente. ¿Pero cómo se atreven a presentar semejantes indecencias en escena? ¡Y el público aplaudía! Y había niños en la sala; niños a quienes sus padres habían llevado allí, conociendo la obra... Es monstruoso. ¡Y esto en un teatro subvencionado por el Estado!

»La indignación de aquel hombre excelente me divertía. Ahora ya casi me reía. Le repliqué que no podía haber arte dramático sin pintura de las pasiones. A su vez, él me replicó que la pintura de las pasiones era fatalmente de un lamentable ejemplo. La discusión continuó así algún rato; y como comparase yo entonces aquel elemento patético a determinado desencadenamiento de los instrumentos de cobre en una orquesta:

»—A esa entrada de trombones, por ejemplo, que admira usted en tal sinfonía de Beethoven...

—Pero si yo no admiro en absoluto esa entrada de los trombones —exclamó con una vehemencia extraordinaria—. ¿Por qué quiere usted hacerme admirar lo que me trastorna?

»Temblaba con todo su cuerpo. El acento de indignación, de hostilidad casi, de su voz, me sorprendió y pareció asombrarle a él mismo, porque repuso en un tono más tranquilo:

»—¿Ha observado usted que todo el afán de la música moderna consiste en hacer soportables, agradables, incluso, ciertos acordes que teníamos antes por discordantes?

»—Precisamente —repliqué—. Todo debe al fin rendirse y reducirse a la armonía.

»— ¡A la armonía! —repitió, alzándose de hombros—. No veo en eso más que un acostumbramiento al mal, al pecado. La sensibilidad se embota, la pureza se empaña, las reacciones se hacen menos vivas; se tolera, se acepta...

»—Oyéndole a usted no se atrevería uno ya siquiera a destetar a los niños.

»Pero él proseguía sin oírme:

»—Si se pudiera recobrar la intransigencia de la juventud, lo que le indignaría a uno más sería

Librodot

lo que se ha llegado a ser.

»Era demasiado tarde para aventurarnos en una discusión teleológica; intenté llevarle de nuevo a su terreno:

»—¿No pretenderá usted, sin embargo, restringir la música a la sola expresión de la serenidad? En ese caso, bastaría un solo acorde: un acorde perfecto continuo.

»Me cogió las dos manos y, como en éxtasis, con la mirada perdida en una adoración, repitió varias veces:

»—Un acorde perfecto continuo; sí, eso es: un acorde perfecto continuo... Pero todo nuestro universo es presa de la discordancia —añadió tristemente.

»Me despedí de él. Me acompañó hasta la puerta y al abrazarme murmuró una vez más:

—¡Ah! ¡Lo que hay que esperar para la resolución del acorde!»

Librodot

SEGUNDA PARTE

SAAS-FÉE

I
CARTA DE BERNARDO A OLIVERIO

Lunes.

»Querido muchacho:

»Te diré, ante todo, que me salté el bachillerato. Lo habrás comprendido en seguida, sin duda, al no verme por allí. Me presentaré en octubre. Se me ha ofrecido una ocasión única para marchar de viaje. Me lo he saltado y no me arrepiento de ello. Había que decidirse inmediatamente; no me tomé el tiempo de reflexionar, ni siquiera de decirte adiós. A propósito de esto, tengo el encargo de expresarte el gran sentimiento de mi compañero de viaje por haber partido sin volverte a ver. Porque ¿sabes quién me llevaba? Lo adivinas ya..., pues Eduardo, tu famoso tío, a quien conocí la tarde misma de su llegada a París, en circunstancias bastante extraordinarias y sensacionales, que te contaré más adelante. Aunque todo es extraordinario en esta aventura y, cuando vuelvo a pensar en ello, se me va la cabeza. Aún hoy vacilo en creer que sea verdad, que sea yo quien te escribe ésta, que esté aquí en Suiza, con Eduardo y... Vaya, es preciso decírtelo todo, pero ante todo rompe esta carta y resérvate todo para ti.

»Figúrate que esa pobre mujer abandonada por tu hermano Vicente, aquella a quien oíste sollozar, una noche, cerca de tu puerta (y a quien fuiste tonto en no abrir, permíteme que te lo diga), resulta ser muy amiga de Eduardo, la propia hija de Vedel, la hermana de tu amigo Armando. No debiera yo contarte esto, porque va en ello la honra de una mujer, pero reventaría si no se lo contase a alguien... Una vez más, reserva esto para ti. Como ya sabes, acababa de casarse; sabrás quizá que, poco tiempo después de su casamiento, cayó enferma y fue a curarse al Mediodía. Allí es donde conoció a Vicente, en Pau. Sabrás quizás esto. Pero lo que no sabes es que ese encuentro ha tenido consecuencias. ¡Sí, chico! Tu condenado y torpe de hermano le ha hecho un crío. Ha vuelto embarazada a París, donde no se ha atrevido a presentarse ante sus padres; y menos aún se atrevería a regresar al hogar conyugal. Entretanto, tu hermano la dejaba en las condiciones que ya sabes. Te ahorro los comentarios, pero puedo decirte que Laura Douviers no ha tenido un solo reproche ni un solo resentimiento contra él. Al contrario, inventa todo lo que puede para disculpar su conducta. En fin, es una mujer muy bien, un carácter bellísimo. Y el que es asimismo una persona muy bien, es Eduardo. Como ella no sabía ya qué hacer, ni adonde ir, él le propuso llevársela a Suiza; y al mismo tiempo me ha propuesto a mí que les acompañase, porque le era violento eso de viajar a solas con ella, dado que no experimenta hacia ella más que sentimientos amistosos. Y aquí nos tienes a los tres en marcha. La cosa se decidió en cinco segundos; el tiempo justo de hacer las maletas y de equiparme (porque ya sabes que me había ido de casa sin nada). No puedes hacerte una idea de lo afable que ha sido Eduaido en esta ocasión; además, me repetía todo el tiempo que era yo el que le hacía un favor. Sí, chico, no me habías mentido: tu tío es un hombre apabullante.

»El viaje ha sido bastante penoso porque Laura estaba muy cansada y su estado (se halla ahora en el comienzo de su tercer mes de embarazo) exigía muchos cuidados; y el sitio donde habíamos decidido ir (por razones que resultaría muy largo explicarte) es de un acceso bastante dificultoso. Laura, por su parte, complicaba a: menudo las cosas, negándose a tomar precauciones; había que obligarla; repetía continuamente que un accidente era lo mejor que podía ocurrirle. Comprenderás lo alerta que teníamos que estar. ¡Ah, amigo mío, qué admirable mujer! No me siento el mismo que era antes de conocerla, y hay pensamientos que no me atrevo ya a formular, impulsos de mi corazón que refreno, porque me avergonzaría no ser digno de ella. Sí, realmente,

Librodot

junto a ella, está uno como obligado a pensar noblemente. Lo cual no obsta para que la conversación entre nosotros tres sea muy libre, porque Laura no es en absoluto mojigata, y hablamos de cualquier cosa; pero te aseguro que, delante de ella, hay un montón de cosas que no siento ya el menor deseo de tomar a broma y que me parecen hoy muy serias.

»Vas a creer que estoy enamorado de ella. Pues bien, chico, no te equivocarías. ¿Es una locura, no? ¿Me imaginas enamorado de una mujer embarazada, a quien naturalmente respeto y a la que no me atrevería a tocar ni con la punta del dedo? Como ves no degenero en juerguista...

»Cuando llegamos a Saas-Fée, después de infinitas dificultades (habíamos alquilado una silla de manos para Laura porque los coches no llegan hasta aquí), en el hotel no había más que dos cuartos, uno grande con dos camas y otro pequeño, que convinimos delante del dueño que ocuparía yo, porque, para ocultar su identidad. Laura pasa por mujer de Eduardo; pero, por las noches, es ella la que ocupa el cuartito y yo voy a reunirme con Eduardo en el suyo. Cada mañana es todo un jaleo para dar el pego a los criados. Afortunadamente, los dos cuartos comunican, lo cual simplifica la cuestión.

»Hace ya seis días que estamos aquí; no te he escrito antes porque lo primero estaba muy desorientado y necesitaba ponerme de acuerdo conmigo mismo. Empiezo tan sólo a reconocerme.

»Ya hemos efectuado, Eduardo y yo, algunas pequeñas correrías, muy divertidas, por la montaña; pero, a decir verdad, esta tierra no me gusta mucho, ni a Eduardo tampoco. Encuentra el paisaje «declamatorio». Es eso exactamente.

»Lo mejor que hay aquí es el aire que se respira; un aire virgen y que le purifica a uno los pulmones. Además no queremos dejar a Laura demasiado tiempo sola, porque ni que decir tiene que ella no puede acompañarnos. La gente del hotel es bastante divertida. Hay personas de todas las nacionalidades. Nos tratamos sobre todo con una doctora polaca, que pasa aquí sus vacaciones con su hija y con un niño que la han confiado. Ha sido incluso por encontrar a este niño por lo que hemos venido hasta aquí. Padece una especie de enfermedad nerviosa que la doctora trata, siguiendo un sistema completamente nuevo. Pero lo que mejor sienta al pequeño, muy simpático realmente, es estar enamorado locamente de la hija de la doctora, que tiene unos años más que él y que es la criatura más bonita que he visto en mi vida. No se separan en todo el día. Resultan tan encantadores los dos juntos que nadie piensa en burlarse de ellos.

»No he trabajado mucho ni he abierto un libro desde que salí de París; pero he reflexionado muchísimo. La conversación de Eduardo es de un interés prodigioso. No me habla mucho directamente, aunque aparenta tratarme como a su secretario; pero le oigo charlar con los demás; con Laura, sobre todo, a la que gusta de contar sus proyectos. No puedes darte cuenta de lo provechoso que es eso para mí. Algunos días pienso que debía yo tomar notas; pero creo que lo recuerdo todo. Otros días, deseo frenéticamente tu presencia; me digo que eres tú quien debiera estar aquí; pero no puedo ni sentir lo que me sucede, ni desear que varíe lo más mínimo la situación. Que sepas por lo menos que no olvido que gracias a ti conozco a Eduardo y que te debo mi felicidad. Cuando me veas de nuevo creo que me encontrarás cambiado; pero no por eso dejo de ser más entrañable amigo tuyo que nunca.

Miércoles.

»P. S. — Volvemos ahora mismo de una excursión enorme. Ascensión al Hallalin, con guías atados a nosotros, ventisqueros, precipicios, aludes, etc. Hemos pernoctado en un refugio, en medio de las nieves, apilados con otros turistas; es inútil decirte que no hemos pegado los ojos en toda la noche. A la mañana siguiente, salida antes del amanecer... Pues bien, chico, ya no volveré a hablar mal de Suiza: cuando está uno allá arriba y ha perdido de vista todo cultivo, toda vegetación, todo lo que recuerda la avaricia y la tontería humanas, siente uno ganas de cantar, de reír, de llorar, de volar, de hacer una zambullida en pleno cielo o de ponerse de rodillas. Te abraza

Librodot

BERNARDO.»

Bernardo era demasiado espontáneo, demasiado natural, demasiado puro, conocía demasiado mal a Oliverio, para sospechar la oleada de sentimientos feos que su carta iba a provocar en este último; una especie de marejada alta, en la que se mezclaban el despecho, la desesperación y la rabia. Sentíase a la vez suplantado en el corazón de Bernardo y en el de Eduardo. La amistad de sus dos amigos excluía la suya. Una frase de la carta de Bernardo le torturaba sobre todo, frase que Bernardo no hubiera escrito nunca si hubiese presentido todo lo que Oliverio podía ver en ella: «En el mismo cuarto», se repetía: Y la serpiente abominable de los celos se desenroscaba y se retorcía en su corazón. «¡Duermen en el mismo cuarto!...» ¿Qué no imaginaba él en seguida? Su cerebro se llenaba de visiones impuras que él no intentaba siquiera ahuyentar. No estaba celoso especialmente ni de Eduardo, ni de Bernardo, sino de ambos. Se los imaginaba alternativamente al uno y al otro o simultáneamente, y los envidiaba a la vez. Había recibido la carta al mediodía. «¡Ah! De modo que...», se repetía el resto del día. Aquella noche los demonios del infierno le poseyeron. A la mañana siguiente se precipitó a casa de Roberto. El conde de Passavant le esperaba.

Librodot

II

DIARIO DE EDUARDO:

EL PEQUEÑO BORIS

»No me ha salido difícil encontrar al pequeño Boris. Al día siguiente de nuestra llegada, ha salido a la terraza de! hotel y ha empezado a contemplar las montañas a través de un catalejo montado sobre un trípode, puesto a disposición de los viajeros. Le he reconocido en seguida. Una muchachita un poco mayor que Boris se ha reunido pronto con él. Estaba yo colocado muy cerca, en el salón cuya puerta-balcón permanecía abierta, y no perdía una sola palabra de su conversación. Tenía muchas ganas de hablarle, pero he creído más prudente entrar primero en relaciones con la madre de la muchacha, una doctora polaca a quien han confiado Boris y que le vigila estrechamente. La pequeña Bronja es exquisita; debe de tener unos quince años. Lleva su espeso pelo rubio en trenzas, que le llegan hasta el talle; su mirada y el sonido de su voz parecen más que humanos, angélicos. Transcribo a continuación el diálogo de los dos niños:

»—Boris, mamá prefiere que no toquemos el anteojo. ¿No quieres venir a pasearte?

»—Sí que quiero. No, no quiero.

»Las dos frases contradictorias fueron dichas de un tirón. Bronja no se fijó más que en la segunda y replicó:

»—¿Por qué?

»—Hace demasiado calor, hace demasiado frío. (Había él dejado el anteojo.)

»—Anda, Boris, sé bueno. Ya sabes que le gustaría a mamá que saliésemos juntos. ¿Dónde has puesto tu sombrero?

»—Vibroskomenopatof. Blaf, blaf.

»—¿Qué quiere decir eso?

»—Nada.

»—Entonces, ¿por qué lo dices?

»—Para que no lo entiendas.

»—Si no quiere decir nada, me es igual no entenderlo.

»—Aunque quisiese decir algo eso, no lo entenderías de todas maneras.

»—Cuando se habla es para hacerse entender.

»—¿Quieres que juguemos a inventar palabras para que no las entendamos más que nosotros dos?

»—Procura, primero, hablar bien el francés.

»—Mi mamá habla el francés, el inglés, el romano, el ruso, el turco, el polaco, el ítaloscopo, el español, el peluquines y el xixitú.

»Todo esto dicho muy de prisa, con una especie de furor lírico.

»Bronja se echó a reír.

»—Boris, ¿por qué te pasas todo el rato contando cosas que no son verdad?

»—¿Por qué no crees nunca lo que te cuento?

»—Creo lo que me dices, cuando es verdad.

»—¿Y cómo sabes tú cuándo es verdad? Bien te creí el otro día cuando me hablaste de los ángeles. Di, Bronja, ¿crees tú que si rezase muy fuerte los vería yo también?

»—Los verás quizá si pierdes la costumbre de mentir y si Dios quiere enseñártelos; pero Dios

Librodot

no te los enseñará si le rezas sólo para verlos. Hay muchas cosas preciosísimas que veríamos si fuésemos menos malos.

»—Bronja, tú no eres mala y por eso puedes ver los ángeles. Yo seré siempre malo.

»—¿Y por qué no procuras no serlo más? ¿Quieres que vayamos los dos hasta (aquí la indicación de un lugar que yo no conocía) y rezaremos allí los dos a Dios y a la Santísima Virgen para que te ayuden a no ser ya malo?

»—Sí. No; oye: vamos a coger un palo; tú cogerás una punta y yo la otra. Voy a cerrar los ojos y te prometo no volver a abrirlos hasta que hayamos llegado allí.

»Se alejaron un poco; y mientras bajaban los escalones de la terraza oí de nuevo a Boris:

»—Sí, no; esa punta no. Espera que la limpie.

»—¿Por qué?

»—Es que la he tocado.

»La señora Sophroniska se ha acercado a mí, cuando acababa yo a solas mi desayuno y buscaba precisamente el medio de abordarla. Me sorprendió ver que llevaba mi último libro, en la mano; me preguntó, sonriendo del modo más afable, si era realmente el autor a quien tenía el gusto de hablar; e inmediatamente después se ha aventurado en una larga apreciación sobre mi libro. Su opinión, críticas y alabanzas, me han parecido más inteligentes que las que acostumbro a oír, aunque su punto de vista no fuese apenas literario. Me ha dicho que la interesan casi exclusivamente las cuestiones de psicología y lo que puede iluminar con una luz nueva el alma humana. Pero qué raros son, ha agregado, los poetas, dramaturgos o novelistas que saben no contentarse con una psicología completamente fabricada (la única, le he dicho, que puede contentar a los lectores).

»El pequeño Boris le ha sido confiado durante las vacaciones, por su madre. Me he guardado muy bien de dejar traslucir las razones que tenía yo para interesarme por él.

»—Está muy delicado —me ha dicho la señora Sophroniska—. La compañía de su madre no le sirve de nada. Hablaba ella de venir a Saas-Fée con nosotros; pero yo no he accedido a ocuparme del niño como no le entregase ella, por completo, a mis cuidados; si no no podría yo responder de mi tratamiento.

»—Figúrese usted, caballero —ha continuado ella—, que mantiene a ese pequeño en un estado de exaltación continua, que favorece en él la aparición de los peores trastornos nerviosos. Desde la muerte del padre, esa mujer tiene que ganarse la vida. No era más que pianista, una ejecutante incomparable, hay que reconocerlo; pero su arte demasiado sutil no podía gustar al gran público. Se ha decidido a cantar en los «concerts», en los casinos, a mostrarse en los escenarios. Se llevaba a Boris a su camerino; creo que el ambiente ficticio del teatro ha contribuido mucho a desequilibrar a este niño. Su madre le quiere mucho; pero, a decir verdad, sería preferible que no viviese con ella.

»—¿Qué tiene en realidad? —pregunté.

»Ella se echó a reír:

»—¿Quiere usted saber el nombre de su enfermedad? ¡Ah!, ¿qué adelantaría usted con que le dijese yo un bello nombre científico?

»—Dígame usted tan sólo de qué padece.

»—Padece una enormidad de pequeños trastornos, de manías, que hacen pensar: es un niño nervioso, y que se tratan, generalmente, con reposo al aire libre y con higiene. Verdad es que un organismo robusto no permitiría que se produjesen esos trastornos. Pero si la debilidad las favorece, tampoco es que las cause, precisamente. Creo que se puede encontrar su origen en una primera conmoción del ser debida a algún suceso que importa descubrir. El paciente, en cuanto se siente

Librodot

consciente de esa causa, está semicurado. Pero esa causa se va la mayoría de las veces de su memoria; diríase que se disimula a la sombra de la enfermedad; detrás de ese abrigo la busco yo, para tratarla a plena luz, es decir, al campo de la visión. Creo que una mirada clara, limpia la conciencia como un rayo de luz purifica un agua infectada.

»Conté a Sophroniska la conversación que había yo descubierto el día anterior, y por la cual, me parecía que Boris se hallaba lejos de estar curado.

»—Estoy también lejos de saber del pasado de Boris todo lo que me sería necesario saber. Hace poco tiempo que he empezado mi tratamiento.

»—¿En qué consiste?

»—¡Oh! Sencillamente, en dejarle hablar. Todos los días me paso una o dos horas a su lado. Le interrogo, aunque muy poco. Lo importante es conquistar su confianza. Sé ya muchas cosas, y presiento muchas más. Pero el muchacho se defiende todavía, siente vergüenza; si insistiera yo demasiado rápidamente y con demasiada intensidad, si intentase provocar violentamente sus confidencias, iría yo en contra de lo que deseo lograr: un abandono completo. Se rebelaría. Mientras no haya conseguido vencer su reserva, su pudor...

»El interrogatorio de que ella me hablaba me pareció hasta tal punto atentatorio que me costó trabajo contener un movimiento de protesta; pero mi curiosidad pudo más.

»—Es decir, ¿qué espera usted de ese muchacho, algunas revelaciones impúdicas?

»Fue ella ahora la que protestó.

»—¿Impúdicas? Hay en eso el mismo pudor que en dejarse auscultar. Necesito saberlo todo y especialmente lo que tiene más cuidado en ocultar: Tengo que empujar a Boris hasta la confesión completa; hasta que llegue ese momento no podré curarle.

»—¿Sospecha usted entonces que tiene él que hacerle una confesión? ¿Está usted segura, y perdone, de no sugerirle lo que querría usted que él confesase?

»—Esta preocupación no se aparta de mí y ella es la que me dicta semejante lentitud. He visto jueces de instrucción torpes, apuntar sin querer a un niño una declaración inventada totalmente, y el niño, bajo la presión de un interrogatorio, mentir con perfecta buena fe, dar crédito a fechorías imaginarias. Mi papel consiste en dejar venir las cosas y sobre todo en no sugerir nada. Hace falta para ello una paciencia extraordinaria.

»—Creo que, en estos casos, el método vale lo que vale el operador.

»—No me atrevía a decirlo. Le aseguro que después de algún tiempo de práctica se llega a una habilidad extraordinaria, a una especie de adivinación, o de intuición si usted lo prefiere. Por lo demás, puede uno a veces aventurarse por pistas falsas; lo importante está en no obstinarse. Mire usted: ¿sabe cómo se inician nuestras conversaciones? Boris empieza por contarme lo que ha soñado durante la noche.

»—¿Quién le dice que no inventa?

»—¿Y aunque inventase? Toda invención de una imaginación enfermiza es reveladora.

»Enmudeció durante unos instantes, y luego:

»—*Invención, imaginación enfermiza*... ¡No! No es eso. Las palabras nos traicionan. Boris sueña en voz alta, delante de mí. Consiente todas las mañanas en permanecer, durante una hora, en ese estado de semisueño, en que las imágenes que se presentan a nosotros se evaden del control de nuestra razón. Se agrupan y se asocian, no ya conforme a la lógica ordinaria, sino según unas afinidades imprevistas; responden, sobre todo, a una misteriosa exigencia interna, que es precisamente lo que me interesa descubrir; y estas divagaciones de un niño me enseñan mucho más que pudiese hacerlo el análisis más inteligente del más consciente de los sujetos. Muchas cosas escapan a la razón y quien, para comprender la vida, aplica a ella solamente la razón, se parece al que pretendiese coger una llama con unas pinzas. No encuentra ante él más que un pedazo de madera carbonizada que deja inmediatamente de arder.

Librodot

»Se interrumpió ella de nuevo y empezó a hojear mi libro.

»—¡Qué poco se adentran ustedes en el alma humana! No me refiero a usted especialmente; al decir ustedes —exclamó; y luego agregó bruscamente, riendo—: ¡Oh! entiendo por ello los novelistas. La mayoría de sus personajes parecen construidos sobre pilotaje: carecen de cimientos y de subsuelo. Creo realmente que hay más verdad en los poetas; todo lo que no está creado más que por la inteligencia es falso. Pero estoy hablando ahora de lo que no me incumbe... ¿Sabe usted lo que me desorienta en Boris? Pues, que le creo de una gran pureza.

»—¿Por qué dice usted que la desorienta?

»—Porque no sé ya dónde buscar el origen del mal. De diez veces, nueve encuentra uno en el origen de un trastorno semejante un gran secreto vergonzoso.

»—Se le encuentra en cada uno de nosotros, quizá —dije yo—; pero no a todos nos pone enfermos, a Dios gracias.

»En este momento la señora Sophroniska se levantó; acababa de ver pasar a Bronja por el balcón.

»—Mire usted —dijo señalándomela—; ahí tiene usted al verdadero médico de Boris. Me busca; tengo que dejarle, pero le volveré a ver, ¿verdad?

»Comprendo por otra parte, lo que, según Sophroniska, no le ofrece la novela, y que ella le reprocha; pero en este caso, ciertas razones artísticas, ciertas razones superiores se le escapan, y me hacen pensar que no puede hacerse un buen novelista de un buen naturalista.

»He presentado Laura a la señora Sophroniska. Parecen entenderse, cosa que me congratula. Siento menos escrúpulos en aislarme cuando sé que están charlando juntas. Lamento que Bernardo no encuentre aquí ningún compañero de su edad; pero al menos la preparación de su examen le ocupa, por su parte, varias horas diarias. He podido volver a dedicarme a mi novela.»

Librodot

III

EDUARDO EXPONE SUS IDEAS SOBRE LA NOVELA

A pesar de la primera apariencia, y aunque cada cual, como dicen, «pusiera de su parte», la cosa no marchaba del todo bien entre el tío Eduardo y Bernardo. Laura tampoco se sentía satisfecha. ¿Cómo iba a estarlo? Las circunstancias la habían obligado a asumir un papel para el cual no había nacido; su honradez la estorbaba. Como esas criaturas amantes y dóciles que son después las esposas más abnegadas, necesitaba ella, como apoyo, las conveniencias, y se sentía sin fuerza desde que estaba fuera de su marco. La situación respecto a Eduardo le parecía cada día más falsa. Lo que la hacía sufrir sobre todo y le resultaba, a poco que se fijase su pensamiento, insoportable, era el hecho de vivir a expensas de aquel protector, o mejor dicho, el no darle nada a cambio; o más exactamente todavía, el que Eduardo no le pidiera nada a cambio, cuando se sentía dispuesta a concederle todo. «Los beneficios, dice Tácito a través de Montaigne, no son agradables más que cuando puede uno pagarlos»; e, indudablemente, esto es cierto tan sólo con las almas nobles, pero Laura era realmente de éstas. Cuando lo que hubiese querido era dar, era ella la que recibía sin cesar, y esto la irritaba contra Eduardo. Además, cuando recordaba el pasado, parecíale que Eduardo la había engañado al despertar en ella un amor que sentía vivo aún, y al evadirse luego de aquel amor, dejándole sin objeto. ¿No se encontraba en esto el secreto motivo de sus errores, de su casamiento con Douviers, al que se había resignado y al que la empujara Eduardo y después su rápido abandono a las incitaciones de la primavera? Porque érale forzoso contesarse que era a Eduardo a quien seguía buscando entre los brazos de Vicente. Y, al no explicarse aquella frialdad de su amante, se hacía responsable de ella, decíase que hubiese podido vencerla de haber sido más bella o más osada; y no consiguiendo odiarle, se acusaba a sí misma, se rebajaba, se negaba toda valía, suprimía su razón de ser y no se reconocía ya la menor virtud.

Añadamos aún que aquella vida de campamento, impuesta por la disposición de los cuartos, y que podía parecer tan divertida a sus compañeros, hería en ella más de un pudor. Y no veía ninguna salida a aquella situación, difícilmente prolongable, sin embargo.

Laura sólo encontraba un poco de consuelo y de alegría inventándose, con respecto a Bernardo, nuevos deberes de madrina o de hermana mayor. Era sensible a aquel culto que le consagraba aquel adolescente lleno de encanto; la adoración de que la hacía objeto la contenía en la pendiente de ese desprecio de sí misma, de esa repulsión, que puede llevar a resoluciones extremas a los seres más indecisos. Todas las mañanas, Bernardo, cuando una excursión a la montaña no le arrastraba antes de amanecer (pues le gustaba levantarse temprano), pasaba dos horas enteras junto a ella leyendo inglés. El examen que tenía que sufrir en octubre era un cómodo pretexto.

No podía decirse, en realidad, que sus funciones de secretario le ocupasen mucho tiempo. Estaban mal definidas. Bernardo, al asumirlas, se imaginaba ya sentado ante una mesa de trabajo, escribiendo al dictado de Eduardo y poniendo en limpio originales. Eduardo no dictaba nada; los originales, si es que los había, seguían encerrados en la maleta; en todo momento del día gozaba Bernardo de libertad; pero como sólo dependía de Eduardo utilizar más una actividad que no deseaba sino emplearse, Bernardo no se preocupaba demasiado de su cargo ni de ganarse en absoluto aquella vida bastante desahogada que hacía, gracias a la munificencia de Eduardo. Estaba completamente decidido a no dejarse apurar por los escrúpulos. Creía, no me atrevo a decir que en la providencia, pero sí al menos en su estrella, y que le correspondía cierta felicidad, como corresponde el aire a los pulmones que lo respiran. Eduardo era el dispensador de aquélla, con igual título que el orador sagrado, según Bossuet, lo es de la sabiduría divina. Por lo demás, Bernardo consideraba aquel régimen como provisional, esperando pagarlo algún día, no bien hubiese fabricado las riquezas, cuya abundancia sopesaba en su corazón. Lo que le causaba despecho sobre todo era que Eduardo no recurriese a ciertos dones que sentía en él y que no descubría en Eduardo. «No sabe utilizarme», pensaba Bernardo, que se tragaba su amor propio y que añadía, sensatamente, a renglón seguido: «Peor para él.»

Librodot

Pero entonces, ¿de dónde podía proceder la tirantez entre Eduardo y Bernardo? Bernardo me parece pertenecer a esa clase de espíritus que encuentran su firmeza en la oposición. No soportaba que Eduardo tuviese ascendiente sobre él y, antes que ceder a su influencia, se rebelaba. Eduardo, que no pensaba para nada en doblegarle, se irritaba y se entristecía alternativamente, sintiéndole reacio, dispuesto a defenderse, o al menos a protegerse, continuamente. Llegaba, pues, a pensar si no habría cometido una torpeza al traerse consigo aquellos dos seres que no había reunido, al parecer, más que para coligarles contra él. Incapaz de penetrar los sentimientos secretos de Laura, tomaba por frialdad su retraimiento y sus reticencias. Le hubiera cohibido grandemente ver claro en ello y era lo que Laura comprendía; de suerte que su amor desdeñado empleaba ya únicamente su fuerza en ocultarse y en callar.

La hora del té ios reunía, de costumbre, a los tres en el cuarto grande; ocurría con frecuencia que, invitada por ellos, la señora Sophroniska se les unía; sobre todo los días en que Borís y Bronja se iban de paseo. Ella les daba mucha libertad, a pesar de su corta edad; tenía absoluta confianza en Bronja y la sabía muy prudente, sobre todo con Boris, que se mostraba especialmente dócil con ella. El sitio era seguro; pues, naturalmente, ni qué decir tiene que ellos no se aventuraban por la montaña ni escalaban ni siquiera las rocas cercanas al hotel. Cierto día que los dos niños habían conseguido permiso para ir hasta el pie del ventisquero, a condición de no apartarse en absoluto de la carretera, la señora Sophroniska, invitada al té, y animada por Bernardo y por Laura, llegó hasta atreverse a pedir a Eduardo que les hablase de su futura novela, si es que no le era desagradable.

—De ningún modo; pero no puedo contársela.

Sin embargo, pareció casi enfadarse cuando Laura le preguntó (pregunta evidentemente torpe) «a qué se parecía aquel libro».

—A nada —replicó; e inmediatamente y como si no hubiese esperado más que aquella provocación—: ¿Por qué rehacer lo que otros han hecho ya, o lo que he hecho yo mismo, o lo que otros podrían hacer?

No bien hubo proferido estas palabras Eduardo, cuando comprendió su inconveniencia, su exageración y su asurdidez; al menos aquellas palabras le parecieron inconvenientes y absurdas; o, por lo menos, temía que las tildase así el criterio de Bernardo.

Eduardo era muy quisquilloso. En cuanto le hablaban de su trabajo, y sobre todo en cuanto le hacían hablar de él, hubiérase dicho que perdía la cabeza.

Sentía un perfecto desprecio por la fatuidad habitual de los autores; corregíase lo mejor que podía de la suya propia; pero buscaba gustoso en la consideración ajena un refuerzo para su modestia; en cuanto esta consideración faltaba, la modestia se venía abajo inmediatamente. La estimación de Bernardo le interesaba extraordinariamente. ¿Era para conquistarlo por lo que no bien estaba delante de él dejaba piafar a su pegaso? Ya sabía muy bien Eduardo cuál era el mejor medio para perderla; se lo decía y se lo repetía; pero, a pesar de todas las resoluciones, en cuanto estaba delante de Bernardo obraba de muy distinto modo de lo que hubiese querido y hablaba de una manera que le parecía inmediatamente absurda (y que lo era, realmente). ¿En qué iba a poder notarse que le quería?... Pero no, no lo creo. Para obtener de nosotros la mueca, así como mucho amor, basta un poco de vanidad.

—¿Será porque, de todos los géneros literarios— discurría Eduardo—, la novela sigue siendo el más libre, el más «lawless», será quizás por eso, por miedo a esa misma libertad (porque los artistas que más suspiran por la libertad, son los más trastornados con frecuencia, en cuanto la consiguen), por lo que la novela se ha aferrado siempre tan tímidamente a la realidad? Y no hablo sólo de la novela francesa. De igual modo que la novela inglesa, la novela rusa, por exenta que esté de la sujeción, se esclaviza a la semejanza. El único progreso que tiene presente es acercarse todavía más al natural. No ha conocido nunca la novela, «esa formidable erosión de los contornos», de que habla Nietzsche, y ese voluntario apartamiento de la vida, que permitieron el estilo, en las obras de los dramaturgos griegos, por ejemplo, o en las tragedias del siglo XVII francés. ¿Conoce usted nada

Librodot

más perfecto y más hondamente humano que esas obras? Pero precisamente eso no es humano más que hondamente; eso no se precia de parecerlo, o cuando menos de parecer real. Eso sigue siendo una obra de arte.

Eduardo se había levantado, y con el temor de parecer explicar una clase, mientras hablaba echaba el té, luego iba y venía, y después exprimía un limón en su taza, prosiguiendo, sin embargo:

—Porque Balzac era un genio, y porque todo genio parece aportar a su arte una solución definitiva y exclusiva, se ha sentenciado que lo característico de la novela era hacer la «competencia al estado civil». Balzac había construido su obra; pero no había pensado nunca codificar la novela; su artículo sobre Stendhal lo muestra claramente. ¡Competencia al estado civil! ¡Cómo si no hubiese ya bastantes monigotes y paletos en la tierra! ¿Qué tengo que ver con el estado civil? El eslado soy yo, el artista; civil o no, mi obra aspira a no hacer la competencia a nada.

Eduardo, que se acaloraba, un poco ficticiamente quizá, se volvió a sentar. Fingía no mirar para nada a Bernardo; pero para él hablaba. A solas con él no hubiera sabido decir nada; agradecía a aquellas dos mujeres que le incitasen.

—A veces, paréceme que no admiro en literatura nada tanto como, por ejemplo en Racine, la discusión entre Mitrídates y sus hijos; en la que se sabe perfectamente que jamás han podido hablar de ese modo un padre y unos hijos, y en la que, sin embargo (y debiera yo decir tanto más), todos los padres y todos los hijos pueden reconocerse. Localizando y especificando, se limita. No hay verdad psicológica más que la particular, es cierto; pero no hay más que arte general. Todo el problema está aquí precisamente; expresar lo general con lo particular; hacer expresar lo general con lo particular. ¿Me permiten ustedes encender la pipa?

—Enciéndala, enciéndala— dijo Sophroniska.

—Pues bien: quisiera yo una novela que fuese a la vez tan cierta y tan alejada de la realidad, tan particular y tan general al mismo tiempo, tan humana y tan ficticia como *Atalía, Tartufo* o *Cinna*.

—¿Y... el asunto de esa novela?

—No lo tiene —replicó Eduardo bruscamente—; y eso es lo más asombroso quizá. Mi novela no tiene asunto. Sí, ya lo sé; parece una estupidez lo que estoy diciendo. Pongamos, si ustedes lo prefieren, que no tendrá «un» asunto... «Un trozo de vida», decía la escuela naturalista. El gran defecto de esta escuela es el de cortar su trozo siempre en el mismo sentido; en el sentido del tiempo, a lo largo. ¿Por qué no a lo ancho?, ¿o a lo hondo? Por lo que a mí se refiere, quisiera no cortar en absoluto. Entiéndanme bien: quisiera incluirlo todo en esta novela, Nada de tijeretazo para detener, aquí mejor que allá, su sustancia. Desde hace más de un año que trabajo en ella, no me acontece nada que no vierta y que no quisiera yo hacer entrar allí: lo que veo, lo que sé, todo cuanto me enseña la vida de los demás y la mía...

—¿Y todo eso estilizado? —dijo Sophroniska, fingiendo la más viva atención pero indudablemente con un poco de ironía. Laura no pudo reprimir una sonrisa. Eduardo se alzó levemente de hombros y repuso:

—Y ni siquiera es eso lo que quiero hacer. Lo que quiero es presentar por una parte la realidad y por otra ese esfuerzo para estilizarla, del que les hablaba hace poco.

—Mi buen amigo, hará usted morir de aburrimiento a sus lectores —dijo Laura; no pudiendo ya disimular su sonrisa se había decidido a reír abiertamente.

—Nada de eso. Para lograr ese efecto, sígame usted, invento un personaje de novelista, que coloco como figura central; y el asunto del libro, si usted quiere, es precisamente la lucha entre lo que le ofrece la realidad y lo que él pretende hacer con ella.

—Sí, sí, ya lo veo —dijo cortésmente Sophroniska, que estaba a punto de contagiarse de la risa de Laura—. Podría ser bastante curioso. Pero ya sabe usted que en las novelas es siempre peligroso presentar a intelectuales. Fastidian al público; no consigue uno hacerles decir más que

Librodot

necedades, y transmiten a todo lo que se relaciona con ellos, un aspecto abstracto.

—Y además veo perfectamente lo que va a ocurrir —exclamó Laura—: no podrá usted por menos de describirse en ese novelista.

Había adoptado, desde hacía un rato, al dirigirse a Eduardo, un tono burlón que la extrañaba a ella misma, y que desconcertaba a Eduardo tanto más cuanto que sorprendía un reflejo de aquél en las miradas maliciosas de Bernardo. Eduardo protestó:

—¡No, no! Ya tendré buen cuidado de hacerle muy desagradable.

Laura estaba lanzada.

—Eso es: así le reconocerá a usted todo el mundo —dijo prorrumpiendo en una risa tan franca que provocó la de los otros tres.

—¿Y está hecho el plan de ese libro? —preguntó Sophroniska, intentando recobrar su seriedad.

—Claro que no.

—¿Cómo claro que no?

—Debía usted comprender que un plan, tratándose de un libro de ese género, es esencialmente inadmisible. Resultaría todo falseado si decidiese yo nada de antemano. Espero a que la realidad me lo dicte.

—Pero yo creí que quería usted apartarse de la realidad.

—Mi novelista querrá apartarse; pero yo le volveré a llevar a ella sin cesar. En puridad, ése será el asunto: la lucha entre los hechos propuestos por la realidad y la realidad ideal.

La falta de lógica de sus palabras era flagrante, saltaba a la vista de una manera penosa. Veíase claramente que, bajo su cráneo, Eduardo encerraba dos exigencias inconciliables, y que se consumía queriendo concertarlas.

—¿Y está muy adelantado? —preguntó cortésmente Sophroniska.

—Eso depende de lo que entienda usted por ello. En realidad, del libro mismo, no he escrito aún una sola línea. Pero he trabajado ya mucho en él. Pienso en él todos los días sin cesar. Trabajo de una manera muy curiosa, que voy a explicarles: anoto a diario en un cuaderno el estado de esta novela en mi espíritu; sí, es una especie de diario que redacto, como llevaría uno el de un niño... Es decir, que, en vez de contentarme con resolver, a medida que se presenta cada dificultad (y toda obra de arte no es sino la suma o el producto de las soluciones de una cantidad de pequeñas dificultades sucesivas); cada una de esas dificultades la expongo y la estudio. Ese cuaderno contiene, si ustedes quieren, la crítica continua de mi novela, o mejor dicho, de la novela en general. Figúrense ustedes el interés que tendría para nosotros un cuaderno así, escrito por Dickens o Balzac; ¡si tuviéramos nosotros el diario de *La Educación sentimental* o de *Los Hermanos Karamazov*!, ¡la historia de la obra, de su gestación! Sería apasionante... más interesante que la obra misma...

Eduardo esperaba vagamente que le pedirían que leyese aquellas notas. Pero ninguno de los tres manifestó la menor curiosidad. Y en lugar de eso:

—Mi pobre amigo —dijo Laura con un acento de tristeza—; veo perfectamente que no escribirá usted nunca esa novela.

—Pues bien, voy a decirles una cosa —exclamó en un impetuoso arrebato, Eduardo—: me es igual. Sí, si no consigo escribir ese libro es que la historia del libro me habrá interesado más que el propio libro; que habrá ocupado su puesto; y será mejor.

—¿No teme usted, al separarse de la realidad, extraviarse en regiones mortalmente abstractas, y hacer una novela, no de seres vivos, sino de ideas? —preguntó Sophroniska, tímidamente.

—¡Y aunque así fuera! —gritó Eduardo en un nuevo arrebato de vigor—. A causa de los torpes que se han descarriado, ¿debemos condenar la novela de ideas? A guisa de novelas de ideas no nos han ofrecido hasta ahora más que execrables novelas de tesis. Pero no se trata de eso, como

Librodot

usted comprenderá. Las ideas... las ideas, se lo confieso, me interesan más que los hombres; me interesan por encima de todo. Viven, combaten, agonizan como los hombres. Puede decirse, naturalmente, que las conocemos tan sólo a través de los hombres, de igual modo que no conocemos el viento sino por las cañas que doblega; pero de todas maneras el viento importa más que las cañas.

—El viento existe independientemente de las cañas —insinuó Bernardo.

Esa intervención hizo estremecer a Eduardo, que la esperaba hacía largo rato.

—Sí, ya lo sé: las ideas existen únicamente por los hombres; pero ahí está precisamente lo patético: viven a expensas de ellos.

Bernardo había escuchado todo aquello con una atención sostenida; sentíase lleno de escepticismo y le faltaba poco para que Eduardo le pareciese un visionario; en los últimos momentos, sin embargo, la elocuencia de aquél le había emocionado; bajo el soplo de aquella elocuencia había sentido inclinarse su pensamiento; pero, decíase Bernardo, como una caña después de haber pasado el viento, ésta se endereza muy pronto. Recordaba lo que les enseñaban en clase: las pasiones mueven al hombre, y no las ideas. Sin embargo, Eduardo proseguía:

—Lo que yo quisiera hacer, compréndanme, es algo que fuese como el *Arte de la fuga*. Y no veo por qué lo que fue posible en música, iba a resultar imposible en literatura...

A lo cual replicaba Sophroniska, que la música es un arte sistemático y que, además, al no considerar excepcionalmente más que la cifra musical, al proscribir la emoción y la humanidad, Bach había logrado ejecutar la obra maestra abstracta del tedio, una especie de templo astronómico, donde no podían penetrar más que escasos iniciados. Eduardo argüía inmediatamente que él veía en ello el resultado y el pináculo de toda la carrera de Bach.

—Después de lo cual —añadió Laura—, hemos quedado curados de la fuga por mucho tiempo. Al no encontrar dónde alojarse allí, la emoción humana ha buscado otros habitáculos.

La discusión se perdía en argucias. Bernardo, que había guardado silencio hasta aquel momento, pero que comenzaba a impacientarse en su silla, no pudo contenerse al fin; con una gran deferencia, exagerada incluso, como cada vez que dirigía la palabra a Eduardo, pero con aquella especie de jovialidad que parecía convertir en un juego dicha deferencia:

—Perdóneme usted —dijo— el que conozca el título de su libro, ya que ha sido por una indiscreción, sobre la cual ha querido usted, sin embargo, creo yo, pasar la esponja. ¿Ese título parecía anunciar una historia...? — ¡Oh! Díganos ese título —suplicó Laura. —Como usted quiera, mi querida amiga... Pero le advierto que es posible que lo cambie. Temo que sea un poco engañoso... Ande, dígaselo usted, Bernardo.

—¿Lo permite usted?... *Los monederos falsos* —dijo Bernardo—. Pero ahora, díganos usted a su vez: esos monederos falsos... ¿quiénes son?

—Pues... no lo sé —contestó Eduardo. Bernardo y Laura se miraron y luego miraron a Sophroniska; se oyó un largo suspiro; creo que fue Laura la que lo lanzó.

En realidad, Eduardo pensaba al principio en determinados compañeros suyos al pensar en *Los monederos falsos*; y especialmente, en el vizconde de Passavant. Pero la imputación se había ampliado en seguida considerablemente; según soplase el viento espiritual de Roma o de otra parte, sus héroes se convertían alternativamente en sacerdotes o en masones. Si abandonaba su cerebro en su pendiente, volcaba pronto en lo abstracto, donde se revolcaba a su gusto. Las ideas de cambio, de desvalorización, de inflación, invadían poco a poco su libro, como las teorías del traje el *Sartor Resartus*, de Carlyle, donde usurpaban el sitio de los personajes. Como Eduardo no podía hablar de esto, callaba del modo más torpe, y su silencio, que parecía una confesión de penuria, empezaba a cohibir mucho a los otros tres.

—¿Le ha ocurrido ya tener en la mano una moneda falsa? —preguntó al fin.

—Sí —dijo Bernardo—; pero el «no» de las dos mujeres cubrió su voz.

Librodot

—Pues imagínese una moneda de diez francos, falsa. No vale en realidad más que diez céntimos. Valdrá diez francos mientras no se compruebe que es falsa. Por lo tanto, si parto de la idea de que...

—Pero, ¿por qué partir de una idea? —interrumpió Bernardo impaciente—. Si partiese usted de un hecho bien expuesto, la idea vendría a ocuparlo por sí sola. Si escribiese yo *Los monederos falsos*, empezaría por presentar la moneda falsa, esa pequeña moneda de la que hablaba usted hace un momento... y aquí está.

Y al decir esto, sacó de su bolsillo una moneda de diez francos y la echó sobre la mesa.

—Oiga usted lo bien que suena. Casi el mismo sonido que las otras. Juraría uno que es de oro. Me ha dado el pego esta mañana, como se lo dio al propio tendero que me la ha proporcionado, según me dijo. Creo que no tiene el mismísimo peso; pero posee el brillo y casi el sonido de una moneda buena; su baño es de oro, de modo que vale, a pesar de todo, un poco más de diez céntimos; pero es de cristal. Con el uso se pondría transparente. No, no la frote usted; me la estropearía. Se ve ya casi al través.

Eduardo la había cogido y la examinaba con la más atenta curiosidad.

—¿Pero quién se la dio al tendero?

—Ya no se acuerda. Creía tenerla desde hace varios días en su cajón. Se divertía en endosármela, para ver si yo picaba. Iba a admitirla, palabra, pero como es un hombre honrado, me lo advirtió; y luego me la dejó en cinco francos. Quería conservarla para enseñársela a los que él llama «los aficionados». He pensado que no podía haber ninguno mejor que el autor de *Los monederos falsos*; y la he adquirido para enseñársela a usted. Pero ahora que la ha examinado ya, ¡devuélvamela! Veo ¡ay! que la realidad no le interesa.

—Sí —dijo Eduardo—; pero me molesta.

—¡Qué lástima! —replicó Bernardo.

DIARIO DE EDUARDO

»(Aquella misma noche). —Sophroniska, Bernardo y Laura me han hecho preguntas sobre mi novela. ¿Por qué he consentido en hablar? No he dicho más que tonterías. Interrumpido, afortunadamente, por el regreso de los dos muchachos; rojos, sofocados, como si hubiesen corrido mucho. En cuanto entró, Bronja se arrojó sobre su madre; creí que iba a llorar.

»—Mamá —exclamó—, riñe un poco a Boris. Quería tumbarse todo desnudo sobre la nieve.

»Sophroniska ha mirado a Boris que permanecía en el umbral de la puerta, con la frente inclinada y una mirada fija que parecía casi rencorosa; no ha parecido ella darse cuenta de la expresión insólita del chico, y con una tranquilidad admirable:

»—Escucha, Boris —ha dicho—: no hay que hacer eso al atardecer. Si quieres, iremos allí mañana por la mañana; y, primero, puedes probar a andar descalzo...

»Acariciaba ella suavemente la frente de su hija; pero ésta ha caído al suelo bruscamente y se ha revolcado con violentas convulsiones. Estábamos bastante asustados, Sophroniska la ha cogido y la ha acostado sobre el sofá. Boris, sin moverse, contemplaba esta escena con ojos atontados.

»Los métodos educativos de Sophroniska me parecen excelentes en teoría, pero quizá se equivoca sobre la resistencia de estos muchachos.

»—Obra usted como si el bien debiera siempre vencer al mal —le he dicho al poco rato, ya solo con ella. (Después de comer, he ido a preguntar por Bronja, que no había podido bajar a cenar).

»—En efecto —me ha dicho—. Creo firmemente que el bien debe triunfar. Tengo confianza.

»—Sin embargo, puede usted equivocarse por exceso de confianza...

Librodot

»—Cada vez que me he equivocado, es que mi confianza no había sido lo suficientemente grande. Hoy, al permitir salir a estos niños, les dejé ver un poco de preocupación; ellos lo notaron. Todo lo demás ha venido de eso.

»Me ha cogido la mano.

»—Parece usted no creer en la virtud de las convicciones... o mejor dicho, en su fuerza operante.

»—En efecto —he dicho riendo—, no soy místico.

»— ¡Pues yo —ha exclamado ella, con un arrebato admirable— creo con toda mi alma que, sin misticismo, no se hace en este mundo nada grande, nada bello!

»He descubierto en el registro de viajeros el nombre de Víctor Strouvilhou. Según los informes del dueño del hotel, ha debido marcharse de Saas-Fée, la antevíspera de nuestra llegada, después de haber permanecido aquí cerca de un mes. Sophroniska le ha tratado, sin duda. Tengo que preguntarle. »

Librodot

IV
BERNARDO Y LAURA

—Quería preguntarle a usted, Laura —dijo Bernardo—, ¿cree usted que haya algo, en la tierra, que no pueda ser puesto en duda?... Hasta el extremo de que sospecho que podría tomarse la duda misma como punto de apoyo; porque, en fin, yo creo que al menos ella no nos faltará nunca. Puedo dudar de la realidad de todo, pero no de la realidad de mi duda. Quisiera... Perdóneme si me expreso de una manera pedante; no soy pedante por naturaleza, pero acabo de dejar la filosofía, y no puede usted figurarse el hábito que la disertación frecuente impone bien pronto al espíritu; me corregiré de esto, se lo juro.

—¿Por qué este paréntesis? ¿Usted quisiera?...

—Quisiera escribir la historia de alguien que escuchase primero a cada cual, que fuese consultando a cada uno, a la manera de Panurgo, antes de decidir cualquier cosa; y que después de haber comprobado que las posiciones de unos y de otros sobre cada punto se contradicen, tomase el partido de no escuchar ya a nadie más que a él, y que se volviese poderoso de golpe.

—Es un proyecto de viejo —dijo Laura.

—Soy más maduro de lo que usted cree. Desde hace unos días llevo un diario, como Eduardo; en la página de la derecha escribo una opinión, en cuanto puedo inscribir en la página de la izquierda, bien enfrente, la opinión contraria. Mire usted: la otra tarde, por ejemplo, Sophroniska nos contó que hacía que durmiesen Boris y Bronja con la ventana abierta de par en par. Todo lo que nos dijo en apoyo de ese sistema nos parecía, ¿verdad?, perfectamente razonable y probado. Mas he aquí que ayer, en el salón de fumar del hotel, oí a ese profesor alemán, que acaba de llegar, sostener una teoría opuesta, que me ha parecido, lo confieso, más razonable aún y mejor justificada. Lo importante, decía, es ahorrar, durante el sueño, lo más posible los gastos y ese comercio de cambios que es la vida; lo que él llamaba la carburación; sólo entonces llega a ser el sueño verdaderamente reparador. Citaba, como ejemplo, a las aves, que colocan su cabeza bajo el ala; a los animales, que se acurrucan para dormir, de manera de no respirar ya apenas; de igual modo, las razas más cercanas a la naturaleza, decía, los campesinos menos cultos se encierran en alcobas; los árabes, el capuchón de sus albornoces sobre su cara. Pero, volviendo a Sophroniska y a los dos niños a quienes educa, he acabado por pensar que no está del todo equivocada, y que lo que es bueno para otros sería perjudicial para esos muchachos, porque, si he comprendido bien, tienen en ellos gérmenes de tuberculosis. En resumen, yo me digo... pero la estoy aburriendo.

—No se preocupe por eso. ¿Decía usted?...

—Ya no sé.

—¡Vaya! ¡Ahora se va a enfadar! No se avergüence de sus pensamientos.

—Me decía que no hay nada bueno para todos, sino únicamente con respecto a algunos; que nada es cierto para todos, sino únicamente con respecto a quien lo cree así; que no hay método ni teoría que sea aplicable indistintamente a cada cual; que si, para obrar, no es necesario elegir, tenemos al menos libre elección; que si no tenemos libre elección, la cosa es más sencilla aún; pero que me parece cierto (no de un modo absoluto, sin duda, sino con respecto a mí) lo que me permite el mejor empleo de mis fuerzas, la puesta en acción de mis virtudes. Porque no puedo contener mi duda y tengo, al mismo tiempo, horror a la indecisión. La «blanda y dulce almohada» de Montaigne, no está hecha para mi cabeza, porque no tengo sueño aún ni quiero descansar. Es largo el camino que lleva de lo que yo creía ser a lo que soy quizá. A veces tengo miedo de haberme levantado demasiado temprano.

—¿Tiene usted miedo?

—No, yo no tengo miedo de nada. Pero sepa usted que he cambiado ya mucho; o, al menos,

Librodot

mi paisaje interior no es ya en absoluto el mismo que el día en que huí de casa; después, la he encontrado a usted. Inmediatamente he dejado de buscar, por encima de todo, mi libertad. Quizá no ha comprendido usted bien que estoy a su servicio.

—¿Qué debe entenderse con eso?

—¡Oh! Ya lo sabe usted bien. ¿Por qué quiere usted hacérmelo decir? ¿Espera usted de mí una confesión?... No, no, se lo ruego, no vele su sonrisa o sentiré frío.

—Vamos, mi pequeño Bernardo, no pretenderá usted que empieza a amarme.

—¡Oh! No empiezo —dijo Bernardo—. Es usted la que empieza a notarlo, quizá; pero no puede usted impedírmelo.

—Me era tan grato no tener que desconfiar de usted. Si desde ahora no voy a poder acercarme a usted más que con preocupación, como a una materia inflamable... Pero piense usted en la mujer deforme e hinchada que voy a ser muy pronto. Mi solo aspecto sabrá curarle a usted.

—Sí, si yo no amase de usted más que el aspecto. Lo primero, además, es que no estoy enfermo; o si es estar enfermo amarla a usted, prefiero no curarme.

Decía él todo esto gravemente, tristemente casi; la miraba con más ternura que la habían mirado nunca Eduardo o Douviers, pero tan respetuosamente que ella no podía enfadarse. Tenía sobre sus rodillas un libro inglés, cuya lectura había interrumpido y que hojeaba ella distraídamente; hubiérase dicho que no le escuchaba, de suerte que Bernardo proseguía sin demasiado embarazo:

—Me imaginaba el amor como algo volcánico; al menos el amor que había yo nacido para sentir. Sí, realmente, creía no poder amar más que de un modo salvaje, devastador, a lo Byron. ¡Qué mal me conocía! Ha sido usted, Laura, la que me ha hecho conocerme ¡tan distinto del que yo creía ser! Interpretaba yo un personaje horroroso, esforzándome por parecerme a él. Cuando pienso en la carta que escribí a mi falso padre antes de abandonar aquella casa, siento una gran vergüenza, se lo aseguro. Me creía un rebelde, un «outlaw» que pisotea todo cuanto se opone a su deseo; y he aquí que, junto a usted, no experimento ya ni deseos. Ansiaba la libertad como un bien supremo, y en cuanto me he visto libre me he sometido a sus... ¡Ah, si usted supiera lo irritante que es tener en la cabeza montones de frases de grandes autores, . que se le vienen a uno irresistiblemente a los labios al querer expresar un sentimiento sincero! Este sentimiento es tan nuevo para mí que no he sabido aún inventar su lenguaje. Pongamos que no sea amor, puesto que esta palabra le desagrada; que sea devoción. Diríase que, a esta libertad que me parecía hasta entonces infinita, las leyes de usted le han marcado límites. Diríase que todo cuanto se agita en mí de turbulento, de informe, danza una ronda armoniosa en torno de usted. Si alguno de mis pensamientos llega a apartarse de usted, prescindo de él... Laura, no le pido que me ame; no soy todavía más que un colegial; no merezco su atención; pero todo lo que quiero hacer ahora lo hago por merecer un poco su... (¡ah, la palabra es horrorosa!)... su estimación.

Se había puesto de rodillas ante ella y aunque Laura hizo retroceder su silla al principio, Bernardo tocaba con la frente su vestido, con los brazos echados para atrás, como en señal de adoración; pero cuando sintió posarse sobre su frente la mano de Laura, cogió aquella mano y aplastó sus labios sobre ella.

—¡Qué niño es usted, Bernardo! Yo tampoco soy libre —dijo ella retirando su mano—. Tenga, lea usted esto.

Sacó de su pecho un papel arrugado que tendió a Bernardo.

Bernardo vio lo primero la firma. Como se temía, era la de Félix Douviers. Durante un instante tuvo en su mano la carta sin leerla, con los ojos levantados hacia Laura. Ella lloraba. Bernardo sintió romperse entonces en su corazón una ligadura más, uno de esos lazos secretos que unen a cada uno de nosotros consigo mismo, con nuestro pasado egoísta. Luego leyó:

Mi Laura muy amada:

Librodot

En nombre de ese niño que va a nacer y al que juro querer tanto como si fuese su padre, te conjuro a que vuelvas. No creas que ningún reproche puede acoger aquí tu regreso. No te culpes demasiado porque esto es lo que más me hace sufrir. No tardes. Te espero con toda mi alma, que te adora y se prosterna ante ti.

Bernardo estaba sentado en el suelo, delante de Laura, pero fue sin mirarla como le preguntó:

—¿Cuándo ha recibido usted esta carta?

—Esta mañana.

—Creí que él lo ignoraba todo. ¿Le ha escrito usted?

—Sí, se lo he confesado todo.

—¿Eduardo lo sabe?

—No sabe nada de esto.

Bernardo permaneció silencioso algún tiempo, con la cabeza inclinada; luego, volviéndose hacia ella de nuevo:

—¿Y... qué piensa usted hacer ahora?

—¿Me lo pregunta usted de verdad?... Volver a su lado. Mi sitio está a su lado. Con él es con quien debo vivir. Usted lo sabe.

—Sí —dijo Bernardo.

Hubo un largo silencio. Bernardo prosiguió:

—¿Cree usted realmente que se puede querer al hijo de otro tanto como al propio?

—No sé si lo creo, pero lo espero.

—Pues yo sí lo creo. Y no creo, por el contrario, en lo que se llama tan estúpidamente «la voz de la sangre». Sí, creo que esa famosa voz es sólo un mito. He leído que, en ciertas tribus de las islas de Oceanía, es costumbre adoptar a los hijos ajenos, y que estos hijos adoptivos son preferidos a los otros con frecuencia. El libro decía, lo recuerdo muy bien, «más mimados». ¿Sabe usted lo que pienso ahora?... Pienso que el que ha hecho de padre conmigo no ha dicho ni ha hecho nunca nada que permitiese sospechar que no era yo su verdadero hijo; que al escribirle, como lo he hecho, que había yo sentido siempre la diferencia, he mentido; que, por el contrario, él me testimoniaba una especie de predilección, a la que era yo sensible; de modo que mi ingratitud hacia él es tanto más abominable cuanto que he obrado mal con él. Laura, amiga mía, quisiera preguntarle... ¿Le parece a usted que debo implorar su perdón y volver a su lado? —No —dijo Laura.

—¿Por qué? Si usted vuelve al lado de Douviers... —Me lo decía usted hace un rato: lo que es cierto para uno no lo es para otro. Me siento débil; usted es fuerte. El señor Profitendieu puede quererle a usted; pero, de creer lo que usted me ha contado de él, no están hechos ustedes para entenderse... O, por lo menos, espere más. No vuelva usted a él deshecho. ¿Quiere usted saber todo mi pensamiento? Es por mí y no por él por quien usted se propone eso; para conseguir lo que llama usted mi estimación. No la tendrá usted, Bernardo, hasta que no le sienta a usted buscarla. Sólo puedo amarle a usted al natural. Déjeme a mí el arrepentimiento: no está hecho para usted, Bernardo.

—Llego casi a amar mi nombre cuando lo oigo por su boca. ¿Sabe usted lo que más me horrorizaba allá? El lujo. Tanto «confort», tantas facilidades... Notaba qfue me iba haciendo anarquista. Ahora, por el contrario, creo que me estoy haciendo conservador. Lo he comprendido de repente el otro día, por la indignación que sentí al oír al turista de la frontera hablar del placer que experimentaba en pasar contrabando por la Aduana. «Quien roba al Estado no roba a nadie», decía. Comprendí de pronto, por espíritu de protesta, lo que era el Estado. Y empecé a amarle, simplemente porque le engañaban. No había yo nunca pensado en eso. Qué bella cosa sería un convenio basado en la buena fe de cada cual... si no hubiese más que gente honrada. Mire usted: si

Librodot

me preguntasen hoy qué virtud me parece más hermosa, respondería sin vacilar: la probidad. ¡Oh, Laura! Quisiera a lo largo de mi vida entera, exhalar, al menor choque, un sonido puro, probo, auténtico. Casi todas las gentes que he conocido suenan a falso. Valer exactamente lo que se parece; no intentar parecer más de lo que se vale... Quieren dar el pego y se ocupan tanto de aparentar que acaban por no saber ya quiénes son... Perdóneme que le hable así. Le comunico a usted mis reflexiones nocturnas.

—Pensaba usted en la monedita que nos enseñaba ayer. Cuando me marche...

No pudo acabar su frase; se le llenaban de lágrimas los ojos, y en el esfuerzo que hizo para contenerlas, Bernardo vio sus labios temblar.

—Entonces, se va usted a marchar, Laura... —repuso él tristemente—. Temo, cuando no la sienta a usted junto a mí, no valer ya nada, o muy poco... Pero, dígame, quisiera preguntarle: ¿se iría usted, hubiera usted escrito esa confesión si Eduardo... no sé cómo decirlo... (mientras que Laura enrojecía), si Eduardo valiese más? ¡Oh! No proteste. Sé muy bien lo que piensa usted de él.

—Dice usted eso porque sorprendió ayer mi sonrisa, mientras él hablaba; se quedó usted convencido en el momento de que le juzgábamos de modo parecido. Pues no; desengáñese usted. En realidad, no sé lo que pienso de él. No es nunca durante mucho tiempo el mismo. No le atrae nada; pero nada es tan atractivo como su fuga. Le conoce usted desde hace demasiado poco tiempo para juzgarle. Su ser se deshace y se rehace sin cesar. Cree uno asirle... y es Proteo. Toma la forma de lo que ama. Y a él también, para comprenderle, hay que amarle.

—Usted le ama. ¡Oh, Laura! No es de Douviers de quien estoy celoso, ni de Vicente; es de Eduardo.

—¿Por qué celoso? Amo a Douviers; amo a Eduardo; pero de diferentes maneras. Y si he de amarle a usted será también con otro amor.

—Laura, Laura, no ama usted a Douviers. Siente usted por él afecto, compasión, aprecio; pero eso no es amor. Creo que el secreto de su tristeza (porque usted está triste, Laura) es que la vida la ha dividido; el amor la ha querido a usted incompleta; reparte usted entre varios lo que hubiese querido dar a uno solo. En cuanto a mí, me siento indivisible; no puedo entregarme más que por entero.

—Es usted demasiado joven para hablar así. No puede usted saber desde ahora si la vida no le «dividirá» a usted también, como usted dice. Sólo puedo aceptar de usted esa... devoción que me ofrece. El resto tendrá sus exigencias, que habrán de satisfacerse en otra parte.

—¿De verdad? Va usted a hacer que me sienta asqueado, por adelantado, de mí mismo y de la vida.

—No sabe usted nada de la vida. Puede usted esperarlo todo de ella. ¿Sabe usted cuál ha sido mi culpa? No esperar nada de ella. Cuando he creído ¡ay! que no tenía ya nada que esperar, es cuando me he entregado. He vivido esta primavera en Pau, como si no debiera ya ver ninguna más; como si ya no me importase nada. Ahora puedo decírselo, Bernardo, ahora que estoy castigada; no pierda usted nunca la esperanza en la vida.

¿De qué sirve hablar así a un ser joven y fogoso? Por eso, lo que decía Laura no se dirigía en absoluto a Bernardo. Ante el llamamiento de su simpatía, pensaba delante de él, a pesar suyo, en voz alta. Era torpe para fingir, torpe para dominarse. Lo mismo que había cedido al principio a aquel impulso que la arrebataba en cuanto pensaba en Eduardo, y en el que se traicionaba su amor, se había dejado llevar por cierta necesidad de sermonear, heredada seguramente de su padre. Pero a Bernardo le horrorizaban las recomendaciones y los consejos, aunque viniesen de Laura; su sonrisa advirtió a Laura, que prosiguió en un tono más tranquilo;

—¿Piensa usted seguir de secretario de Eduardo, a su regreso a París?

—Sí; si consiente en utilizarme; pero no me da nada para hacer. ¿Sabe usted lo que me divertiría? Pues escribir con él ese libro, que solo, no escribirá nunca; como se lo dijo usted muy

bien ayer. Encuentro absurdo ese método de trabajo que nos explicaba. Una buena novela se escribe más ingenuamente. Ante todo, hay que creer en lo que se cuenta, ¿no le parece? Y contarlo con toda sencillez. Al principio creí que podría ayudarle. Si hubiese necesitado un detective, habría yo quizá llenado los requisitos del empleo. Hubiera él trabajado sobre los hechos descubiertos por mi policía... Pero con un ideólogo, no hay nada que hacer. A su lado, me noto un alma de repórter. Si se obstina en su error, trabajaré por mi cuenta. Tendré que ganarme la vida. Ofreceré mis servicios a algún periódico. Y entretanto haré versos.

—Porque, al lado de los repórters, se notará usted, seguramente, un alma de poeta.

—¡Oh! No se burle usted de mí. Sé que resulto ridículo; no me lo haga usted notar demasiado.

—Quédese con Eduardo; le ayudará usted y déjese ayudar por él. Es bueno.

Se oyó la campana del almuerzo. Bernardo se levantó. Laura le cogió la mano:

—Dígame usted: esa monedita que nos enseñaba usted ayer... ¿querría usted —en recuerdo suyo, cuando me vaya— (se dominó y pudo ahora terminar su frase), querría usted dármela?

-Tenga usted; aquí está; cójala —dijo Bernardo.

Librodot

V

DIARIO DE EDUARDO:

CONVERSACIÓN CON SOPHRONISKA

Es lo que sucede con casi todas las enfermedades del espíritu humano, que se jactan de haber curado. Las resuelven, como se dice en medicina, y las sustituyen por otras.

SAINTE-BEUVE (*Lundis*, I, p. 19).

»Empiezo a entrever lo que yo llamaría el "tema profundo" de mi libro. Es, será, indudablemente, la rivalidad entre el mundo real y la representación que de él nos hacemos. La manera con que el mundo de las apariencias se impone a nosotros y con que intentamos nosotros imponer al mundo exterior nuestra interpretación peculiar, constituye el drama de nuestra vida. La resistencia de los hechos nos invita a trasladar nuestra construcción ideal al sueño, a la esperanza, a la vida futura, en la cual nuestra creencia se nutre de todos nuestros sinsabores en ésta. Los realistas parten de los hechos, acomodan sus ideas a los hechos. Bernardo es un realista. Temo no poder entenderme con él.

»¿Cómo he podido asentir cuando Sophroniska me ha dicho que yo no tenía nada de místico? Estoy dispuesto a reconocer con ella que, sin misticismo, el hombre no puede realizar nada grande. ¿Pero no es, precisamente, mi misticismo al que acusa Laura, cuando le hablo de mi libro?... Dejémosles esa discusión.

»Sophroniska me ha vuelto a hablar de Boris, a quien ha logrado, según ella cree, confesar por entero. El pobre muchacho no tiene ya en él la menor espesura, el menor matorral donde resguardarse de las miradas de la doctora. Está todo él desemboscado. Sophroniska exhibe, a plena luz, desmontadas, las ruedas más íntimas de su organismo mental, como un relojero las piezas del reloj que limpia. Si, después de esto, el pequeño no da bien la hora, es que se ha perdido el tiempo en vano. He aquí lo que me ha contado Sophroniska:

»Boris, alrededor de los nueve años, fue llevado al colegio, en Varsovia. Amistó con un compañero de clase, un tal Bautista Kraft, uno o dos años mayor que él, que le inició en prácticas clandestinas, que estos chicos, ingenuamente maravillados, creían que eran "magia". Es el nombre que daban ellos a su vicio, por haber oído decir o haber leído, que la magia permite entrar misteriosamente en posesión de lo que se desea, que convierte el poder en ilimitado, etc.. Creían de buena fe haber descubierto un secreto que consolase de la ausencia real con la presencia ilusoria, y se alucinaban a placer y se extasiaban ante un vacío que su imaginación fatigada colmaba de maravillas, con gran esfuerzo de voluptuosidad. Ni que decir tiene que Sophroniska no ha empleado esos términos; hubiese yo querido que me transmitiese exactamente los de Boris, pero ella pretende no haber logrado desentrañar lo que se relata más arriba, cuya exactitud me ha certificado, sin embargo, sino a través de una maraña de fintas, reticencias e imprecisiones.

»—He encontrado en eso la explicación que buscaba yo desde hace largo tiempo —ha agregado— de un trozo de pergamino que Boris llevaba siempre encima, encerrado en un saquito que colgaba sobre su pecho en unión de las medallas santas que su madre le obligaba a llevar— y sobre el cual figuraban cinco palabras, con letras mayúsculas, infantiles y cuidadas, cinco palabras cuyo significado le pregunté en vano:

GAS, TELÉFONO. CIEN MIL RUBLOS

»—Pero esto no quiere decir nada. Es "magia", me respondía siempre cuando le apremiaba.

Librodot

Era todo lo que podía sacarle. Sé ahora que esas palabras enigmáticas son de letra del joven Bautista, gran maestre y profesor de magia y que, para aquellos niños, esas cinco palabras son como una fórmula encantada, el "Sésamo, ábrete" del bochornoso paraíso en que los sumía la voluptuosidad. Boris llamaba a ese pergamino su "talismán". Me había costado ya mucho trabajo decidirle a que me lo enseñase, y más todavía a desprenderse de él (era el comienzo de nuestra estancia aquí); porque yo quería que se desprendiese de él, como sé ahora que se había libertado anteriormente de sus malas costumbres. Esperaba yo que con ese "talismán" iban a desaparecer los "tics" y las manías de que sufre. Pero se aferraba a él, y la enfermedad se aferraba también como a un último refugio.

»—Dice usted, sin embargo, que se había libertado de sus hábitos...

»—La enfermedad nerviosa no empezó sino después. Nació sin duda de la coacción que Boris tuvo que ejercer sobre sí mismo para libertarse. He sabido por él que su madre le sorprendió un día en plena "práctica de la magia", como él dice. ¿Por qué no me ha hablado ella nunca de eso?... ¿Por pudor?...

»—Indudablemente, porque sabía que estaba corregido.

»—Es absurdo... y esto ha sido causa de que haya yo ido a tientas tanto tiempo. Como le he dicho, creía a Boris perfectamente puro.

»—Me dijo usted, incluso, que era eso lo que la molestaba.

»—¡Ya ve usted si tenía razón!... La madre debía habérmelo advertido. Boris estaría ya curado si hubiese yo podido ver claro en seguida.

»—Decía usted que esos trastornos sólo comenzaron después...

»—Digo que nacieron a modo de protesta. Me figuro que su madre le ha reñido, suplicado y sermoneado. Sobrevino la muerte del padre. Boris se convenció de que sus prácticas secretas, que le pintaban como muy culpables, habían tenido su castigo; se ha creído responsable de la muerte de su padre; se ha creído criminal, maldito. Ha tomado miedo; y entonces ha sido cuando, como un animal acosado, su organismo débil ha inventado esa cantidad de pequeños subterfugios en los que se purga su pena íntima, y que son como tantas otras confesiones.

»—Si la comprendo bien, ¿estima usted que hubiera sido menos perjudicial para Boris seguir dedicándose tranquitamente a la práctica de su "magia"?

»—Creo que no era necesario asustarlo para curarlo. El cambio de vida, que traía la muerte de su padre, hubiese bastado, sin duda, para distraerlo de ello, y la salida de Varsovia para sustraerlo a la influencia de su amigo. No se consigue nada bueno con el terror. Cuando supe lo que sucedía, hablándole otra vez de todo aquello y volviendo de nuevo al pasado, le he hecho que sintiese vergüenza de haber podido preferir la posesión de unos bienes imaginarios a la de los bienes verdaderos, que son, le he dicho, la recompensa de un esfuerzo. Lejos de intentar denigrar su vicio, se lo he presentado simplemente, como una de las formas de la pereza; y creo, en efecto, que es una de ellas, la más sutil, la más pérfida...

»Recordé, ante estas palabras, unas líneas de La Rochefoucauld que quise enseñarle, y aunque hubiese podido citárselas de memoria, fui a buscar el tomito de las *Máximas*, sin el que no viajo nunca. Le leí:

»De todas las pasiones, la más desconocida para noso tros mismos, es la pereza; es la más ardiente y la más maligna de todas, aunque su violencia sea insensible y los daños que cause sean muy recónditos... El reposo de la pereza es un encanto secreto del alma que suspende repentinamente los más ardientes empeños y las más tenaces resoluciones. Para dar, en fin, la verdadera idea de esta pasión, es preciso decir que la pereza es como una beatitud del alma, que la consuela de todas sus pérdidas y que sustituye para ella a todos los bienes.

»—¿Pretende usted —me dijo entonces Sophroniska— que La Rochefoucauld, al escribir esto, haya querido insinuar lo que decíamos?

Librodot

»—Podría ser, pero no lo creo. Nuestros autores clásicos son ricos de todas las interpretaciones que permiten. Su precisión es tanto más admirable cuanto que no se pretende exclusiva.

»Le he pedido que me enseñase el famoso talismán de Boris. Me ha dicho que ya no lo tenía ella, que se lo había dado a alguien que se interesaba por Boris y que le había rogado que se lo dejase como recuerdo. —"Un señor llamado Strouvilhou, a quien conocí un poco antes de llegar usted".

»He dicho a Sophroniska que había yo visto ese apellido en el registro del hotel; que había conocido hace tiempo a un Strouvilhou y que me hubiera gustado saber si era ese mismo. Por la descripción que me ha hecho de él, no podía uno equivocarse; pero no ha sabido decirme nada acerca de él que satisfaciese mi curiosidad. Me he enterado únicamente de que era muy amable, muy complaciente, de que le parecía muy inteligente, pero un poco perezoso él también, "aunque no sé si atreverme a usar de nuevo este calificativo", ha añadido riendo. Le he contado a mi vez lo que sabía yo de Strouvilhou, y eso me ha llevado a hablarle del pensionado en que nos habíamos conocido, de los padres de Laura (quien, por su parte, le había comunicado sus confidencias), del viejo La Pérouse, en fin; de los lazos de parentesco que le unían con el pequeño Boris, y de la promesa que le había yo hecho al despedirme, de llevarle el niño. Como Sophroniska me había dicho anteriormente que no creía deseable que Boris siguiese viviendo con su madre: "¿Por qué no le deja usted como pensionista en casa de los Azaïs?", le he preguntado. Al sugerirle esto, pensaba yo, sobre todo, en la inmensa alegría del abuelo sabiendo a Boris muy cerca de él, en casa de unos amigos, donde podría verle cuando quisiese; pero no puedo creer que el pequeño, por su parte, no esté allí bien. Sophroniska me ha dicho que iba a pensarlo; mostrándose, por lo demás, muy interesada por todo cuanto acababa yo de comunicarle.

»Sophroniska sigue repitiendo que el pequeño Boris está curado; esta curación debe corroborar su método; aunque temo que se anticipe ella un poco. Como es natural, no quiero contradecirle; y reconozco que los "tics", los gestos de arrepentimiento, las reticencias de lenguaje, han desaparecido casi; pero me parece que la enfermedad se ha refugiado simplemente en una región más profunda del ser, como para huir de la mirada inquisitorial del médico; y que ahora, es el alma misma la atacada. De igual modo que el onanismo había sido sucedido por los movimientos nerviosos, éstos ceden ahora a no sé qué angustia invisible. A Sophroniska le inquieta, es cierto, ver a Boris, después de Bronja, lanzado a una especie de misticismo pueril; es ella demasiado inteligente para no comprender que esta nueva "beatitud del alma" que busca ahora no es muy diferente, después de todo, de la que él provocaba al principio artificialmente y que no por ser menos dispendiosa y menos ruinosa para el organismo, le aparta menos del esfuerzo y de la realización. Pero cuando le hablo de ello, me responde que unas almas como la de Boris y la de Bronja no pueden prescindir de un alimento quimérico y que si se le quitase, sucumbirían, Bronja en la desesperación y Boris en un materialismo vulgar; estima, además, aue no tiene ella derecho a destruir la confianza de estos muchachos, y que, aun pareciéndole falsa su creencia, quiere ver en ella una sublimación de los bajos instintos, una petición superior, una incitación, una protección, ¿qué sé yo?... Sin creer ella misma en los dogmas de la iglesia, cree en la eficacia de la fe. Habla con emoción del fervor de estos dos niños, que leen juntos el Apocalipsis, y se entusiasman y conversan con los ángeles y revisten su alma con blancos sudarios. Como todas las mujeres, está llena de contradicciones. Pero tenía razón: decididamente, no soy un místico... ni tampoco un perezoso. Cuento grandemente con el ambiente del pensionado Azaïs y de París para hacer de Boris un trabajador; para curarle, al fin, de la busca de los "bienes imaginarios". Ahí está, para él, la salvación. Creo que Sophroniska se va haciendo a la idea de confiármelo; pero le acompañará, sin duda, a París, deseando cuidar ella misma de su instalación en casa de los Azaïs, tranquilizando así a la madre, cuyo consentimiento se compromete a obtener.»

Librodot

VI

CARTA DE OLIVERIO A BERNARDO

Hay ciertos defectos que, bien utilizados, brillan más que la propia virtud.
LA ROCHEFOUCAULD.

»Querido Bernardo:

»Te diré, ante todo, que he pasado mis exámenes de bachillerato. Pero esto no tiene importancia. Se me ofrecía una ocasión única de marcharme de viaje. Vacilaba aún; pero después de leer tu carta, he saltado por encima de todo. Una ligera resistencia en mi madre, al principio; pero que ha sido vencida por Vicente, que se ha mostrado de una afabilidad que no esperaba en él. No puedo creer que, en el caso a que hace alusión tu carta, haya obrado como un cerdo. Tenemos, a nuestra edad, una tendencia molesta a juzgar a las gentes con demasiada severidad y a condenarlas sin apelación. Hay muchos actos que nos parecen reprensibles, odiosos incluso, simplemente porque no penetramos lo suficiente sus motivos. Vicente no ha... Pero esto me llevaría demasiado lejos y tengo demasiadas cosas que decirte.

»Quiero que sepas, ante todo, que es el redactor jefe de la nueva revista *Vanguardia* quien te escribe. Después de algunas deliberaciones, he accedido a asumir esas funciones, de las que me ha juzgado digno el conde Roberto de Passavant. Es él quien financia la revista, aunque no tiene mucho empeño en que se sepa, y en la portada, sólo figurará mi nombre. Apareceremos en octubre; procura mandarme algo para el primer número; lamentaría mucho que tu nombre no brillase al lado del mío en el primer sumario. Passavant quisiera que en el primer número apareciese algo muy libre y fuerte, porque cree que el reproche más mortal que puede hacérsele a una revista joven es el de ser pubidunda; comparto bastante su opinión. Hablamos mucho de ello. Me ha pedido que escriba eso y me ha indicado el asunto bastante peligroso de un cuento corto; me molesta un poco por mi madre, a ouien puede apenarle esto; ¡qué se le va a hacer! Como dice Passavant, cuanto más joven es uno, menos comprometedor es el escándalo.

»Te escribo desde Vizzavone. Vizzavone es un pueblecito a media ladera de una de las más altas montañas de Córcega, escondido en un espeso bosque. El hotel en que vivimos está bastante lejos del pueblo y sirve a los turistas como punto de partida para excursiones. Estamos aquí sólo hace unos días. Hemos empezado por instalarnos en una fonda, no lejos de la admirable bahía de Porto, absolutamente desierta, a la que bajábamos a bañarnos por la mañana y donde se puede estar desnudo todo el día. Era maravilloso; pero hacía demasiado calor y hemos tenido que refugiarnos en la montaña.

»Passavant es un compañero encantador; no está infatuado en absoluto con su título; quiere que le llame Roberto; y me ha inventado un nuevo nombre: Oliva. Es encantador, ¿verdad? Hace todo para que olvide yo su edad y te aseguro que lo consigue. Mi madre estaba un poco asustada de verme marchar con él, porque apenas le conocía. Yo vacilaba, por temor a entristecerla. Antes de tu carta, había, incluso, casi renunciado. Vicente la ha convencido y tu carta me ha dado ánimos de repente.

»Hemos pasado los últimos días, antes de la marcha, corriendo tiendas. Passavant es tan generoso que quería regalármelo todo y tenía que contenerle sin cesar. Pero le parecía horrorosa mi ropa; camisas, corbatas, calcetines, nada de lo que yo tenía le gustaba; repetía continuamente que si tenía que vivir con él, le disgustaría demasiado no verme vestido correctamente, es decir, como a él le gusta. Hacíamos que mandasen, naturalmente, las compras a su casa, por temor a preocupar a mamá. Él es de una elegancia refinada; pero, sobre todo, tiene muy buen gusto, y muchas cosas que me parecían antes soportables se me han hecho ahora odiosas. No puedes figurarte lo divertido que

Librodot

era en las tiendas. ¡Es tan ingenioso! Quisiera darte una idea: estábamos en Brentano, donde había dejado su estilográfica para que la arreglasen. Tenía detrás de él un inglés enorme que quería acercarse antes de que le llegase su turno y que, al rechazarle Roberto bruscamente, empezó a refunfuñar no sé qué, dirigiéndose a él; Roberto se volvió y muy tranquilo:

»—No merece la pena. No entiendo el inglés.

»El otro, furioso, replicó, en correcto francés:

»—Debía usted saberlo, caballero.

»Entonces, Roberto, sonriendo muy finamente:

»—Ya ve usted que no merecía la pena.

»El inglés espumajeaba, pero no supo qué decir. Era desternillarse.

»Otro día, estábamos en el "Olimpia". Durante el entreacto, nos paseábamos por el "foyer", por donde circulaba una gran cantidad de putas. Dos de ellas, de aspecto más bien lastimoso, le abordaron:

»—¿Convidas a un "bock", rico?

»Nos sentamos con ellas, ante una mesa.

»—¡Mozo! Unos "bocks" para estas señoritas.

»—¿Y para los señores?

»—¿Para nosotros?... ¡Oh! Nosotros tomaremos champaña —dijo él con negligencia.

»Y pidió una botella de Moet, que nos bebimos entre los dos. ¡Si hubieras visto la cara de las infelices!... Me parece que le revientan las putas. Me ha confesado que no había entrado nunca en un burdel y me ha dado a entender que se enfadaría mucho conmigo si yo fuese. Como ves, es una persona decente, a pesar de su aire y de sus frases cínicas, como cuando dice que, yendo de viaje, llama "día triste" al día en que no se ha topado "before lunch" con cinco personas, por lo menos, con quienes querría acostarse. Te diré, entre paréntesis, que no he vuelto a... ya me entiendes.

»Tiene una manera de moralizar que es muy divertida y especial. El otro día me dijo:

»—Mira, pequeño: lo importante en la vida es no dejarse arrastrar. Una cosa trae otra y después no sabe uno adonde va. Así, por ejemplo, conocí yo a un muchacho muy bien que iba a casarse con la hija dé mi cocinera. Una noche, entró por casualidad en una pequeña joyería. Mató al joyero. Y después le robó. Y después, disimuló. Ya ves adonde llevan las cosas. La última vez que lo vi se había vuelto mentiroso. Ten cuidado.

»Y así todo el tiempo. Comprenderás que no me aburro. Habíamos partido con intención de trabajar mucho, pero hasta ahora no hemos hecho nada más que bañarnos, dejarnos secar al sol y charlar. Tiene él, sobre todas las cosas, opiniones e ideas extraordinariamente originales. Le animo lo que puedo a escribir ciertas teorías completamente nuevas que me ha expuesto sobre los animales marinos de las grandes profundidades y sobre las que él llama las "luces personales", que les permite pasarse sin la luz del sol, que él compara con la de la gracia y con la "revelación". Expuesto así, en unas palabras, como lo hago, esto no puede decir nada, pero te aseguro que, cuando él habla de ello, resulta interesante como una novela. No sabe uno, por lo general, que está muy fuerte en historia natural; pues él pone una especie de coquetería en ocultar sus conocimientos, lo que él llama sus joyas secretas. Dice que sólo los "rastacueros" se complacen en exhibir ante todos su aderezo, sobre todo cuando éste es de baratillo.

»Sabe utilizar admirablemente las ideas, las imágenes, las personas y las cosas; es decir, que de todo saca provecho... Dice que el gran arte de la vida, no es tanto gozar como saber sacar partido.

»He escrito algunos versos, pero no me han dejado lo bastante satisfecho para enviártelos.

»Hasta la vista, chico. Hasta octubre. Me encontrarás cambiado a mí también. Cada día adquiero un poco más de aplomo. Me alegra que estés en Suiza, pero ya ves que no tengo nada que envidiarte.

Librodot

OLIVERIO.»

Bernardo tendió esta carta a Eduardo, que la leyó sin dejar traslucir en absoluto los sentimientos que removía en él. Todo cuanto Oliverio contaba tan complacido de Roberto, le indignaba y acababa de hacérsele odioso. Dolíale, sobre todo, que no le nombrase en aquella carta y que Oliverio pareciese olvidarle. Se esforzó en vano por descifrar, bajo una gruesa tachadura, las tres líneas escritas como posdata, y que eran las siguientes:

»Di al tío E. que pienso en él constantemente; que no puedo perdonarle que me haya abandonado y que esto me tiene apenadísimo.»

Estas líneas eran las únicas sinceras de aquella carta ostentosa, dictada toda ella por el despecho. Oliverio las había tachado.

Eduardo devolvió a Bernardo la carta atroz sin decir una palabra; sin decir una palabra Bernardo la recogió. Ya he dicho que no se hablaban mucho; una especie de cohibición extraña, «inexplicable», pesaba sobre ellos en cuanto se encontraban solos. (No me gusta esta palabra «inexplicable» y no la escribo aquí más que por insuficiencia provisoria.) Pero aquella noche, al retirarse a su cuarto, y mientras se preparaban a acostarse, Bernardo, con un gran esfuerzo y un poco oprimida la garganta, preguntó:

—¿Le ha enseñado a usted Laura la carta que ha recibido de Douviers?

—No podía yo dudar que Douviers tomase la cosa como había que tomarla —dijo Eduardo, metiéndose en la cama—. Es un hombre que está muy bien. Un poco débil, quizá; pero que está muy bien, sin embargo. Va a adorar a esa criatura, estoy seguro. Y el pequeño será, evidentemente, más robusto que el que él hubiese podido hacer. Porque no me parece muy fuerte.

Bernardo amaba a Laura demasiado para que no le hiriese la desenvoltura de Eduardo; sin embargo, no lo dejó traslucir.

—¡Vamos! —dijo Eduardo, apagando la luz—, me alegra ver que termina lo mejor posible esta historia, que parecía no tener otra salida que la desesperación. A cualquiera le ocurre dar un paso en falso. Lo importante es no obstinarse...

—Evidentemente —dijo Bernardo para eludir la discusión.

—Tengo que confesarle, Bernardo, que creo haberlo dado con usted...

—¿Un paso en falso?

—Sí, a fe mía. A pesar de todo el afecto que le tengo a usted, desde hace unos días me estoy convenciendo de que no estamos hechos para entendernos y de que... (vaciló unos instantes, buscó las palabras)... le desorienta a usted acompañarme más tiempo.

Bernardo pensaba lo mismo, mientras Eduardo no había hablado; pero Eduardo no podía realmente haber dicho nada más indicado para que Bernardo se recobrase. Volvió a dominarle el instinto de contradicción y le hizo protestar.

—No me conoce usted bien, ni me conozco bien yo tampoco. No me ha puesto usted a prueba. Si no tiene usted ningún motivo de queja contra mí, ¿podría pedirle que esperase un poco más? Admito que no nos parecemos nada; pero pensaba yo, precisamente, que era preferible para cada uno de nosotros dos, que no nos pareciésemos demasiado. Creo que, si puedo ayudarle, es, sobre todo, por mis diferencias y por lo que yo le aportase de nuevo. Si me equivoco, siempre será tiempo de advertírmelo. No soy de los que se quejan, ni de los que recriminan nunca. Pero óigame, he aquí lo que le propongo; quizá sea estúpido... El pequeño Boris, si he comprendido bien, debe ingresar en el pensionado Vedel-Azaïs. ¿No le exponía a usted Sophroniska sus temores de que se sintiese allí un poco perdido? Si me presentase yo, recomendado por Laura, ¿no podría yo encontrar también allí un empleo de vigilante, de inspector de estudios, qué sé yo? Necesito ganarme la vida. Por lo que hiciese allí no pediría gran cosa; con la casa y la comida me bastaría... Sophroniska

Librodot

me demuestra confianza y Boris se entiende bien conmigo. Le protegería, le ayudaría, le serviría de preceptor, de amigo. Al mismo tiempo, seguiría a la disposición de usted, trabajaría para usted, entretanto, y acudiría a la menor indicación. Dígame, ¿qué le parece todo esto? Y como para dar al «esto» más peso, agregó:

—Pienso en ello desde hace dos días.

Lo cual no era cierto. Si no hubiese acabado de inventar aquel bello proyecto en aquel mismo momento, se lo habría contado ya a Laura. Pero lo que era cierto, y que no había dicho, es que, desde su indiscreta lectura del *Diario* de Eduardo y desde su encuentro con Laura, pensaba con frecuencia en el pensionado Vedel; deseaba conocer a Armando, aquel amigo de Oliverio, del que éste no le hablaba nunca; deseaba aún más, conocer a Sara, la hermana menor; pero su curiosidad permanecía oculta; por consideración a Laura, no se la confesaba a sí mismo.

Eduardo no decía nada; y, sin embargo, el proyecto que le sometía Bernardo le complacía, si es que le aseguraba un domicilio. No le hacía mucha gracia tener que acogerle en su casa. Bernardo apagó su luz y luego añadió:

—No vaya usted a creer que no he comprendido lo que contaba usted de su libro y del conflicto que imaginaba usted entre la realidad bruta y la...

—No lo imagino —interrumpió Eduardo—; es que existe.

—Pues precisamente por eso, ¿no convendría que ojease yo algunos hechos hacia usted para permitirle luchar contra ella? Observaría para usted.

Eduardo estaba dudando si el otro no se burlaba un poco de él. Lo cierto es que se sentía humillado por Bernardo. Éste se expresaba demasiado bien...

—Ya pensaremos en ello —dijo Eduardo.

Transcurrió un largo rato. Bernardo intentaba en vano dormir. La carta de Oliverio le atormentaba. Por último, sin poder ya más, y como oyese a Eduardo removerse en su lecho, murmuró:

—Si no duerme usted, quisiera hacerle otra pregunta... ¿Qué piensa usted del conde de Passavant?

—¡Caramba! Ya lo supone usted —dijo Eduardo.

Y luego, al cabo de un instante:

—¿Y usted?

—Yo —replicó Bernardo de una manera salvaje—... le mataría.

Librodot

VII
EL AUTOR JUZGA A SUS PERSONAJES

El viajero, al llegar a lo alto de la colina, se sienta y mira antes de reanudar su marcha, ahora declinante; intenta divisar a dónde le lleva, al fin, aquel camino sinuoso que ha seguido, que le parece perderse en la sombra, y cómo cae la tarde, en la noche. Así, el autor imprevisor se detiene un instante, toma de nuevo aliento y se pregunta con inquietud a dónde va a llevarle su relato.

Temo que al confiar el pequeño Boris a los Azaïs cometa Eduardo una imprudencia. ¿Cómo impedirlo? Cada ser obra según su ley, y la de Eduardo le lleva a hacer experimentos sin cesar. Tiene buen corazón, seguramente, pero muchas veces preferiría yo, para descanso del prójimo, verle obrar por interés; porque la generosidad que le arrastra no es con frecuencia más que la compañera de una curiosidad que podría llegar a ser cruel. Él conoce el pensionado Azaïs; sabe el aire apestado que allí se respira, so color de la moral y de la religión. Conoce a Boris, su ternura, su fragilidad. Debiera prever a qué roces le expone. Pero no accede ya a considerar más que la protección, el fortalecimiento y el apoyo, que la precaria pureza del niño puede encontrar en la austeridad del viejo Azaïs. ¿A qué sofismas presta oídos? El diablo seguramente se los apunta, porque, si vinieran de otra parte, no los escucharía.

Eduardo me ha irritado más de una vez (cuando habla de Douviers, por ejemplo), incluso indignado; espero no haberlo dejado traslucir demasiado; pero ahora bien puedo decirlo. Su manera de comportarse con Laura, tan generosa a veces, me ha parecido otras indignante.

Lo que no me agrada en Eduardo son las razones que se da a sí mismo. ¿Por qué intenta convencerse, ahora, de que conspira en benéfico de Boris? Mentir a los demás, pase todavía; ¡pero a sí mismo! El torrente que ahoga a un niño, ¿pretende, acaso, darle de beber?... No niego que existan, en el mundo, acciones nobles, generosas e incluso desinteresadas; lo único que digo es que detrás del más bello motivo se esconde con frecuencia un diablo hábil, que sabe sacar provecho de lo que se creía arrebatarle. Aprovechemos este tiempo veraniego que dispersa a nuestros personajes para examinarlos a gusto. Estamos, de todos modos, en ese punto medio de nuestra historia, en que su marcha se aminora y parece tomar un nuevo impulso para acelerar bien pronto su curso. Bernardo es, seguramente, demasiado joven aún para asumir la dirección de una intriga. Se compromete a proteger a Boris; todo lo más que podrá hacer es observarlo. Hemos visto ya cambiar a Bernardo; las pasiones pueden modificarlo más todavía. Encuentro en un cuaderno unas frases con las que indicaba lo que pensaba yo de él anteriormente:

»Debí haber desconfiado de un gesto tan excesivo como el de Bernardo, al comienzo de su historia. Me parece, a juzgar por sus disposiciones Subsiguientes, que ha como agotado en él todas sus reservas anárquicas, que hubieran estado mantenidas de haber seguido él vegetando, como debía, en la opresión de su familia. A partir de ello, ha vivido reaccionando y como protestando de ese gesto. La costumbre que ha adquirido de rebelarse y de oponerse, le impulsa a rebelarse contra su propia rebeldía. Indudablemente, ninguno de mis héroes me ha desilusionado tanto, ya que ninguno de ellos me había hecho concebir más; esperanzas. Quizá se ha dejado llevar por sí mismo, demasiado pronto.»

Aunque esto no me parece ya muy justo. Creo que hay que confiar todavía en él. Una gran generosidad le anima. Siento en él virilidad y fuerza; es capaz de indignarse. Se escucha hablar un poco demasiado; pero es que habla bien. Desconfío de los sentimientos que hallan demasiado pronto su expresión. Es un bonísimo discípulo, pero los sentimientos nuevos no se vacían fácilmente en los moldes conocidos. Un poco de inventiva le obligaría a balbucear. Ha leído ya demasiado, ha retenido demasiado y ha aprendido mucho más en los libros que de la vida.

Librodot

No puedo consolarme de la faena que le ha servido para ocupar el puesto de Oliverio junto a Eduardo. Los acontecimientos se han coordinado mal. Era a Oliverio a quien quería Eduardo. ¡Con qué cuidado no le hubiera hecho éste madurar! ¡Con qué amoroso respeto no le hubiese guiado, sostenido, conducido hasta sí mismo! Passavant va a echarle a perder, con seguridad. No hay nada tan pernicioso para él como este envolvimiento sin escrúpulos. Esperaba yo de Oliverio que hubiese sabido defenderse mejor de ello; pero es de un carácter tierno y sensible al halago. Todo se le sube a la cabeza. Además, me ha parecido comprender, por ciertos párrafos de su carta a Bernardo, que era un poco vanidoso. Sensualidad, despecho, vanidad, ¡qué poder nos dan sobre él! Cuando Eduardo le encuentre, me temo que sea demasiado tarde. Pero él es joven aún y tiene uno derecho a esperar.

Passavant... mejor sería no hablar de él para nada, ¿verdad? Nada hay tan nefasto y tan aplaudido a la vez vomo los hombres de su género, como no sea las mujeres parecidas a *lady* Griffith. En la primera época, lo confieso, esta última me imponía bastante. Pero he reconocido prontamente mi error. Semejantes personajes están cortados de un paño sin espesor. América exporta muchos; pero no es la única en producirlos. Fortuna, inteligencia, belleza: parecen tenerlo todo, menos alma. Vicente, en realidad, tendrá que convencerse de ello muy pronto. No sienten gravitar sobre ellos ningún pasado, ninguna sujeción; carecen de leyes, de amos, de escrúpulos; libres y espontáneos, son la desesperación del novelista, que sólo obtiene de ellos reacciones sin valor. Espero no volver a ver a lady Griffith en mucho tiempo. Siento que nos haya robado a Vicente, que me interesaba más, pero que se hace vulgar con su trato; mediatizado por ella, pierde sus salientes. Y es lástima, porque los tenía bastante notables.

Si se me vuelve a ocurrir alguna vez escribir una historia, no dejaré que intervengan en ella más que caracteres templados, a quienes la vida, en lugar de embotar, agudiza. Laura, Douviers, La Pérouse, Azaïs... ¿qué hacer con toda esa gente? Yo no los buscaba; al seguir a Bernardo y a Oliverio, me los he encontrado en mi camino. Peor para mí; de aquí en adelante, me debo a ellos.

Librodot

TERCERA PARTE

PARIS

Cuando volvamos a contar con unas cuantas buenas monografías regionales nuevas, entonces y sólo entonces, agrupando sus datos, comparándolos, confrontándolos minuciosamente, podrá proseguirse la cuestión de conjunto, hacerla dar un paso nuevo y decisivo. Obrar de otro modo, sería partir, provisto de dos o tres ideas simples y bastas, para una especie de rápida excursión. Sería pasar, en la mayoría de los casos, al lado de lo particular, de lo individual, de lo irregular, es decir en resumen, de lo más interesante.

LUCIEN FEBVRE*: La tierra y la evolución humana*

I

DIARIO DE EDUARDO:
ÓSCAR MOLINIER

Su regreso a París no le causó placer alguno.
FLAUBERT: *La Educación sentimental*.

22 de septiembre.

»Calor; aburrimiento. He vuelto a París ocho días antes de lo necesario. Mi precipitación hará siempre que me adelante a la llamada. Curiosidad más que diligencia; deseo de anticipación. No he sabido nunca contemporizar con mi sed.

»He llevado a Boris a casa de su abuelo. Sophroniska, que había ido a avisarle el día anterior, me ha dicho que la señora de La Pérouse había ingresado en la casaasile. ¡Uf!

»Me separé del pequeño en el descansillo, después de haber llamado, creyendo que sería discreto no asistir a la primera entrevista; temía las muestras de gratitud del viejo. He interrogado después al pequeño, pero no he podido sonsacarle nada. Sophroniska, a quien he vuelto a ver, me ha dicho que el niño no le ha dicho nada tampoco. Cuando, una hora más tarde, ha ido ella a buscarle, como estaba convenido, le ha abierto una criada; Sophroniska se ha encontrado al viejo sentado ante un tablero de damas; el niño estaba en un rincón, al otro extremo de la habitación, enfurruñado.

»—Es curioso —ha dicho La Pérouse, todo desconcertado—; parecía divertido; pero, de pronto, se ha cansado. Temo que le falte paciencia...

»Ha sido una equivocación dejarlos solos demasiado tiempo.

27 de septiembre.

»Me he encontrado esta mañana a Molinier, en el Odeón. Hasta pasado mañana no regresan Paulina y Jorge. Sólo en París, desde ayer, si Molinier se aburría tanto como yo, no es nada raro que haya parecido encantado de verme. Hemos ido a sentarnos al Luxemburgo, esperando la hora de almorzar, lo cual haremos juntos.

»Molinier finge conmigo un tono chistoso, hasta festivo a veces, que a él le parece, sin duda, el más indicado para agradar a un artista. Hay en él cierta preocupación por mostrarse todavía picaresco.

»—En el fondo, soy un apasionado —ha declarado—. He comprendido que quería decir "un

Librodot

libidinoso". He sonreído como haría uno si oyese declarar a una mujer que tiene unas piernas muy bonitas; una sonrisa que significa: "Créame, no lo he dudado nunca". Hasta hoy, no había yo visto en él más que al magistrado; el hombre prescindía, al fin, de la toga.

»He esperado a que estuviésemos sentados en casa de Foyot para hablarle de Oliverio; le he dicho que acababa de tener noticias de él por uno de sus compañeros y que sabía que viajaba por Córcega con el conde de Passavant.

»—Sí, es un amigo de Vicente, que le ha propuesto ese viaje. Como Oliverio había terminado, con bastante brillantez, su bachillerato, su madre no ha querido negarle ese gusto... Ese conde de Passavant es un literato. Debe usted conocerle.

»No le he ocultado que no me gustaban mucho ni sus libros ni su persona.

»—Los compañeros se juzgan a veces entre sí un poco severamente —ha replicado—. He intentado leer su última novela, que algunos críticos destacan mucho. No he visto en ella gran cosa; aunque ya sabe usted que yo no soy del oficio...

»Y luego, al expresarle yo mis temores sobre la influencia que pudiera tener Passavant sobre Oliverio:

»—A decir verdad —ha añadido con voz pastosa—, personalmente, yo no aprobaba ese viaje. Pero hay que darse cuenta de que, a partir de cierta edad, los hijos se nos van. Es lo natural y no se puede hacer nada contra eso. Paulina querría estar siempre encima de ellos. Es como todas las madres. Yo le digo a veces: "Estás aburriendo a tus hijos. Déjalos en paz. Eres tú la que los haces pensar, con tus preguntas..." Yo afirmo que no sirve de nada vigilarlos demasiado tiempo. Lo importante es que la primera educación les inculque algunos buenos principios. Lo importante, sobre todo, es que tengan de quien heredarlos. La herencia, créame usted, querido, lo vence todo. Existen individuos que no se enmiendan con nada, los que llamamos predestinados. A ésos es preciso tenerlos muy sujetos. Pero cuando tiene uno que habérselas con buenos caracteres, se pueden aflojar un poco las riendas.

»—Me decía usted, sin embargo —continué—, que ese rapto de Oliverio no había tenido su asentimiento.

»—¡Oh! Mi asentimiento... mi asentimiento —ha dicho, con la nariz en el plato—; a veces prescinden de mi asentimiento. Hay que darse cuenta de que en los matrimonios —y me refiero a los más unidos—, no siempre es el marido quien decide. Usted no está casado y esto no le interesa.

»—Perdone usted —le interrumpí, riendo—; yo soy novelista.

»—Entonces habrá usted podido observar, sin duda, que no siempre es por debilidad de carácter por lo que un hombre se deja dominar por su mujer.

»—Existen, en efecto —concedí a modo de halago—, hombres firmes y hasta autoritarios, que se revelan, en el matrimonio, de una docilidad de corderos.

»—¿Y sabe usted por qué sucede eso? —repuso—. Cuando el marido cede ante su mujer, es, de diez casos en nueve, porque tiene algo que hacerse perdonar. Una mujer virtuosa, querido, saca provecho de todo. Si el hombre dobla un instante la espalda, ella se le monta encima. ¡Ah! amigo mío, los pobres maridos son a veces muy de compadecer. Cuando somos jóvenes, deseamos esposas castas, sin saber todo lo que va a costamos esa virtud.

»Con los codos sobre la mesa y la barbilla apoyada en las manos, contemplaba yo a Molinier. El pobre hombre no sospechaba hasta qué punto, aquella postura curvada de que se quejaba, parecía natural a su espinazo; se secaba la frente con frecuencia, comía mucho, no como un "gourmet", sino como un glotón, y parecía apreciar especialmente el añejo Borgoña que habíamos pedido. Satisfecho de sentirse escuchado, comprendido, y debía él pensar, sin duda, aprobado, le rebosaban las confesiones.

»En mi calidad de magistrado —proseguía— he conocido algunas que se prestaban a su marido tan sólo a disgusto, a contrapelo... y que, sin embargo, se indignan cuando el infeliz

Librodot

rechazado va a buscar a otra parte su ración.

»El magistrado había empezado su frase en pasado y el marido la terminaba en presente, con una innegable recuperación personal. Y añadió, sentenciosamente, entre bocado y bocado:

»—Los apetitos del prójimo parecen fácilmente excesivos, en cuanto no se comparten.

»Bebió un gran trago, y luego:

»—Y esto le explicará, querido, cómo un marido pierde la dirección de su casa.

»Comprendía yo, por lo demás, y descubría, bajo la incoherencia aparente de sus palabras, su empeño en hacer recaer sobre la virtud de su mujer la responsabilidad de las flaquezas suyas. Los seres tan descoyuntados como este pelele, pensaba yo, no tienen bastante con todo su egoísmo para mantener ligados entre sí los elementos desunidos de su figura. Si se olvidasen un poco de sí mismos, se desharían en pedazos. Callaba él. Sentí la necesidad de soltar algunas reflexiones, como se echa aceite a una máquina que acaba de realizar una etapa, y para invitarle a ponerse de nuevo en movimiento, aventuré:

»—Afortunadamente, Paulina es inteligente.

»Profirió un "sí...", prolongado hasta la duda, y luego:

»—Pero hay, sin embargo, cosas que no comprende. Ya sabe usted que por inteligente que sea una mujer... Reconozco, además, que en este caso, no he sido muy hábil. Había yo empezado a hablarle de una aventurilla, creyendo, convencido yo mismo, de que la cosa no iría más lejos. La cosa ha ido más lejos... y las sospechas de Paulina también. He hecho mal en ponerla, como se dice vulgarmente, la mosca en la oreja. He tenido aue disimular y que mentir... Vea usted lo que trae el tener la lengua demasiado larga. ¿Qué quiere usted? Soy de carácter confiado... Pero Paulina es de unos celos terribles y no puede usted imaginarse la astucia que he tenido que emplear.

»—¿Hace mucho tiempo de eso? —pregunté.

»—¡Oh! La cosa dura ya desde hace unos cinco años; y creí que la había tranquilizado ya por completo. Pero va a haber que empezarlo todo de nuevo. Figúrese usted que anteayer al volver a mi casa... ¿Pedimos un segundo Pomard?

»—Para mí no, se lo ruego.

»—Tendrán seguramente medias botellas. Iré después a echarme un poco. El calor me hace daño... Como le decía a usted, anteayer, al volver a mi casa, abrí mi "secrétaire" para guardar allí unos papeles. Tiro del cajón donde había ocultado las cartas de... la persona en cuestión.

Figúrese usted mi estupor, querido: el cajón estaba vacío.

Demasiado sé yo, ¡caray!, lo que ha ocurrido: hará unos quince días, Paulina fue a París con Jorge, a la boda de la hija de un compañero mío, a la que no me era posible asistir; como usted sabe, estaba yo en Holanda... y ade más esas ceremonias son más bien cosa de mujeres. No teniendo nada que hacer en aquel piso vacío, con el pre texto de arreglar un poco, ya sabe usted lo que son las mujeres, siempre un poco curiosas... empezaría a huro near... ¡Oh! sin pensar en nada malo. No la acuso. Pero Paulina ha sentido siempre la maldita manía del arreglo...

¿Qué quiere usted que le diga ahora que posee las pruebas? ¡Todavía si la pequeña no me llamase por mi nombre! ¡Un matrimonio tan unido! Cuando pienso en lo que voy a pasar...

»El pobre hombre se debatía en su confesión. Se enjugó la frente, se abanicó. Había yo bebido mucho menos que él. El corazón no suministra compasión sobre pedido. Molinier no me inspiraba más que asco. Le toleraba como cabeza de familia (aunque me resultase desagradable pensar que era el padre de Oliverio), burgués ordenado, decente, retirado del mundo; pero como enamorado, le encontraba ridículo únicamente. Me molestaba sobre todo la torpeza y la trivialidad de sus palabras, su mímica; ni su rostro ni su voz me parecían hechos para interpretar los sentimientos que me expresaba; hubiérase dicho un violón intentando producir efectos de viola; su instrumento sólo conseguía dar gallos.

Librodot

»—Me decía usted que Jorge la acompañaba...

»—Sí; no había ella querido dejarle solo. Pero, como es natural, en París no siempre le tenía metido entre sus faldas... Si le dijese a usted, amigo mío, que en veintitrés años de matrimonio no he tenido nunca con ella la menor escena, el más pequeño altercado... Cuando pienso en la que se prepara... porque Paulina regresará dentro de dos días... ¡Ah! Mire, hablemos de otra cosa. Bueno, ¿qué me dice usted de Vicente?... El príncipe de Monaco, un crucero... ¡Caray!... ¡Cómo! ¿No lo sabía usted?... Sí, se ha marchado para investigar unos sondeos y unas pescas cerca de las Azores. ¡Ah, ése no me da preocupaciones, se lo aseguro! Hará carrera él sólito.

»—Y ¿de salud?

»—Está completamente restablecido. Inteligente como es él, le creo en camino hacia la gioria. El conde de Passavant no me ha ocultado que le consideraba como uno de los hombres más notables que había conocido. Decía incluso, el más notable... pero hay que tener en cuenta la exageración.

»Terminaba el almuerzo; encendió un habano.

»—¿Quiere usted decirme —continuó—, quién es ese amigo de Oliverio que le ha dado a usted noticias suyas? Le diré que concedo una especial importancia a las amistades de mis hijos. Creo que no se tiene nunca bastante cuidado con eso. Los niños poseen, afortunadamente, una tendencia natural a tratarse tan sólo con la gente más escogida. Ya ve usted Vicente con ese príncipe, Oliverio con el conde de Passavant... Jorge, por su parte, se ha encontrada en Holgate a un pequeño condiscípulo, apellidado Adamanti, que va a ingresar en el pensionado Vedel-Azaïs, con él; es un muchacho de toda confianza; su padre es senador por Córcega. Pero ya ve usted cómo hay que desconfiar siempre: Oliverio tenía un amigo que parecía de muy buena familia, un tal Bernardo Profitendieu. Debo advertirle que Profitendieu padre es compañero mío; un hombre de los más notables y a quien estimo muy especialmente. Pues bien... (que quede esto entre nosotros)... de pronto me entero ¡de que no es padre del chico que lleva su nombre! ¿Qué le parece a usted?

»—Bernardo Profitendieu es precisamente el muchacho que me ha hablado de Oliverio —le dije.

»Molinier extrajo grandes bocanadas de humo de su cigarro y alzando mucho las cejas, lo que hizo que se cubriese de arrugas su frente:

»—Prefiero que Oliverio no se trate mucho con ese muchacho. Mis informes sobre él son deplorables, lo cual no me ha extrañado mucho, por lo demás. Es preciso reconocer que no puede esperarse nada bueno de un muchacho nacido en esas tristes circunstancias. No es que un hijo natural no pueda tener grandes cualidades, virtudes, incluso; pero el fruto del desorden y de la insumisión lleva forzosamente en sí gérmenes de anarquía... Sí, amigo mío, ha ocurrido lo que tenía que ocurrir. El joven Bernardo ha abandonado de repente el hogar familiar, donde no debió nunca haber entrado. Ha ido a "vivir su vida" como decía Emile Augier; vivir no se sabe cómo ni dónde. El pobre Profitendieu, que me ha puesto él mismo al corriente de este escándalo, se mostraba al principio afectadísimo. Le he hecho ver que no debía tomar la cosa tan a pecho. Después de todo la marcha de ese muchacho hace que todo vuelva a entrar en caja.

»Protesté diciendo que conocía a Bernardo lo suficiente para poder garantizar su gentileza y su honradez (guardándome, ni que decir tiene, de mencionar la historia de la maleta). Pero Molinier, exaltándose en seguida:

»—¡Vaya! Veo que tengo que contarle a usted más cosas.

»Y luego, inclinándose hacia mí y a media voz:

»—A mi compañero Profitendieu le han encargado de instruir el sumario de un asunto extraordinariamente escabroso y molesto, tanto por el mismo asunto como por la resonancia y las consecuencias que puede tener. Es una historia inverosímil a la que no quisiera uno dar crédito... Se trata, querido, de una verdadera empresa de prostitución, de una... no, no quiero emplear palabras feas, llamémosla "casa de té"; pongamos que presenta la particularidad escandalosa de quelos

Librodot

asiduos concurrentes a sus salones son, en su mayoría, y casi exclusivamente, colegiales muy jóvenes aún. Le digo a usted que es increíble. Esos niños no se dan evidentemente cuenta de la gravedad de sus actos, porque no intentan esconderse apenas. Esto sucede a la salida de las clases. Meriendan, charlan, se divierten con esas damas; y los juegos se continúan en habitaciones contiguas a los salones. Como es natural, no entra allí todo el que quiere. Hay que ser presentado, iniciado. ¿Quién paga esas orgías?, ¿quién paga el alquiler del piso? Es lo que parecía fácil de descubrir; pero no se podían llevar las investigaciones más que con una prudencia extraordinaria, por miedo a enterarse de demasiadas cosas, a dejarse arrastrar, a verse obligado a perseguir y a comprometer finalmente, a familias respetables cuyos hijos se sospechaba que figuraban entre los principales clientes. He hecho lo que he podido por frenar el celo de Profitendieu, que se precipitaba como un toro en este asunto, sin sospechar que de su primera cornada... (¡ah!, perdone usted, lo he dicho involuntariamente... ¡Ja, ja, ja! Es gracioso; se me ha escapado...) corría el riesgo de empitonar a su hijo. Afortunadamente, las vacaciones han licenciado a todo el mundo; los colegiales se han diseminado y espero que todo este asunto se volverá agua de cerrajas, quedará sofocado después de algunas advertencias y sanciones, sin alboroto.

»—¿Está usted seguro de que Bernardo Profitendieu estaba metido en eso?

»—Por completo no, pero...

»—¿Qué le induce a creerlo?

»—Ante todo, el hecho de ser un hijo natural. Comprenderá usted que un muchacho de su edad no se escapa de su casa sin haber probado toda clase de vergüenzas... y además creo realmente que Profitendieu ha sentido algunas sospechas porque su celo se ha apagado bruscamente; ¿qué digo?, parece haber dado marcha atrás y la última vez que le pregunté en qué estado se encontraba el asunto, se mostró cohibido: "Creo que no va a tener ningún resultado", me dijo, y cambió en seguida de conversación. ¡Pobre Profitendieu! Pues, créame, no se merece lo que le sucede. Es un hombre honrado y, lo que es más raro todavía, una buena persona. ¡Ah! En cambio su hija acaba de hacer una buena boda. Yo no he podido asistir a ella porque estaba en Holanda, pero Paulina y Jorge volvieron para eso. ¿Se lo había dicho ya? Es hora de que me vaya a dormir... ¡Cómo! ¿Quiere usted pagar? ¡Deje, por Dios! Entre hombres, entre camaradas, se reparte el gasto... ¿No lo consiente usted? Vaya, pues adiós. No olvide usted que Paulina regresa dentro de dos días. Venga a vernos. Y no me llame usted Molinier, llámeme Oscar, sencillamente... Quería decírselo hace mucho tiempo.

»Esta noche una carta de Raquel, la hermana de Laura:

»Tengo cosas graves que comunicarle. ¿Puede usted, sin demasiada molestia, pasarse por el pensionado mañana por la tarde? Me haría usted un gran favor.

»Si fuese para hablarme de Laura no habría esperado tanto. Es la primera vez que Raquel me escribe.»

Librodot

II

DIARIO DE EDUARDO:

EN CASA DE LOS VEDEL

(Continuación)

28 de septiembre.

»He encontrado a Raquel en la puerta del gran salón de estudio que está en el piso bajo del pensionado. Dos criadas limpiaban el suelo. Ella misma llevaba un delantal de sirvienta y tenía un trapo en la mano.

»—Ya sabía yo que podía contar con usted —me ha dicho tendiéndome la mano, con una expresión de tristeza dulce, resignada y, a pesar de todo, sonriente, más conmovedora que la belleza—. Si no tiene usted mucha prisa, lo mejor sería que subiera usted primero a hacer una pequeña visita al abuelo y luego a mamá. Si se enteran de que ha estado usted y no los ha visto, lo sentirán mucho. Pero resérveme usted un rato: tengo que hablarle imprescindiblemente. Venga aquí a buscarme; como usted ve, vigilo el trabajo.

»Por una especie de pudor no dice ella nunca: trabajo. Raquel ha querido borrarse toda su vida, y nada hay tan discreto ni tan modesto como su virtud. La abnegación es en ella tan natural que ninguno de los suyos sabe agradecerle su sacrificio perpetuo. Es la más bella alma de mujer que conozco.

»Subí al segundo, a las habitaciones de los Azaïs. El viejo no se mueve ya de su sillón. Me ha hecho sentarme a su lado y casi en seguida me ha hablado de La Pérouse.

»—Me preocupa saber que está sólo y quisiera persuadirle de que se viniese a vivir aquí. Ya sabe usted que somos viejos amigos. He ido a verle recientemente. Temo que el traslado de su querida esposa a Sainte-Périne, le haya afectado mucho. Su criada me dijo que no comía ya casi. Creo que, por lo general, comemos demasiado; pero en todo hay que observar una medida y pueden cometerse excesos en los dos sentidos. Le parece inútil que se guise para él sólo, pero si estuviese con nosotros, ver comer a los demás le animaría. Estaría aquí al lado de su encantador nieto, que sino no tendrá ocasión de ver; porque hay un viajecito desde la calle Vavin al barrio de Saint-Honoré. Por otro lado, no me gusta mucho dejar salir solo al niño por París. Conozco a Anatolio de La Pérouse desde hace mucho tiempo. Ha sido siempre un hombre raro. Esto no es un reproche; pero tiene un carácter un poco orgulloso y no aceptaría quizá la hospitalidad que le ofrezco sin compensación por su parte. He pensado, pues, que podría proponerle qbe vigilase las salas de estudio, lo cual no le fatigaría nada, y tendría, en cambio, la ventaja de distraerle, de hacerle salir un poco de sí mismo. Es un buen matemático y podría, en caso necesario, dar clases de Geometría o de Álgebra. Ahora que no tiene ya alumnos, sus muebles y su piano no le sirven para nada; debería dejar la casa; y como al venir aquí se ahorraría un alquiler, he pensado que, además, podríamos fijar de mutuo acuerdo un pequeño precio por su pensión, para dejarle más satisfecho y que no se creyese demasiado obligado. Debía usted intentar convencerle lo más pronto posible, porque con ese mal régimen temo que se debilite rápidamente. Además, la apertura de clases será dentro de dos días; sería conveniente saber a qué atenerse y si se puede contar con él... como puede él contar con nosotros.

»Prometí ir a hablar a La Pérouse a la mañana siguiente. Y como si se sintiera descargado de un peso:

»—¡Qué buen muchacho es Bernardo, su joven protegido! Se ha ofrecido a mí muy amablemente para ocuparse de algunas cosas de aquí; quería vigilar el estudio pequeño; pero

Librodot

temo que sea él también demasiado joven y no sepa hacerse respetar. He hablado largamente con él y me parece muy simpático. Con caracteres así se forjan los mejores cristianos. Es muy de lamentar, sin duda, que la dirección de esa alma haya sido falseada por su primera educación. Me ha confesado que no era creyente; pero me lo ha dicho en un tono que me da buenas esperanzas. Le he contestado que esperaba yo encontrar en él todas las cualidades necesarias para formar un buen soldadito de Cristo, y que debía preocuparse en hacer valer los talentos que Dios le había dado. Hemos releído juntos la parábola y creo que la buena semilla no ha caído en un mal terreno. Se ha mostrado conmovido por mis palabras y me ha prometido meditar en ello.

»Bernardo me había hablado ya de esa entrevista con el viejo; sabía yo lo que pensaba de aquello, de modo que la conversación se me hacía bastante penosa. Me levantaba ya para marcharme, pero él, reteniendo la mano que le tendí entre las suyas:

»—¡Ah! ¿No sabe usted? ¡He vuelto a ver a nuestra Laura! Sabía que esta querida niña había pasado un mes entero con usted en la hermosa montaña; parece ser que le ha sentado muy bien. Me alegra mucho saber que está de nuevo con su marido, que debía empezar a sufrir con su larga ausencia. Es una lástima que su trabajo no le haya permitido ir a reunirse con ustedes allí.

»Tiraba yo de mi mano para marcharme, sintiéndome cada vez más violento, pues ignoraba lo que Laura había podido contarle, pero con un gesto brusco y autoritario me atrajo hacia él e inclinándose sobre mi oído:

»—Laura me ha confiado que tenía esperanzas de... pero, ¡chist!... Prefiero que no se sepa todavía. Se lo digo a usted porque sé que está al corriente y porque usted y yo somos discretos. La pobre muchacha estaba toda confusa al hablarme y muy encarnada; ¡es tan reservada! Como se arrodilló ante mí, juntos hemos dado gracias a Dios por haberse dignado bendecir esta unión.

»Creo que hubiera ella hecho mejor en diferir esta confidencia, a la que no la obligaba aún su estado. De haberme consultado la hubiera aconsejado que esperase a ver de nuevo a Douviers antes de decir nada. Azaïs está ofuscado, pero no todos los de su casa son tan ingenuos.

»El viejo ha seguido ejecutando variaciones sobre diversos temas pastorales y luego me ha dicho que a su hija le alegraría volver a verme y he bajado otra vez al piso de los Vedel.

»Releo lo que antecede. Hablando así de Azaïs soy yo el que resulto odioso. Tal me parece a mí; y añado estas líneas dirigidas a Bernardo, para el caso en que su encantadora indiscreción le llevase a meter de nuevo la nariz en este cuaderno. A poco que siga tratando al viejo, comprenderá lo que quiero decir. Quiero mucho al viejo y "además", como él dice, lo respeto; pero en cuanto estoy a su lado, me pongo fuera de mí, lo cual me hace bastante desagradable su compañía.

»Quiero mucho a su hija, la mujer del pastor. La señora Vedel se parece a la Elvira de Lamartine; una Elvira envejecida. Su conversación no carece de encanto. Le ocurre con frecuencia no terminar sus frases, lo cual da a su pensamiento una especie de esfumado poético. Crea el infinito con lo impreciso y lo inacabado. Espera de la vida futura todo lo que le falta en ésta; esto le permite ampliar indefinidamente sus esperanzas. Toma impulso sobre la estrechez de su suelo. El ver muy poco a Vedel, le permite imaginarse que le ama. El buen hombre está continuamente fuera, requerido por mil tareas, sermones, congresos, visitas de pobres y de enfermos. Le saluda a uno sólo de paso, pero, por eso mismo, más cordialmente.

»—Voy tan de prisa que no puedo charlar hoy.

»—¡Bah! Ya nos encontraremos en el cielo —le digo; pero él no tiene tiempo de oírme.

»—No tiene un momento suyo —suspira la señora Vedel—. Si supiese usted todo lo que se echa encima desde que... Como saben que no se niega nunca, todo el mundo le... Cuando vuelve por la noche viene tan cansado a veces que no me atrevo casi a hablarle por miedo a... Se da de tal modo a los demás que no le queda ya nada para los suyos.

»Y mientras me hablaba, me acordaba de ciertos regresos de Vedel, en la época en que vivía yo en el pensionado. Le veía cogerse la cabeza con las manos y clamar por un poco de descanso.

Librodot

Pero ya entonces pensaba yo que aquel descanso lo temía él quizá más que lo deseaba, y que lo más penoso que podía dársele era un poco de tiempo para reflexionar.

»—¿Tomará usted una taza de té? —me preguntó la señora Vedel, mientras una doncellita traía una bandeja con el servicio.

»—Señora, no hay bastante azúcar.

»—Ya le he dicho que es a la señorita Raquel a quien tiene que pedírselo. Vaya pronto... ¿Ha avisado usted a los señores?

»—El señor Bernardo y el señor Boris han salido.

»—Bueno, ¿y el señor Armando?... Dése prisa.

»Y luego, sin esperar a que la criada saliese:

»—Esta pobre muchacha acaba de llegar de Estrasburgo No tiene ninguna... Hay que decirle todo... ¿a qué espera usted?

»La criada se volvió como una víbora a la que hubiesen pisado:

»—Está abajo el señor inspector de estudios, que quería subir. Dice que no se va hasta que le paguen.

»La cara de la señora Vedel expresó una contrariedad trágica.

»—¿Cuántas veces tendré que decirle a usted que no soy yo la que se ocupa de los pagos? Dígale que se dirija a la señorita. ¡Ande!... ¡No puedo estar ni una hora tranquila! No sé realmente en qué está pensando Raquel.

»—¿No la esperamos para tomar el té?

»—No lo toma nunca... ¡Ah, esta apertura nos da tantas preocupaciones! Los inspectores de estudios que acuden piden precios exorbitantes; o si sus precios son aceptables, ellos en cambio no lo son. Papá ha tenido muchos motivos de queja contra el último; se ha mostrado con él demasiado débil; y ahora le amenaza. Ya ha oído usted lo que decía la muchacha. Toda esa gente no piensa más que en el dinero... como si no hubiese otra cosa importante en el mundo... Entretanto no sabemos cómo sustituirle. Próspero cree siempre que no hay más que rezar a Dios para que todo se arregle...

»La criada volvía con el azúcar.

»—¿Ha visto usted al señor Armando?

»—Sí, señora; vendrá en seguida.

»—¿Y Sara? —pregunté.

»—No regresa hasta dentro de dos días. Está en Inglaterra, en casa de unos amigos; en casa de los padres de esa muchacha que ha visto usted aquí. Han sido muy amables y me alegra mucho que Sara pueda... Es como Laura. Le he encontrado mejor cara. Esa estancia en Suiza, después de la temporada en el Mediodía, le ha hecho mucho bien y se ha mostrado usted muy cariñoso, logrando convencerla. Sólo el pobre Armando no ha salido de París en todas las vacaciones.

»—¿Y Raquel?

»—Sí, es verdad, ella tampoco. La han invitado por varios lados, pero prefiere quedarse en París. Además le hacía falta al abuelo. En esta vida no siempre se hace lo que se quiere. Esto mismo tengo que repetírselo, de cuando en cuando, a los niños. Hay que pensar también en los demás. ¿Es que se cree usted que no me hubiera divertido, a mí también, ir a pasearme a Saas-Fée? ¿Y Próspero? ¿Cree usted que cuando viaja es por su gusto? Armando, ya sabes que no quiero que vengas aquí sin cuello —añadió, viendo entrar a su hijo.

»—Mamaíta, me has enseñado religiosamente a no dar importancia al traje —dijo tendiéndome la mano—; y muy oportunamente, porque la planchadora no vuelve hasta el martes y los cuellos que me quedan están rotos.

»Recordé lo que me había dicho Oliverio de su compañero, y me pareció, en efecto, que una expresión de honda preocupación se ocultaba bajo su perversa ironía. El ros tro de Armando se había afinado; su nariz se afilaba, se arqueaba sobre sus labios enflaquecidos y descoloridos. Proseguía:

»—¿Le has comunicado al señor, tu noble visitante, que hemos agregado a nuestra compañía ordinaria y contratado, para la apertura de nuestra temporada de invierno, algunas "estrellas" sensacionales: al hijo de un senador creyente y al joven vizconde de Passavant, hermano de un autor ilustre? Sin contar dos adquisiciones que conoce usted ya, pero que no por eso son menos honrosas: el príncipe Boris y el marqués de Profitendieu: más algunas otras cuyos títulos y virtudes quedan por descubrir.

»—Como usted ve, no cambia —dijo la pobre madre, que sonreía ante aquellas bromas.

»Tenía yo tanto miedo a que empezase a hablar de Laura, que acorté mi visita y bajé lo más de prisa posible a buscar a Raquel.

»Se había levantado las mangas de su blusa para ayudar al arreglo del salón de estudios; pero se las volvió a bajar precipitadamente al verme acercar.

»—Me es penosísimo tener que recurrir a usted —empezó ella arrastrándome a una salita contigua, que sirve para las clases particulares—. Hubiese querido dirigirme a Douviers, que me lo había rogado; pero desde que he visto de nuevo a Laura he comprendido que no podía ya hacerlo...

»Estaba muy pálida y, al pronunciar estas últimas palabras, su barbilla y sus labios se agitaron con un temblor convulsivo que le impidió hablar durante unos instantes. Por temor a cohibirla, desvié de ella mi mirada. Se apoyó contra la puerta que había vuelto a cerrar. Quise cogerle la mano, pero ella la desprendió de las mías. Al fin continuó, con la voz como contraída por un violento esfuerzo:

»—¿Puede usted prestarme diez mil francos? La apertura se anuncia bastante nutrida y espero poder devolvérselos a usted muy pronto.

»—¿Cuándo los necesita usted?

»No respondió ella.

»—Creo llevar aquí un poco más de mil francos —seguí diciendo—. Mañana por la mañana completaré la cantidad... O esta misma noche, si es necesario.

»—No; basta que sea mañana. Pero si puede usted, sin que le cause extorsión, dejarme ahora mil francos...

»Los saqué de mi cartera y se los tendí.

»—¿Quiere usted mil cuatrocientos francos?

»Bajó la cabeza, dijo un "sí" tan débil que apenas le oí, y luego llegó vacilante hasta un banco de colegial, sobre el cual se dejó caer; y con los codos apoyados en el pupitre de delante, permaneció unos instantes con la cara oculta sobre el hombro, alzó la frente y vi que sus ojos estaban secos.

»—Raquel —le dije—, no le violente a usted haberme pedido esto. Me satisface mucho poderla ayudar.

»Me miró ella gravemente:

—Lo que me resulta penoso es tener que rogarle que no hable de esto a mi abuelo, ni a mamá. Desde que me han encargado de las cuentas del pensionado, les dejo creer que... en fin, lo ignoran todo. No les diga usted nada, se lo suplico. Abuelo es muy viejo y mamá se mata trabajando.

»—Raquel, no es ella la que se mata trabajando... sino usted.

»—Ella ha trabajado mucho; hoy está cansada. Ahora me toca a mí. No tengo otra cosa que hacer.

»Decía con toda sencillez estas palabras tan sencillas. No notaba yo en su resignación

Librodot

amargura alguna, sino, al contrario, una especie de serenidad.

»—Pero no crea usted que la cosa va mal —siguió ella diciendo—. Es, simplemente, un momento difícil porque algunos acreedores se muestran impacientes.

»—Hace un rato he oído decir a la criada de un inspector de estudios que reclamaba lo que se le debía.

»—Sí, ha venido a armar un escándalo muy desagradable al abuelo, que no he podido, desgraciadamente, evitar. Es un hombre brutal y vulgar. Tengo que ir a pagarle.

»—¿Quiere usted que vaya yo por usted?

»Titubeó un momento, esforzándose en vano por sonreír.

»—Gracias. Pero no; es preferible que vaya yo... Venga usted conmigo, si quiere. Me da un poco de miedo. Si lo ve a usted, no se atreverá, seguramente, a decir nada.

»El patio del pensionado domina por unos escalones el jardín que lo prolonga y del que está separado por una balaustrada, sobre la cual se apoyaba el maestro, con los codos hacia atrás. Se cubría con un gran fieltro y fumaba en pipa. Mientras Raquel parlamentaba con él, Armando se acercó a mí.

»—Raquel le ha dado a usted un sablazo —dijo cínicamente—. Llega usted que ni de encargo para sacarla de un momento feo. La culpa es, otra vez, de Alejandro, ese cochino hermano mío, que se ha entrampado en las colonias. Ha querido ella ocultárselo a mis padres. Había ya cedido la mitad de su dote para aumentar un poco la de Laura; pero ahora se le ha ido el resto. Apuesto a que no le ha dicho a usted nada de eso. Su modestia me exaspera. Es una de las bromas más siniestras de este asqueroso mundo: cada vez que alguien se sacrifica por los demás, puede uno estar seguro de que vale más que ellos... ¡Lo que ha hecho ella por Laura! ¡Y cómo se lo ha pagado la indigna!...

»—¡Armando! —exclamé, con enojo—. ¡No tiene usted derecho a juzgar a su hermana!

Pero él continuó con una voz entrecortada y silbante:

»—Al contrario; precisamente porque no soy mejor que ella, es por lo que la juzgo. Sé lo que digo. Raquel, por su parte, no nos juzga. Ella no juzga nunca a nadie... Sí, la indigna... Le juro a usted que no he necesitado embajadores para decirle lo que pienso de ella... ¡Y usted, que ha tapado y que ha protegido todo esto! Usted, que sabía... El abuelo está ciego. Mamá procura no comprender nada. En cuanto a papá, apela al Señor: es más cómodo. A cada nueva dificultad, se pone a rezar y deja a Raquel que se las arregle. Lo único que desea es no advertir nada. Corre, se agita, no está casi nunca en casa. Comprendo que se ahogue aquí; yo estallo. Procura aturdirse, ¡caray! Entretanto, mamá hace versos. ¡Oh, no me burlo de ella! Yo también los hago. Pero, al menos, yo sé que soy un indecente y no he intentado nunca pasar por otra cosa. Dígame usted si no es asqueante: el abuelo echándoselas de "caritativo" con La Pérouse porque necesita un inspector de estudios...

»Y de pronto:

»—¿Qué se está atreviendo el cochino ese a decir a mi hermana? Si no la saluda al irse, le rompo la cara de un puñetazo...

»Se lanzó hacia el exigente y creí que iba a pegarle. Pero el otro, al verle acercarse, saludó con un gran sombrerazo declamatorio e irónico y después se adentró bajo la bóveda. En cuyo momento la puerta cochera se abrió para dejar paso al pastor. Venía de levita, sombrero de copa y guantes negros, como quien llega de un bautizo, o de un entierro. El ex inspector y él cambiaron un saludo ceremonioso.

»Raquel y Armando se acercaban. Cuando Vedel les alcanzó cerca de mí:

»—Está todo arreglado —dijo Raquel a su padre.

»Éste la besó en la frente:

—¿Qué te decía yo, hija mía? Dios no abandona nunca a quienes se confían a Él.

»Y luego, tendiéndome la mano:

»—¿Se va usted ya?... Hasta uno de estos días, ¿verdad?

Librodot

III

DIARIO DE EDUARDO:

TERCERA VISITA A LA PÉROUSE

(Continuación)

29 de septiembre.

»Visita a La Pérouse. La criada vacilaba en dejarme entrar. "El señor no quiere ver a nadie." He insistido tanto que me ha pasado al salón. Estaban cerradas las maderas; en la penumbra divisaba yo apenas a mi viejo maestro, hundido en un gran sillón recto. No se ha levantado. Sin mirarme, me ha tendido de lado su mano blanda, que ha vuelto a dejar caer, en cuanto se la he estrechado. Me he sentado junto a él, de modo que no le veía más qus de perfil. Sus rasgos seguían siendo duros y fríos. A veces sus labios se agitaban, pero él no decía nada. Llegué a dudar si me reconocía. El reloj dio las cuatro; entonces, como movido por una rueda de relojería, ha vuelto la cabeza lentamente y con una voz solemne, fuerte pero opaca y como de ultratumba:

»—¿Por qué le han dejado entrar a usted? Había yo encargado a la criada que dijese a todo el que preguntase por mí, que el señor de La Pérouse ha muerto.

»Me afectaron penosamente, no tanto estas palabras absurdas como el tono con que fueron pronunciadas; un tono declamatorio, fingido hasta lo indecible, al cual mi antiguo maestro, tan natural conmigo de costumbre y tan confiado, no me tenía acostumbrado.

»—Esa muchacha no ha querido mentir —le contesté al fin—. No la riña usted por haberme abierto. Me alegra mucho volver a verle.

»Él repitió estúpidamente: "El señor de La Pérouse ha muerto".

»Volvió a encerrarse en su mutismo. Tuve un momento de mal humor y me levanté, dispuesto a marcharme, dejando para otro día el cuidado de buscar la razón de aquella triste comedia Pero en aquel momento volvió a entrar la criada; traía una taza de chocolate humeante:

»—Haga el señor un pequeño esfuerzo. Hoy no ha tomado nada todavía.

La Pérouse tuvo un estremecimiento de impaciencia, como el actor a quien cualquier comparsa torpe cortase un efecto:

»—Más tarde; cuando se haya marchado este señor.

»Pero no bien hubo cerrado la puerta la criada:

»—Amigo mío, sea usted bueno; tráigame un vaso de agua, se lo ruego. Un simple vaso de agua: me muero de sed.

»Encontré en el comedor una jarra y un vaso. Llenó el vaso, lo vació de un golpe y se secó los labios con la manga de su vieja americana de alpaca.

»—¿Tiene usted fiebre? —le pregunté.

»Mi pregunta le recordó inmediatamente el carácter de su personaje:

»—El señor de La Pérouse no tiene fiebre. No tiene ya nada. Desde el miércoles por la noche, el señor de La Pérouse ha cesado de vivir.

»Vacilé pensando si no era lo mejor seguirle el juego:

»—¿No fue, precisamente, el miércoles cuando el pequeño vino a verle a usted?

»Volvió la cabeza hacia mí; una sonrisa, que era como la sombra de la de otros tiempos, iluminó sus rasgos; y accediendo, al fin, a dejar de representar su papel:

»—Amigo mío, a usted puedo decírselo: este miércoles era el último día que me quedaba.

»Y luego prosiguió en voz más baja:

»—El último, precisamente, que me había concedido antes... de acabar.

»Érame muy doloroso ver a La Pérouse reincidir en aquel siniestro propósito. Comprendía yo que no había tomado muy en serio jamás lo que me había dicho él anteriormente, puesto que lo había dejado borrarse de mi memoria; y ahora, me lo reprochaba. Ahora me acordaba de todo, pero me quedé sorprendido; pues él me había hablado primero de un plazo más lejano, y, al hacérselo yo observar, me confesó con un tono de voz que volvía a ser natural e incluso con un poco de ironía, que me había engañado en la fecha, que lo había aplazado un poco por temor a que yo le retuviese, o que precipitase por eso mi vuelta, pero que se había arrodillado varias veces seguidas, suplicando a Dios que le concediese ver a Boris antes de morir.

»—Y hasta había convenido con Él —añadió— que, en caso necesario, aplazaría por unos días mi salida... a causa de la seguridad que usted me dio de traérmelo: ¿no se acuerda usted?

»Había yo cogido su mano; estaba helada y la calentaba entre las mías. Él prosiguió con una voz monótona:

»—Así es que cuando vi que no esperaba usted el final de las vacaciones para regresar y que podría yo volver a ver al pequeño sin diferir por esto mi viaje, he creído que... me ha parecido que Dios tenía en cuenta mi súplica. He creído que Él me aprobaba: sí, he creído esto. No he comprendido inmediatamente que se burlaba de mí, como siempre.

»Separó su mano de las mías y con un tono más animado:

»—Era, pues, el miércoles por la noche, la fecha en que había decidido acabar con esto; y ha sido el miércoles cuando me trajo usted a Boris. No he sentido, tengo que confesarlo, toda la alegría que me había prometido. He reflexionado en esto después. Evidentemente, no estaba yo dispuesto a esperar que a ese pequeño le alegrase verme. Su madre no le hablaba nunca de mí.

»Se detuvo; temblaron sus labios y creí que iba a llorar.

»—Boris no ansia más que quererle a usted, pero déjele usted tiempo para que le conozca —me arriesgué a decir.

»—Después de separarse de mí el pequeño —continuó La Pérouse, sin oírme—, cuando, por la noche, me volví a encontrar solo (porque sabrá usted que mi mujer ya no está aquí), me dije: "¡Vamos! Llegó el momento". Es preciso que sepa usted que mi hermano, el que se murió, me dejó un par de pistolas que tengo siempre cerca de mí, en un estuche, a la cabecera de la cama. Fui, pues, a buscar ese estuche. Me senté en un sillón, como estoy ahora. Cargué una de las pistolas...

»Se volvió hacia mí y bruscamente, repitió, como si dudase yo de su palabra:

»—Sí, la cargué. Puede usted verlo: todavía lo está. Levanté la pistola hasta mi frente. La tuve, largo rato, apoyada en la sien. Y no disparé. No pude... En el último momento, me da vergüenza decirlo... no tuve valor para disparar.

»Se había animado, hablando. La mirada era más viva y la sangre coloreaba sus mejillas. Me miraba moviendo la cabeza.

»—¿Cómo explica usted esto? Una cosa que tenía decidida, en la que, desde hacía meses, no cesaba de pensar... Quizá sea por eso mismo. Quizá había yo agotado, por adelantado, todo mi valor en mero pensamiento...

»—Lo mismo que había usted agotado la alegría de ver de nuevo a Boris, antes de su regreso —le dije; pero él prosiguió:

»—Permanecí largo rato con la pistola apoyada en la sien. Tenía el dedo sobre el gatillo. Apretaba un poco, pero no lo bastante. Me decía: "Dentro de un momento voy a apretar más y saldrá el tiro". Sentía el frío del metal y pensaba: "Dentro de un instante ya no sentiré nada. Pero, primero, oiré un ruido terrible..." ¡Figúrese, tan cerca del oído!... Esto es lo que me contuvo, sobre

Librodot

todo: el miedo al ruido... Es absurdo, porque dado que muere uno... Sí, pero la muerte yo la espero como un sueño; y una detonación no adormece, sino que despierta... Sí, indudablemente, tenía yo miedo a eso. Tenía miedo a despertarme bruscamente, en lugar de dormirme.

»Pareció dominarse, o más bien reconcentrarse y durante unos instantes, sus labios se movieron de nuevo sin proferir una palabra.

»—Todo esto —continuó—, no me lo dije hasta después. La verdad es, que no me he matado, porque no era libre. Y ahora digo: he tenido miedo; pues no, no era esto. Algo completamente ajeno a mi voluntad, más fuerte que mi voluntad, me contenía... Como si Dios no me dejase desaparecer. Imagínese usted una marioneta que quisiese marcharse de escena antes de acabar la obra... ¡Alto ahí! Se le necesita a usted para el final. ¡Áh, creía usted que podía marcharse cuando se le antojase!... He comprendido (que lo que nosotros llamamos nuestra voluntad, son los hilos que mueven a la marioneta y de los que tira Dios. ¿No comprende usted? Voy a explicárselo. Mire: ahora me digo: "Voy a levantar mi brazo derecho"; y lo levanto (y lo levantó, en efecto). Pero es que habían tirado ya del hilo para hacerme pensar y decir: "Quiero levantar mi brazo derecho"... Y la prueba de que no soy libre es que si hubiese yo tenido que levantar el otro brazo, le habría dicho: "Voy a levantar mi brazo izquierdo"... No; veo que no me comprende usted. No tiene usted libertad para comprenderme... ¡Oh! Ahora me doy cuenta de que Dios se divierte. Lo que Él nos hace hacer, se divierte en dejarnos creer que queríamos hacerlo. Ese es su feo juego... ¿Cree used que me vuelvo loco? A propósito: figúrese usted que mi mujer... Ya sabe usted que ha ingresado en una casa-asilo... Bueno, pues imagínese que está persuadida de que es un manicomio y de que la he metido yo allí para desembarazarme de ella, con el propósito de hacerla pasar por loca... Reconocerá usted que es curioso: cualquier transeúnte con quien se cruza uno en la calle, le comprendería a uno mejor que aquella a quien se le ha consagrado la vida... Al principio, iba a verla todos los días. Pero en cuanto me veía, empezaba a decir: "¡Ah! Ya estás aquí. Vienes otra vez a espiarme..." He tenido que renunciar a esas visitas que no hacían más que irritarla. ¿Cómo quiere usted que tenga uno apego a la vida, cuando ya no puede uno hacer bien a nadie?

»Los sollozos sofocaban su voz. Bajó la cabeza y creí que iba a recaer en su postración. Pero con un ímpetu repentino:

»—¿Sabe usted lo que ha hecho ella antes de marcharse? Pues violentar mi cajón y quemar las cartas de mi difunto hermano. Siempre sintió celos de mi hermano; sobre todo desde que murió. Me armaba escándalos cuando me sorprendía, por la noche, releyendo sus cartas. Exclamaba: "¡Ah!, ¿conque esperas a que esté yo acostada? ¡Te escondes de mí!" O si no: "Mejor harías en irte a dormir. Te estás cansando la vista." Parecía llena de solicitud; pero la conozco: eran celos. No ha querido dejarme solo con él.

»—Es porque le quería a usted. No hay celos sin amor.

»—Pero me concederá usted que es una triste cosa eso de que el amor, en vez de hacer la felicidad de la vida, constituya una calamidad... Indudablemente, es así como nos ama Dios.

»Se había animado mucho mientras hablaba, y de pronto:

»—Tengo hambre —dijo—. Cuando quiero comer, esta criada me trae siempre chocolate. Mi mujer ha debido decirle que era lo único que yo tomaba. Le agradecería a usted mucho que fuese a la cocina... la segunda puerta a la derecha, en el pasillo... y que viese si hay allí huevos. Creo que me ha dicho que los había.

»—¿Quiere usted que le haga un huevo al plato?

»—Seguramente me tomaría un par de ellos. ¿Quiere usted tener la bondad? Yo no consigo hacerme entender.

»—Mi querido amigo —le dije cuando volví—, los huevos estarán dentro de un momento. Si usted me lo permite, me quedaré para vérselos tomar; sí, tendré gusto en ello. Me ha entristecido mucho oírle decir, hace poco, que ya no podía usted hacer bien a nadie. Parece usted olvidar a su nieto. Su amigo, el señor Azaïs, le propone que se vaya usted a vivir con él al pensionado. Me ha

Librodot

encargado que se lo dijese. Cree que ahora que ya no está aquí su esposa, no le retiene a usted nada.

»Esperaba yo alguna resistencia, pero apenas si se enteró de las condiciones de la nueva vida que se le ofrecía.

»—Aunque no me he matado, no por eso estoy menos muerto. Me importa lo mismo aquí que allí —decía—. Puede usted llevarme.

»Quedamos en que iría yo a buscarle a los dos días; que, hasta entonces, pondría a su disposición dos baúles para que pudiese meter en ellos las ropas que fuese a necesitar y que quisiera llevarse.

»—Por lo demás —añadí—, como tendrá usted a su disposición ese cuarto hasta que expire el contrato, siempre será tiempo de venir aquí a buscar lo que le falte.

»La criada trajo los huevos, que él devoró. Encargué una cena para él, tranquilizado al ver que volvía a entrar en caja.

»—Le estoy proporcionando muchas molestias —repetía—, es usted bueno.

»Hubiese yo querido que me entregase sus pistolas, que ya no le servían para nada, según le dije; pero no consintió en dejármelas.

»—No tema usted nada ya. Sé que no podré hacer ya nunca más, lo que no he hecho ese día. Pero son el único recuerdo que me queda ahora de mi hermano, y tengo necesidad de que me recuerden igualmente que no soy más que un juguete entre las manos de Dios.

Librodot

IV

LA APERTURA DE CURSO

Hacía mucho calor aquel día. Por las ventanas abiertas del pensionado Vedel veíanse las copas de los árboles del jardín, sobre el cual flotaba todavía una inmensa cantidad de verano disponible.

Aquel día de apertura de clases era motivo de un discurso para el viejo Azaïs. Estaba al borde de la tarima, donde tenía su sillón el profesor, de pie, frente a los alumnos, como es de rigor. El viejo La Pérouse estaba sentado allí. Habíase levantado al entrar los alumnos; pero un gesto amistoso de Azaïs le había invitado a sentarse de nuevo. Su mirada inquieta se había fijado primero en Boris, y aquella mirada cohibía a Boris tanto más cuanto que Azaïs, en su discurso, al presentar a los niños a su nuevo maestro, se había creído en la obligación de hacer una alusión al parentesco de éste con uno de ellos. La Pérouse, entretanto, sentíase apenado de no encontrar la mirada de Boris; indiferencia, frialdad, se decía.

—¡Oh! —pensaba Boris—, ¡que me deje en paz! ¡Que no me haga "notar"! —Sus camaradas le aterraban. Al salir del liceo, había tenido que unirse a ellos y durante el trayecto del liceo a la "jaula" había oído sus conversaciones; hubiese querido ponerse a tono con ellos, en su gran necesidad de simpatía, pero su temperamento demasiado delicado se lo vedaba; las palabras se detenían sobre sus labios; le irritaba su azoramiento, procuraba no dejarlo traslucir y se esforzaba, incluso, en reír, a fin de salvarse de las burlas; pero, por mucho que hiciera, parecía una niña, lo notaba y le desconsolaba.

Se habían formado grupos, casi en seguida. Un tal León Ghéridanisol presidía uno de ellos y se imponía ya. Un poco mayor que los demás y más adelantado, por otra parte, en sus estudios, moreno de piel y de pelo y ojos negros, no era ni muy alto ni especialmente fuerte, pero poseía lo que se llama "frescura". Una frescura endemoniada realmente. Hasta el pequeño Jorge Molinier reconocía que Ghéridanisol le había dejado apabullado; " ¡y para apabullarme a mí hay que ser un tío!" No le había visto, con sus propios ojos, aquella mañana acercarse a una joven que llevaba un niño en brazos y decirle:

—¿Es de usted este niño, señora? (con un gran saludo). No es nada feo su chiquillo. Pero, descuide usted vivirá.

Jorge se retorcía aún.

—Pero, ¿es posible? —decía Felipe Adaman ti, su amigo, a quien Jorge contaba la ocurrencia.

Aquella salida insolente les producía un gran alborozo: no podían imaginar nada más ingenioso. Chiste muy antiguo ya. León lo sabía por su primo Strouvilhou, pero Jorge no tenía por qué conocerlo.

En el pensionado, Molinier y Adamanti consiguieron sentarse en el mismo banco que Ghéridanisol, el banco quinto, para no estar demasiado enfrente del maestro. Molinier tenía a Adamanti a su izquierda; a su derecha a Ghéridanisol, llamado Ghéri; al extremo del banco se sentó Boris. Detrás de él estaba Passavant.

Gontrano de Passavant ha llevado una triste vida desde la muerte de su padre; y la que hacía antes no era muy alegre. Ha comprendido desde hace mucho tiempo que no debía esperar ninguna simpatía de su hermano, ningún apoyo. Ha ido a pasar las vacaciones veraniegas a Bretaña, acompañado por su vieja ama, la fiel Serafina, a casa de la familia de ésta. Todas sus cualidades se han replegado; trabaja. Le espolea el secreto afán de demostrar a su hermano que vale más que él. Espontáneamente, y por su libre elección, ha querido ingresar en el pensionado, y también con el deseo de no vivir en casa de su hermano, en aquel hotel de la calle Babilonia, que no le trae a la memoria más que triséis recuerdos. Serafina, que no quiere abandonarle, ha buscado un alojamiento en París; la pequeña renta que le pasan los dos hijos del difunto conde, por expresa disposición

Librodot

testamentaria, se lo permite. Gontrano tiene allí su cuarto, que ocupa los días de salida; lo ha adornado a gusto suyo. Come dos veces a la semana con Serafina; ésta le atiende y cuida de que no le falte nada. Gontrano charla gustoso junto a ella, aunque no pueda hablar con la vieja de casi nada de lo que le interesa. En el pensionado no se deja abordar por los otros; escucha distraídamente bromear a sus camaradas y se niega con frecuencia a jugar con ellos. También es que prefiere la lectura a los juegos que no son al aire libre. Le gusta el deporte; todos los deportes; pero, con preferencia, los solitarios, porque él es orgulloso y no con todos hace buenas migas. Los domingos, según la época del año que sea, patina, nada, rema o se va a dar largas caminatas por el campo. Siente repugnancias que no intenta vencer; como tampoco intenta ensanchar su espíritu, sino, más bien, fortalecerlo. No es, quizá, tan ingenuo como él se cree, como procura ser: ya lo hemos visto a la cabecera del lecho mortuorio de su padre; pero no le gustan los misterios y en cuanto no se siente parecido a sí mismo se desagrada. Si logra mantenerse a la cabeza de su clase, es por aplicación y no por facilidad. Boris hallaría protección a su lado, con sólo que supiese buscarla; pero es su vecino Jorge quien le atrae. En cuanto a Jorge, sólo presta atención a Ghéri, que no se la presta a nadie.

Jorge tenía importantes noticias que comunicar a Felipe Adamanti; pero juzgaba más prudente no escribírselas.

Llegado a la puerta del liceo, aquella mañana de apertura, un cuarto de hora antes de que empezasen las clases, le había esperado inútilmente. Mientras se paseaba por delante de la puerta había oído a León Ghéridanispl apostrofar tan ingeniosamente a una joven; después de lo cual los dos chicos habían entablado conversación, para acabar de descubrir, con gran alegría de Jorge, que iban a ser compañeros de pensionado.

Al salir del liceo, Jorge y Fifí habían podido emparejarse al fin. Y camino del pensionado Azaïs, con los otros alumnos, pero un poco apartados de ellos, de manera de poder hablar libremente:

—Harías bien en esconder eso —empezó diciendo Jorge, señalando con el dedo la roseta amarilla que Fifí seguía exhibiendo en el ojal.

—¿Por qué? —le preguntó Felipe, que vio que Jorge no ostentaba la suya.

—Corres el riesgo de que te trinquen. Mira, chico, quería decirte eso antes de clase; no tenías más que haber llegado antes. Te he esperado delante de la puerta para advertírtelo.

—Pues yo no lo sabía —dijo Fifí.

—No lo sabía, no lo sabía —continuó Jorge, remedándole—. Debiste pensar que tenía yo probablemente cosas que decirte, desde el momento en que no había podido volver a verte en Houlgate.

La constante preocupación de estos dos niños es apabullarse mutuamente. Fifí debe a la posición y a la fortuna dé su padre ciertas ventajas; pero Jorge le supera con mucho por su audacia y su cinismo. Fifí tiene que forzarse un poco para no quedarse atrás. No es un mal muchacho; pero es blando.

—Bueno, pues desembucha tus cosas —le dijo.

León Ghéridanisol, que se había acercado a ellos, les escuchaba. No le desagradaba a Jorge que le oyese; ya que el otro le había apabullado hacía poco, Jorge tenía en reserva con qué apabullarle a su vez; díjole, pues, a Fifí, en tono muy sencillo:

—La pequeña Praline se ha dejado pillar.

—¡Praline! —exclamó Fifí, a quien aterraba la sangre fría de Jorge.

Y como León pusiese cara de interesarse, Fifí preguntó a Jorge:

—¿Se le puede decir?

—¡Hombre! —afirmó Jorge, alzándose de hombros. Y entonces Fifí dijo a Ghéri, señalando a Jorge:

Librodot

—Es su amiga.

Y luego a Jorge:

—¿Cómo lo sabes?

—Ha sido Germana, a la que me he encontrado, quien me lo ha dicho.

Y contó a Fifí cómo, a su paso por París, hacía doce días, habiendo querido ver otra vez cierto piso que el fiscal Molinier designaba anteriormente como "el teatro de aquellas orgías", se había encontrado la puerta cerrada; que, vagando por el barrio, se había encontrado poco después con Germana, la amiga de Fifí, que le había informado de lo ocurrido: la Policía había estado allí al principio de las vacaciones. Lo que aquellas mujeres y estos muchachos ignoraban es que Profitendieu había tenido buen cuidado de esperar, para ello, una fecha en que los delincuentes menores estuviesen dispersos, deseando no englobarles en la redada y evitar aquel escándalo a sus padres.

—¡Vaya, chico, vaya!... —repetía Fifí sin más comentarios—. ¡Vaya, chico!... —estimando que Jorge y él se habían librado de buena.

—¿Te pone carne de gallina, eh? —decía Jorge con grandes risotadas.

Lo que creía inútil confesar, sobre todo delante de Ghéridanisol, era que él también se había quedado aterrado.

A juzgar por semejante diálogo, pudiera creerse a estos muchachos más depravados aún de lo que son. Estoy seguro de que hablan así, sobre todo, por presumir. Hay una parte de fanfarronería en su caso. A pesar de lo cual Ghéridanisol los escucha; los escucha y los hace hablar. Esta conversación divertirá mucho a su primo Strouvilhou, cuando él se la cuente por la noche.

Aquella misma noche, Bernardo vio a Eduardo.

—¿Ha resultado bien la apertura de clases?

—No ha estado mal.

Y como se callase después:

—Bernardo, si no está usted de humor para hablar de usted mismo, no cuente conmigo para que le apremie. Me horrorizan los interrogatorios. Pero permítame que le recuerde que me ha ofrecido usted sus servicios y que tengo derecho a esperar de usted algunos relatos...

—¿Qué quiere usted saber? —replicó Bernardo con bastante desagrado—. ¿Que el viejo Azaïs ha pronunciado un solemne discurso, en el que proponía a los alumnos "lanzarse con un común impulso y un ardor juvenil..."? He retenido esta frase porque la ha repetido tres veces. Armando afirma que el viejo la coloca en todos sus discursos. Estábamos sentados él y yo, en el último banco, muy al fondo de la clase, contemplando la entrada de los pequeños, como Noé la de los animales en el arca. Los había de íodas las especies; rumiantes, paquidermos, moluscos y otros invertebrados. Cuando, después de la arenga, se pusieron a hablar unos con otros, observamos Armando y yo que de diez frases suyas, cuatro empezaban así: «Te apuesto a que tú no...»

—¿Y las otras seis?

—Así: «Pues yo...»

—No está mal observado eso. ¿Y qué más? —Algunos me parecen tener una personalidad fabricada.

—¿Qué entiende usted por eso? —preguntó Eduardo.

—Pienso especialmente en uno de ellos, sentado junto al pequeño Passavant, quien, por su parte, me parece, sencillamente, un niño juicioso. Su vecino, a quien he observado largamente, parece haber adoptado por norma de su vida el «Ne quid nimis» de los antiguos. ¿No cree usted que a su edad, ese es un lema absurdo? Su ropa está encogida y su corbata en minúscula; hasta los cordones de sus botas terminan siempre justamente en la lazada. Aunque he podido charlar muy

Librodot

poco con él, ha encontrado manera de decirme que veía por todas partes un derroche de fuerza, y de repetirme, como un refrán: «Nada de esfuerzos inútiles».

—¡Vayanse al cuerno los ahorrativos! —dijo Eduardo—. Eso es lo que crea en arte a los prolijos.

—¿Por qué?

—Porque tienen miedo a no perder nada. ¿Qué otra cosa más? No me cuenta usted nada de Armando.

—Ese es un punto curioso. A decir verdad, no me gusta nada. No me agradan los contrahechos. No es tonto, seguramente; pero no emplea su talento más que en destruir; por lo demás, contra él mismo es contra quien se muestra más encarnizado; todo lo bueno que hay en él, todo lo generoso, noble o tierno, le avergüenza. Debía hacer deporte, airearse. Se agria por estarse todo el día encerrado. Parece buscar mi compañía; yo no le huyo, pero no puedo acostumbrarme a su temperamento.

—¿No cree usted que sus sarcasmos y su ironía encubren una sensibilidad excesiva y quizá un gran sufrimiento? Oliverio lo cree.

—Puede ser; ya lo he pensado. No le conozco aún bien. No he madurado mis restantes reflexiones. Necesito meditar sobre ellas. Ya se las diré, pero más tarde. Esta noche dispénseme que le deje. Me examino dentro de dos días; y, además, le confesaré a usted que... me siento triste.

Librodot

V

BERNARDO ENCUENTRA A OLIVERIO A LA SALIDA DE SU EXAMEN

No se debe coger, si no me engaño, más que la flor de cada objeto...
FENELÓN.

Oliverio, de vuelta en París desde el día anterior, se había levantado completamente descansado. El aire era cálido, el cielo puro. Cuando salió, recién afeitado, duchado, elegantemente vestido, consciente de su fuerza, de su juventud, de su belleza, Passavant dormitaba aún.

Oliverio se dirige apresuradamente hacia la Sorbona.

Esta mañana va a hacer su examen escrito Bernardo.

¿Cómo lo sabe Oliverio? Aunque quizá no lo sepa. Va a enterarse en seguida. No ha vuelto a ver a su amigo desde la noche en que Bernardo vino a buscar refugio a su cuarto. ¡Qué cambios desde entonces! ¿Quién podría decir si no tiene más prisa aún por mostrarse a él que por verle? ¡Lástima que Bernardo sea tan poco sensible a la elegancia! Pero es una afición que surge a veces con el bienestar económico. Oliverio lo ha podido comprobar, gracias al conde de Passavant.

Es el examen escrito el que Bernardo va a hacer esta mañana. No saldrá hasta mediodía. Oliverio le espera en el patio. Reconoce a varios compañeros, estrecha unas cuantas manos; después se separa. Se siente un poco cohibido por su indumentaria. Y lo está más aún cuando Bernardo, libre al fin, se adelanta por el patio y exclama tendiéndole la mano:

—¡Qué hermoso!

Oliverio, que creía no ruborizarse ya nunca, se ruboriza. ¿Cómo no ver en estas palabras, a pesar de su tono cordialísimo, cierta ironía? Bernardo lleva el mismo traje que llevaba la noche de su fuga. No esperaba encontrarse a Oliverio. Le arrastra al mismo tiempo que le interroga.

La alegría que experimenta al verle de nuevo es repentina. Si ha sonreído un poco al principio ante el refinamiento de su traje, es sin malicia alguna; tiene buen corazón, carece de hiel.

—¿Almuerzas conmigo, eh? Sí, tengo que volver a la una y media para el latín. Esta mañana era el francés.

—¿Contento?

—Yo, sí. Pero no sé si lo que he puesto les gustará a los del tribunal. Se trataba de dar uno su opinión sobre cuatro versos de La Fontaine:

Mariposa del Parnaso, semejante a las abejas,
que el buen Platón compara con nuestras maravillas,
soy una cosa leve y vuelo libremente,
voy de una flor a otra y de objeto en objeto.

—Dime, ¿qué hubieras hecho con esto?

Oliverio no pudo resistir al afán de lucirse:

—Hubiera dicho que al pintarse a sí mismo, La Fontaine había trazado el retrato del artista, de quien accede a tomar del mundo sólo lo exterior, la superficie, la flor. Luego habría hecho, paralelamente, un retrato del sabio, del investigador, del que profundiza, demostrando, finalmente, que mientras el sabio busca, el artista encuentra; que el que profundiza se hunde y el que se hunde se ciega; que la verdad es la apariencia, que el misterio es la forma y que lo más profundo que posee el hombre es su piel.

Librodot

Oliverio había oído esta última frase a Passavant, quien a su vez la había recogido de labios de Paul-Ambroise, un día en que éste discurseaba en un salón. Para Passavant todo lo que no estaba impreso se lo podía uno apropiar; eran lo que él llamaba «las ideas en el aire», es decir, las de los demás.

Un no sé qué en el tono de Oliverio advirtió a Bernardo que aquella frase no era de su amigo. La voz de Oliverio estaba llena de azoramiento. Bernardo estuvo a punto de preguntarle: «¿De quién es?»; pero, aparte de que no quería molestar a su amigo, temía verse obligado a oír el nombre de Passavant, que el otro se había guardado de pronunciar hasta entonces. Bernardo se contentó con mirar a su amigo con una curiosa insistencia; y Oliverio enrojeció por segunda vez.

La sorpresa que experimentaba Bernardo oyendo al sentimental Oliverio expresar unas ideas perfectamente distintas de las que él le conocía, fue sustituida casi en seguida por una violenta indignación, por algo súbito y sorprendente, irresistible como un ciclón. Y no eran, precisamente, aquellas ideas las que le indignaban, aun pareciéndole absurdas. E incluso no eran quizá tan absurdas. Podía colocarlas frente a las suyas propias, en aquel su cuaderno de las opiniones contradictorias. De haber sido auténticamente las ideas de Oliverio, no se habría indignado ni contra él, ni contra ellas; pero sentía a alguien oculto tras ellas; el que le indignaba era Passavant.

—Con semejantes ideas se envenena a Francia —exclamó con voz sorda, pero vehemente. Se situaba a gran altura con el deseo de volar por encima de Passavant. Y lo que dijo le sorprendió a él mismo, como si su frase hubiese precedido a su pensamiento; y, sin embargo, era aquel pensamiento mismo el que había desarrollado por la mañana en su ejercicio; pero, por una especie de pudor, le repugnaba exhibir en su lenguaje, y especialmente hablando con Oliverio, lo que él llamaba «los grandes sentimientos». En cuanto los expresaba, le parecían menos sinceros. Oliverio no había oído hablar nunca a su amigo de los intereses «de Francia»; se sintió sorprendido a su vez. Abrió mucho los ojos y no pensó siquiera en sonreír. No reconocía a su Bernardo. Repitió estúpidamente:

—¿Francia?...

Y luego, salvando su responsabilidad, porque Bernardo no bromeaba decididamente:

—¡Te advierto, chico, que no soy yo el que piensa así, sino La Fontaine!

Bernardo se volvió casi agresivo:

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Ya sé que no eres tú el que piensa así! Pero no es tampoco La Fontaine. Si no hubiese él tenido en su favor más que esa ligereza, de la que, por otra parte, se arrepiente y se disculpa al final de su vida, no hubiera sido nunca el artista que admiramos. Esto ha sido, precisamente, lo que he dicho en mi disertación de esta mañana, y hecho resaltar con gran esfuerzo de citas, porque ya sabes, que tengo una memoria bastante buena. Pero, apartándome pronto de La Fontaine y utilizando la autorización que algunos espíritus superficiales creen encontrar en sus versos, me he permitido un párrafo contra el ingenio despreocupado, burlón, irónico; lo que se denomina, en fin, «el ingenio francés», que nos crea, a veces, en el extranjero, una fama tan deplorable. He dicho que en eso debía verse, no la sonrisa, sino la mueca de Francia; que el verdadero «esprit» de Francia era un espíritu de examen, de lógica, de amor y de penetración paciente; y que si ese espíritu no hubiese animado a La Fontaine, habría escrito, quizá, sus cuentos, pero nunca sus fábulas, ni esa admirable epístola (he demostrado que la conocía) de donde están entresacados los versos que nos daban para comentar. Sí, chico, un ataque a fondo, que me va a acarrear, quizá, un suspenso. Pero me tiene sin cuidado; tenía necesidad de soltar eso.

A Oliverio no le importaba mucho lo que acababa de expresar hacía un momento. Se había dejado llevar por el afán de lucirse, y de citar, como al desgaire, una frase que creía muy indicada para apabullar a su amigo. Si ahora éste se ponía a tono, no le quedaba más que batirse en retirada. Su gran flaqueza consistía en que a él le era mucho más necesario el afecto de Bernardo, que a éste el suyo. La declaración de Bernardo le humillaba y le mortificaba. Se arrepentía de haber hablado demasiado pronto. Ahora era ya muy tarde para retroceder, para ajustarse a la opinión del otro,

Librodot

como hubiese podido hacer seguramente si hubiera dejado que Bernardo hablase primero. ¿Pero cómo iba él a prever que Bernardo, a quien había dejado tan criticón, iba a erigirse en defensor de sentimientos y de ideas que Passavant le enseñaba a no considerar nunca sin sonreír? No tenía ya, realmente, ganas de sonreír; sentía vergüenza. Y no pudiendo ni retractarse, ni alzarse contra Bernardo, cuya auténtica emoción le imponía, sólo intentaba ya defenderse, hurtar el cuerpo:

—En fin, si has puesto eso en tu ejercicio, no lo decías contra mí... Lo prefiero.

Se expresaba como si estuviese ofendido, y no con el tono que hubiese querido.

—Pues ahora es a ti a quien te lo digo —replicó Bernardo.

Esta frase se clavó muy honda en el corazón de Oliverio. Bernardo no la había dicho, indudablemente, con una intención hostil; pero, ¿cómo tomarla si no? Oliverio enmudeció. Se abría un abismo entre Bernardo y él. Se puso a buscar qué palabras iba a poder colocar, de un borde a otro de aquel abismo para restablecer el contacto. Buscaba sin esperanza. «¿Pero no comprende mí angustia?», pensaba; y su angustia se agravaba. No tuvo, quizá, que contener sus lágrimas, pero se decía que aquello era para llorar. Él también tenía su parte de culpa; aquel encuentro le parecería menos triste si no hubiese esperado de él tanta alegría. Cuando dos meses antes había marchado presuroso al encuentro de Eduardo, le había sucedido lo mismo. Y le sucedería siempre, se decía. Hubiese querido separarse de Bernardo, irse a cualquier parte, olvidar a Passavant y a Eduardo... Un encuentro inopinado, repentino, interrumpió el triste curso de su pensamiento.

Delante de ellos, a unos cuantos pasos, por el bulevar Saint-Michel que remontaban, Oliverio acababa de divisar a Jorge, su hermano pequeño. Cogió a Bernardo del brazo y girando los talones en seguida, le arrastró precipitadamente.

—¿Tú crees que nos habrá visto?... Mi familia no sabe que he vuelto.

El pequeño Jorge no iba solo. León Ghéridanisol y Felipe Adamanti le acompañaban. La conversación de los tres niños era muy animada; pero el interés que le inspiraba a Jorge no le impedía «echar el ojo», como él decía. Para escucharles, dejemos por un momento a Oliverio y a Bernardo; además, nuestros dos amigos, que han entrado en un restaurante, están ocupados para un rato, más ocupados en comer que en hablar, con gran satisfacción de Oliverio.

—Pues entonces, ve, tú —dice Fifí a Jorge.

—¡Ah! ¡Tiene canguelo! ¡Tiene canguelo! —replica éste, poniendo en su voz todo el irónico desprecio que puede, muy indicado para espolear a Felipe. Y Ghéridanisol, en tono superior:

—Ricos, si no queréis, mejor es decirlo de una vez. Me resulta muy fácil encontrar a otros chicos que sean más valientes que vosotros. Anda, devuélveme eso.

Se vuelve hacia Jorge, que tiene una monedita en su mano cerrada.

—¡Ya lo creo que voy! —exclama Jorge, en un brusco impulso—. Venid conmigo. (Están delante de un puesto de tabaco.)

—No —dice León—; te esperamos en la esquina Vente, Fifí.

Jorge sale un momento después de la tienda; lleva en la mano un paquete de cigarrillos de los llamados «de lujo»; y ofrece a sus amigos.

—¿Qué? —pregunta Fifí con ansiedad.

—¿Cómo que qué? —replica Jorge con un aire de fingida indiferencia, como si lo que acababa de hacer se hubiese tornado de pronto tan natural que no valiese la pena de hablar de ello. Pero Felipe insiste:

—¿La has pasado?

—¡Claro!

—¿No te han dicho nada?

Jorge se encoge de hombros:

Librodot

—¿Qué querías que me dijesen?

—¿Y te han dado el cambio?

Ahora Jorge no se digna siquiera contestar. Pero como el otro, un poco escéptico todavía y con cierto miedo, insiste: «Déjamelo ver», Jorge saca el dinero del bolsillo. Felipe cuenta: allí están los siete francos. Le dan ganas de preguntar: —¿Estás seguro de que éstos son buenos? Pero se contiene.

A Jorge le había costado un franco la moneda falsa. Había convenido en que se repartirían la vuelta. Entrega tres francos a Ghéridanisol. En cuanto a Fifí, se quedará sin un céntimo; todo lo más le dará un cigarrillo; eso le servirá de lección.

Alentado por este primer éxito. Fifí ahora quisiera probar. Pide a León que le venda una segunda moneda. Pero León encuentra a Fifí indeciso y para animarle finge cierto desprecio por su anterior cobardía y hace como que se mete con él. «No tenía más que haberse decidido antes; jugarían sin él». Por otra parte, León juzga imprudente realizar una nueva experiencia, tan seguida a la otra. Y además, ahora, es demasiado tarde. Su primo Strouvilhou le espera para almorzar.

Ghéridanisol no es tan cernícalo que no sepa pasar él solo sus monedas; pero, siguiendo las instrucciones de su primo mayor, procura buscarse cómplices. Dará cuenta de su misión bien desempeñada.

—Los chicos de buena familia, ¿comprendes?, son los que nos hacen falta, porque después, si el asunto se descubre, los padres procuran echar tierra sobre él. (Es el primo Strouvilhou, su corresponsal interino, el que le habla así, mientras almuerzan.) Sólo que con ese sistema de vender las monedas una por una, van saliendo con demasiada lentitud. Tengo cincuenta y dos cajas de veinte monedas cada una por colocar. Hay que venderlas a veinte francos cada una; pero no a todo el mundo, ¿comprendes? Lo mejor sería formar una asociación, en la que no se pueda ingresar sin aportar prenda. Es necesario que los chicos se comprometan y entreguen algo que nos sirva para tener cogidos a los padres. Antes de soltar las monedas, procurarás hacerles comprender eso, pero ¡claro es! sin asustarles. No hay que asustar nunca a los niños. ¿Me has dicho que el padre de Molinier era magistrado? Está bien. ¿Y el padre de Adamanti?

—Senador.

—Mejor todavía. Eres ya lo bastante mayorcito para comprender que no hay familia que no tenga algún secreto, cuyo descubrimiento hace temblar a los interesados. Hay que lanzar a los chicos de ojeadores: eso les entretendrá. ¡Se aburre uno tanto, por regla general, en familia! Y, además, eso puede enseñarles a observar, a buscar. Es muy sencillo: el que no traiga nada, no tendrá nada. Cuando comprendan que les han atrapado, algunos padres pagarán caro el silencio. No pensamos, ¡claro es!, hacerles víctimas de un chantaje; somos personas decentes. Lo que se quiere es tenerlos cogidos. Su silencio por el nuestro. Que se callen y que hagan callar a la gente; entonces callaremos nosotros también. Bebamos a su salud.

Strouvilhou llenó los vasos. Brindaron.

—Es conveniente —continuó—; es, incluso, indispensable crear relaciones recíprocas entre los ciudadanos; así es como se forman las sociedades sólidas. ¡Le tienen a uno cogido, caray! Nosotros tenemos cogidos a los pequeños, que tienen cogidos a sus padres, que nos tienen cogidos a nosotros. Es perfecto. ¿Entiendes?

León entendía a las mil maravillas. Se reía.

—El pequeño Jorge... —empezó.

—¿Qué le pasa al pequeño Jorge?...

—Molinier; creo que está a punto. Ha pescado unas cartas a su padre, de una señorita del «Olimpia».

—¿Las has visto tú?

Librodot

—Me las ha enseñado. Le estaba oyendo hablar con Adamanti. Creo que les gustaba que yo les oyese; en todo caso, no se escondían de mí; había yo tomado mis medidas para eso y les había largado un regalito de los de tu estilo, para darles confianza. Jorge decía a Fifí (cuestión de apabullarle): «Mi padre tiene una querida». A lo cual, replicaba Fifí, para no quedarse atrás: «Pues mi padre tiene dos». Era estúpido y no había por qué sorprenderse; pero me acerqué y dije a Jorge: «¿Y tú qué sabes?» «He visto unas cartas», me contestó. Fingí dudarlo y le dije; «Eso es una broma...» Por último, le apremié y acabó por contarme que tenía en su bolsillo aquellas cartas; las sacó de una cartera abultada y me las enseñó. —¿Las has leído?

—No tuve tiempo. Vi solamente que eran de la misma letra; una de ellas empezaba: «Mi gatito querido».

—¿Estaban firmadas?

—Así: «Tu ratita blanca». Le pregunté a Jorge: «¿Cómo las has cogido?» Entonces sacó, bromeando, del pantalón un enorme manojo de llaves y me dijo: «Aquí tengo para todos los cajones».

—¿Y qué decía el amigo Fifí?

—Nada. Me parece que sentía envidia.

—¿Y te daría Jorge esas cartas?

—Si es preciso, sabré obligarle. No quisiera quitárselas. Las dará si Fifí pica también. Los dos se empujan mutuamente.

—Eso se llama emulación. ¿Y no ves otros posibles en el pensionado?

—Ya buscaré.

—Quisiera decirte también... Debe haber entre los pensionistas un chico llamado Boris. A ése, déjale... (hizo una pausa y luego añadió más bajo) ...por ahora.

Oliverio y Bernardo están ahora sentados en un restaurante del bulevar. La angustia de Oliverio, ante la cálida sonrisa de su amigo, desaparecía como la escarcha al sol. Bernardo procura no pronunciar el nombre de Passavant; Oliverio lo nota; un secreto instinto se lo advierte; pero él tiene aquel nombre en los labios; es preciso que hable, pase lo que pase.

—Sí, hemos vuelto antes de lo que he dicho a mi familia. Esta noche celebran un banquete *Los Argonautas*. Passavant tiene interés en asistir a él. Quiere que nuestra nueva revista viva en buenas relaciones con su hermana mayor y que no se erija en rival suya... Debías venir tú; y... debías traer a Eduardo, ¿sabes?... Quizá al banquete, no, porque hay que ser invitado, sino de sobremesa. Estaremos en un salón del primer piso, en la «Taberna» del Panteón. Allí estarán los principales redactores de *Los Argonautas*, y varios de los que van a colaborar en *Vanguardia*. Nuestro primer número está casi hecho; pero, dime... ¿por qué no me has enviado nada?

—Porque no tenía nada preparado —responde Bernardo, un poco secamente.

La voz de Oliverio se hace casi suplicante:

—He puesto tu nombre al lado del mío en el sumario... Esperarían un poco si fuese necesario... No importa qué; cualquier cosa... Nos habías casi prometido...

Le cuesta trabajo a Bernardo disgustar a Oliverio; pero se domina:

—Mira, chico, es preferible que te lo diga de una vez: temo no entenderme bien con Passavant.

—¡Pero si soy yo el director! Me deja en absoluta libertad.

—Y, además, lo que me desagrada, precisamente, es enviarte cualquier cosa. No quiero escribir «cualquier cosa».

—Te he dicho «cualquier cosa» porque sé, precisamente, que cualquier cosa tuya estará siempre bien... que, precisamente, no será nunca «cualquier cosa».

Librodot

No sabe qué decir. Se embrolla. Al no sentir ya a su amigo unido a él, aquella revista deja de interesarle. ¡Era tan hermoso aquel sueño de debutar juntos!

—Y además, chico, aunque empiezo a saber muy bien ¡o que no quiero hacer, no sé bien todavía lo que haré. No sé siquiera si escribiré.

Esta declaración deja consternado a Oliverio. Pero Bernardo prosigue:

—Nada de lo que escribiría fácilmente me tienta. Precisamente, porque hago bien mis frases, me horrorizan las frases bien hechas. No es que ame yo la dificultad por ella misma; pero encuentro que, realmente, los escritores de hoy no se molestan lo más mínimo. No conozco lo suficiente la vida de los demás para escribir una novela; y yo mismo no he vivido aún. Los versos me aburren. El alejandrino está usado hasta más no poder; el verso libre es informe. El único poeta que me satisface hoy es Rimbaud.

—Eso es, precisamente, lo que digo en el manifiesto.

—Entonces, no vale la pena que lo repita yo. No, chico, no; no sé si escribiré. A veces me parece que escribir impide vivir, y que puede uno expresarse mejor con actos que con palabras.

—Las obras de arte son actos que perduran —arriesgó tímidamente Oliverio; pero Bernardo no le escuchaba.

—Eso es lo que más admiro en Rimbaud: haber preferido la vida.

—Estropeó la suya.

—¿Tú que sabes?

—¡Oh!, chico, eso...

—No se puede juzgar la vida de los demás por lo externo. Pero, en fin, pongamos que Jiaya fracasado; sufrió la mala suerte, la miseria y la enfermedad... Tal como es su vida, la envidio; sí, la envidio más, incluso, con su fin sórdido, que la de...

Bernardo no acabó la frase; a punto de nombrar a un contemporáneo ilustre, dudaba entre demasiados nombres. Se alzó de hombros y continuó:

—Siento en mí, confusamente, unas aspiraciones extraordinarias, una especie de olas de fondo, movimientos, agitaciones incomprensibles y que no quiero intentar comprender, que ni siquiera quiero observar, por temor a impedir que se produzcan. No hace aún mucho tiempo, me analizaba sin cesar. Tenía la costumbre de hablarme constantemente a mí mismo. Ahora, aunque quisiera, ya no podría. Esta manía ha terminado bruscamente, sin que me haya dado cuenta siquiera. Creo que este monólogo, este «diálogo interior», como decía nuestro profesor, entrañaba una especie de desdoblamiento, del que he cesado de ser capaz desde el día en que he empezado a amar a alguien que no soy yo, más que a mí mismo.

—Quieres hablar de Laura —dijo Oliverio—. ¿La sigues amando tanto?

—No —dijo Bernardo—; sino siempre más. Creo que lo peculiar del amor es no poder seguir siendo el mismo; es verse obligado a crecer, so pena de disminuir; es lo que le diferencia de la amistad.

—También ella, sin embargo, puede disminuir —dijo Oliverio, tristemente.

—Yo creo que la amistad no tiene tan grandes márgenes.

—Dime... ¿no te enfadarás si te pregunto una cosa?

—Ya lo verás.

—Es que no quisiera enfadarte.

—Si te guardas tus preguntas para ti, me enfadaré más.

—Quisiera saber si te inspira Laura... deseo.

Bernardo se puso muy serio de repente.

—Por ser tú... —empezó—. Pues bien, chico, me ocurre esto de raro, y es que, desde que la

Librodot

conozco, no siento ya deseos en absoluto. Yo, que en otros tiempos, como recordarás, me apasionaba a la vez por veinte mujeres que veía en la calle (y era esto, precisamente, lo que me contenía de escoger a ninguna), paréceme que ahora no puedo ser ya sensible, nunca más, a otra forma de belleza que no sea la suya; que no podré ya nunca amar otra frente que la suya, otros labios que sus labios, otra mirada que la de ella. Pero lo que siento por ella es veneración, y, junto a ella, todo pensamiento carnal me parece impío. Creo que me equivocaba sobre mí mismo y que mi temperamento es muy casto. Gracias a Laura, se han purificado mis instintos. Siento en mí grandes fuerzas sin emplear. Quisiera utilizarlas. Envidio al cartujo que doblega su orgullo con la regla; a aquel a quien se dice: «Cuento contigo». Envidio al soldado. O, mejor dicho, no; no envidio a nadie; pero mi turbulencia interior me oprime y aspiro a disciplinarla. Es como si tuviera vapor en mí; puede escaparse silbando (esto es la poesía), accionar pistones, ruedas; o, incluso, hacer que estalle la máquina. ¿Sabes tú el acto con el que me parece a veces que me expresaría mejor? Pues con... ¡Oh! Sé muy bien que no me mataré; pero comprendo perfectamente a Dmitri Karamazov, cuando pregunta a su hermano si comprende que pueda uno matarse por entusiasmo, por simple exceso de vida... por estallido.

Una extraordinaria radiación emanaba de todo su ser. ¡Qué bien se expresaba! Oliverio le contemplaba con una especie de éxtasis.

—También yo —murmuró tímidamente— comprendo que se mate uno; pero después de haber experimentado un goce tan fuerte que toda la vida que le siga palidezca; un goce tal que se pueda pensar: con esto basta, estoy contento, nunca más yo...

Pero Bernardo no le escuchaba. En vista de lo cual enmudeció. ¿Para qué hablar en el vacío? Todo su cielo se ensombreció de nuevo. Bernardo sacó el reloj:

—Es hora de marcharme. Entonces, dime, esta noche... ¿a qué hora?

—¡Oh! Creo que a las diez será lo suficiente. ¿Vendrás?

—Sí, intentaré arrastrar a Eduardo. Pero ya sabes que no quiere mucho a Passavant; y las reuniones de literatos le-molestan. Iría únicamente por volver a verte. Dime, ¿no nos encontraremos después de mi latín?

Oliverio no respondió en seguida. Pensaba con desesperación que había prometido a Passavant ir a buscarle a casa del futuro impresor de *Vanguardia*, a las cuatro. ¡Qué no hubiera dado por estar libre!

—Yo bien quisiera, pero estoy ya comprometido.

No dejó traslucir nada de angustia; y Bernardo respondió:

—¡Qué se le va a hacer!

Dicho lo cual los dos amigos se separaron.

Oliverio no había dicho a Bernardo nada de todo lo que se había prometido decirle. Temía haberle desagradado. Se desagradaba a sí mismo. Tan jacarandoso aquella mañana, caminaba ahora con la cabeza baja. La amistad de Passavant, de la que se enorgullecía al principio, le molestaba; porque sentía pesar sobre ella la reprobación de Bernardo. Aquella noche, en el banquete, si llegaba a ir su amigo, no podría hablarle, bajo las miradas de todos. No podía ser divertido aquel banquete, más que habiéndose compenetrado de nuevo mutuamente los dos. ¡Qué mala idea había tenido, inspirada por la vanidad, de atraer allí también a su tío Eduardo! Al lado de Passavant, rodeado de individuos mayores que él, de compañeros, de futuros colaboradores de *Vanguardia*, tendría que lucirse; Eduardo iba a volver a juzgarle mal; a juzgarle mal, sin duda, para siempre... ¡Si pudiese, al menos, verle antes del banquete! Verle inmediatamente; se arrojaría a su cuello; lloraría, quizás; se confesaría a él... De allí a las cuatro tenía tiempo. Pronto, un auto.

Da las señas al chófer. Llega hasta la puerta, con el corazón palpitante; llama... Eduardo ha salido.

Librodot

¡Pobre Oliverio! En vez de esconderse de sus padres, ¿por qué no ha vuelto a su casa, simplemente? Hubiera encontrado allí a su tío, acompañando a su madre.

Librodot

VI

DIARIO DE EDUARDO:

LA SEÑORA MOLINIER

»Los novelistas nos engañan cuando explican al individuo sin tener en cuenta las compresiones de su alrededor. El bosque moldea al árbol. ¡Se le deja tan poco sitio a cada cual! ¡Cuántos brotes atrofiados! Cada cual lanza su ramaje por donde puede. La rama mística se debe, la mayoría de las veces, al apiñamiento. No se puede escapar más que hacia arriba. No comprendo cómo se las arregla Paulina para no echar la rama mística, ni qué más compresiones espera. Me ha hablado con una intimidad que no había tenido conmigo hasta hoy. No sospechaba yo, lo confieso, todo lo que ella ocultaba de sinsabores y de resignación, bajo las apariencias de la felicidad. Pero reconozco que necesitaría tener un alma muy vulgar para no haberse sentido desilusionada por Molinier. En mi conversación con él, de anteayer, había yo podido medir sus límites. ¿Cómo ha podido Paulina casarse con él?... ¡Ay! La más lamentable de las faltas, la de carácter, está oculta y no se revela más que con el uso.

»Paulina pone todo su cuidado en encubrir las insuficiencias y las flaquezas de Osear, en ocultarlas a los ojos de todos; y, sobre todo, a los ojos de sus hijos. Se las ingenia para permitir a éstos que estimen a su padre; y, realmente, tiene con ello trabajo; pero se las arregla de tal manera, que yo mismo estaba engañado. Habla de su marido sin desprecio, pero con una especie de indulgencia muy elocuente. Deplora que no haya tenido más autoridad sobre los hijos; y como le expresase yo mi disgusto de ver a Oliverio con Passavant, comprendí que, si hubiese dependido de ella, no se hubiera realizado el viaje a Córcega.

»—No aprobaba yo ese viaje —me dijo—, y, a decir verdad, no me agrada ese señor Passavant. Pero, ¿qué quieres? Lo que veo que no puedo impedir, prefiero concederlo de buen grado. Oscar cede siempre; cede, incluso, ante mí. Pero cuando creo que debo oponerme a algún proyecto de los chicos, resistirme y ponerme frente a ellos, no encuentro en él el menor apoyo. El mismo Vicente ha tenido que intervenir. Por lo tanto, ¿qué resistencia podía yo oponer a Oliverio sin correr el riesgo de perder su confianza, que es la que me interesa sobre todo?

»Zurcía ella calcetines viejos; calcetines, pensaba yo, de los que rechazaba ya Oliverio. Se interrumpió para enhebrar la aguja y luego prosiguió en un tono más bajo, como más confiado y más triste:

»—Su confianza... ¡Si al menos estuviese yo segura de tenerla aún! Pero no: la he perdido...

»La protesta que esbocé, sin convencimiento, la hizo sonreír. Dejó su labor y continuó:

»—Mira: sé que está en París. Jorge se le ha encontrado esta mañana; lo ha dicho incidentalmente y he fingido no oírlo, porque no me gusta que acuse a su hermano. Pero, en fin, lo sé. Oliverio se esconde de mí. Cuando le vuelva a ver, se creerá obligado a mentirme, y fingiré creerle, como finjo creer a su padre, cada vez que se esconde de mí.

»—Lo hará por miedo a entristecerte.

»—Así me entristece más. No soy intolerante. Hay muchas faltas que tolero, ante las cuales cierro los ojos.

»—¿De quién hablas ahora?

»—¡Oh! Del padre lo mismo que de los hijos.

»—Fingiendo no verlas, les mientes tú también.

»—¿Y qué quieres que haga? Ya es bastante que no me queje; ¡no puedo, sin embargo, aprobar! No, mira, yo me digo que, tarde o temprano, pierde uno influencia y que el cariño más tierno no sirve de nada. ¿Qué digo? Estorba; importuna. Llego, incluso, a ocultar ese cariño.

»—Ahora hablas de tus hijos.

»—¿Por qué dices eso? ¿Pretendes, acaso, que no sé ya querer a Osear? A veces lo pienso; pero pienso también que es por temor a sufrir demasiado por lo que no le quiero más. Sí..., quizá tengas razón: tratándose de Oliverio, prefiero sufrir.

»—¿Y Vicente?

»—Hace unos años, hubiese dicho de él todo lo que te digo de Oliverio.

»—¡Pobrecilla!... Pronto lo dirás de Jorge.

»—Pero, poco a poco, se resigna una. No se pedía, sin embargo, mucho a la vida. Aprende una a pedirle menos aún... cada vez menos.

»Y luego añadió con dulzura:

»—Y a una misma cada vez más.

»—Con esas ideas es uno ya casi cristiano — le dije sonriendo, a mi vez.

»—Eso me digo a veces. Pero no basta con tenerlas para ser cristiano.

»—Como no basta ser cristiano para tenerlas.

»—He pensado con frecuencia, permíteme que te lo diga, que, a falta de su padre, podrías tú hablar a los chicos.

»—Vicente está lejos.

»—Es demasiado tarde para él. Es en Oliverio en quien pienso. Contigo hubiera yo querido que se hubiese marchado.

»Ante estas palabras, que me dejaban imaginar bruscamente lo que hubiera podido ser si no hubiese yo acogido imprudentemente la aventura, una emoción atroz me sobrecogió y al principio no se me ocurrió nada que contestar; luego, al sentir que se me arrasaban los ojos de lágrimas, y deseando dar a mi turbación la sombra de un motivo:

»—Mucho me temo que para él también sea ya demasiado tarde —suspiré.

»Paulina me cogió la mano.

»—¡Qué bueno eres! —exclamó.

»Embarazado al ver que se equivocaba de aquel modo, y no pudiendo desengañarla, quise al menos desviar la conversación de un tema que me desasosegaba demasiado.

»—¿Y Jorge? —pregunté.

»—Me da más preocupaciones que me han dado los otros dos —contestó ella—. Con él no puedo decir que pierdo influencia, porque ése no ha sido nunca confiado ni sumiso.

»Vaciló unos instantes. Seguramente lo que sigue le costaba mucho trabajo decirlo.

»—Ha ocurrido este verano un hecho grave —continuó ella, al fin—; un hecho que me cuesta mucho trabajo contarte, y respecto al cual he conservado, además, ciertas dudas... Desapareció un billete de cien francos del armario donde tenía yo la costumbre de guardar mi dinero. El temor a sospechar equivocadamente me retuvo de acusar a nadie; la criada que nos servía en el hotel es una muchacha muy joven que me parecía honrada. Dije delante de Jorge que había perdido ese dinero; esto es como confesarte que mis sospechas recaían sobre él. No se turbó, ni se puso colorado... Me avergoncé de mis sospechas; quise convencerme de que me había equivocado; volví a hacer mis cuentas. ¡Ay! No había medio de dudarlo: faltaban cien francos. Dudé en interrogarle y, por último, no lo hice. El temor a ver que añadía una mentira a un robo, me contuvo. ¿Hice mal?... Sí, ahora me reprocho no haber sido más decidida; quizá también me atemorizó el tener que mostrarme demasiado severa; o el no saberlo ser lo suficiente. Una vez más me hice la ignorante, pero con el corazón muy dolorido, te lo aseguro. Dejé pasar el tiempo y me dije que era ya demasiado tarde y que el castigo estaría ya demasiado distante de la culpa. ¿Cómo castigarle, además? No he hecho nada; me lo reprocho... pero, ¿qué podría yo hacer?

Librodot

»Tenía pensado mandarle a Inglaterra; quería, incluso, pedirte consejo respecto a esto, pero no sabía dónde estabas... Por lo menos no le he ocultado mi pena y mi inquietud y creo que le habrán afectado, porque, como sabes, él tiene buen corazón. Confío más en los reproches que haya podido él hacerse a sí mismo, si es que realmente ha sido él, que en los que hubiese yo podido hacerle. No volverá a hacerlo, estoy segura de ello. Estaba allí con un condiscípulo muy rico que le empujaba, indudablemente, a gastar. Habré dejado, seguramente, el armario abierto... Y te repito, una vez más, que no estoy segura de que sea él. Por el hotel circulaba mucha gente de paso.

»Admiraba yo la ingenuidad con que ella ponía por delante lo que podía disculpar a su hijo.

»—Me habría gustado que hubiese él dejado el dinero donde lo encontró —le dije.

»—Y yo también. Y como no lo hacía, he querido ver en eso una prueba de su inocencia. He pensado, asimismo, que no se atrevía.

»—¿Se lo has dicho a su padre?

»Titubeó ella un momento.

»—No —dijo al fin—. Prefiero que no sepa nada.

»Creyó ella oír, sin duda, un ruido en la habitación contigua; fue a cerciorarse de que no había nadie, y sentándose de nuevo a mi lado:

»—Oscar me ha dicho que habíais almorzado juntos el otro día. Me ha hecho de ti tales elogios que me he figurado que habrás tenido, sobre todo, que escucharle hablar. (Y sonrió tristemente al decir estas palabras.) Si te ha hecho alguna confidencia, quiero respetarla... aunque sepa yo de su vida privada mucho más de lo que él se figura... Pero no comprendo lo que le pasa desde mi regreso. Se muestra tan cariñoso, iba a decir tan humilde... que me deja casi cohibida. Diríase que me tiene miedo. Hace mal. Desde hace mucho tiempo estoy al corriente de las «relaciones» que mantiene... sé, incluso, con quién. Cree que yo las ignoro y toma unas precauciones enormes para ocultármelas; pero estas precauciones son tan visibles que cuanto más se esconde, más se descubre. Cada vez que va a salir y finge un aire atareado, contrariado, preocupado, sé que corre a su diversión. Siento deseos de decirle: "Pero, querido, no te contengas; ¿tienes miedo de mis celos?" Me echaría a reír si tuviera alma para ello. Mi único temor es que los chicos noten algo; ¡es tan distraído y tan torpe! A veces, sin que él se dé cuenta, me veo obligada a ayudarle, como si me prestase a su juego. Acaba por divertirme casi, te lo aseguro; invento disculpas para él; vuelvo a meter en el bolsillo de su sobretodo cartas que deja caer.

»—Él teme, precisamente —le dije—, que hayas sorprendido alguna carta.

»—¿Te lo ha dicho?

»—Es lo que le hace estar tan receloso.

»—¿Crees que se me ha ocurrido leerlas?

»Una especie de orgullo herido la htáo erguirse. Tuve que añadir:

»—No se trata de las que él haya podido perder inadvertidamente, sino de cartas que él había? guardado en un cajón y que dice que no ha vuelto a encontrar. Cree que las has cogido tú.

»Ante estas palabras vi palidecer a Paulina, y la atroz sospecha que cruzó por su mente se apoderó súbitamente de mí. Sentí haber hablado, pero era ya demasiado tarde. Apartó de mí su mirada y murmuró:

»—¡Ojalá fuera yo!

»Parecía aniquilada.

»—¿Qué hacer? —repetía—; ¿qué hacer?

»Y luego, levantando de nuevo sus ojos hacia mí:

»—¿No podrías tú hablarle?

»Aunque procurase ella, como yo, no pronunciar el nombre de Jorge, era, evidentemente, en él en quien pensaba.

»—Lo intentaré. Pensaré en ello —le dije, levantándome.

»Y mientras me acompañaba a la puerta:

»—No le digas nada a Osear, te lo ruego. Que siga sospechando de mí; que siga creyendo lo que cree... Es preferible. Vuelve pronto a verme.

Librodot

VII

OLIVERIO VA A VER A ARMANDO VEDEL

Entretanto, Oliverio, desolado de no haber encontrado a su tío Eduardo y no pudiendo soportar su soledad, pensó en dirigir hacia Armando su corazón, sediento de amistad. Se encaminó al pensionado Vedel.

Armando le recibió en su cuarto, al que se llegaba por una escalera de servicio. Era un cuartito estrecho, cuya ventana daba a un patio interior al que daban igualmente los retretes y las cocinas de la casa vecina. Un reflector de cinc alabeado recogía la luz de arriba y la volcaba toda lívida. La habitación estaba mal aireada; flotaba en ella un olor desagradable.

—Pero se acostumbra uno a ello —decía Armando—. Como comprenderás, mis padres reservan las mejores habitaciones para los pensionistas de pago. Es natural. He cedido la que ocupaba yo el año pasado a un vizconde: el hermano de tu ilustre amigo Passavant. Es principesca; pero está bajo la vigilancia de la de Raquel. Hay una porción de cuartos aquí; pero no todos son independieníes. Así, la pobre Sara que ha vuelto de Inglaterra esta mañana, para llegar hasta su nueva cueva, no tiene más remedio que pasar por el cuarto de mis padres (cosa que no está bien) o por el mío, que al principio no era realmente más que un cuarto de aseo o de desahogo. Aquí, al menos, tengo la ventaja de poder entrar y salir cuando quiero, sin que nadie me espíe. He preferido esto a las buhardillas, donde está alojada la servidumbre. A decir verdad, me gusta bastante estar mal instalado; mi padre le llamaría a esto la afición a la maceración y te explicaría que lo que es perjudicial para el cuerpo prepara la salvación del alma. Por otra parte, no ha entrado nunca aquí. Comprenderás que le preocupan otras cosas que la vivienda de su hijo. Papá es despampanante. Se sabe de memoria un montón de frases consoladoras para los principales sucesos de la vida. Resultan hermosas de oír. Es una lástima que no tenga nunca tiempo de hablar... ¿Estás contemplando mi galería de cuadros? Por la mañana se pueden saborear mejor. Es un grabado en color, de un discípulo de Paolo Uccello, para uso de veterinarios. En un admirable esfuerzo sintético, el artista ha concentrado en un solo caballo todos los males, por medio de los cuales la providencia depura el alma equina; notarás la espiritualidad de la mirada... Ese es un cuadro simbólico de las edades de la vida, desde la cuna hasta la tumba. Como dibujo no está muy allá; vale sobre todo por la intención. Más lejos, podrás admirar la fotografía de una cortesana del Tiziano, que he puesto a la cabecera de mi cama, para que me inspire ideas lúbricas. Esa puerta es la del cuarto de Sara.

El aspecto casi sórdido de aquel lugar impresionaba dolorosamente a Oliverio; la cama no estaba hecha y sobre la mesa del lavabo, la jofaina estaba sin vaciar.

—Sí, me hago yo mismo el cuarto —dijo Armando, en respuesta a su inquieta mirada—. Aquí está mi mesa de trabajo. No tienes idea de lo que me inspira la atmósfera de este cuarto.

La atmósfera de un amado retiro...

Es, incluso, a ella a la que debo la idea de mi último poema: *El vaso nocturno*.

Oliverio había ido a buscar a Armando con intención de hablarle de su revista y de conseguir su colaboración; ya no se atrevía. Pero Armando venía a parar a ello por su propia voluntad.

—*El vaso nocturno*, ¿eh? ¡Qué bello título!... Con este epígrafe de Baudelaire:

¿Eres un vaso fúnebre en espera de lágrimas?

Vuelvo a emplear la antigua comparación (siempre joven) del alfarero creador, que moldea a cada ser humano como un vaso destinado a contener no se sabe qué. Y me comparo yo mismo, en

Librodot

un arrebato lírico, con el referido vaso; idea que, como te decía, se me ha ocurrido espontáneamente respirando el olor de este cuarto. Estoy satisfecho, en especial, del comienzo del poema:

Quien llega a los cuarenta sin tener hemorroides...

Había puesto al principio, para no asustar al lector: «Quien llega a los cincuenta...», pero esto hacía que se me escapase la aliteración o paronomasia. En cuanto a «hemorroides», es seguramente la más bella palabra de nuestro idioma... aun independientemente de su significado —añadió con una risotada.

Oliverio callaba, con el corazón oprimido. Armando prosiguió:

—No tengo que decirte que el vaso de noche se siente especialmente halagado al recibir la visita de un vaso como tú lleno de aromas.

—¿Y no has escrito nada más que eso? —acabó por preguntar Oliverio desesperadamente.

—Iba a proponer mi *Vaso nocturno* a tu gloriosa revista, pero por el tono con que has dicho «eso», veo claramente que no tiene muchas probabilidades de agradarte. En estos casos el poeta tiene siempre el recurso de argüir: «No escribo para agradar», y de persuadirse de que ha parido una obra maestra. Pero no debo ocultarte que me parece mi poema, execrable. Además no he escrito más que el primer verso. Y cuando digo «escrito B es una manera de hablar, porque acabo de fabricarlo en tu honor ahora mismo... Pero, oye, de verdad, ¿es que pensabas publicar algo mío? ¿Me creías realmente capaz de escribir algo decente? ¿Has vislumbrado en mi frente pálida los estigmas reveladores del genio? Ya sé que no se ve muy bien aquí para mirarse al espejo pero cuando me contemplo en él, como Narciso, no veo más que una cabeza de fracasado. Después de todo, quizá sea un efecto de la mala luz... No, mi querido Oliverio, no; no he escrito nada este verano y si contabas conmigo para tu revista, ya puedes esperar sentado. Pero ya he hablado bastante de mí... Qué, ¿ha marchado todo bien en Córcega? ¿Has gozado de tu viaje? ¿Has sacado provecho? ¿Has descansado bien de tus tareas? Te has...

Oliverio no pudo ya contenerse:

—Cállate, chico; déjate de bromas. No creas que lo encuentro gracioso...

—¡Pues y yo! —exclamó Armando—. ¡Ah, no, querido! No tanto: no soy tan estúpido como todo eso. Tengo aún la suficiente inteligencia para comprender que todo lo que te digo es una idiotez.

—¿Es que no puedes hablar en serio?

—Vamos a hablar en serio, ya que te agrada lo serio. Raquel, mi hermana mayor, se está quedando ciega. Ha perdido mucha vista estos últimos tiempos. Desde hace dos años no puede ya leer sin gafas. Al principio creí que no tenía más que cambiar de cristales; pero no bastaba. A instancias mías ha ido a consultar a un especialista. Según parece es la sensibilidad retiniana la que flaquea. Comprenderás que hay en eso dos cosas muy diferentes: por un lado, una conformación defectuosa del cristalino, que pueden remediar los cristales. Pero aun después de que han alejado o acercado la imagen visual, ésta puede impresionar insuficientemente la retina y esta imagen no ser ya transmitida sino confusamente al cerebro. ¿Soy claro? Tú no conoces casi a Raquel; no vayas a creer, por consiguiente, que intento que te compadezcas de su suerte. Entonces, ¿por qué te cuento todo esto?... Pues porque, reflexionando sobre su caso, se me ha ocurrido que las ideas, lo mismo que las imágenes, pueden presentarse al cerebro más o menos claras. Un espíritu obtuso sólo recibe percepciones confusas; pero precisamente a causa de eso no se da cuenta claramente de que es obtuso. No empezaría a sufrir de su tontería como no tuviese conciencia de esa tontería; y para que tenga conciencia de ella, sería preciso que se volviese inteligente. Ahora bien, imagínate por un momento este monstruo: un imbécil lo bastante inteligente para comprender claramente que es tonto.

Librodot

—¡Caray! No sería ya un imbécil.

—Sí, chico, créeme. Lo sé además, puesto que ese imbécil soy yo.

Oliverio se alzó de hombros. Armando prosiguió:

—Un verdadero imbécil no tiene conciencia de una idea por encima de la suya. Yo tengo conciencia del «por encima». Pero soy de todos modos, un imbécil, puesto que sé que no podré alcanzar jamás ese «por encima»...

—Pero, pobre amigo mío —dijo Oliverio en un arranque de simpatía—, todos estamos hechos de tal manera que podríamos ser mejores, y yo creo que la más grande inteligencia es precisamente la que más sufre con sus límites.

Armando rechazó la mano que Oliverio colocaba afectuosamente sobre su brazo.

—Otros hombres poseen la noción de lo que tienen —dijo—; yo sólo tengo noción de lo que me falta. Me falta dinero, me faltan fuerzas, me falta talento y me falta amor. Siempre en déficit; me quedaré siempre fuera. Se acercó al lavabo, mojó un cepillo del pelo en el agua sucia de la jofaina y planchó feamente sus cabellos sobre su frente.

—Ya te he dicho que no he escrito nada; sin embargo, estos últimos días se me ocurrió la idea de un tratado, que yo hubiera llamado el tratado de la insuficiencia. Pero, como es natural, soy insuficiente para escribirlo. Hubiera dicho en él... Pero te estoy dando la lata.

—Sigue; me das la lata cuando bromeas; ahora me interesas mucho.

—Hubiera yo buscado en él, a través de toda la naturaleza, el punto límite, fuera del cual nada es. Un ejemplo te lo hará comprender. Los periódicos han referido la historia de un obrero que acaba de morir electrocutado. Manejaba descuidadamente unos cables de transmisión; el voltaje no era muy fuerte; pero su cuerpo estaba, según parece, sudando. Se atribuye su muerte a esa capá húmeda que permitió que la corriente envolviese su cuerpo. Si su cuerpo hubiera estado más seco no se hubiese producido el accidente. Pero agreguemos el sudor gota tras gota... Una gota más y ya está.

—No comprendo —dijo Oliverio. —Es que el ejemplo está mal escogido. Escojo siempre mal mis ejemplos. Otro: seis náufragos son recogidos en una barca. Desde hace diez días la tempestad los descarría. Tres han muerto; se han salvado dos. El sexto está desfalleciente. Se confiaba aún en hacerle volver a la vida. Su organismo había alcanzado el punto límite.

—Sí, comprendo —dijo Oliverio—; una hora antes y hubiesen podido salvarle.

—¡Una hora, no eres tú nadie! Yo calculo el instante extremo: se puede aún. Se puede aún... ¡Ya no se puede! Es una estrecha arista por la que se pasea mi espíritu. Esta línea de demarcación entre el ser y el no ser, procuro trazarla por todas partes. El límite de resistencia... mira, por ejemplo, lo que mi padre llamaría la tentación. Se mantiene uno; la cuerda de la cual tira el demonio está tensa hasta romperse... Un poquito más y la cuerda cruje: se ha condenado uno. ¿Comprendes ahora? Un poquito menos: el no ser. Dios no hubiese creado el mundo. Nada hubiera sido... «La faz del mundo habría cambiado», dice Pascal. Pero no me basta con pensar: «Si la nariz de Cleopatra hubiera sido más corta.» Insisto. Pregunto: más corta..., ¿cuánto? Porque, en fin, hubiera podido achicarse un poquito, ¿verdad?..., gradación; gradación; y luego, salto brusco... *Natura non fecit saltus*, ¡qué bromazo! En lo que a mí se refiere, soy como el árabe que va a morirse de sed, a través del desierto. Alcanzo ese punto preciso, ¿comprendes?, donde una gota de agua podría salvarle todavía... ouna lágrima...

Su voz se ahogaba y había adquirido un acento patético, que sorprendía y turbaba a Oliverio. Continuó más suavemente, casi con ternura:

—Ya recordarás: «He derramado por ti alguna lágrima...»

Oliverio se acordaba, en efecto, de la frase de Pascal; le molestaba incluso que su amigo no la citase con exactitud. No pudo dejar de rectificar: «He derramado por ti alguna gota de sangre... »

La exaltación de Armando decayp inmediatamente. Se alzó de hombros:

—¿Qué podemos hacer nosotros? Los hay que serán admitidos sin dificultad... ¿Comprendes ahora lo que es sentirse siempre «en el límite»? Me faltará siempre un punto.

Había vuelto a reír. Oliverio pensó que era por miedo a llorar. Hubiese querido hablar él a su vez, decir a Armando cómo le conmovían sus palabras y toda la angustia que sentía bajo aquella exasperante ironía. Pero le apremiaba la hora de la cita con Passavant. Sacó el reloj.

—Voy a tener que dejarte —dijo—. ¿Estás libre esta noche?

—¿Para qué?

—Para venir a buscarme a la «Taberna» del Panteón. Dan allí un banquete *Los Argonautas*. Acude al final, Irán muchos tipos más o menos célebres y un poco borrachos. Bernardo Profitendieu me ha prometido que iría. Resultará gracioso.

—No estoy afeitado —dijo Armando con tono áspero—. Y, además, ¿qué quieres que haga yo en medio de unas celebridades? ¿Pero sabes lo que puedes hacer? Decírselo a Sara, que ha vuelto de Inglaterra esta misma mañana. La divertirá mucho, estoy seguro. ¿Quieres que la invite de tu parte? Bernardo la acompañaría.

—De acuerdo, chico —dijo Oliverio.

Librodot

Librodot

VIII

EL BANQUETE DE LOS «ARGONAUTAS»

Habían quedado, pues, en que Bernardo y Eduardo, después de cenar juntos, pasarían a recoger a Sara, un poco antes de las diez. Avisada por Armando, había ella aceptado encantada la invitación. Alrededor de las nueve y media se retiró a su cuarto, adonde la acompañó su madre. Para llegar a él había que cruzar la habitación de sus padres; pero otra puerta, debidamente condenada, ponía en comunicación el cuarto de Sara con el de Armando, que daba, como ya hemos dicho, a una escalera de servicio.

Sara, delante de su madre, había simulado acostarse, rogando que la dejasen dormir; pero, una vez sola, se acercó al tocador para reanimar el arrebol de sus labios y de sus mejillas. La mesita tocador tapaba la puerta condenada, y no era tan pesada que Sara no pudiese apartarla sin hacer ruido. Abrió ella la puerta secreta.

Sara no quería encontrar a su hermano, cuyas bromas temía. Armando favorecía, es cierto,, sus planes más atrevidos, hubiérase dicho que le agradaba aquello, pero sólo por una especie de indulgencia provisional, pues era para juzgarlos después con tanta más severidad; de modo que Sara no hubiera podido decir si sus complacencias mismas no hacían el juego al censor.

El cuarto de Armando estaba vacío. Sara se sentó en una sillita baja, y mientras esperaba, reflexionó. Por una especie de protesta preventiva, cultivaba en ella un fácil desprecio a todas las virtudes domésticas. La sujeción familiar había puesto en tensión su energía, excitando sus instintos de rebeldía. Durante su estancia en Inglaterra había sabido poner al rojo su valor. De igual modo que miss Aberdeen, la joven pensionista inglesa, estaba decidida a conquistar su libertad, a permitirse toda licencia, a atreverse a todo. Sentíase dispuesta a afrontar todos los desprecios y todas las censuras, capaz de todas las provocaciones. En sus insinuaciones con Oliverio, había vencido ya su natural modestia y muchos pudores innatos. El ejemplo de sus dos hermanas la había aleccionado; consideraba la piadosa resignación de Raquel como un engaño; no quería ver en el casamiento de Laura más que un lúgubre mercado, que terminaba en la esclavitud. La instrucción que había recibido, la que ella se había dado y había captado, la disponía muy mal, a su juicio, a lo que ella llamaba la devoción conyugal. No veía en absoluto en qué iba a ser superior a ella aquel con quien pudiera casarse. ¿No había sufrido exámenes lo mismo que un hombre? ¿No tenía, sobre cualquier materia, sus opiniones propias, sus ideas? Sobre la igualdad de sexos, en especial; e incluso le parecía que en la dirección de la vida y, por consiguiente, de los asuntos, de la política misma, en caso necesario, la mujer da prueba con frecuencia de mejor sentido que muchos hombres...

Unos pasos en la escalera. Aguzó el oído y luego abrió despacio la puerta.

Bernardo y Sara no se conocían todavía. El patio estaba a oscuras. En la sombra sólo se divisaban a medias.

—¿La señorita Sara Vedel? —murmuró Bernardo.

Ella se cogió de su brazo con toda naturalidad.

—Eduardo nos espera en un auto, en la esquina. Ha preferido no bajar por miedo a encontrarse con los padres de usted. En cuanto a mí, eso no hubiese tenido importancia: ya sabe usted que vivo aquí.

Bernardo había tenido cuidado de dejar la puerta de la calle entornada para no llamar la atención del portero. Unos minutos después el auto les dejaba a los tres delante de la «Taberna» del Panteón. Mientras Eduardo pagaba al chófer, oyeron dar las diez.

Librodot

El banquete había terminado. Habían limpiado la mesa, pero ésta seguía atestada aún de tazas de café, de botellas y de copas. Todos fumaban: la atmósfera se hacía irrespirable. La señora Des Brousses, esposa del director de *Los Argonautas*, pedía aire. Su voz estridente resonaba a través de las conversaciones particulares. Abrieron la ventana. Pero Justiniano, que quería colocar un discurso, la mandó cerrar otra vez casi en seguida «por cuestión de la acústica». Habíase levantado y daba golpecitos en su copa con una cucharilla, sin conseguir llamar la atención. El directorde *Los Argonautas*, a quien llamaban el Presidente Des Brousses, intervino; acabó por imponer un poco de silencio, y la voz de Justiniano se difundió en vastas capas de tedio. La vulgaridad de su pensamiento se ocultaba bajo una oleada de imágenes. Se expresaba con un énfasis que sustituía al ingenio, y encontraba manera de ofrendar a cada cual un elogio ininteligible. A la primera pausa y cuando entraban Eduardo, Bernardo y Sara, sonaron unos aplausos complacientes; algunos los prolongaron, un poco irónicamente sin duda y como con la esperanza de poner fin al discurso; pero en vano: Justiniano continuó; nada desalentaba su elocuencia. Ahora era al conde de Passavant a quien cubría con las flores de su retórica. Habló de *La barra fija* como de una nueva *Ilíada*. Se bebió a la salud de Passavant. Eduardo no tenía copa, ni tampoco Bernardo y Sara, lo cual les dispensó de brindar.

Justiniano terminó su discurso haciendo votos por la nueva revista y con unos elogios a su futuro director, «el joven y talentoso Molinier, predilecto de las Musas, cuya noble y pura frente no tendría que esperar mucho el laurel».

Oliverio había permanecido junto a la puerta de entrada, para poder recibir en seguida a sus amigos. Los elogios desmesurados de Justiniano le molestaron visiblemente; pero no pudo librarse de la pequeña ovación subsiguiente.

Los tres recién llegados habían cenado demasiado sobriamente para estar al diapasón de la concurrencia. En esas especies de reuniones, los rezagados se explican mal o demasiado bien la excitación de los demás. Juzgan, cuando no es adecuado juzgar, y ejercen, aunque sea involuntariamente, una crítica severa; éste era al menos el caso de Eduardo y de Bernardo. En cuanto a Sara, para quien era todo nuevo en aquel ambiente, no pensaba más que en instruirse, no tenía más preocupación que la de ponerse a tono. Bernardo no conocía a nadie. Oliverio, que le había cogido del brazo, quiso presentarle a Passavant y a Des Brousses. Él se negó. Passavant, sin embargo, violentó la situación y, adelantándose, le tendió la mano, que él no pudo correctamente rechazar.

—Vengo oyendo hablar de usted hace tanto tiempo que me parece conocerle ya.

—Lo mismo digo —replicó Bernardo en un tono tal, que la amenidad de Passavant se quedó helada. E inmediatamente se acercó a Eduardo.

Aun estando frecuentemente de viaje, y viviendo, incluso en París, muy apartado, no dejaba Eduardo de conocer a varios de los comensales y no se sentía nada cohibido. Poco querido, aunque estimado a la vez por sus compañeros, consentía en pasar por orgulloso, cuando no era más que un hombre distanciado. Prefería escuchar a hablar.

—Su sobrino me había permitido esperar que vendría usted —empezó Passavant con voz suave y casi baja—. Me alegraba mucho de ello porque precisamente...

La mirada irónica de Eduardo cortó el resto de la frase. Hábil para seducir y acostumbrado a agradar, Passavant tenía necesidad de sentir frente a él un espejo complaciente para brillar. Se dominó, sin embargo, pues no era de los que pierden mucho tiempo su aplomo y consienten en dejarse desconcertar. Levantó su frente y cargó sus ojos de insolencia En vista de que Eduardo no se prestaba de buen grado a su juego, ya sabría él dominarle.

—Querría preguntarle... —continuó, como si siguiese desarrollando su pensamiento—; ¿tiene usted noticias de su otro sobrino, mi amigo Vicente? Con él, sobre todo, es con quien tenía yo más intimidad.

—No —dijo Eduardo secamente.

Librodot

—Este «no» desconcertó nuevamente a Passavant, que no sabía bien si debía tomarlo como un mentís provocativo o como una simple respuesta a su pregunta. Su turbación no duró más que un instante; Eduardo, inocentemente, le ayudó a recobrar su dominio, al añadir casi en seguida:

—Sé únicamente por su padre que viaja en compañía del príncipe de Monaco.

—Pedí, en efecto, a una amiga mía que le presentase al príncipe. Me alegraba inventar esa diversión, para distraerle un poco de su desdichada aventura con esa señora de Douviers... que usted conoce, según me ha dicho Oliverio. Corría el peligro de destrozar en ello su vida.

Passavant manejaba a las mil maravillas el desdén, el desprecio y la condescendencia; pero le bastaba con haber ganado aquella partida y con tener a raya a Eduardo. Éste buscaba algo que resultase duro. Cosa rara: carecía de presencia de ánimo. Sin duda por esto, tenía tan poco cariño al mundo: no poseía ninguna de las cualidades necesarias para lucirse en él. Sus cejas, sin embargo, se fruncieron. Passavant tenía buen olfato; en cuanto notaba que le iban a decir algo desagradable, daba la vuelta. Sin tomar aliento siquiera y cambiando bruscamente de tono:

—Pero, ¿quién es esa deliciosa muchacha que le acompaña?— preguntó sonriendo.

—Es —contestó Eduardo— la señorita Sara Vedel; la hermana, precisamente, de la señora de Douviers, mi amiga.

A falta de otra cosa mejor, aguzó aquel “mi amiga” como una flecha; pero no hizo ésta blanco y Passavant la dejó caer:

—¿Quiere usted tener la amabilidad de presentarme?

Dijo estas últimas palabras y la frase anterior lo bastante alto para que Sara las oyese, y como se volvió hacia ellos, Eduardo no tuvo escape:

—Sara, el conde de Passavant quiere tener el gusto de conocerla —dijo con una sonrisa forzada.

Passavant había mandado traer tres nuevas copas, que llenó de kummel. Los cuatro bebieron a la salud de Oliverio. La botella estaba casi vacía, y como Sara se extrañase de los cristales que quedaban en el fondo, Passavant se esforzó en despegar algunos con unas pajas. Una especie de payaso extraño, de rostro enharinado, ojos de azabache y pelo planchado como un gorro de tela charolada se acercó y masticando trabajosamente, cada sílaba:

—No lo conseguirá usted. Déjeme la botella y la despanzurraré.

La cogió y rompiéndola contra el borde de la ventana, se la ofreció a Sara.

—Con estos pequeños poliedros cortantes, la gentil damisela conseguirá fácilmente cosquillear su campanilla. —¿Quién es este pierrot? —preguntó ella a Passavant, que la había hecho sentarse y se había colocado junto a ella.

—Es Alfred Jarry, el autor de *Ubu, rey*. *Los Argonautas* le conceden talento porque el público acaba de silbar su obra. Es, sin embargo, lo más curioso que se ha dado en el teatro desde hace mucho tiempo.

—Me gusta mucho *Ubu, rey* —dijo Sara—, y me alegro mucho de conocer a Jarry. Me habían dicho que estaba siempre borracho.

—Tenía que estarlo esta noche: le he visto beber en la cena dos copas grandes de ajenjo puro. No parece que le hagan mella. ¿Quiere usted un cigarrillo? Tiene uno que fumar para no asfixiarse con el humo de los demás.

Se inclinó hacia ella ofreciéndole lumbre. Ella mascó unos cristales:

—¡Pero si no es más que azúcar cande! —dijo un poco desilusionada—. Creí que esto sería muy fuerte.

Mientras hablaba con Passavant, sonreía ella a Bernardo que. seguía a su lado. Sus ojos divertidos brillaban con un fulgor extraordinario. Bernardo que no había podido verla en la oscuridad, estaba sorprendido de su parecido con Laura. Eran la misma frente, los mismos labios...

Librodot

Sus rasgos, era cierto, respiraban una gracia menos angelical, y sus miradas removían no sabía qué cosas turbias en su corazón. Un poco embarazado, se volvió hacia Oliverio.

—Preséntame a tu amigo Bercail.

Había visto ya a Bercail en el Luxemburgo, pero no había hablado nunca con él. Bercail, un poco desconcertado en aquel medio donde acababa de introducirle Oliverio y que no agradaba a su timidez, se ruborizaba cada vez que su amigo le presentaba como uno de los principales redactores de Vanguardia. El hecho es que aquel poema alegórico del que hablaba a Oliverio al comienzo de nuestro relato, debía aparecer encabezando la nueva revista, inmediatamente después del manifiesto.

—En el sitio que te había reservado a ti —decía Oliverio a Bernardo—. ¡Estoy tan seguro de que te gustará! Es, con mucho, lo mejor que va en el número. ¡Y de tal modo original!

Oliverio sentía más satisfacción en alabar a sus amigos que en oírse alabar a sí mismo. Al acercarse Bernardo, Luciano Bercail se levantó; tenía en la mano su taza de café, con tal torpeza que, en su emoción, vertió la mitad sobre su chaleco. En cuyo momento, se oyó junto a él la voz mecánica de Jarry.

—El pequeño Bercail va a envenenarse porque he echado veneno en su taza.

A Jarry le divertía la timidez de Bercail y se complacía en desconcertarle. Pero Bercail no le tenía miedo. Se alzó de hombros y apuró tranquilamente su taza.

—¿Quién es ese? —inquirió Bernardo.

—¡Cómo!, ¿no conoces al autor de *Ubu rey*?

—¡No es posible!, ¿es Jarry? Le tomaba por un camarero.

»—¡Caramba, no tanto! —exclamó Oliverio un poco molesto, porque se sentía orgulloso de sus grandes hombres—. Mírale mejor. ¿No le encuentras extraordinario?

—Hace todo lo que puede por parecerlo —dijo Bernardo, que no apreciaba más que lo natural pero que sentía, sin embargo, una gran consideración por Ubu.

Vestido como un tradicional elegante de hipódromo, todo en Jarry pregonaba la afectación; su manera de hablar sobre todo, imitada a porfía por varios Argonautas, machacando las sílabas, inventando palabras raras, deformando extrañamente otras; pero realmente sólo el propio Jarry conseguía obtener aquella voz sin timbre, sin calor, sin entonación, sin relieve.

—Cuando se le conoce, te aseguro que es encantador —repuso Oliverio.

—Prefiero no conocerle. Tiene un aspecto feroz.

—Es una de sus «poses». Passavant le cree muy bondadoso en el fondo. Pero ha bebido de un modo terrible esta noche; y te juro que ni una gota de agua; ni siquiera vino: sólo ajenjo y licores fuertes. Passavant tiene miedo de que cometa alguna excentricidad.

A pesar suyo, el nombre de Passavant venía a sus labios con tanta mayor obstinación cuanto más quería él evitarlo.

Exasperado de verse tan poco dueño de sí, como acosado por él mismo, cambió de tema:

—Debías ir a charlar un poco con Dhurmer. Temo que me guarde un odio a muerte por haberle birlado la dirección de *Vanguardia*; pero no es mía la culpa; no he tenido más remedio que aceptar. Debías intentar hacerle comprender y calmarle. Pass... me han dicho que estaba muy furioso conmigo.

Había tropezado, pero sin llegar a caer esta vez.

—Supongo que habrá recogido su original. No me gusta lo que escribe —dijo Bercail; y luego, volviéndose hacia Profitendieu—: Pero yo creí que usted, caballero...

—¡Oh, no me llame usted caballero!... Ya sé que tengo un apellido molesto y ridículo... Pienso adoptar un seudónimo, si llego a escribir.

Librodot

—¿Por qué no nos ha enviado usted nada?

—Porque no tenía nada preparado. Oliverio dejó charlando a sus dos amigos y se acercó nuevamente a Eduardo.

—¡Qué amable ha sido usted en venir! ¡Tenía tantas ganas de verle! Aunque hubiese preferido verle a usted en cualquier sitio mejor que aquí... He estado esta tarde en su casa. ¿Se lo han dicho? He sentido mucho no encon trarle y si hubiera sabido dónde hallarlo...

Le alegraba poder expresarse con tanta facilidad, recordando aquella época en que su turbación ante Eduardo le hacía enmudecer. Debía su aplomo actual ¡ay! a la trivialidad de sus frases y a las libaciones. Eduardo se daba cuenta de ello, tristemente.

—Estaba en casa de su madre.

—Lo he sabido al volver allí —dijo Oliverio a quien el «usted» de Eduardo dejaba consternado. Vaciló, no sabiendo si decírselo.

—¿Va usted a vivir de ahora en adelante en este ambiente? —le preguntó Eduardo, mirándole fijamente.

—¡Oh! Yo no me dejo corromper.

—¿Está usted seguro?

Esto se lo dijo en un tono tan serio, tan cariñoso, tan fraternal... Oliverio sintió vacilar su seguridad.

—¡Cree usted que hago mal en tratar a estos individuos?

—A todos, no, quizá; pero a alguno de ellos, sin duda.

Oliverio tomó ese plural por un singular. Creyó que Eduardo señalaba en particular a Passavant y fue en su firmamento interior, como un deslumbrador y doloroso relámpago atravesando la nube que desde por la mañana se adensaba atrozmente en su corazón. Quería a Bernardo y quería a Eduardo demasiado para soportar su menosprecio. Estando al lado de Eduardo lo que en él había de mejor, se exaltaba. Al lado de Passavant, lo peor; ahora se lo confesaba; e incluso ¿no lo había reconocido siempre? Su ceguera, junto a Passavant ¿no había sido voluntaria? Su gratitud por todo cuanto el conde había hecho por él, se convertía en rencor. Renegaba de él, furiosamente. Y con lo que vio acabó de hacérsele aborrecible: Passavant, inclinado hacia Sara, había pasado el brazo alrededor de su talle y se mostraba cada minuto más apremiante. Enterado de los rumores desagradables que circulaban acerca de sus relaciones con Oliverio, intentaba dar un mentís. Y para ponerse más en evidencia, se había prometido conseguir que Sara se sentase sobre sus rodillas. Sara, hasta aquel momento, se había defendido débilmente, pero sus ojos buscaban los de Bernardo y cuando los encontraban, ella sonreía, como diciéndole:

—Mira hasta dónde puede uno atreverse conmigo.

Sin embargo Passavant temía ir demasiado de prisa. Le faltaba práctica.

—Si pudiese yo al menos conseguir hacerla beber un poco más, me atrevería —se decía, avanzando la mano que le quedaba libre hacia una botella de curaçao.

Oliverio que le observaba, se adelantó a su gesto. Cogió la botella, sencillamente, para quitársela a Passavant; pero en seguida le pareció que recobraría algo de su firmeza con el licor; de aquella firmeza que sentía él vacilar y que érale necesaria para elevar hasta Eduardo la queja que subía a sus labios:

—Sólo de usted hubiese dependido...

Oliverio llenó su copa y la vació de un trago. En aquel momento oyó a Jarry, que circulaba de grupo en grupo, decir a media voz, al pasar por detrás de Bercail:

—Y ahora vamos a cargarnos al pequeño Bercail. Éste se volvió bruscamente:

—Repita usted eso en voz alta.

Jarry se había alejado ya. Esperó a dar vuelta a la mesa y repitió con voz de falsete:

Librodot

—Y ahora vamos a cargarnos al pequeño Bercail —sacó luego de su bolsillo un pistolón con el cual le habían visto los Argonautas juguetear a menudo, y montó el arma.

Jarry tenía fama de gran tirador. Se oyeron unas protestas. No acababa de saberse si, en el estado de embriaguez en que se encontraba, sabría él contentarse con un simulacro. Pero el pequeño Bercail quiso demostrar que no tenía miedo y, subiéndose en una silla y cruzando los brazos a su espalda, adoptó una postura napoleónica. Resultaba un poco ridículo y se oyeron algunas risas, ahogadas en seguida por aplausos.

Passavant dijo rápidamente a Sara:

—Esto puede acabar mal. Está completamente borracho. Escóndase usted debajo de la mesa.

Des Brousses intentó contener a Jarry, pero éste se desasió y, subiéndose sobre otra silla (y Bernardo observó que iba calzado con unos zapatitos de baile), se colocó bien de frente a Bercail y extendió el brazo para apuntar.

—¡Apagar!, ¡apagar la luz! —gritó Des Brousses.

Eduardo, que había permanecido junto a la puerta, dio la vuelta a la llave.

Sara se había levantado, obedeciendo la orden de Passavant; y no bien quedó todo a oscuras, se estrechó contra Bernardo para arrastrarle debajo de la mesa con ella.

Sonó el disparo. La pistola estaba cargada sin bala. Oyóse, sin embargo, un grito de dolor; era Justiniano, a quien había dado el taco en un ojo.

Cuando volvieron a encender la luz, todos admiraron a Bercail, que seguía de pie sobre su silla, en la misma postura, inmóvil, un poco más pálido apenas.

Entretanto la presidenta sufría un ataque de nervios. Todos la atendieron.

—¡Es una estupidez provocar estas emociones! Como no había agua en la mesa, Jarry bajó de su pedestal y mojó en alcohol un pañuelo para friccionarle las sienes, a modo de disculpa.

Bernardo no había permanecido debajo de la mesa más que un instante; el tiempo preciso para sentir los labios ardorosos de Sara, aplastarse voluptuosamente sobre los suyos. Oliverio les había seguido; por amistad, por celos... La embriaguez exacerbaba en él aquel sentimiento atroz, que tan bien conocía, de quedarse al margen. Cuando salió a su vez de debajo de la mesa, le daba vueltas la cabeza. Oyó exclamar a Dhurmer:

—¡Miren a Molinier! Es miedoso como una mujer.

Aquello era ya demasiado. Oliverio, sin saber bien lo que hacía, se arrojó, con la mano levantada, sobre Dhurmer. Parecíale que se agitaba en un sueño. Dhurmer esquivó el golpe. Como en un sueño, la mano de Oliverio encontró sólo el vacío.

La confusión se hizo general y mientras unos cuantos atendían a la presidenta, que seguía gesticulando y lanzando gañidos agudos, otros rodeaban a Dhurmer, que gritaba: «¡No me ha tocado!, ¡no me ha tocado!...» y otros a Oliverio, que con la cara congestionada se disponía a lanzarse de nuevo sobre su contrincante, y a quien costaba gran trabajo calmar.

Tocado o no, Dhurmer tenía que considerarse abofeteado; esto era lo que Justiniano, al mismo tiempo que se taponaba su ojo, intentaba hacerle comprender. Era una cuestión de dignidad. Pero a Dhurmer le importaban muy poco las lecciones de dignidad de Justiniano. Se le oía repetir con insistencia:

—No me ha tocado... No me ha tocado...

—Déjele en paz —dijo Des Brousses—. No se puede obligar a la gente a batirse a pesar suyo.

Oliverio, sin embargo, declaraba en voz alta que si Dhurmer no se daba por satisfecho, estaba dispuesto a abofetearle de nuevo; y decidido a llevar al otro al terreno, rogaba a Bernardo y a Bercail que le sirviesen de testigos. Ninguno de ellos sabía nada de tes cuestiones llamadas «de honor»; pero Oliverio no se atrevía a dirigirse a Eduardo. Se le había deshecho la corbata y le caía el pelo sobre su frente sudorosa; un temblor convulsivo agitaba sus manos.

Librodot

Eduardo le cogió del brazo:

—Ven a echarte un poco de agua en la cara. Pareces un loco.

Y se lo llevó hacia el lavabo.

Una vez fuera del salón, Oliverio comprendió lo borracho que estaba. Al sentir la mano de Eduardo posarse sobre su brazo, creyó desfallecer y se dejó llevar sin resistirse. De lo que acababa de decirle Eduardo no había comprendido más que el tuteo. Como una nube henchida de tormenta estalla en lluvia, parecíale que su corazón se deshacía de repente en lágrimas. Una toalla mojada que Eduardo le aplicó sobre la frente, acabó de despejarle. ¿Qué había sucedido? Conservaba un vago recuerdo de haber obrado como un niño, como un bestia. Sentíase ridículo, abyecto... Entonces, estremecido todo de angustia y de ternura, se arrojó sobre Eduardo, y apretándose contra él sollozó:

—Llévame contigo.

Eduardo estaba también emocionadísimo.

—¿Y tus padres?

—No saben que he regresado.

Cuando cruzaban el café para salir, Oliverio dijo a su compañero que tenía que escribir una carta.

—Echándola esta noche, llegará mañana a primera hora.

Sentado ante una mesa del café, escribió:

»Querido Jorge: Sí, soy yo el que te escribo y para pedirte que me hagas un pequeño favor. Seguramente no será nada nuevo para ti saber que estoy en París de regreso, pues creo que me has visto esta mañana cerca de la Sorbona. He estado en casa del conde de Passavant (y puso las señas); mi ropa está aún allí. Por razones que resultarían muy largas de explicarte y que no te interesarían nada, prefiero no volver a su casa. Sólo tú puedes traerme las referidas ropas. ¿Querrás hacerme este favor, verdad? Y a la recíproca. Hay un baúl cerrado. En cuanto a la ropa que está en el cuarto, puedes meterla tú mismo en mi maleta y traérmelo todo a casa del tío Eduardo. Yo pagaré el auto. Afortunadamente mañana es domingo y podrás hacerlo en cuanto recibas estas líneas. Cuento contigo, ¿eh? Tu hermano,

OLIVERIO.

P. S. — Sé que eres listo y no dudo que lo harás todo muy bien. Pero ten cuidado, si ves a Passavant, de estar muy frío con él. Hasta mañana por la mañana.»

Los que no habían oído las frases injuriosas de Dhurmer, no se explicaban bien la brusca agresión de Oliverio. Parecía éste haber perdido la cabeza. Si hubiese sabido conservar su sangre fría, Bernardo habría aprobado su proceder; no sentía el menor afecto por Dhurmer; pero reconocía que Oliverio había obrado como un loco y parecía tener toda la culpa. Bernardo sufría oyéndole juzgar severamente. Se acercó a Bercail y se citó con él. Por absurda que fuese aquella cuestión, les interesaba a los dos comportarse correctamente. Convinieron en ir juntos a sermonear a su representado, a las nueve de la mañana siguiente.

Una vez que se marcharon sus dos amigos, Bernardo no tenía ya ni gusto ni motivo para seguir allí. Buscó con los ojos a Sara y sintió que se le henchía el corazón de una especie de rabia, viéndola sentada sobre las rodillas de Passavant. Ambos parecían borrachos; pero Sara se levantó, sin embargo, al ver que se acercaba Bernardo.

—Vamonos —dijo cogiéndose de su brazo.

Quiso ella volver a pie. El trayecto no era largo; lo hicieron sin hablar una palabra. En el

Librodot

pensionado, estaban apagadas todas las luces. Temiendo llamar la atención, llegaron a tientas hasta la escalera de servicio y luego encendieron cerillas. Armando velaba. Al oírles subir, salió al descansillo con una luz en la mano.

—Coge la luz —dijo a Bernardo (se tuteaban desde el día anterior)—. Alumbra a Sara; no hay vela en su cuarto... Y déjame tus cerillas para encender la mía.

Bernardo acompañó a Sara a la segunda habitación. No habían acabado de entrar cuando Armando, inclinándose a su espalda, apagó la luz de un gran soplo y luego, zumbón:

—¡Buenas noches! —les dijo—. Y no arméis jaleo. Los papas duermen aquí al lado.

Luego retrocedió de repente, cerró la puerta tras ellos y echó el cerrojo.

Librodot

IX
OLIVERIO

Armando se ha acostado vestido. Sabe que no podrá dormir. Espera a que acabe la noche. Medita. Escucha. La casa, la ciudad, la naturaleza toda, descansan: no se oye un ruido.

En cuanto una débil claridad, que el reflector envía desde lo alto del trozo de cielo hacia su cuarto, le permite divisar de nuevo la horrible fealdad, se levanta. Va hacia la puerta, cuyo cerrojo ha echado la noche anterior; la entreabre muy despacio...

Las cortinas del cuarto de Sara están corridas. El alba naciente blanquea los cristales. Armando avanza hacia la cama donde descansan su hermana y Bernardo. Una sábana cubre a medias sus miembros enlazados. ¡Qué belleza la de ellos! Armando los contempla largo rato. Quisiera él ser su sueño, su beso. Sonríe primero y luego, al pie del lecho, entre las mantas tiradas, se arrodilla. ¿A qué dios puede él rezar así, con las manos juntas? Una indecible emoción le oprime. Sus labios tiemblan. Ve, debajo de la almohada, un pañuelo manchado de sangre; se levanta, lo coge, se lo lleva y, sollozando, posa sus labios sobre la manchita ambarina.

Pero se detiene en el umbral de la puerta. Quisiera despertar a Bernardo. Éste tiene que volver a su habitación antes de que se haya levantado nadie en el pensionado. Al ligero ruido que hace Armando, Bernardo abre los ojos. Armando huye, dejando la puerta abierta. Sale del cuarto, baja la escalera; se esconderá en cualquier sitio; su presencia cohibiría a Bernardo; no quiere encontrarse con él. Le verá pasar, unos minutos más tarde, desde una ventana de la sala de estudio, rozando las paredes como un ladrón...

Bernardo no ha dormido mucho. Pero ha gozado esta noche de un olvido más calmante que el sueño; exaltación y aniquilamiento, a la vez, de su ser. Se adentra en un nuevo día, extraño a él mismo, disperso, ligero, nuevo, tranquilo y estremecido como un dios. Ha dejado a Sara durmiendo aún y se ha desprendido furtivamente de entre sus brazos. ¿Cómo?, ¿sin un nuevo beso, sin una última mirada, sin un supremo abrazo amoroso? ¿La abandona así, por insensibilidad? No sé. No lo sabe él tampoco. Se esfuerza en no pensar, molesto de tener que incorporar esta noche sin precedentes a los precedentes de su historia. No; es un apéndice, un anejo, que no puede tener sitio en el cuerpo del libro —libro en el que el relato de su vida, como si no importase nada, va a continuar, ¿verdad?, va a reanudarse.

Ha subido a su cuarto, que comparte con el pequeño Boris. Éste duerme profundamente. ¡Qué niño! Bernardo deshace su cama, arruga sus sábanas para dar el pego. Se lava largamente. Pero la contemplación de Boris le traslada a Saas-Fée. Recuerda lo que le decía Laura por entonces: «No puedo aceptar de usted más que esa devoción que me ofrece. El resto tendrá sus exigencias, que habrán de satisfacerse por otro lado.» Esta frase le indignaba. Le parece oírla todavía. No pensaba ya en aquello, pero esta mañana su memoria goza de una netitud y de una actividad extraordinarias. Su cerebro funciona a pesar suyo con una agudeza maravillosa. Bernardo rechaza la imagen de Laura, quiere borrar aquellos recuerdos; y para no pensar, coge un libro de clase y se esfuerza en preparar su examen. Pero se ahoga uno en aquella habitación. Baja a trabajar al jardín. Quisiera salir a la calle, andar, correr, alejarse, airearse. Vigila la puerta de la calle; en cuanto el portero la abre, se escapa.

Llega al Luxemburgo con su libro y se sienta en un banco. Su pensamiento se va devanando blandamente; pero es frágil; si tira de él, el hilo se rompe. En cuanto quiere trabajar, unos recuerdos indiscretos cruzan entre su libro y él; y no los recuerdos de los instantes agudos de su felicidad, sino pequeños detalles ridículos, mezquinos, a los que su amor propio se aferra, y donde se desgarra y se mortifica. En lo sucesivo, no se mostrará tan novato.

Alrededor de las nueve, se levanta y va a buscar a Luciano Bercail. Y los dos se dirigen a casa de Eduardo.

Librodot

Eduardo vivía en Passy, en el último piso de una casa de vecinos. Su cuarto daba a un amplio estudio. Cuando, al amanecer, Oliverio se levantó, a Eduardo no le había preocupado aquello, al principio.

—Voy a descansar un rato en el diván —dijo Oliverio. Y como Eduardo temía que se resfriase le hizo que se llevase unas mantas. Un poco después, Eduardo se levantó a su vez. Seguramente se había dormido sin darse cuenta, porque ahora le extrañaba que fuese de día. Quería saber cómo se había colocado Oliverio; quería volverle a ver; y acaso le guiaba un vago presentimiento...

El estudio estaba vacío. Las mantas seguían al pie del diván, sin desplegar. Un espantoso olor a gas le puso sobre aviso. Un pequeño aposento que daba al estudio, servía de cuarto de baño. El olor venía de allí, seguramente. Corrió hacia él; pero no pudo abrir la puerta al principio; algo se oponía a ello: era el cuerpo de Oliverio desplomado contra la bañera, sin ropa, helado, lívido y atrozmente manchado de vomitonas.

Eduardo cerró inmediatamente la llave del calentador, por donde se escapaba el gas. ¿Qué había ocurrido? ¿Accidente? ¿Congestión?... No podía creerlo. La bañera estaba vacía. Cogió en brazos al moribundo, le llevó al estudio y le acostó sobre la alfombra, frente a la ventana abierta. De rodillas, cariñosamente inclinado, le auscultó. Oliverio respiraba aún, aunque débilmente. Entonces, Eduardo, angustiado, procuró reanimar aquel poco de vida, a punto de extinguirse; alzó rítmicamente los brazos como de trapo, apretó los costados, friccionó el tórax, intentó todo cuanto recordaba que debe hacerse en caso de asfixia, apuradísimo de no poder hacerlo todo a la vez. Oliverio seguía con los ojos cerrados. Eduardo levantó con el dedo los párpados, que volvieron a cerrarse sobre una mirada sin vida. Sin embargo, el corazón latía. Buscó, en vano coñac, unas sales. Había puesto agua a calentar, lavó la parte alta del cuerpo y la cara. Luego acostó aquel cuerpo inerte sobre el diván y le tapó con las mantas. Hubiese querido llamar a un médico, pero no se atrevía a alejarse. Todas las mañanas venía allí una criada, a arreglar el cuarto; pero no llegaba hasta las nueve. En cuanto la oyó la mandó a buscar a un médico de barrio; en seguida volvió a llamarla temiendo exponerse a una investigación judicial.

Oliverio, entretanto, volvía lentamente a la vida. Eduardo se había sentado a su cabecera, junto al diván. Contemplaba aquel rostro inexpresivo y chocaba contra su enigma. ¿Por qué?, ¿por qué? Se puede obrar desatinadamente por la noche, con la borrachera; pero las resoluciones del amanecer contienen su carga entera de virtud. Renunciaba a comprender, esperando el momento en que Oliverio pudiera hablar al fin. No se separaría de él hasta ese momento. Tenía cogida una de sus manos y concentraba su interrogación, su. pensamiento, su vida entera, en aquel contacto. Parecióle sentir, por fin, que la mano de Oliverio contestaba débilmente a su apretón... Entonces se inclinó y puso sus labios sobre aquella frente, surcada por un inmenso y misterioso dolor.

Llamaron. Eduardo se levantó y fue a abrir. Eran Bernardo y Luciado Bercail. Eduardo los detuvo en el recibimiento y los puso en antecedentes; luego, llevando a Bernardo aparte, le preguntó si sabía que Oliverio fuese propenso a desmayos, a ataques... Bernardo recordó de pronto su conversación de la noche anteriof y, en especial, ciertas palabras de Oliverio, que había escuchado apenas, pero que seguía oyendo ahora de un modo claro.

—Fui yo quien le hablé de suicidio —le dijo a Eduardo—. Le pregunté si comprendía que pudiese uno matarse por simple exceso de vida, «por entusiasmo», como decía Dmitri Karamazov. Estaba yo tan absorto en mi pensamiento que no me fijé más que en mis propias palabras; pero ahora recuerdo lo que él me contestó.

—¿Qué contestó? —insistió Eduardo, pues Bernardo se había detenido y parecía no querer decir más.

—Que comprendía que se matase uno, pero sólo después de haber alcanzado un summum tal de goce, que, después, no haya más remedio que ir en descenso.

Ambos se miraron, sin añadir nada más. Se hacía la luz en su mente. Eduardo apartó al fin sus

Librodot

ojos; y Bernardo se reprochó haber hablado. Se acercaron a Bercail.

—Lo molesto —dijo entonces éste—, es que podrán creer que ha querido matarse para no batirse.

Eduardo no pensaba ya en aquel desafío.

—Obre usted como si no hubiese ocurrido nada —dijo—. Vaya a ver a Dhurmer y niegúele que le ponga en relación con sus testigos. Con éstos se explicará usted si es que esta cuestión estúpida no se arregla por sí sola. Dhurmer no mostraba deseos de darle curso.

—No le contaremos nada —dijo Luciano—, para que pase por la vergüenza de volverse atrás. Porque estoy seguro de que va a volverse atrás.

Bernardo preguntó si no podía ver a Oliverio. Pero Eduardo quería que le dejasen descansar tranquilo.

Bernardo y Luciano iban a marcharse, cuando llegó Jorge. Venía de casa de Passavant, pero no había podido recoger las ropas de su hermano.

—El señor conde acaba de salir —le contestaron—. No nos ha dejado ninguna orden.

Y el criado le dio con la puerta en las narices.

Cierta gravedad en el tono de Eduardo y en la actitud de los otros dos, inquietó a Jorge. Se olió algo extraño y preguntó. Eduardo tuvo que contarle todo.

—Pero no digas nada a tus padres.

Jorge estaba encantado de intervenir en el secreto.

—Sé callar —dijo. Y como no tenía nada que hacer aquella mañana, se brindó a acompañar a Bernardo y a Luciano a casa de Dhurmer.

En cuanto le dejaron solo los tres visitantes, Eduardo llamó a la asistenta.

Al lado de su cuarto había otro de huéspedes, que la encargó que preparase, para poder instalar en él a Oliverio. Luego volvió sin hacer ruido al estudio. Oliverio descansaba. Eduardo se sentó de nuevo junto a él. Había cogido un libro, pero lo dejó en seguida sin abrirlo, y se dedicó a mirar cómo dormía su amigo.

Librodot

X

CONVALECENCIA DE OLIVERIO.

DIARIO DE EDUARDO

Nada de lo que se presenta ante el alma, es simple; y el alma no se presenta nunca simple a ningún sujeto.

PASCAL.

—Creo que le alegraría verle a usted de nuevo —dijo Eduardo a Bernardo a la mañana siguiente —. Me ha preguntado esta mañana si no había usted venido ayer. Ha debido oír su voz cuando le creía yo aún sin conocimiento... Sigue con los ojos cerrados, pero no duerme. No dice nada. Se lleva la mano a la frente con frecuencia en señal de sufrimiento. En cuanto me dirijo a él, su frente se oscurece; pero si me aparto me vuelve a llamar y me hace sentarme otra vez a su lado... No, no está ya en el estudio. Le he instalado en el cuarto contiguo al mío, para poder yo recibir visitas sin molestarle.

Entraron allí los dos.

—Venía a preguntar por ti—dijo Bernardo con gran dulzura.

Los rasgos de Oliverio se animaron al oír la voz de su amigo. Era casi una sonrisa.

—Te esperaba.

—Me marcharé si te fatigo.

—Quédate.

Pero, al decir esta última palabra, Oliverio se puso un dedo sobre los labios. Pedía que no le hablasen. Bernardo, que tenía que presentarse al examen oral tres días más tarde, iba a todos los sitios con uno de esos manuales, donde se concentraba en elixir toda ia amargura de las materias de su examen. Se colocó a la cabecera de su amigo y se enfrascó en la lectura. Oliverio, con la cara vuelta hacia la pared, parecía dormir. Eduardo se había retirado a su habitación; aparecía de vez en cuando en la puerta de comunicación que permanecía abierta. Cada dos horas le daba a Oliverio un tazón de leche, pero sólo desde aquella mañana. Durante todo el día anterior, el estómago del enfermo no había podido tolerar nada.

Pasó un largo rato. Bernardo se levantó para marcharse Oliverio se volvió, le tendió la mano e intentando sonreír:

—¿Volverás mañana?

En el último instante, le llamó de nuevo y haciéndole señas de que se inclinase, como si temiera que le faltase la voz, y en tono muy bajo:

—¡Qué tonto he sido, chico!

Luego, como adelantándose a una protesta de Bernardo, se llevó nuevamente un dedo a los labios:

—No, no... Ya os lo explicaré más adelante.

A la mañana siguiente, Eduardo recibió una carta de Laura y cuando volvió Bernardo se la dio a leer.

»Mi querido amigo:

»Le escribo a usted a toda prisa para intentar prevenir una desgracia absurda. Estoy segura de que usted me ayudará a ello, si esta carta le llega a tiempo.

»Félix acaba de marchar a París, con el propósito de ir a verle. Pretende obtener de usted las aclaraciones que yo me niego a darle: saber por usted el nombre del que quiere desafiar. He hecho cuanto he podido para detenerle, pero su decisión es inquebrantable y todo lo que le he dicho sólo ha servido para arraigarle más en su idea. Usted es el único que logrará, quizá, disuadirle. Tiene confianza en usted y creo que le escuchará. Imagínese que no ha manejado en su vida ni una pistola ni una espada. No puedo soportar el pensamiento de que pueda arriesgar su vida por mí; pero temo, sobre todo, apenas me atrevo a confesarlo, que se ponga en ridículo.

»Desde mi regreso, Félix se muestra conmigo lleno de solicitud, de cariño, de afabilidad; pero no puedo fingirle más amor del que le profeso. Esto le hace sufrir; y creo que su mismo afán de forzar mi afecto y mi admiración es el que le empuja a dar ese paso que usted juzgará imprudente, pero en el que piensa a diario y que es su idea fija desde mi vuelta. Me ha perdonado, evidentemente; pero siente un odio mortal por el otro.

»Le suplico que le acoja con el mismo afecto con que me acogería a mí misma; no podría usted darme una prueba de amistad que más me llegase al alma. Perdone que no le haya escrito antes para repetirle toda la gratitud con que correspondo a su abnegación y a los cuidados que me prodigó usted durante nuestra estancia en Suiza. El recuerdo de esos días me reconforta y me ayuda a soportar la vida.

»Su amiga siempre inquieta y siempre confiada,

LAURA.»

—¿Qué piensa usted hacer? —preguntó Bernardo devolviendo la carta.

—¿Y qué quiere usted que haga? —respondió Eduardo un poco irritado, no por la pregunta de Bernardo, sino porque él se la había ya hecho—. Si viene, le acogeré y aconsejaré lo mejor que pueda; y procuraré convencerle de que lo que debe hacer es estarse quieto. Los hombres como el pobre Douviers hacen siempre mal en querer ponerse en evidencia. Si usted le conociese pensaría lo mismo que yo, créame. Laura ha nacido para desempeñar los primeros papeles. Cada uno de nosotros asume un drama a su talla, y recoge la parte trágica que le corresponde. ¿Qué vamos a hacerle? El drama de Laura consiste en haberse casado con un comparsa. No hay nada que hacer ante eso.

—Y el drama de Douviers consiste en haberse casado con una mujer que será siempre superior a él, haga lo que haga —replicó Bernardo.

—Haga lo que haga... —repitió Eduardo como un eco— y haga lo que haga Laura. Lo admirable es que por pena de su culpa, por arrepentimiento, Laura quería humillarse ante él; pero él se prosternaba entonces todavía más; todo cuanto hacían ambos no servía más que para empequeñecerle a él y para engrandecerla a ella.

—Le compadezco muchísimo —dijo Bernardo—. Pero, ¿por qué no admite usted que él también se engrandezca, en esa humillación?

—Porque él carece de lirismo —dijo Eduardo de una manera irrefutable.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues que él no se olvida nunca de sí mismo, en lo que experimenta, y, por consiguiente, no experimenta nunca nada grande. No me haga usted hablar demasiado de eso. Tengo mis ideas; pero éstas rechazan toda medición... y yo no intento nunca medirlas. Paul-Ambroise acostumbra a decir que él no consiente en tomar en cuenta nada que no pueda evaluarse en cifras; estimo que en ello juega con la frase «tomar en cuenta»; porque, según eso, se ve uno obligado a omitir a Dios. A eso tiende él y eso es lo que desea... Mire usted: me parece que llamo lirismo al estado del hombre que consiente en dejarse vencer por Dios.

—¿No es eso, precisamente, lo que significa la palabra «entusiasmo»?

—Y quizá la palabra «inspiración». Sí, eso es lo que quiero decir. Douviers es un ser incapaz

Librodot

de inspiración. Admito que Paul-Ambroise tiene razón cuando considera la inspiración como la cosa más perjudicial para el arte; y creo de buen grado que no se es artista sino a condición de dominar el estado lírico; pero, para dominarle, importa mucho haberlo experimentado antes.

—¿No cree usted que ese estado de visitación divina es explicable fisiológicamente por...?

—¡Valiente cosa! —interrumpió Eduardo—. Semejantes consideraciones, aun siendo exactas, no sirven más que para preocupar a los tontos. No hay, realmente, un movimiento místico que no tenga su réplica material. ¿Y qué? El espíritu, para atestiguarse, no puede prescindir de la materia. De aquí el misterio de la encarnación.

—En cambio, la materia prescinde perfectamente del espíritu.

—Eso ya no lo sabemos —dijo Eduardo, riendo. Bernardo estaba muy divertido oyéndole hablar así. Por lo general Eduardo se entregaba muy poco. La exaltación que dejaba hoy traslucir era motivada por la presencia de Oliverio. Bernardo lo comprendió.

—Me habla como quisiera ya hablarle a él —pensó—. Oliverio es el que debía ser secretario suyo. En cuanto Oliverio esté curado, me retiraré; mi sitio está en otra parte.

Pensaba esto sin amargura, preocupado exclusivamente en lo sucesivo de Sara, a quien había vuelto a ver la noche anterior y a quien se disponía a ir a buscar aquella noche.

—Hénos aquí muy lejos de Douviers —repuso, riendo a su vez—. ¿Va usted a hablarle de Vicente?

—¡Hombre, no! ¿Para qué?

—¿No cree usted que es emponzoñador para Douviers no saber sobre quién dirigir sus sospechas?

—Puede que tenga usted razón. Pero eso a quien hay que decírselo es a Laura. No podría yo hablar sin traicionarla... Además, no sé siquiera dónde está.

—¿Quién, Vicente?... Passavant debe saberlo, indudablemente.

Un timbrazo les interrumpió. La señora de Molinier venía a preguntar por su hijo. Eduardo fue a recibirla al estudio.

DIARIO DE EDUARDO

»Visita de Paulina. No sabía yo cómo avisarla; y, sin embargo, no podía ocultarle que su hijo estaba enfermo. He creído inútil contarle la incomprensible tentativa de suicidio; le he hablado, simplemente, de un violento cólico hepático, que es, en efecto, el más claro resultado de ese intento.

»—Me tranquiliza ya saber que Oliverio está en tu casa —me ha dicho Paulina—. No le cuidaría yo mejor, porque siento que le quieres tanto como yo.

»Al decir estas últimas palabras, me ha mirado con una rara insistencia. ¿Habré imaginado yo la intención que he creído observar en esa mirada? Me sentía ante Paulina, como suele decirse, con la conciencia intranquila y no he podido balbucear más que unas frases confusas. Debo decir que, saturado de emoción desde hace dos días, había perdido todo dominio sobre mí mismo; mi turbación debió ser muy visible, porque ella añadió:

»—Tu rubor es elocuente... No esperes de mí reproches, Eduardo. Te los dirigiría si no le quisieras... ¿Puedo verle?

»La conduje al lado de Oliverio. Bernardo, al oír que nos acercábamos, se había retirado.

»—¡Qué bello está! —murmuró inclinándose sobfe la cama. Y luego, volviéndose hacia mí:

—Dale un beso de mi parte. Temo despertarle.

»Paulina es, indudablemente, una mujer extraordinaria. No es de hoy esta opinión. Pero no podía yo suponer que llevaría hasta tal punto su comprensión. Sin embargo, parecíame, a través de

Librodot

la cordialidad de sus palabras y de aquella especie de jovialidad que ponía en el tono de su voz, percibir cierta opresión (quizá a causa del esfuerzo que hacía yo para ocultar mi azoramiento); y recordé una frase de nuestra conversación anterior, frase que me había parecido de las más sensatas cuando no estaba interesado en encontrarla así: "Prefiero conceder de buen grado lo que sé que no podría impedir". Paulina se esforzaba, evidentemente, hacia la cordialidad; y, como en respuesta a mi pensamiento secreto, continuó cuando estuvimos de nuevo en el estudio:

»—Temo haberte escandalizado al no escandalizarme hace un momento. Hay ciertas libertades de pensamiento cuyo monopolio quisieran conservar los hombres. No puedo, sin embargo, fingir contigo más reprobación de la que siento. La vida me ha enseñado mucho. He comprendido hasta qué punto sigue siendo frágil la pureza de los chicos, incluso cuando parece mejor defendida. Además, no creo que los adolescentes más castos sean luego los mejores maridos; ni siquiera, ¡ay!, los más fieles —añadió, sonriendo con tristeza—. En fin, el ejemplo de su padre me ha hecho desear otras virtudes para mis hijos. Pero tengo miedo, por ellos, al libertinaje o a los amoríos envilecedores. Oliverio se deja arrastrar fácilmente. A ti te agradaría retenerle. Creo que puedes hacerle mucho bien. Sólo de ti depende...

»Semejantes palabras me llenaban de confusión.

»—Me haces mejor de lo que soy.

»Es todo lo que se me ocurrió decirle, de la manera más vulgar y más afectada. Ella prosiguió con una delicadeza exquisita:

»—Es Oliverio el que te hará mejor. ¡Qué no podrá uno conseguir de sí mismo, con cariño!

»—¿Sabe Oscar que está conmigo? —le pregunté para despejar un poco la situación.

»—No sabe siquiera que está en París. Ya te he dicho que no se ocupa mucho de sus hijos. Por eso contaba yo contigo para que hablases a Jorge. ¿Lo has hecho?

»—No; todavía no.

»La frente de Paulina se ensombreció bruscamente.

—Cada día me preocupa más. Ha adoptado un aire de aplomo, en el que no veo más que inconsciencia, cinismo y presunción. Trabaja mucho; sus profesores están satisfechos con él; mi inquietud no sabe en qué fundarse...

»Y de pronto, abandonando su calma, con tal arrebato que apenas la reconocí:

»—¿Te das cuenta de lo que está llegando a ser mi vida? He limitado mi felicidad; he tenido que ir podándola de año en año; una por una, he tenido que reducir mis ilusiones. He cedido; he tolerado; he fingido no comprender, no ver... Pero, en fin, se aferra una a algo; ¡y cuando ese algo también se nos escapa!... Por la noche, viene a trabajar, junto a mí, bajo la lámpara; cuando a veces levanta la cabeza de encima de su libro, no es cariño lo que encuentro en su mirada; es provocación. ¡Qué poco merezco esto!... Me parece, algunas veces, bruscamente, que todo mi amor hacia él se convierte en odio; y quisiera no haber tenido nunca hijos.

»Su voz temblaba. Le cogí la mano:

»—Oliverio te recompensará; me comprometo a ello.

»Hizo ella un esfuerzo para dominarse.

»—Sí, es estar loca hablar así, como si no tuviese tres hijos. Cuando pienso en uno, no veo ya más que ése... Vas a encontrarme muy poco razonable... Pero hay momentos, realmente, en que no basta la razón.

»—La razón es, sin embargo, lo que admiro más en ti —dije neciamente, esperando calmarla—. El otro día me hablabas de Oscar con tanta sensatez...

»Paulina se irguió bruscameríe. Me miró y se encogió de hombros.

»—Sucede siempre que cuando una mujer se muestra más resignada es cuando más razonable parece —exclamó ella como agresivamente.

Librodot

»Esta reflexión me irritó a causa de su misma justeza. Para no dejarlo traslucir, añadí en seguida:

»—¿No ha habido nada nuevo en lo de las cartas?

»—¿Nuevo? ¡Nuevo!... ¿Qué quieres que ocurra de nuevo entre Oscar y yo?

»—Él esperaba una explicación.

»—Yo también la esperaba. Se pasa uno esperando explicaciones durante toda su vida.

»—En fin —repliqué un poco irritado—, Oscar se sentía en una falsa situación.

»—Pero si ya sabes, querido, que no hay como las falsas situaciones para eternizarse. Es cosa que os incumbe a vosotros, los novelistas, el intentar resolverlas. En la vida no se resuelve nada; todo continúa. Se vive siempre en la incertidumbre; y así estará uno hasta el final sin saber a qué atenerse; y entretanto la vida continúa, continúa, como si tal cosa. Y también con esto se resigna uno, como con todo lo demás... como con todo. Vaya, adiós.

»Me afectaba dolorosamente la vibración de ciertas sonoridades nuevas que notaba en su voz; una especie de agresividad, que me obligó a pensar (quizá no en aquel mismo momento, pero sí recordando nuestra conversación) que Paulina se resignaba mucho menos fácilmente de lo que decía, a mis relaciones con Oliverio; mucho menos fácilmente que a todo lo demás. Quiero creer que no es que las repruebe, precisamente; que, incluso, se felicita de ellas, desde cierto punto de vista, como me da a entender; sin confesárselo, quizá, no deja de sentir celos.

»Es la única explicación que le encuentro a ese brusco sobresalto de repulsa, que tuvo ella inmediatamente después, y sobre una cuestión que la interesaba, en realidad, mucho menos. Hubiérase dicho que, al concederme primero lo que más le costaba conceder, había agotado su reserva de mansedumbre y se encontraba de pronto desprovista de ella. De aquí sus palabras violentas, casi extravagantes, que debieron asombrarla a ella misma al pensar de nuevo en ellas y en las que se traslucían sus celos.

»En el fondo, me pregunto cuál iba a ser el estado de una mujer que na fuese resignada... Me refiero a una "mujer honrada"... ¡Como si lo que llaman "honradez" en las mujeres, no implicase siempre resignación!

»Al anochecer, Oliverio ha empezado a estar visiblemente mejor. Pero la vida que vuelve, trae consigo la inquietud. Procuro tranquilizarle.

»¿Su desafío? —Dhurmer había huido al campo. No iban a correr tras él.

»¿La revista? —Bercail se ocupaba de ella.

»¿La ropa que dejó en casa de Passavant? —Éste es el punto más delicado. He tenido que confesar que Jorge no había podido recogerla; pero me he comprometido a irla a buscar yo en persona, mañana mismo. Temía, según me ha parecido notar, que Passavant la retuviese, algo así como en rehenes; lo cual no puedo admitir ni por un momento.

»Ayer, seguía yo en el estudio después de haber escrito estas páginas, cuando oí que Oliverio me llamaba. Me precipité a su lado.

»—Hubiese yo ido si no me sintiera aún demasiado débil —me ha dicho—. He querido levantarme; pero cuando estoy de pie, la cabeza me da vueltas y tengo miedo a caerme. No, no, no me encuentro peor; al contrario... Pero necesitaba hablarte. Tienes que prometerme una cosa... No intentar saber nunca por qué quise matarme anteayer. Creo que ni yo mismo lo sé. Créeme, aunque quisiera decirlo no podría... Pero no debes pensar que ha sido a causa de algo misterioso en mi vida, de algo que tú no sepas.

»Y luego, en voz más baja:

»—No te vayas tampoco a imaginar que es por vergüenza...

»Aunque estuviésemos en la oscuridad, escondía él su frente en mi hombro.

»—Si me avergüenzo, es de ese banquete de la otra noche; de mi borrachera, de mi arrebato,

Librodot

de mis lágrimas; y de estos meses de verano...; y de haberte esperado tan mal.

»Luego afirmó con vehemencia que no quería ya reconocerse en nada de todo eso; que era todo eso lo que había querido matar, lo que había matado, lo que había borrado de su vida.

»Sentía yo, en su misma agitación, su debilidad, y le mecía, sin decir nada, como a un niño. Hubiese necesitado descansar; su silencio me hacía esperar su sueño; pero le oí murmurar, finalmente:

»—Junto a ti, soy demasiado feliz para dormir.

»No dejó que me separase de él hasta por la mañana.

Librodot

XI
PASSAVANT RECIBE A EDUARDO Y LUEGO A STROUVILHOU

Bernardo llegó aquella mañana muy temprano. Oliverio dormía aún. Bernardo, como había hecho los días anteriores, se colocó a la cabecera de la cama de su amigo con un libro, lo cual permitió a Eduardo interrumpir su guardia y marcharse a casa del conde de Passavant, como había prometido. A hora tan temprana, podía uno tener la seguridad de encontrarle.

Brillaba el sol; un viento frío despojaba a los árboles de sus últimas hojas; todo parecía límpido, azulado. Eduardo no había salido hacía tres días. Una inmensa alegría dilataba su pecho; parecíale, incluso, que todo su ser cual un sobre abierto y vacío, flotaba por encima de un mar indiviso, un divino océano de bondad. El amor y el buen tiempo ilimitan así nuestros contornos.

Eduardo sabía que iba a necesitar un auto para traer las ropas de Oliverio; pero no se apresuraba a tomarlo, sentía placer en andar. El estado de benevolencia en que se hallaba con respecto a la naturaleza entera, le dejaba en mala disposición para afrontar a Passavant. Decíase que debía execrarle; repasaba en su mente todas sus ofensas, pero ya no sentía su aguijón. Aquel rival, a quien detestaba ayer aún, acababa él de suplantarle y demasiado por completo para poder odiarle ya más tiempo. Por lo menos, aquella mañana no podía. Y como, por otra parte, creía que no debía traslucirse nada de aquel cambio que pudiera hacer peligrar su felicidad, antes que mostrarse inerme, hubiese él querido evitar la entrevista. En realidad, ¿por qué diantre iba allí él, Eduardo, precisamente? ¿Con qué títulos se presentaría en la calle de Babilonia a reclamar las ropas de Oliverio? Misión aceptada bien irreflexivamente, se decía mientras caminaba, y que daría a entender que Oliverio había elegido domicilio en su casa; precisamente lo que él hubiese querido ocultar... Demasiado tarde para retroceder: se lo había prometido a Oliverio. Era preciso, al menos, mostrarse con Passavant muy frío, muy firme. Pasó un taxi y lo tomó.

Eduardo no conocía bien a Passavant. Desconocía uno de sus rasgos característicos. Passavant, a quien no se le cogía nunca desprevenido, no toleraba que le engañasen. Para no tener que reconocer sus derrotas, fingía siempre haber deseado su muerte, y sucediera lo que sucediera, pretendía haberlo querido. En cuanto comprendió que se le escapaba Oliverio, no tuvo más precaución que disimular su rabia. Lejos de intentar perseguirle, exponiéndose al ridículo, se dominó, y se obligó a encogerse de hombros. Sus emociones no eran nunca tan violentas que no pudiese refrenarlas. De esto se felicitan algunos, sin consentir en reconocer que muchas veces deben menos ese dominio de sí mismos a la fuerza de su carácter que a una cierta pobreza de temperamento. No me quiero permitir generalizar; pongamos que lo que he dicho sólo se aplica a Passavant. A éste no le costó, pues, demasiado trabajo persuadirse de que, precisamente, estaba harto de Oliverio; que en aquellos dos meses de verano había agotado todo el atractivo de una aventura con la que corría el riesgo de entorpecer su vida; que en realidad había exagerado la seducción de aquel muchacho, su gracia y los recursos de su ingenio; que, incluso, era ya hora de que sus ojos se abriesen ante los inconvenientes de confiar la dirección de una revista a una persona tan joven y tan falta de experiencia. Pensándolo bien, Strouvilhou le convenía mucho más; como director de la revista, se entiende. Acababa de escribirle citándole para aquella mañana.

Añadiremos que Passavant se equivocaba respecto a la causa de la deserción de Oliverio. Creía haber excitado sus celos mostrándose demasiado solícito con Sara; y se complacía en esta idea que halagaba su fatuidad innata y que calmaba su despecho.

Esperaba, pues, a Strouvilhou; y como había dado orden de que le pasasen en seguida, Eduardo resultó beneficiado con la orden y se encontró delante de Passavant sin haber sido anunciado.

Passavant no dejó traslucir su sorpresa. Afortunadamente para él, el papel que tenía que representar se adaptaba a su temperamento y no desorientaba sus pensamientos. En cuanto Eduardo

Librodot

hubo expuesto el motivo de su visita:

—¡Cuánto me alegro de lo que acaba usted de decirme! Entonces, ¿es cierto? ¿Accede usted a ocuparse de él? ¿No le trastorna a usted demasiado?... Oliverio es un muchacho encantador, pero su presencia aquí empezaba a molestarme terriblemente. No me atrevía a dejárselo entrever, ¡es tan simpático!... Sabía yo que él prefería no volver a casa de sus padres... Los padres, una vez que los abandona uno, ¿verdad?... Pero ahora que caigo, ¿su madre no es hermanastra de usted?... ¿o algo por el estilo? Oliverio ha debido contármelo hace tiempo. Es muy natural que viva en casa de usted. A nadie puede producirle eso la menor sonrisa (y él, por su parte, no se privaba de sonreír al decir estas palabras). En mi casa, como usted comprenderá, su presencia resultaba más escabrosa. Ésta es una de las razones que me hacían desear que se marchase... Aunque yo no acostumbre, en absoluto, a preocuparme de la opinión pública. No; era más bien en interés suyo...

La entrevista no había empezado mal; pero Passavant no podía dejar de echar sobre la felicidad de Eduardo unas gotas del veneno de su perfidia. Lo tenía siempre almacenado: nadie sabe lo que puede ocurrir...

Eduardo sintió que se le acababa la paciencia. Pero, de repente, se acordó de Vicente, del que debía haber tenido noticias Passavant. Verdad era que se había prometido no hablar para nada de Vicente a Douviers, si éste llegaba a preguntarle; pero, para librarse mejor de su indagatoria, le parecía conveniente estar él mismo informado; esto fortalecería su resistencia. Buscó aquel pretexto de diversión.

—Vicente no me ha escrito —dijo Passavant—; pero he recibido carta de lady Griffith —ya sabe usted, la «sustituía»—, en la que me habla de él largamente. Mire: aquí tiene usted la carta... Después de todo, no veo por qué no iba usted a conocerla.

Le tendió la carta. Eduardo leyó:

»25 agosto.

»My dear.

»EL yate del príncipe zarpará de nuevo sin nosotros de Dakar. ¿Quién sabe dónde estaremos nosotros cuando esta carta, que él se lleva, llegue a usted? Quizá a orillas del Casamance, donde quisiéramos, Vicente, herborizar, y yo, cazar. No sé bien si es él el que me lleva o si soy yo el que le arrastra; o si no es más bien el demonio de la aventura el que nos hostiga así a los dos. Hemos sido presentados a él por el demonio del tedio, con quien habíamos trabado conocimiento a bordo... ¡Ah, dear! Hay que vivir en un yate para saber lo que es el tedio. Con tiempo borrascoso, la vida allí puede soportarse todavía; participa uno de la agitación del barco. Pero a partir de Tenerife, ni una ráfaga de viento, ni una arruga sobre el mar

...gran espejo
de mi desesperación.

¿Y sabe usted a qué me he dedicado desde entonces? A odiar a Vicente. Sí, querido; pareciéndonos el amor demasiado insípido, hemos tomado la determinación de odiarnos. A decir verdad la cosa ha empezado mucho antes; sí, desde que embarcamos; al principio no era más que irritación, una sorda animosidad que no impedía los cuerpo a cuerpo. Con el buen tiempo, la cosa se ha puesto feroz. ¡Ah! Ahora sé ya lo que es sentir una pasión por alguien...»

Quedaba todavía mucho de la carta.

—No necesito leer más —dijo Eduardo devolviéndosela a Passavant—. ¿Cuándo regresa?

—Lady Griffith no habla de volver.

Librodot

A Passavant le mortificaba que Eduardo no mostrase más afán por aquella carta. Desde el momento en que le permitía leerla, debía tomar aquella falta de curiosidad por una afrenta. Rechazaba de buena gana los ofrecimientos, pero soportaba difícilmente que los suyos fuesen rechazados. Aquella carta le había llenado de tranquilidad. Sentía cierto afecto por Lilian y por Vicente; incluso, se había probado que podía ser afable con ellos, caritativo; pero su afecto disminuía en cuanto se prescindía de él. Que al separarse de él no hubiesen dirigido sus dos amigos su rumbo hacia la felicidad, era algo que le invitaba a pensar: está bien hecho.

En cuanto a Eduardo, su dicha matinal era demasiado sincera para que pudiese, ante la descripción de unos sentimientos insensatos, dejar de sentir vergüenza. Devolvió la carta sin afectación ninguna.

Importábale a Passavant recobrar en seguida su influencia.

—¡Ah! Quería decirle a usted también. Como sabrá, había yo pensado en Oliverio para la dirección de una revista. Claro es que ya no hay caso.

—Ni que decir tiene —replicó Eduardo, a quien Passavant, sin darse cuenta, libraba de una gran preocupación. Este último comprendió, por el tono de Eduardo, que acababa de hacerle el juego, y sin tomarse el tiempo de morderse los labios:

—Las ropas dejadas por Oliverio están en la habitación que él ocupaba. ¿Trae un taxi, verdad? Van a llevarlas a él. Y, a propósito, ¿cómo sigue?

—Muy bien.

Passavant se había levantado y Eduardo hizo lo mismo. Ambos se separaron con un saludo de lo más frío.

La visita de Eduardo había molestado de un modo terrible al conde de Passavant.

—¡Uf! —dijo viendo entrar a Strouvilhou.

Aunque Strouvilhou le hiciese frente, Passavant se sentía a gusto con él. Verdad era que tenía que habérselas con una persona de cuidado: lo sabía, pero se creía de talla y se jactaba de demostrárselo.

—Siéntese usted, mi querido Strouvilhou —dijo empujando hacia él un sillón—. Me alegro mucho de verle.

—Me ha llamado usted, conde. Aquí estoy a su disposición.

Strouvilhou fingía a menudo con él una insolencia de lacayo; pero Passavant estaba acostumbrado a su carácter.

—Vayamos al grano; es hora, como decía aquél, de salir de debajo de los muebles. Ha desempeñado usted ya muchos oficios... Quería proponerle hoy un verdadero cargo de dictador. Apresurémonos a añadir que no se trata más que de literatura.

—Tanto peor.

Y luego, mientras Passavant le ofrecía su petaca:

—Si usted me lo permite, prefiero...

—Yo no permito nada. Con sus atroces puros de contrabando va usted a dejarme apestando la habitación. No he comprendido nunca el placer que puede sacarse fumando eso.

—¡Oh! Yo no digo que me entusiasme. Pero molesta a los vecinos.

—¿Siempre revoltoso?

—No hay que tomarme, sin embargo, por un imbécil.

Y sin contestar directamente a la proposición de Pas savant, creyó oportuno explicarse y establecer bien sus po siciones; ya se vería después. Continuó:

—La filantropía no ha sido nunca mi fuerte.

Librodot

—Ya sé, ya sé —dijo Passavant.

—Ni el egoísmo tampoco. Y eso es lo que no sabe usted... ¡Quisieran hacernos creer que no hay más escape del egoísmo que el altruismo, más feo todavía! En cuanto a mí, pretendo que si existe algo más despreciable y más abyecto que el hombre, son los hombres. Ningún razonamiento podría convencerme de que la suma de unidades sórdidas pueda dar un total exquisito. No me ocurre jamás subir a un tranvía o un tren sin desear ardientemente un hermoso accidente que haga puré toda esa porquería viva; ¡oh, incluyéndome yo, caray!; entrar en una sala de espectáculos sin desear el derrumbamiento de la lámpara o la explosión de una bomba; y aunque tuviese yo que saltar con todo ello, la llevaría gustoso debajo de mi americana si no me reservase para algo mejor. ¿Decía usted?...

—No; nada; siga usted, le escucho. No es usted de esos oradores que esperan el látigo de la contradicción para arrancar.

—Es que me ha parecido oírle ofrecerme una copa de su inestimable oporto.

Passavant sonrió.

—Y conserve usted la botella a su lado —dijo entregándosela—. Vacíela, si quiere, pero hable.

Strouvilhou llenó su copa, se arrellanó en un profundo sillón y comenzó:

—No sé si tendré lo que llaman un corazón seco; siento demasiada indignación, demasiado asco, para creerlo; y no me importa. Verdad es que he reprimido durante lar go tiempo, en ese órgano todo cuanto corría el riesgo de enternecerme. Pero no soy incapaz de admiración y de una especie de abnegación absurda: porque, en calidad de hombre, me desprecio y me odio lo mismo que al prójimo. Oigo repetir siempre y en todas partes que la lite ratura, las artes, las ciencias, trabajan, en última instan cia, por el bienestar de la humanidad; esto bastaría para hacérmelas repugnantes. Pero nada me impide dar la vuel ta a la proposición, y, desde ese momento, respiro. Sí, lo que me complace imaginar es, por el contrario, la huma nidad servil trabajando en algún monumento cruel: un Bernardo Palissy (¡qué lata nos han dado con el tal!) quemando a su mujer y a sus hijos, y quemándose él mis mo, para conseguir el brillo de una bella porcelana. Me gusta dar la vuelta a los problemas. ¡Qué quiere usted!

Mi temperamento es así: por lo cual esos problemas se sostienen en mejor equilibrio, con la cabeza hacia abajo. Y si no puedo soportar la idea de un Cristo sacrificándose por la salvación ingrata de todas esas gentes atroces con quienes me codeo, encuentro cierta satisfacción e, incluso, una especie de serenidad, en imaginar a esa turba pudriéndose para producir un Cristo... Aunque preferiría otra cosa, porque toda la enseñanza de Aquél no ha ser vido más que para hundir a la humanidad un poco más hondamente en el lodo. La desgracia viene del egoísmo de los feroces. Una ferocidad abnegada: esto produciría grandes cosas. Protegiendo a los desdichados, a los débiles, a los raquíticos, a los heridos, equivocamos el camino; por eso aborrezco la religión que nos lo enseña. La gran paz que los propios filántropos pretenden extraer de la contemplación de la naturaleza, fauna y flora, se debe a que, en el estado salvaje, sólo los seres robustos medran; todo lo demás, residuo, sirve de abono. Pero no se sabe ver esto; no quieren reconocerlo.

—¡Sí, sí! Yo lo reconozco gustoso. Siga usted.

—Y dígame si no es vergonzoso, miserable... que el hombre haya hecho tanto por obtener razas soberbias de caballos, de ganado, de aves de corral, de cereales y de flores, y que él mismo, por él mismo, siga aún buscando en la medicina un alivio a sus miserias, en la caridad un paliativo, en la religión un consuelo y en la embriaguez el olvido. En el mejoramiento de la raza es en lo que hay que trabajar. Pero toda selección implica la supresión de los anormales, y a eso no podría decidirse nuestra sociedad cristiana. Ni siquiera sabe asumir la tarea de castrar a los degenerados; que son los más prolíficos. Lo que haría falta no son hospitales, sino yeguadas.

—¡Caramba!, me agrada usted así, Strouvilhou.

Librodot

—Temo que se haya usted equivocado respecto a mí, hasta hoy, conde. Me ha tomado usted por un escéptico Í y yo soy un idealista, un místico. El escepticismo no ha producido nunca nada bueno. Por lo demás, ya se sabe adonde conduce... ¡a la tolerancia! Tengo a los escépticos por gente sin ideal, sin imaginación; por unos tontos... Sé perfectamente todas las delicadezas y sutilezas sentimentales que suprimiría la creación de esa humanidad robusta; pero no quedaría aquí nadie para echar de menos esas delicadezas, puesto que se habría suprimido con ellas, a los delicados. No se engañe usted, tengo lo que llaman cultura y sé muy bien que, ciertos griegos, habían entrevisto mi ideal; por lo menos, me complace imaginarlo y recordar que Coré, hija de Ceres, bajó a los Infiernos llena de piedad por las sombras; pero que, una vez que llegó a ser la esposa de Plutón, ya no la llama Hornero más que «la implacable Proserpina». Véase la *Odisea*, Canto sexto. «Implacable»; eso es lo que debe ser un hombre que pretende ser virtuoso.

—Me alegra verle a usted volver nuevamente a la literatura... si es que nos habíamos separado de ella alguna vez. Le pregunto a usted, virtuoso Strouvilhou: ¿aceptaría usted convertirse en un implacable director de revista?

—A decir verdad, mi querido conde, debo confesarle que, de todas las nauseabundas emanaciones humanas, la literatura es una de las que más asco me dan. No veo en ella más que complacencias y adulaciones. Y dudo de que pueda llegar a ser otra cosa, al menos mientras no haya barrido el pasado. Vivimos sobre sentimientos admitidos y que el lector se imagina experimentar, porque cree todo lo que se imprime; el autor especula sobre eso como sobre convenciones que él cree que son las bases de su arte. Estos sentimientos suenan mal, como fichas, pero circulan. Y como ya se sabe que «la mala moneda ahuyenta a la buena», el que ofreciese al público monedas auténticas parecería pagarnos de boquilla. En un mundo en que todos son fulleros, el hombre veraz es el que pasa por charlatán. Se lo advierto a usted: si dirijo una revista será para deshacer entuertos, para despreciar todos los bellos sentimientos y esos pagarés que son las palabras.

—¡Caramba! Me gustaría saber cómo va usted a arre glárselas.

—Déjeme usted y ya lo verá. He pensado en eso con frecuencia.

—No le comprenderá a usted nadie, ni nadie le seguirá.

—¡Vamos! Los jóvenes más despabilados están hoy prevenidos contra la inflación poética. Saben el vacío que se esconde tras los ritmos sabios y las sonoras cantinelas líricas. Que proponga alguien demoler, y se encontrarán brazos siempre. ¿Quiere usted que fundemos una escuela que no tenga más finalidad que derruirlo todo?... ¿Le asus ta a usted?

—No... si no pisotean mi jardín.

—Hay mucho de que ocuparse en otras partes... entretanto. La hora es propicia. Conozco algunos que no esperan más que un toque de llamada; los más jóvenes... Sí, ya sé que eso le gusta; pero le advierto que no se dejarán embaucar... Me he preguntado, a veces, por qué prodigio va por delante la pintura y cómo es que la literatura se ha dejado adelantar así... ¡En qué descrédito ha caído, hoy día, lo que se acostumbra a considerar, en pintura, como el «motivo»! ¡Un «bello asunto», es cosa que hace refr! Los pintores no se atreven ya a arriesgarse a hacer un retrato, más que a condición de eludir todo parecido. Si llevamos adelante nuestra tarea, y puede usted contar conmigo para eso, no pido ni dos años para que un poeta de mañana se crea deshonrado si comprende lo que quiere decir. Sí, conde, ¿quiere usted apostar algo? Se considerarán antipoéticos, todo sentido y todo significado. Propongo que trabajemos con ayuda de lo ilógico. ¡Qué bello título para una revista es: «*Los limpiadores*»!

Passavant había escuchado impertérrito.

—Y entre sus acólitos —repuso después de un silencio—, ¿cuenta usted a su joven sobrino?

—Leoncito es un muchacho puro. Se experimenta un verdadero placer en instruirle. Antes del verano, le pareció divertido pasar a los primeros de su clase y llevarse todos los premios. Desde la apertura de curso no hace absolutamente nada; no sé qué estará tramando; pero confío en él, y sobre

Librodot

todo, no quiero darle la lata.

—¿Me lo traería usted?

—Creo que bromea usted, conde... ¿Entonces, esa revista...?

—Ya volveremos a hablar de ella. Necesito dejar que maduren en mí sus proyectos. Entretanto, debía usted propocionarme un secretario; el que tenía ha dejado de agradarme.

—Le mandaré mañana al pequeño Cob-Lafleur, a quien debo ver luego y que servirá, sin duda.

—¿Es del género de los «limpiadores»?

—Un poco.

—*Ex uno...*

—No; no los juzgue a todos por él. Éste es de los moderados. Muy indicado para usted.

Sírouvilhou se levantó.

—A propósito —repuso Passavant—, me parece que no le he dado a usted mi libro. Siento no tener ya ejemplares de la primera edición.

—Como no pienso venderlo, eso no tiene importancia.

—La impresión es mejor, simplemente.

—¡Oh! Como no pienso tampoco leerle... Hasta la vista. Y, si usted quiere, a su disposición. Honradísimo en saludarle.

Librodot

XII

DIARIO DE EDUARDO:

EDUARDO RECIBE A DOUVIERS Y LUEGO A PROFITENDIEU

»He traído sus ropas a Oliverio. En cuanto he vuelto de casa de Passavant, me he puesto a trabajar. Exaltación serena y lúcida. Alegría desconocida hasta hoy. Escritas treinta páginas de *Los monederos falsos*, sin vacilaciones ni tachaduras. Como un paisaje nocturno al resplandor repentino de un relámpago, todo el drama surge de la sombra, muy distinto de lo que me esforzaba en vano por inventar. Los libros que he escrito hasta ahora me parecen comparables a esas fuentes de los jardines públicos, de un contorno preciso, perfecto quizá, pero donde el agua cautiva no tiene vida. Ahora voy a dejarla correr por su pendiente, tan pronto rápida como lenta, en arabescos que no quiero prever.

»X. sostiene que el buen novelista debe, antes de empezar su libro, saber cómo acabará ese libro. Yo, que dejo que vaya el mío a la aventura, considero que la vida no nos propone nunca nada que, de igual modo que una conclusión, no pueda ser considerado como un nuevo punto de partida. «Podría continuarse...»: con estas palabras quisiera yo terminar mis *Monederos Falsos*.

»Visita de Douviers. Es, decididamente, un bonísimo muchacho.

»Como exagerase yo mi simpatía, he tenido que soportar unas efusiones bastante molestas. Al mismo tiempo que le hablaba, me repetía yo estas palabras de La Rochefoucauld: "Soy poco sensible a la compasión; y quisiera no serlo en absoluto... Creo que hay que contentarse con manifestarla y guardarse mucho de tenerla». Y, sin embargo, mi simpatía era auténtica, innegable y me sentía emocionado hasta llorar. A decir verdad, me ha parecido que mis lágrimas le han consolado más aún que mis palabras. Creo, incluso, que ha renunciado a su tristeza en cuanto me ha visto llorar.

»Estaba firmemente resuelto a no revelarle el nombre del seductor; pero, ante mi asombro, no me lo ha preguntado. Creo que sus celos se desvanecen en cuanto no se siente ya contemplado por Laura. En todo caso, su gestión ante mí acababa de amenguar un poco la energía de aquéllos.

»Hay cierta parte ilógica en su caso; le indigna que el otro haya abandonado a Laura. Le he hecho notar que, sin ese abandono, Laura no habría vuelto a él. Promete querer al niño como querría a uno suyo. ¿Quién sabe si hubiese podido conocer los goces de la paternidad, sin el seductor? Es lo que me he guardado de decirle, porque, al recordar sus insuficiencias, se exasperan sus celos. Pero, desde este momento degeneran en amor propio y dejan de interesarme.

»Que un Ótelo sea celoso, se comprende; la imagen del placer gozado por su mujer con otro, le obsesiona. Pero un Douviers, para llegar a ser celoso, tiene que figurarse que debe serlo.

»E indudablemente alimenta en él esta pasión por una secreta necesidad de dar realce a su personaje, un poco desdibujado. La felicidad sería natural para él; pero necesita admirarse y es lo logrado y no lo natural, lo que él aprecia. Me he esforzado, pues, en describirle la simple felicidad más meritoria que el tormento y muy difícil de alcanzar. No le he dejado marchar hasta no verle tranquilizado.

»Inconsecuencia de los caracteres. Los personajes que, de una a otra punta de la novela o del drama, obran exactamente como hubiera podido preverse... Se ofrece a nuestra admiración esta constancia, en lo que reconozco, por el contrario, que son artificiales y elaborados.

»Y no pretendo que la inconsecuencia sea el indicio cierto de lo espontáneo, porque encuentra uno, especialmente en las mujeres, muchas inconsecuencias fingidas; por otra parte, puedo admirar, en algunas raras, lo que se llama "el espíritu de continuación"; pero, la mayoría de las veces, esta consecuencia del ser no se logra más que por un aferramiento vanidoso y a expensas de lo espontáneo. Cuanto más generoso de fondo es el individuo, más aumentan sus posibilidades, más

Librodot

dispuesto está a cambiar, menos deja que su pasado decida de su porvenir. El *justum et tenacem propositi virum* que se nos presenta como modelo, no ofrece, la mayoría de las veces, más que un suelo rocoso y refractario al cultivo.

»He conocido algunos de otra nueva clase, que se crean asiduamente una consciente originalidad y cuya principal preocupación consiste, después de haber elegido unos cuantos usos, en no apartarse nunca de ellos; que permanecen alerta y no se permiten ningún abandono. (Pienso en X., que rechazaba la copa de Montrachet 1904, que yo le ofrecía: "No me gusta más que el Burdeos", decía. En cuanto se lo hice pasar por un Burdeos, le pareció exquisito el Montrachet.)

»Cuando era yo más joven, adoptaba resoluciones, que me imaginaba eran virtuosas. Me preocupaba menos ser quien era, que llegar a ser el que yo pretendía ser. Ahora me falta poco para ver en la irresolución el secreto de no envejecer.

»Oliverio me ha preguntado en qué trabajaba. He cedido al impulso de hablarle de mi libro, e incluso, de leerle, tan interesado parecía, las páginas que acababa de escribir. Temía yo su juicio, conociendo la intransigencia de la juventud y la dificultad que tiene para admitir un punto de vista distinto al suyo. Pero las pocas observaciones que se ha arriesgado a hacer tímidamente, me han parecido de lo más sensatas, hasta el punto de que las he aprovechado en seguida.

»Por él, a través de él, siento y respiro.

»Sigue estando preocupado de esa revista que debía dirigir y, en especial, de ese cuento, que él desaprueba, escrito a petición de Passavant. Las nuevas disposiciones tomadas por éste darán origen, le he dicho, a una modificación del sumario; podrá recuperar su original.

»He recibido la visita, bien inesperada, del señor Profitendieu, juez de instrucción. Se secaba la frente y respiraba muy fuerte, más que jadeante, por haber subido mis seis pisos, violento, según me ha parecido. Traía su sombrero en la mano y no ha accedido a sentarse hasta que le he invitado a ello. Es un hombre de buen aspecto, bien formado y de una innegable prestancia.

»—Es usted, según creo, cuñado del presidente Molinier —me ha dicho—. Es, precisamente, a propósito de su hiio Jorge por lo que me he permitido venir a verle. Espero que sabrá usted disculpar una gestión que puede parecerle al principio indiscreta, pero que el afecto y la estimación que profeso a mi compañero bastarán a explicar a usted.

»Hizo una pausa. Me levanté y dejé caer la cortina por temor a que la asistenta, que es muy curiosa y que sabía yo que estaba en la habitación contigua, pudiese oír. Profitendieu aprobó mi proceder con una sonrisa.

»—En mi calidad de juez de instrucción —continuó—, tengo que ocuparme de un asunto que me desagrada extremadamente. Su joven sobrino se había comprometido ya anteriormente en una aventura... —que esto quede entre nosotros, ¿verdad?— una aventura bastante escandalosa, en la que quiero creer, dada su corta edad, que su buena fe y su inocencia fueron sorprendidas; pero en la que he necesitado emplear, lo confieso, cierta habilidad para... sobreseer, sin perjudicar los intereses de la justicia. Ante una reincidencia... de otro género, me apresuro a añadir... no puedo responder de que el joven Jorge salga tan bien librado. No sé, incluso, si será beneficioso para el muchacho intentar librarle de ello, a pesar de todo el deseo amistoso que tendría yo en evitar este escándalo a su cuñado. Lo intentaré, sin embargo; pero tengo a mis órdenes agentes celosos cumplidores de su deber y a quienes no siempre puedo contener. O, si usted lo prefiere, hoy puedo contenerles aún; pero el día de mañana ya no podré. Por eso he pensado que debía usted hablar a su cuñado, decirle a lo que se expone...

»La visita de Profitendieu, por qué no confesarlo, me había inquietado terriblemente al principio; pero en cuanto comprendí que no venía ni como enemigo ni como juez, me sentí más bien divertido. Mi diversión aumentó aún más cuando él prosiguió:

»—Desde hace algún tiempo, vienen circulando monedas falsas. Estoy informado de ello. No he conseguido todavía descubrir su procedencia. Pero sé que el joven Jorge —quiero creer que

Librodot

con toda inconsciencia— es uno de los que las utilizan y las ponen en circulación. Son unos cuantos, de la edad de su sobrino, los que se prestan a ese tráfico vergonzoso. No dudo que se abusa de su inocencia y que esos niños sin discernimiento desempeñan el papel de víctimas en manos de varios culpables mayores. Hubiéramos podido ya detener a los delincuentes menores y hacerles confesar, sin dificultad, la procedencia de esas monedas; pero demasiado sé que, pasado cierto límite, un asunto se nos escabulle, por decirlo así... es decir, que un sumario no puede retroceder y que nos vemos obligados a enterarnos de lo que preferiríamos a veces ignorar. En este caso creo que lograré descubrir a los verdaderos culpables sin tener que recurrir a las declaraciones de esos menores. He dado, pues, orden de que no se les inquiete. Pero esta orden es sólo provisional. Desearía yo que su sobrino no me obligue a rectificarla. Sería conveniente que él supiese que se le vigila. No haría usted mal, incluso, en asustarle un poco; va por mal camino...

»Le aseguré que haría lo posible por advertírselo, pero Profitendieu parecía no escucharme. Su mirada se perdió.

Repitió por dos veces: «por lo que se llama un mal camino»; luego enmudeció.

»No sé cuanto tiempo duró su silencio. Sin que formulase su pensamiento, parecíame verle desarrollarse en él, y oía ya, antes de que él las pronunciase, sus palabras:

»—También yo soy padre, caballero...

»Y todo cuanto había dicho al principio se disipó; no hubo ya entre nosotros más que Bernardo. Lo demás, era sólo un pretexto; a lo que venía era a hablarme de él.

»Si me molesta la efusión, si la exageración de los sentimientos me importuna, nada, en cambio, podía conmoverme más que aquella emoción contenida. Intentaba él contenerla lo mejor que podía, pero con tal esfuerzo que sus labios y sus manos temblaron. No pudo seguir. De pronto, ocultó su rostro en las manos, y la parte alta de su cuerpo se movió agitada por los sollozos.

»—Ya ve usted —balbuceaba—, ya ve usted, caballero, que un niño puede hacernos muy desdichados.

»¿Qué necesidad tenía de soslayar la cosa? Emocionadísimo también yo:

Si Bernardo le viese —exclamé—, su corazón se des garraría; se lo aseguro.

»No dejaba yo, sin embargo, de estar muy embarazado. Bernardo no me había hablado casi nunca de su padre. Había yo admitido que hubiese abandonado a su familia, dispuesto como estoy, a considerar semejante deserción como naturalísima, y a no ver en ello más que la mayor ventaja para el muchacho. Uníase a esto, en el caso de Bernardo, el complemento de su bastardía... Mas he aquí que se revelaban en su falso padre unos sentimientos tanto más fuertes sin duda cuanto que escapaban a la obligación y tanto más sinceros cuanto que a nada estaban obligados. Y ante aquel cariño y aquella pena, érame forzoso preguntarme si Bernardo había tenido razón en marcharse. No me sentía ya capaz de aprobar su conducta.

»—Recurra a mí si cree usted que puedo serle útil —le dije—, si cree usted que deba hablarle. Tiene buen corazón.

»—Ya lo sé, ya lo sé... Sí, usted puede hacer mucho. Sé que ha estado con usted este verano. Mi policía está bastante bien organizada... Sé también que se presenta hoy justamente a su examen oral. He elegido el momento en que sabía que debía estar en la Sorbona para venir a verle a usted. Temía encontrármele.

»Desde hacía unos instantes mi emoción cedía, porque acababa de notar que el verbo "saber" figuraba en casi todas sus frases. Me sentí inmediatamente menos preocupado por lo que me decía que de observar aquel hábito que podía ser profesional.

»Me dijo que "sabía" igualmente que Bernardo había aprobado con brillantez su examen escrito. La complacencia de uno de los profesores examinadores, que resultaba ser amigo suyo, le había permitido ver la composición francesa de su hijo, que, al parecer, era de las más notables. Hablaba de Bernardo con una especie de admiración contenida que me hacía sospechar si después

Librodot

de todo, no se creía él quizá su verdadero padre.

»—Caballero —añadió—, no vaya usted sobre todo a contarle esto. Es de un carácter tan orgulloso, tan irritable... Si sospechase que desde su salida de casa no he cesado de pensar en él, de seguirle... Pero, sin embargo, lo que puede usted decirle es que me ha visto usted. (Respiraba trabajosamente entre cada frase.) Lo que sólo usted puede decirle es que no le guardo rencor (y luego con una voz que desfallecía): que no he dejado nunca de quererle... como a un hijo. Sí, ya sé que usted sabe... También puede usted decirle (y, sin mirarme, con dificultad, en un estado de confusión extraordinaria): que su madre se ha ido de mi lado... sí, definitivamente, este verano; y que, si él quisiese volver, yo...

»No pudo acabar.

»Un robusto hombretón, positivo, bien situado en la vida, sólidamente asentado en su carrera, que, de pronto, renunciando a toda ostentación, se franquea y confiesa ante un extraño, dándole a éste, que era yo, un espectáculo realmente extraordinario. He podido comprobar una vez más, en esta ocasión, que me emocionan con más facilidad las efusiones de un desconocido que las de un familiar. Otro día intentaré explicarme acerca de esto.

»Profitendieu no me ocultó las prevenciones que sentía al principio respecto a mí, por no explicarse entonces, y explicándoselo mal todavía, que Bernardo hubiera abandonado su hogar para ir a reunirse conmigo. Era lo que le había retenido al principio de intentar verme. No me atreví a contarle la historia de mi maleta y hablé tan sólo de la amistad de su hijo con Oliverio, a favor de la cual, le dije, habíamos intimado en seguida.

»—Estos muchachos —continuó Profitendieu—, se lanzan a la vida sin saber a lo que se exponen. La ignorancia de los peligros constituye, indudablemente, su fuerza. Pero nosotros los padres, que los conocemos, temblamos por ellos. Nuestra solicitud les irrita y lo mejor es no dejársela sentir demasiado. Sé que se muestra muy inoportuna y torpemente a veces. Mejor que repetir sin cesar al niño que el fuego quema, consintamos en dejarle que se queme un poco. La experiencia instruye con mayor seguridad que el consejo. He concedido siempre el máximum de libertad posible a Bernardo. Hasta hacerle creer ¡ay! que no me preocupaba mucho de él. Temo que no lo haya sabido comprender y de ahí su fuga. Hasta en eso, he creído preferible dejarle hacer, velando al mismo tiempo por él y sin que lo sospechase. A Dios gracias disponía de medios para ello. (Profitendieu cifraba evidentemente en eso su vanidad y se mostraba especialmente orgulloso de la organización de su policía; es la tercera vez que me hablaba de ello.) He creído que debía yo guardarme de disminuir, a los ojos del muchacho, los peligros de su iniciativa. ¿Y si le confesase a usted que ese acto de rebeldía, a pesar del dolor que me ha causado, no ha hecho sino atarme más a él? He sabido ver en él una prueba de audacia, de valor...

»Ahora que estaba en confianza, el buen hombre no sabía acabar. Intenté llevar la conversación hacia lo que me interesaba más y, sin más rodeos, le pregunté si había visto aquellas monedas falsas de las que me habló al principio. Sentía curiosidad por saber si eran parecidas a la monedita de cristal que Bernardo nos había enseñado. No bien le hablé de ésta, Profitendieu cambió de cara; sus párpados se entornaron, mientras se encendía, en el fondo de sus ojos, una llama singular; sobre sus sienes se marcó la pata de gallo; sus labios se fruncieron; la atención estiró hacia arriba sus rasgos. Todo cuanto me había dicho al principio pasó a segundo término. El juez se adueñaba del padre y ya no existía para él más que la profesión. Me abrumó a preguntas, tomó notas y habló de enviar un agente a Saas-Fée, para tomar los nombres de los viajeros en los registros de los hoteles.

»—Aunque lo más verosímil —añadió—, es que esa moneda falsa haya sido entregada a su tendero por algún aventurero de paso y en un lugar que no habrá hecho más que cruzar.

»A lo cual repliqué que Saas-Fée se encontraba en el fondo de un valle y que no se podía ir y volver allí en un mismo día. Se mostró especialmente satisfecho de este último dato y se marchó

Librodot

entonces, después de haberme dado las gracias efusivamente, con un aire absorto, extasiado y sin volver a hablar ya de Jorge ni de Bernardo.»

Librodot

XIII
BERNARDO Y EL ÁNGEL

Bernardo debía comprobar aquella mañana que, para un espíritu tan generoso como el suyo, no existe mayor alegría que alegrar a otro ser. Este goce le estaba vedado. Acababa de ser aprobado con nota en su examen, y, como no tenía a nadie a su lado a quien comunicarle aquella grata noticia, ésta le pesaba. Bernardo sabía muy bien que a quien más le hubiese alegrado aquello era a su padre. Pensó incluso un momento en ir en seguida a decírsele; pero le detuvo el orgullo. ¿A Eduardo? ¿A Oliverio? Era realmente dar demasiada importancia a un diploma. Era bachiller. ¡Valiente cosa! Ahora es cuando empezaba lo difícil.

En el patio de la Sorbona vio a uno de sus compañeros, aprobado como él, que se apartaba de los otros y lloraba. Aquel compañero iba de luto. Bernardo sabía que acababa de perder a su madre. Un gran impulso de simpatía le empujaba hacia el huérfano; se acercó a él; y luego, por un pudor absurdo, pasó de largo. El otro, que le vio acercarse y luego pasar, se avergonzó de sus lágrimas; estimaba a Bernardo y le dolió lo que él creyó desprecio.

Bernardo entró en el jardín del Luxemburgo. Se sentó en un banco, en aquel mismo sitio del jardín donde fue a buscar a Oliverio la tarde en que buscaba cobijo. El aire era casi tibio y el azul le sonreía a través de las ramas, ya desnudas, de los grandes árboles. Dudaba uno si se iba realmente hacia el invierno; unos pájaros arrulladores se engañaban allí. Pero Bernardo no miraba el jardín; veía extenderse ante él el océano de la vida. Dicen que hay caminos en el mar; pero no están trazados y Bernardo no sabía cuál era el suyo.

Meditaba desde hacía unos instantes cuando vio acercarse a él, deslizante y con un paso tan leve que se sentía que hubiese podido posarse sobre las alas, un ángel. Bernardo no había visto nunca ángeles, pero no vaciló un momento, y cuando el ángel le dijo: «Ven», se levantó dócilmente y le siguió. No se sorprendía como no se hubiera sorprendido en un sueño. Intentó más tarde recordar si el ángel le había cogido de la mano, pero en realidad no se tocaron e incluso conservaban entre ellos cierta distancia. Volvieron ambos a aquel patio donde Bernardo había dejado al huérfano, decidido a hablarle; pero el patio estaba ahora vacío.

Bernardo se encaminó, acompañado del ángel, hacia la iglesia de la Sorbona, donde el ángel entró primero y en la que Bernardo no había entrado nunca. Circulaban otros ángeles por aquel sitio; pero Bernardo no poseía los ojos que se necesitaban para verlos. Una paz desconocida le envolvía. El ángel se acercó al altar mayor y Bernardo, al verle arrodillarse, se arrodilló igualmente junto a él. No creía en ningún Dios, de modo que no podía rezar; pero su corazón estaba henchido de una amorosa necesidad de entrega, de sacrificio; se ofrecía. Su emoción seguía siendo tan confusa que no hubiese podido expresarla palabra alguna; pero, de pronto, el canto del órgano se elevó.

—De igual modo te ofrecías a Laura —dijo el ángel; y Bernardo sintió correr las lágrimas por sus mejillas—. Ven, sigúeme.

Bernardo, mientras el ángel le arrastraba, chocó casi con uno de sus antiguos compañeros que acababa de examinarse también del oral. Bernardo le tenía por un mal estudiante y se extrañaba de que hubiese aprobado. El mal estudiante no había visto a Bernardo: éste le vio deslizar unas monedas en la mano del sacristán para comprar un cirio. Bernardo se alzó de hombros y salió.

Cuando se encontró de nuevo en la calle, notó que el ángel le había abandonado. Entró en una cigarrería, precisamente en aquella donde Jorge, ocho días antes, había pasado su moneda falsa. Otras muchas había pasado desde entonces. Bernardo compró una cajetilla y fumó. ¿Por qué se había marchado el ángel? ¿No tenían nada que decirse Bernardo y él?... Dieron las doce. Bernardo tenía hambre. ¿Volvería al pensionado? ¿Iría a buscar a Oliverio y a compartir con él el almuerzo de

Librodot

Eduardo?... Vio si tenía bastante dinero en el bolsillo y entró en un restaurante. Cuando terminaba de comer, una voz dulce murmuró:

—Ha llegado el momento de que hagas tus cuentas. Bernardo volvió la cabeza. El ángel estaba de nuevo a su lado.

—Vas a tener que decidirte —decía—. Has vivido únicamente a la ventura. ¿Dejarás que disponga de ti el azar? Quieres servir de algo. Importa saber para qué.

—Enséñame; guíame —dijo Bernardo.

El ángel llevó a Bernardo a un salón lleno de gente. En el fondo del salón había un estrado y sobre aquel estrado una mesa cubierta con un paño carmesí. Sentado detrás de la mesa, un hombre, joven todavía, hablaba.

—Es una gran locura —decía— pretender descubrir nada. No tenemos nada que no hayamos recibido. Cada uno de nosotros debe comprender, por joven que sea, que dependemos de un pasado y que este pasado nos obliga. Él nos traza todo nuestro porvenir.

Cuando acabó de desarrollar este tema, otro orador ocupó su puesto, empezó por aprobarle y luego se alzó contra el presuntuoso que pretende vivir sin doctrina o guiarse él por sí mismo y conforme a sus propias luces. —Nos ha sido legada una doctrina —decía—. Ha durado ya muchos siglos. Es seguramente la mejor y es la única; cada uno de nosotros debe probarlo. Es la que nos han transmitido nuestros maestros. Es la de nuestro país que, cada vez que reniega de ella, tiene que pagar muy caro su error. No se puede ser buen francés sin conocerla, ni conseguir nada bueno sin adherirse a ella.

A este segundo orador le sucedió un tercero, que agradeció a los otros dos el haber trazado tan bien lo que él llamó la teoría de su programa; luego explicó que aquel programa tendía nada menos que a la regeneración de Francia, gracias al esfuerzo de cada uno de los miembros de su partido. Él se decía hombre de acción; afirmaba que toda teoría encuentra en la práctica su fin y su prueba y que todo buen francés estaba obligado a ser combatiente.

—Pero ¡ay! —añadía—, ¡qué de fuerzas aisladas, perdidas! ¡Cuál no sería la grandeza de nuestro país, la brillantez de las obras, el realce de la valía de cada cual, si estas fuerzas estuviesen ordenadas, si esas obras celebrasen la regla, si todos se afiliasen!

Y mientras continuaba, empezaron a circular unos jóvenes entre la concurrencia, repartiendo boletines de adhesión, en los cuales no faltaba más que la firma.

—Querías ofrecerte —dijo entonces el ángel—. ¿Qué esperas?

Bernardo cogió una de aquellas hojas que le tendían, cuyo texto empezaba con estas palabras: «Me comprometo solemnemente a...» Leyó y luego miró al ángel y vio que éste le sonreía; dirigió la vista después hacia la concurrencia, y reconoció entre los jóvenes al nuevo bachiller de antes, que, en la iglesia de la Sorbona, encendía un cirio en agradecimiento a su triunfo; y, de pronto, divisó, un poco más lejos, a su hermano mayor, a quien no había vuelto a ver desde que abandonara la casa paterna. Bernardo no le quería y envidiaba un poco la consideración que parecía tenerle su padre. Estrujó nerviosamente el boletín.

—¿Crees que debo firmar?

—Sí, evidentemente, si dudas de ti —dijo el ángel.

—No dudo ya —dijo Bernardo, que arrojó lejos de sí el papel.

Entretanto, el orador continuaba. Cuando Bernardo volvió a escucharle enseñaba un medio seguro de no equivocarse nunca, que consistía en renunciar para siempre a juzgar por uno mismo, remitiéndose, en cambio, al juicio de sus superiores.

—¿Y quiénes son esos superiores? —preguntó Bernardo; y de pronto se apoderó de él una gran indignación.

—Si subieras al estrado —dijo al ángel y luchases con él, le vencerías sin dudaPero el ángel le

Librodot

contestó, sonriendo:

—Lucharé contra ti. Esta noche, ¿quieres?

—Sí —dijo Bernardo.

Salieron. Llegaron a los grandes bulevares. La multitud que se apiñaba en ellos estaba compuesta únicamente de gente rica; cada cual parecía seguro de sí, indiferente a los demás, aunque preocupado.

—¿Es la imagen de la felicidad? —preguntó Bernardo, que sintió su corazón rebosante de lágrimas.

Luego el ángel condujo a Bernardo a los barrios pobres, cuya miseria no había sospechado antes Bernardo. Caía la tarde. Vagaron largo rato entre largas casas sórdidas habitadas por la enfermedad, la prostitución, la vergüenza, el crimen y el hambre. Sólo entonces cogió Bernardo la mano del ángel, y el ángel se apartaba de él para llorar.

Bernardo no cenó aquella noche; y cuando volvió al pensionado, no quiso ir en busca de Sara, como había hecho las otras noches, sino que subió directamente al cuarto que ocupaba con Boris.

Boris estaba ya acostado, pero no dormía aún. Releía a la luz de una vela, la carta que había recibido de Bronja, aquella misma mañana.

»Temo, le decía su amiga, no volver a verte jamás. Me he resfriado al regresar a Polonia. Toso; y aunque el médico me lo oculte, siento que no podré vivir mucho.»

Al oír acercarse a Bernardo, Boris escondió la carta debajo de su almohada y apagó precipitadamente la vela.

Bernardo avanzó en la oscuridad. El ángel había entrado en el cuarto con él, pero, aunque la noche no era muy cerrada, Boris no veía más que a Bernardo.

—¿Duermes? —preguntó Bernardo en voz baja. Y como Boris no respondiera, Bernardo se convenció de que dormía.

—Ya estamos los dos solos —dijo Bernardo al ángel.

Y durante toda aquella noche, hasta que amaneció, lucharon.

Boris veía, confusamente, agitarse a Bernardo. Creyó que era su manera de rezar, y cuidó de no interrumpirle. Y, sin embargo, hubiese querido hablarle, porque sentía una gran angustia. Se levantó y se arrodilló al pie de su lecho. Hubiese querido rezar, pero no lograba más que decir sollozando:

—¡Oh, Bronja, tú que ves a los ángeles, tú que debías abrirme los ojos, me abandonas! Sin ti, ¿qué va a ser de mí? ¿Qué va a ser de mí?

Bernardo y el ángel estaban demasiado ocupados para oírle. Lucharon ambos hasta el alba. El ángel se retiró, sin que ninguno de los dos quedara vencedor.

Cuando, más tarde, salió Bernardo a su vez del cuarto, se cruzó con Raquel en el pasillo.

—Tengo que hablarte —le dijo ella.

Su voz era tan triste que Bernardo comprendió en seguida lo que tenía que decirle. No contestó nada, bajó la cabeza, y compadecido de Raquel, sintió de pronto odio hacia Sara y le horrorizó el placer que gozaba con ella.

Librodot

XIV

BERNARDO EN CASA DE EDUARDO

Alrededor de las diez, Bernardo entró en casa de Eduardo, con un maletín que era suficiente para contener la poca ropa y los escasos libros que poseía. Se había despedido de Azals y de la señora Vedel, pero no había intentado ver de nuevo a Sara.

Bernardo estaba muy serio. Su lucha con el ángel le había madurado. No se parecía ya en nada al despreocupado ladrón de la maleta que creía que en este mundo basta con ser osado. Empezaba a comprender que la felicidad ajena la paga con frecuencia la audacia.

—Vengo a buscar asilo a su lado —díjole a Eduardo—. Aquí estoy sin casa otra vez.

—¿Por qué ha dejado usted a los Vedel?

—Razones secretas... Permítame que no se las diga.

Eduardo había observado lo suficiente a Bernardo y a Sara, la noche del banquete, para comprender aproximadamente aquel silencio.

—Basta —dijo sonriendo—. El diván de mi estudio está a su disposición por esta noche. Creo debo decirle antes que su padre vino ayer a hablarme.

Y le refirió la parte de su conversación que juzgó más adecuada para conmoverle.

—No es en mi casa donde debía usted dormir esta noche, sino en la de él. Le espera a usted.

Bernardo callaba, sin embargo.

—Lo pensaré —dijo por último—. Permítame que deje aquí mi ropa, entre tanto. ¿Puedo ver a Oliverio?

—Hacía tan buen tiempo, que le he animado a tomar el aire. He querido acompañarle porque está todavía muy débil; pero ha preferido salir solo. Por lo demás, se ha ido hace una hora y no tardará en volver. Espérele... Pero, ahora que recuerdo... ¿y su examen?

—He sido aprobado; eso no tiene importancia. Lo que me importa es lo que voy a hacer ahora. ¿Sabe usted lo que me detiene, sobre todo, para volver a casa de mi padre? Pues que no quiero nada con su dinero. Le parecerá a usted, quizá, absurdo que desprecie esta suerte; pero me he jurado a mí mismo vivir sin él. Me interesa probarme que soy hombre de palabra, que puedo contar conmigo mismo.

—Yo veo en eso, sobre todo, orgullo.

—Llámelo usted como quiera: orgullo, presunción, suficiencia... El sentimiento que me anima, no podrá usted desacreditarlo ante mí. Pero he aquí lo que quisiera saber ahora: para dirigirse en la vida, ¿es necesario poner los ojos en un objetivo?

—Expliqúese.

—He discutido eso durante toda la noche. ¿En qué emplear esta fuerza que siento en mí? ¿Cómo sacar el mejor partido de mí mismo? ¿Dirigiéndome a un fin determinado? Pero, ¿cómo escoger ese fin? ¿Cómo conocerle, mientras no se alcanza?

—Vivir sin objeto es dejar que disponga de uno la ventura.

—Temo que no me comprenda usted bien. Cuando Colón descubrió América, ¿sabía hacia dónde navegaba? Su objeto era ir hacia adelante en derechura. Su objeto era él, y quien lo proyectaba ante sí mismo...

—He pensado con frecuencia —interrumpió Eduardo— que en arte, y especialmente en literatura, cuentan únicamente los que se lanzan hacia lo desconocido. No se descubre tierra nueva sin acceder a perder de vista, primeramente y por largo tiempo, toda costa. Pero nuestros escritores temen la alta mar; son tan sólo costeros.

Librodot

—Ayer, al salir de mi examen —continuó Bernardo sin escucharle—, entré, empujado por no sé qué demonio, en un salón donde se celebraba una reunión pública. Se trataba allí de honor nacional, de sacrificio por la Patria, de un montón de cosas que hacían latir mi corazón. Estuvo en un tris que firmase yo cierto papel, en el que me comprometía, por mi honor, a consagrar mi actividad al servicio de una causa que me parecía realmente bella y noble.

—Me alegro de que no haya usted firmado. Pero, ¿qué es lo que le detuvo a usted?

—Algún secreto instinto, sin duda... —Bernardo reflexionó unos instantes y luego añadió, sonriendo:

—Creo que fue, sobre todo, la cara de los adictos; empezando por la de mi hermano mayor, que reconocí en la reunión. Me pareció que todos aquellos jóvenes estaban animados por los mejores sentimientos del mundo y que hacían muy bien en abdicar de su iniciativa, porque no les hubiese llevado lejos su sentido común, ya que era escaso, ni su independencia de espíritu, ya que se hubiese encontrado muy pronto en el último trance. Me dije también que era bueno para el país que se pudiesen contar entre sus ciudadanos un gran número de esas buenas voluntades domésticas; pero que la voluntad mía no sería nunca de esas. Entonces fue cuando me pregunté cómo establecer una regla, puesto que no consentía en vivir sin regla y que esta regla no la aceptaba de otro.

—La respuesta me parece sencilla: encontrar esa regla en uno mismo; tener como fin el desenvolvimiento de sí.

—Sí... Eso fue lo que me dije. Pero no por eso me encontré más adelantado. Si todavía estuviese yo seguro de preferir lo mejor de mí, le daría preferencia sobre el resto. Pero no consigo siquiera conocer lo que de mejor hay en mí... He discutido toda la noche, le repito. Cerca ya del amanecer, estaba tan cansado que pensaba en anticiparme al llamamiento de mi quinta; en alistarme.

—Huir de la cuestión no es resolverla.

—Eso me dije, y, además, que esta cuestión, no por quedar aplazada, dejaría de planteárseme más seriamente, después de mi servicio. Y entonces he venido en busca de usted para oír su consejo.

—No tengo ninguno que darle. No puede usted encontrar ese consejo más que en usted mismo ni saber cómo debe usted vivir, más que viviendo.

—¿Y si vivo mal, esperando a decidir cómo he de vivir?

—Eso mismo le enseñará. Es bueno seguir la pendiente, con tal de que sea subiendo.

—¿Bromea usted? No; creo que le comprendo a usted y acepto su fórmula. Pero, mientras me desenvuelvo, como usted dice, tengo que ganarme la vida. ¿Qué le parecería a usted un relumbrante anuncio en los periódicos: «Joven de gran porvenir, utilizable para cualquier cosa»?

Eduardo se echó a reír.

—No hay nada más difícil de conseguir que «cualquier cosa». Mejor sería precisar.

—Pensaba yo en algunas de esas numerosas ruedecitas en la organización de un gran diario. ¡Oh! Aceptaría un puesto subalterno: corrector de pruebas, regente de imprenta... ¿Qué sé yo? ¡Necesito tan poco!

Hablaba con vacilación. En realidad, era una plaza de secretario lo que él deseaba; pero temía decírselo a Eduardo, a causa de su desengaño recíproco. Después de todo, no era culpa de él, si aquella tentativa de secretaría había fracasado tan lamentablemente.

—Quizá pueda yo —dijo Eduardo— hacerle entrar en el *Gran Diario*, a cuyo director conozco...

Mientras Bernardo y Eduardo conversaban así, Sara tenía con Raquel una explicación de las más desagradables. Que los reproches de Raquel han sido causa de la brusca partida de Bernardo, es

Librodot

lo que Sara comprendía de pronto; y se indignaba con su hermana que, según ella, impedía toda alegría a su alrededor. No tenía derecho a imponer a los demás una virtud que su ejemplo bastaba para hacer odiosa.

Raquel, a quien transtornaban aquellas acusaciones, porque se había sacrificado siempre, protestaba, muy pálida y con los labios trémulos:

—No puedo dejar que te pierdas.

Pero Sara sollozaba y gritaba:

—¡No puedo creer en tu cielo! ¡No quiero salvarme!

Decidió inmediatamente volver a marchar a Inglaterra, donde su amiga la acogería. Porque «después de todo, ella era libre y pretendía vivir como le pareciese». Esta triste disputa dejó destrozada a Raquel.

Librodot

XV

DIARIO DE EDUARDO:

CUARTA VISITA A LA PÉROUSE.

CONVERSACIÓN CON JORGE

Eduardo tuvo buen cuidado de llegar al pensionado antes de regresar los alumnos. No ha vuelto a ver a La Pérouse desde el día de la apertura y a él es a quien quiere hablar primero. El viejo profesor de piano desempeña sus nuevas funciones de inspector como puede, es decir, muy mal. Ha procurado, primeramente, hacerse querer, pero carece de autoridad; los niños se aprovechan de ello; creen que es debilidad su indulgencia y se emancipan singularmente. La Pérouse intenta emplear la severidad, pero es ya demasiado tarde; sus exhortaciones, reprimendas, sus amenazas, acaban de indisponer en contra suya a los alumnos; si da puñetazos sobre el sonoro pupitre, lanzan ellos gritos de fingido terror; le imitan; le llaman «don Papá»; de banco en banco, circulan caricaturas de él, que le representan a él, tan bonachón, con cara feroz, armado de una enorme pistola (la pistola que Ghéridanisol, Jorge y Fifí han sabido descubrir mientras efectuaban una indiscreta indagatoria en su cuarto), y haciendo una gran matanza de alumnos; o arrodillado ante ellos, con las manos juntas, implorando, como hacía los primeros días «un poco de silencio, por compasión». Diríase, un desdichado y viejo ciervo acosado, en medio de una jauría salvaje. Eduardo ignora todo esto.

DIARIO DE EDUARDO

»La Pérouse me ha recibido en una salita del piso bajo, que me parecía la más incómoda del pensionado. No hay más muebles que cuatro bancos pegados a cuatro pupitres, frente a un pizarrón, y una silla de paja sobre la cual me ha obligado a sentarme La Pérouse. Se ha doblado sobre uno de los bancos todo de lado, después de unos vanos esfuerzos para meter debajo del pupitre sus piernas demasiado largas.

»—No, no, estoy muy bien, se lo aseguro.

»Y el tono de su voz y la expresión de su rostro, decían:

»—Estoy horriblemente mal y supongo que esto saltará a los ojos; pero me gusta estar así; y cuanto peor esté, menos me oirá usted quejarme.

»Intenté bromear, pero no pude lograr que sonriese. Fingía un gesto ceremonioso y como engolado, indicadísimo para mantener, cierta distancia entre nosotros, y para darme a entender: "A usted le debo el estar aquí".

»A pesar de lo cual, decía estar muy satisfecho de todo; por lo demás, eludía mis preguntas y se irritaba ante mi insistencia. Sin embargo, al preguntarle dónde estaba su cuarto:

—Un poco lejos de la cocina —profirió de repente; y como esto me sorprendiese—: Siento ganas de comer a veces, de noche... cuando no puedo dormir.

»Estaba yo junto a él; me acerqué aún más y coloqué suavemente una mano sobre su brazo. Él continuó, con un tono de voz más natural:

»—Debo decirle que duermo muy mal. Cuando llego a dormirme, no pierdo el sentimiento de mi sueño. Eso no es dormir realmente, ¿verdad? El que duerme realmente no siente que duerme; nota, simplemente, al despertar, que ha dormido.

»Luego, con una insistencia minuciosa, inclinado hacia mí:

»—A veces estoy tentado de creer que me hago la ilusión y que, a pesar de todo, duermo realmente, cuando creo no dormir. Pero la prueba de que no duermo realmente es que, si quiero volver a abrir los ojos, los vuelvo a abrir. Generalmente, no quiero. Comprenderá usted que no

Librodot

tengo ningún interés en hacerlo. ¿Para qué probarme a mí mismo que no duermo? Conservo siempre la esperanza de dormirme, persuadiéndome de que duermo ya...

»Se inclinó más todavía y en voz baja:

»—Y, además, hay algo que me molesta. No lo diga usted... No me he quejado de ello porque es algo inevitable; y ¿para qué quejarme de lo que es inevitable, no le parece? Figúrese usted que, junto a mi cama, en la pared, a la altura de mi cabeza, precisamente, hay algo que suena. »Se había animado hablando. Le propuse que me llevase a su cuarto.

»—¡Sí!, ¡sí! —dijo levantándose de pronto—. Usted, quizá, pueda decirme lo que es... Yo no logro comprenderlo. Venga conmigo.

»Subimos dos pisos y enfilamos luego un pasillo bastante largo. No había yo estado nunca en aquella parte de la casa.

»EL cuarto de La Pérouse daba a la calle. Era pequeño, pero decente. Vi que tenía sobre la mesilla, junto a un devocionario, la caja de pistolas que se había empeñado en llevarse. Me cogió del brazo y desarrimando un poco la cama:

»—Ahí es... Pegúese usted a la pared... ¿Oye usted?

»Tendí el oído, y, durante largo rato, concentré allí toda mi atención. Pero, a pesar de poner en ello mí mejor voluntad, no conseguí percibir nada. La Pérouse se mostraba irritado. Pasó un camión, haciendo retemblar la casa y los cristales.

»—A esta hora del día —dije con el propósito de tranquilizarle—, el ruidito que le molesta está sofocado por el estruendo de la calle...

»—¡Estará sofocado para usted, que no sabe distinguirlo de los otros ruidos! —exclamó con vehemencia—. Pero yo le oigo a pesar de todo, ¿sabe usted? Sigo oyéndolo, a pesar de todo. Me molesta, a veces, de tal modo, que me prometo decírselo a Azaïs o al dueño... ¡Oh! No tengo la pretensión de hacerlo cesar... Pero quisiera, al menos, saber lo que es.

»Pareció reflexionar un momento y luego prosiguió:

»—Diríase que roen algo. Lo he probado todo para no oírlo. He separado mi cama de la pared. Me he puesto algodón en los oídos. He colgado mi reloj (como usted ve, he puesto un clavito ahí) precisamente en el sitio por donde pasa, supongo que la tubería, a fin de que el tic tac del reloj dominase a ese ruido... Pero eso me cansa todavía más porque me veo obligado a hacer un esfuerzo para reconocerlo. Es absurdo, ¿verdad? Aunque prefiero oírlo claramente, puesto que sé, de todas maneras, que está ahí... ¡Oh! No debía contarle a usted estas cosas. Como usted ve, no soy más que un viejo.

»Se sentó en el borde de la cama y permaneció como atontado. La siniestra degradación de la edad no ataca, en La Pérouse, tanto a la inteligencia como a lo más hondo del carácter. El gusano se sitúa en el corazón del fruto, pensé, viéndole a él. tan firme y tan orgulloso antaño, entregarse a una desesperación infantil. Intenté sacarle de ella hablándole de Boris.

»—Sí, su cuarto está cerca del mío —dijo, alzando la frente—. Voy a enseñárselo. Sígame.

»Me precedió por el pasillo y abrió una puerta vecina.

»—Esta otra cama que ve usted es la del joven Bernardo Profitendieu. (Juzgué inútil comunicarle que, a partir de aquel día, precisamente, Bernardo dejaría de dormir allí.) Él prosiguió:

—Boris está contento de tenerle por compañero y yo creo que se entiende bien con él. Pero, como usted sabe, a mí me habla poco. Es muy reservado... Temo que este chico tenga el corazón un poco seco...

»Decía esto tan tristemente que me creí en el deber de protestar y de responder de los sentimientos de su nieto.

»—En ese caso, ya podía demostrarlos un poco más —replicó La Pérouse—. Mire usted, por las mañanas, cuando se va al liceo con los otros, me asomo a la ventana para verle pasar. Él lo

Librodot

sabe... Bueno, ¡pues no se vuelve!

»Quise convencerle de que, sin duda, Boris temía ofrecerse como espectáculo a sus camaradas, temiendo sus burlas; pero en este momento subieron del patio unos clamores.

»La Pérouse me cogió del brazo y con voz alterada:

»—¡Escúchelos usted! ¡Escúchelos! Ahora vuelven.

»Le miré. Se había puesto a temblar con todo su cuerpo.

»—¿Le dan miedo esos chiquillos? —le pregunté.

»—No, no —dijo él confusamente—; ¿cómo puede usted creer...?

»Y luego, muy de prisa:

»—Tengo que bajar otra vez. El recreo no dura más que unos minutos y ya sabe usted que yo vigilo el estudio. Adiós, adiós.

»Se precipitó hacia el pasillo sin darme siquiera la mano. Un momento después le oí tropezar en la escalera.

Permanecí unos minutos escuchando, no queriendo pasar por delante de los alumnos. Se les oía gritar, reír y cantar. Sonó luego una campanada y, de pronto, se restableció el silencio.

»Fui a ver a Azaïs y conseguí de él un permiso autorizando a Jorge a salir del estudio para venir a hablarme. Al poco rato se unió a mí en aquella misma salita donde me había recibido primero La Pérouse.

»No bien estuvo en mi presencia, Jorge se creyó en el deber de adoptar un aire socarrón. Era su manera de disimular su azoramiento. Aunque no hubiese yo jurado que fuera él el más azorado. Manteníase a la defensiva; pues esperaba, sin duda, que yo le riñese. Me pareció que procuraba reunir lo mas rápidamente las armas que creía tener en contra mía; porque antes de que hubiese yo abierto siquiera la boca, me pidió noticias de Oliverio, con un tono tan burlón que le hubiera abofeteado de buena gana. Me llevaba ventaja. "Y, además, ya sabe usted que no le tengo miedo", parecían decir sus miradas irónicas, el pliegue burlón de sus labios, y el tono de su voz. Perdí en seguida todo aplomo y no tuve más preocupación que la de no dejarlo traslucir. El discurso que había preparado no me pareció ya admisible, de pronto. No poseía yo el empaque necesario para hacer el papel de censor. En el fondo, Jorge me divertía demasiado.

»—No vengo a regañarte —le dije—; quisiera solamente avisarte. (Y, a pesar mío, todo mi rostro sonreía.)

»—Dígame, ante todo, si es mamá la que le envía...

»—Sí y no. He hablado de ti con tu madre; pero hace de esto unos días. Ayer tuve una conversación muy trascendental, sobre ti, con una persona de gran importancia, a la que no conoces, y que vino a verme para hablarme de ti. Un juez de instrucción. De su parte vengo... ¿Sabes lo que es un juez de instrucción?

»Jorge palideció bruscamente y su corazón dejó de latir, sin duda, durante un momento. Se alzó de hombros, ciertamente, pero su voz temblaba un poco:

»—Vamos, suelte usted ya lo que le ha dicho el tío Profitendieu.

»El aplomo de aquel chiquillo me desconcertaba. Hubiera sido más sencillo, indudablemente, ir derecho al grano; pero, precisamente, mi temperamentoes opuesto a la sencillez y sigue, irresistiblemente, el camino de soslayo. Para explicar una conducta, que me pareció acto seguido absurda, pero que fue espontánea, puedo decir que mi última conversación con Paulina había influido hondamente en mi ánimo. Las reflexiones que de ella se derivaron, las trasladé en seguida a mi novela en forma de diálogo, adecuado con toda exactitud a algunos de mis personajes. Rara vez me sucede sacar un partido directo de lo que me aporta la vida, pero, por una vez, me había servido la aventura de Jorge; parecía que mi libro la esperaba, hasta tal punto encajaba allí bien, apenas si

Librodot

tuve que modificar ciertos detalles. Pero esta aventura (me refiero a la de sus latrocinios) no la presentaba yo directamente. No hacían más que entreverse, aquella aventura y sus consecuencias, a través de las conversaciones. Tenía yo anotadas éstas en un cuaderno que llevaba, precisamente, en mi bolsillo, por el contrario, la historia de la moneda falsa, tal como me la había contado Profitendieu, no podía serme, así me lo parecía, de ninguna utilidad. Y por esto, sin duda, en vez de abordar en seguida con Jorge este punto concreto, finalidad primera de mi visita, empecé a dar rodeos.

»—Querría yo, primero, que leyeses estas líneas —dije—. Ya comprenderás por qué—. Y le tendí mi cuaderno abierto por la página que podía interesarle.

»Lo repito: aquel gesto me parece ahora absurdo. Pero, precisamente, en mi novela, pensaba yo avisar por medio de una lectura semejante, al más joven de mis héroes. Me interesaba conocer la reacción de Jorge; esperaba que podría ilustrarme... incluso, respecto a la calidad de lo que había yo escrito.

»Transcribo a continuación el párrafo de referencia:

»Había en aquel niño toda una región tenebrosa, sobre la cual se inclinaba la afectuosa curiosidad de Audibert. No le bastaba con saber que el joven Eudolfo había robado; hubiese querido que Eudolfo le contase cómo había llegado hasta aquéllo y qué había sentido al robar por primera vez. El niño, por lo demás, aun siendo confiado, no hubiese sabido, sin duda, decírselo. Y Audibert no se atrevía a interrogarle, por temor a provocar falsas protestas.

»Cierta noche en que Audibert cenaba con Hildebrando, habló a éste del caso de Eudolfo; sin nombrarle, eso sí, y arreglando los hechos de tal manera, que el otro no pudiese reconocerle:

»—¿No ha observado usted —dijo entonces Hildebrando—, que los actos más decisivos de nuestra vida, es decir, los que corren más riesgo de decidir nuestro porvenir, son, la mayoría de las veces, actos imprudentes?

»—Así lo veo —respondió Audibert—. Es un tren al cual sube uno sin pensarlo y sin haberse preguntado a dónde lleva. E, incluso, casi siempre, no se comprende que el tren le conduzca a uno hasta que es ya demasiado tarde para apearse de él.

»—¿Pero, quizá, el niño de referencia no deseaba, en modo alguno, bajarse de él?

»—No quiere bajarse aún, sin duda. Por el momento, se deja llevar. El paisaje le divierte y le importa muy poco saber a dónde va.

»—¿Va usted a predicarle moral?

»—¡Eso sí que no! No serviría de nada. Está supersaturado de moral, hasta la náusea.

»—¿Por qué robaba?

»—No lo sé a punto fijo. Seguramente, por verdadera necesidad. Pero ¿para conseguir determinados provechos?, ¿para que no le apabullen otros compañeros más adinerados?... ¡qué sé yo! Por tendencia innata y por el simple placer de robar.

»—Eso es lo peor.

»—¡Caray! Porque así volverá a empezar.

»—¿Es inteligente?

»—He creído, durante mucho tiempo, que lo era menos que sus hermanos. Pero ahora dudo si estaría yo equivocado y si mi mala impresión se debía a que él no ha comprendido aún lo que puede sacar de sí mismo. Su curiosidad se ha descarriado hasta ahora, o más bien, ha permanecido en estado embrionario, en el período de la indiscreción.

»—¿Va usted a hablarle?

»—Pienso ponerle en parangón el escaso provecho de sus robos y lo que le hace perder, en cambio, su bribonería: la confianza de sus allegados, su aprecio, el mío entre todos... toda una serie

Librodot

de cosas que no se valoran y cuyo valor no puede estimarse sino por el enorme esfuerzo que cuesta después volver a ganarlas. Algunos han consumido su vida en ello. Le explicaré algo que es él demasiado joven para darse cuenta: que, en lo sucesivo, recaerán siempre sobre él las sospechas, cuando ocurra a su alrededor algo dudoso u oscuro. Se verá, quizá, acusado de hechosgraves, erróneamente, y no podrá defenderse. Lo que ha hecho ya le señala. Está, como quien dice, fichado. En fin, lo que yo quisiera decirle... Pero temo sus protestas.

»—¿Quisiera usted decirle?...

»—Pues que lo que ha hecho crea un precedente y que, si se necesita cierta decisión para cometer el primer robo, no hay más que dejarse llevar por el hábito, en los siguientes. Todo lo que viene después no es sino dejadez... Lo que quisiera decirle es que, muchas veces, un primer gesto que hace uno casi impensadamente, dibuja irremediablemente nuestro contorno y empieza a trazar un rasgo que no podrán nunca borrar nuestros esfuerzos a continuación. Quisiera... pero no sabré hablarle.

»—¿Por qué no transcribe usted nuestras palabras de esta noche? Podría usted dárselas a leer.

»—Es una buena idea —dijo Audibert—. ¿Por qué no?

»No había yo despegado mis ojos de Jorge, mientras estuvo leyendo; pero su rostro no dejaba traslucir nada de lo que él podía pensar.

»—¿Debo seguir? —preguntó, disponiéndose a volver la página.

»—Es inútil; la conversación acaba ahí.

»—Pues es una lástima.

»Me devolvió el cuaderno y con un tono casi jovial:

»—Me hubiera gustado saber lo que contesta Eudolfo después de leer el cuaderno.

»—Espero, precisamente, a saberlo yo mismo.

»—Eudolfo es un nombre ridículo. ¿No ha podido usted bautizarle de otro modo?

»—Eso no tiene importancia.

»—Ni lo que puede contestar tampoco. ¿Y qué es de él después?

»—No lo sé aún. Eso depende de ti. Ya veremos.

»—Así es que, si le he entendido a usted bien, soy yo el que debo ayudarle a continuar su libro. Bueno, confesará usted que...

»Se interrumpió, como si le costase algún trabajo expresar su pensamiento.

»—¿Que qué? —dije para animarle.

»—Confesará usted que se vería en un apuro —continuó al fin—, si Eudolfo...

»Se detuvo de nuevo. Creí entender lo que quería decir y acabé por él:

»—¿Si se volviese un chico honrado?... No, no, pequeño—. Y de pronto se me llenaron los ojos de lágrimas. Le puse la mano sobre su hombro. Pero él, desasiéndose:

»—Porque, en fin, si él no hubiese robado, no habría usted escrito todo esto.

»Sólo entonces comprendí mi error. En el fondo, a Jorge le halagaba haber ocupado durante tanto tiempo mi pensamiento. Se encontraba interesante. Me había yo olvidado de Profitendieu; fue Jorge el que me lo recordó:

»—¿Y qué es lo que le ha contado su juez de instrucción?

»—Me ha encargado de advertirte que sabía que hacías circular monedas falsas...

»Jorge cambió nuevamente de color. Comprendió que no le serviría de nada negar, pero protestó vagamente:

»—No soy yo solo.

Librodot

»—... y que si no interrumpíais inmediatamente ese tráfico —proseguí—, tú y tus compinches, se vería obligado a enchironaros.

»Jorge se puso muy pálido primero. Tenía ahora las mejillas arreboladas. Miraba fijamente hacia adelante y sus cejas fruncidas marcaban dos arrugas en la parte inferior de su frente.

»—Adiós —le dije tendiéndole la mano—. Te aconsejo que adviertas también a tus compañeros. En cuanto a ti, date por enterado.

»Me estrechó la mano en silencio y regresó a la sala de estudio sin volverse.

»Releyendo las páginas de *Los monederos falsos* que he mostrado a Jorge, las he encontrado bastante mal. Las transcribo aquí tales como Jorge las ha leído; pero hay que rehacer todo ese capítulo. Sería preferible, decididamente, hablar al muchacho. Tengo que encontrar su punto flaco. Realmente, en la situación en que está Eudolfo (cambiaré este nombre; tiene razón Jorge), es difícil volverle a la honradez. Pero tengo la pretensión de conseguirlo; y piense lo que piense Jorge, esto es lo más interesante, ya que es lo más difícil. (¡Ahora acabo por pensar como Douviers!) Dejemos a los novelistas realistas la historia de la despreocupación humana.»

No bien estuvo de nuevo en la sala de estudio, Jorge comunicó a sus dos amigos las advertencias de Eduardo. Todo cuanto éste le dijera respecto a sus raterías había resbalado sobre el muchacho, sin conmoverle; pero en lo que se refería a las monedas falsas, que podrían traerles malas consecuencias, importaba mucho desprenderse de ellas lo antes posible. Cada uno de ellos llevaba encima algunas, con el propósito de pasarlas en una próxima salida. Ghéridanisol las reunió y corrió a tirarlas a los retretes. Aquella misma noche avisó a Strouvilhou, que tomó inmediatamente sus medidas.

Librodot

XVI

ARMANDO VA A VER A OLIVERIO

Aquella misma tarde, mientras Eduardo hablaba con su sobrino Jorge, Oliverio, después de haberse marchado Bernardo, recibió la visita de Armando.

Armando Vedel estaba desconocido: pulcramente afeitado, sonriente y con la frente alta; lucía un traje nuevo demasiado ceñido, un poco ridículo, quizá; él se daba cuenta de ello y lo dejaba traslucir.

—Hubiese venido a verte antes, ¡pero he tenido tanto que hacer!... ¿Sabes que soy secretario de Passavant? O, si lo prefieres: redactor-jefe de la revista que él dirige. No te pido que colabores en ella porque me parece que Passavant está bastante mosca contigo. Además, la revista se inclina resueltamente hacia la izquierda. A consecuencia de esto, ha empezado por prescindir de Bercail y de sus poesías pastorales...

—Peor para ella —dico Oliverio.

—Y por eso, en cambio, ha admitido mi Vaso nocturno, que, dicho sea entre paréntesis, estará dedicado a ti, si me lo permites.

—Peor para mí.

—Passavant quería, incluso, que mi genial poema apareciese a la cabeza del primer número; a lo cual se oponía mi natural modestia, que sus elogios han puesto duramente a prueba. Si tuviese la seguridad de no cansar tus oídos convalecientes, te relataría mi primera entrevista con el ilustre autor de *La barra fija*, a quien no conocía yo hasta ese momento más que a través de ti.

—No tengo nada mejor que hacer sino escucharte.

—¿No te molesta el humo?

—Fumaré yo también para tranquilizarte.

—Debo decirte —comenzó Armando, encendiendo un cigarrillo—, que tu deserción dejó en un apuro a nuestro querido conde. Dicho sea sin alabarte, no se sustituye fácilmente ese compendio de dones, de virtudes, de cualidades, que hacen de ti uno de los...

Bueno, bueno... —interrumpió Oliverio, a quien la pesada ironía del otro exasperaba.

—Bueno, pues Passavant necesitaba un secretario. Resultó que conocía a un tal Strouvilhou, a quien resulta que conozco yo también, porque es el tío y el corresponsal de cierto individuo del pensionado, el que resulta que conoce a Juan Cob-Lafleur, a quién tú conoces.

—A quien yo no conozco —dijo Oliverio.

—Bueno, chico, pues debías conocerle. Es un tipo extraordinario, maravilloso; una especie de bebé ajado, arrugado, maquillado, que se alimenta de aperitivos y que, cuando está borracho hace unos versos encantadores. Ya los leerás en nuestro primer número. A Strouvilhou se le ocurrió, pues, enviarle a casa de Passavant para que ocupase tu puesto. Puedes imaginarte su entrada en el hotel de la calle de Babilonia. Debo decirte que Cob-Lafleur lleva una ropa llena de manchas, que deja flotar sobre sus hombros una mata de pelo de estopa y que parece no haberse lavado hace ocho días. Passavant, que pretende dominar siempre la situación, afirmó que Cob-Lafleur le gustaba mucho. Cob-Lafleur supo mostrarse dulzón, sonriente, tímido. En resumen, que Passavant parecía encantado y estaba a punto de admitirle. Debo advertirte que Lafleur no tiene un céntimo... He aquí que se levanta para despedirse: —Antes de marcharme, creo conveniente advertirle a usted, conde, de que tengo algunos defectos. —¿Y quién no los tiene? —Y algunos vicios. Soy fumador de opio. —Que no quede por eso —dijo Passavant, que no se azara por tan poca cosa—; tengo uno excelente que ofrecerle. —Sí, pero cuando he fumado —continuó Lafleur—, pierdo por completo la noción de la ortografía—. Passavant, creyendo que era una broma, se esforzó en reír y le tendió la mano.

Librodot

Lafleur, prosiguió: —Y además tomo *haschisch*. —Yo también lo he tomado algunas veces —dijo Passavant. —Sí, pero bajo los efectos del *haschisch*, no puedo contenerme y robo—. Passavant empezó a darse cuenta de que le estaba tomando el pelo; y Lafleur, lanzado ya, continuó impetuosamente: —Y además bebo éter, y entonces lo rompo todo, lo destrozo todo— y fue y cogió un búcaro de cristal, que hizo ademán de tirar a la chimenea. Passavant se lo arrancó de las manos: —le agradezco a usted que me lo haya advertido.

—¿Y le puso en la puerta?

—Luego se ha quedado vigilando desde la ventana por si Lafleur echaba una bomba en el sótano, al marcharse.

—Pero, ¿y por qué ha hecho todo eso el tal Lafleur? preguntó Oliverio, después de una pausa—. Por lo que me has dicho, le hacía mucha falta ese puesto.

—Hay que admitir, a pesar de todo, chico, que hay personas que sienten la necesidad de obrar en contra de su propio interés. Y, además, te diré que a Lafleur le repugnó el lujo de Passavant; lo mismo que su elegancia, sus maneras amables, su condescendencia, la exhibición de su superioridad. Sí, todo eso le asqueó. Te diré, por añadidura, que lo comprendo perfectamente... En el fondo, es como para hacerle a uno vomitar, tu Passavant.

—¿Por qué dices «tu Passavant»? Ya sabes que yo ya no le veo. Y además, ¿por qué aceptas de él ese puesto si te parece tan repulsivo?

—Porque a mí me gusta precisamente lo que me repugna... empezando por mi propia y sucia persona. Además, Cob-Lafleur es, en el fondo, un tímido; no hubiera dicho nada de eso de no haberse sentido cohibido...

—¡Ah, eso sí que no!

—Pues es verdad. Estaba cohibido y le horrorizaba sentirse cohibido por una persona a quien, en el fondo, desprecia. Por ocultar su turbación, ha chuleado.

—Me parece una estupidez.

—Chico, no todos son tan inteligentes como tú.

—Eso mismo me dijiste la última vez que nos vimos.

—¡Qué buena memoria!

Oliverio estaba decidido a afrontarle.

—Procuro —dijo— olvidar tus bromitas. Pero, la última vez mé hablaste por fin, seriamente. Me dijiste cosas que no puedo olvidar.

La mirada de Armando se turbó; tuvo una risa forzada:

—¡Ah, chico! La última vez te hablé como deseabas que te hablase. Exigías un pasaje en tono menor; y en tonces, para darte gusto, recité mi elegía con el alma retor cida y llena de tormentos a lo Pascal... ¿Qué quieres? Sólo soy sincero cuando bromeo.

—No me podrás nunca hacer creer que no eras sincero al hablarme como me hablaste. Ahora es cuando finges.

—¡Oh, ser lleno de candor, qué alma más angelical demuestras tener! Como si cada uno de nosotros no fingiese, más o menos sincera y conscientemente. La vida, chico, no es más que una comedia. Pero la diferencia que hay entre tú y yo, es que yo sé que finjo; mientras que...

—Mientras que... —repitió Oliverio, agresivamente.

—Mientras que mi padre, por ejemplo, por no hablar de ti, se lo llega a creer cuando hace de pastor. Haga yo lo que haga o diga lo que diga, siempre se queda atrás una parte de mí, que ve cómo se compromete la otra, que se burla de ella y la silba, o la aplaude. Cuando está uno dividido así, ¿cómo quieres que se sea sincero? Llego incluso a no comprender siquiera lo que puede querer decir esa palabra. No hay nada que hacer ante eso; si estoy triste, me parezco grotesco, lo cual me hace reír; cuando estoy alegre, se me ocurren unas bromas tan estúpidas que me dan ganas de llorar.

Librodot

—También a mí me dan ganas de llorar, mi pobre amigo. No te creía tan enfermo.

Armando se alzó de hombros y en un tono completamente distinto:

—¿Quieres saber, para consolarte, el sumario de nuestro primer número? Figurará, pues, mi *Vaso nocturno*; cuatro canciones de Cob-Lafleur; un diálogo de Jarry; unos poemas en prosa del pequeño Ghéridanisol, nuestro pensionista; y luego *La plancha*, un amplio ensayo de crítica general, donde se concretarán las tendencias de la revista. Nos hemos juntado varios para parir esa obra maestra.

Oliverio, que no sabía qué decir, argüyó torpemente:

—Ninguna obra maestra ha sido nunca fruto de una colaboración.

Armando se echó a reír:

—¡Pero si eso de obra maestra lo decía por bromear! No se trataba siquiera de una obra, hablando con propiedad. Lo primero que habría que saber es qué se entiende por «obra maestra». Precisamente *La plancha* se ocupa en aclarar eso. Hay un montón de obras que son admiradas con entera confianza porque todo el mundo las admira, y porque a nadie se le ha ocurrido o se ha atrevido a decir, hasta ahora, que son estúpidas. Por ejemplo, a la cabeza del número vamos a dar una reproducción de la *Gioconda*, a la que se le ha puesto bigote. Ya verás, chico, es de un efecto fulminante.

—¿Eso quiere decir que consideras la *Gioconda* como una estupidez?

—Nada de eso, querido. (Aunque no la encuentre tan apabullante como dicen.) No me entiendes. Lo que es estúpida es la admiración que se le consagra. Es la costumbre que hay de hablar únicamente de las llamadas «obras maestras» con el sombrero en la mano. *La plancha* (éste será, por lo demás, el título general de la revista) tiene por objeto hacer risible esa veneración, desacreditarla... Un buen medio también es ofrecer a la admiración del lector cualquier obra estúpida (mi *Vaso nocturno*, por ejemplo) de un autor desprovisto por completo de buen sentido.

—¿Y Passavant aprueba todo eso? —Le divierte mucho.

—Veo que he hecho muy bien en retirarme...

—Retirarse... Tarde o temprano, chico, y quiéralo uno o no, hay que llegar siempre a eso. Esta sensata reflexión me lleva con toda naturalidad a despedirme de ti.

—Quédate un poco más, so payaso... ¿Por qué decías que tu padre hacía el papel de pastor? ¿Es que no le crees un convencido?

—Mi señor padre ha organizado su vida de tai manera que no tiene ya ni derecho ni medios de no serlo. Sí, es un convencido profesional. Un profesor de convicción. Inculca la fe; ésta es su razón de ser; es el papel que se asigna y que ha de desempeñar hasta el final. Pero en cuanto a saber lo que sucede en lo que él llama «su fuero interno»... Sería indiscreto, como comprenderás, ir a preguntárselo. Yo creo que él tampoco se lo pregunta minea. Se las arregla de manera que no tiene jamás tiempo de preguntárselo. Ha atestado su vida con un montón de obligaciones que perderían todo significado si flaquease su convicción; de modo que esta convicción se halla exigida y sostenida por ellas. Se imagina que cree porque sigue obrando como si creyese. No tiene ya libertad para no creer. Si vacilase su fe, chico, ¡sería catastrófico! ¡Un derrumbamiento! Y figúrate que, de resultas de ello, mi familia no tendría ya de qué vivir. Es un hecho que hay que tener en cuenta: la fe de papá es nuestro medio de vida. Vivimos todos de la fe de papá. Así es que venir a preguntarme si papá tiene realmente, fe, confesarás que no es muy delicado por tu parte.

—Creí que vivíais, sobre todo, de los ingresos del pensionado.

—Eso es, en cierto modo, verdad. Pero no es tampoco muy delicado cortarme mi efecto lírico.

—Entonces, ¿tú no crees ya en nada? —preguntó Oliverio tristemente, porque quería a Armando y le hacía sufrir su degradación.

—*Jubes renovare dolorem...* Pareces olvidar, querido, que mis padres pretendían hacer de mí

Librodot

un pastor. Me han animado a eso, me han atracado de preceptos piadosos con el propósito de lograr una dilatación de la fe, por decirlo así... Han tenido que reconocer que no tenía yo vocación. Es una lástima. Hubiera yo hecho quizá un predicador apabullante. Mi vocación era escribir el *Vaso nocturno*.

—¡Pobre amigo mío! ¡Si supieras cómo te compadezco! —Tú has tenido siempre lo que mi padre llama «un corazón de oro»... del que no quiero abusar por más tiempo.

Cogió su sombrero. Había salido ya casi, cuando volviéndose bruscamente:

—¿No me pides noticias de Sara? —No, porque no vas a decirme nada que no sepa ya por Bernardo.

—¿Te ha dicho que se había ido del pensionado? —Me ha dicho que tu hermana Raquel la había invitado a marcharse.

Armando tenía una mano en la empuñadura de la puerta; con la otra, y por medio de su bastón, mantenía levantada la cortina. El bastón penetró en un agujero de la cortina y lo agrandó.

—Explica eso como puedas —dijo y su rostro adoptó una expresión muy grave—. Raquel es, evidentemente, la única persona en el mundo a quien quiero y respeto. La respeto porque es virtuosa. Y obro siempre de manera de ofender su virtud. Por lo que se refiere a Bernardo y a Sara, ella no sospechaba nada. He sido yo el que se lo ha contado todo... ¡Y el oculista que la recomienda que no llore! Es hilarante.

—¿Puedo creerte sincero ahora? —Sí, creo que lo más sincero que tengo en mí es esto: el horror, el odio hacia todo lo que se llama Virtud. No intentes comprender. Tú no sabes lo que puede hacer de nosotros una primera educación puritana. Le deja a uno en el corazón un resentimiento del que no puede curarse nunca... si he de juzgar por mí —acabó con una risotada—. A propósito: debías decirme qué es lo que tengo aquí.

Dejó su sombrero y se acercó a la ventana.

—Mira, fíjate; en el borde del labio, por dentro.

Se inclinó hacia Oliverio y levantó con un dedo su labio.

—No veo nada.

—Sí, hombre, sí, aquí en la comisura.

Oliverio distinguió, en efecto, junto a la comisura, una mancha blanquecina. Y un poco preocupado:

—Es una afta —dijo para tranquilizar a Armando.

Éste se alzó de hombros.

—No digas tonterías tú, un hombre serio. Lo primero, «afta», es masculino; y, además, un afta es blando y se quita en seguida. Y esto es duro y aumenta de semana en semana. Y me produce una especie de mal gusto en la boca.

—¿Hace mucho tiempo que tienes eso?

—Lo he notado hace más de un mes. Pero, como dicen en las «obras maestras»: «Mi mal viene de más lejos»...

—Pues, chico, si te preocupa debes ir a que te lo vean.

—¡Si creerás que he esperado tu consejo!

—¿Qué te ha dicho el médico?

—No he esperado a tu consejo para decirme que tenía que ir al médico. Pero no he ido, sin embargo, porque si es lo que creo, prefiero no saberlo.

—Es una estupidez.

—¿Verdad? ¡Y tan humano, chico, tan humano!...

—Lo que es una estupidez es no cuidarse.

Librodot

—Y poder decirse cuando empieza uno a cuidarse: “¡es demasiado tarde!» Es lo que Cob-Lafleur expresa tan bien en uno de los poemas que leerás:

Hay que rendirse a la evidencia;
porque en este bajo mundo, la danza
precede a la canción, con gran frecuencia...

—Se puede hacer literatura con todo.

—Tú lo has dicho, con todo. Pero, mira, chico, eso ya no es tan fácil. Vaya, adiós... ¡Ah!, quisiera decirte también: he tenido noticias de Alejandro... Sí, hombre, ya sabes, mi hermano mayor, que se largó a África, donde empezó por hacer malos negocios y tragarse el dinero que le mandaba Raquel. Se ha establecido ahora a orillas del Casamance. Me escribe que su comercio prospera y que va a estar muy pronto en situación de devolverlo todo.

—¿En qué comercia?

—¿Quién puede saberlo? En caucho, en marfil, en negros quizá... en un montón de cosas... Me propone que vaya a reunirme con él...

—¿Y te irías?

—Mañana mismo, si no tuviese pronto el servicio militar. Alejandro es un idiota de mi estilo. Creo que me entendería muy bien con él... Ten, ¿quieres verla? Llevo aquí su carta.

Sacó un sobre de su bolsillo y del sobre varias hojas; escogió una y se la entregó a Oliverio.

—No vale la pena que leas todo. Empieza aquí.

Oliverio leyó:

»Vivo desde hace quince días en compañía de un hombre singular que he recogido en mi tienda. El sol de este país ha debido darle de lleno sobre el cráneo. He tomado al principio por delirio lo que es pura y simplemente locura. Este extraño mozo —un tipo de unos treinta años, alto y fornido, bastante guapo y evidentemente de "buena familia", como dicen, a juzgar por sus maneras, su lenguaje y sus manos demasiado finas para haber realizado nunca grandes trabajos— se cree poseído por el diablo; o más bien, se cree el propio diablo, si he comprendido bien lo que decía. Ha debido sucederle alguna aventura porque, entre sueños o en el estado de semisueño en que le ocurre estar sumido con frecuencia (y entonces conversa consigo mismo como si yo no estuviese allí), habla sin cesar de manos cortadas. Y como entonces se agita mucho y mueve unos ojos terribles, he tenido buen cuidado de quitar cualquier arma de su lado. El resto del tiempo es un buen chico, de trato agradable —cosa que aprecio, puedes creerlo, después de meses enteros de soledad— y que me ayuda en las tareas de mi explotación. No habla nunca de su vida pasada, de modo que no consigo descubrir quién puede ser. Le interesan en especial los insectos y las plantas, y algunas de sus palabras dejan ver que es un hombre notablemente culto. Parece estar a gusto conmigo y no habla de marcharse; estoy decidido a dejarle aquí todo cuanto quiera. Deseaba yo precisamente un ayudante; después de todo, ha llegado oportunamente.

»Un negro horroroso que le acompañaba, remontando con él el Casamance, y con el cual he hablado un poco, habla de una mujer que le acompañaba y que, por lo que he comprendido, ha debido ahogarse en el río, el día en que su barco zozobró. No me extrañaría que mi compañero hubiese favorecido la sumersión. En este país, cuando quiere uno desembarazarse de alguien, existen numerosos medios y a nadie le preocupa eso. Si algún día me entero de algo más, te lo escribiré o te lo diré de viva voz cuando vengas por aquí. Sí, ya sé... la cuestión de tu servicio militar... ¡Qué se le va a hacer! Esperaré. Porque, convéncete de que si quieres volver a verme, tendrás que decidirte a venir. En cuanto a mí, cada vez siento menos deseos de regresar. Hago aquí una vida que me gusta y que me va de medida. Mi comercio prospera y el cuello postizo de la civilización me parece una argolla de tortura que ya no podré soportar.

Librodot

»Te dirijo un nuevo giro postal, del que harás el uso que te parezca. El anterior era para Raquel. Quédate con éste...»

—Lo demás ya no tiene interés —dijo Armando.

Oliverio devolvió la carta sin decir nada. No se le ocurrió que el asesino del que allí se hablaba fuese su hermano. Vicente no había dado noticias suyas desde hacía largo tiempo; sus padres le creían en América. A decir verdad, Oliverio no se preocupaba mucho de él.

Librodot

XVII
LA HERMANDAD DE LOS HOMBRES FUERTES

Boris supo únicamente la muerte de Bronja por una visita que hizo la señora Sophroniska al pensionado, un mes después de ocurrir aquélla. Desde la triste carta de su amiga, Boris no había vuelto a tener noticias. Vio entrar a la señora Sophroniska en el salón de la señora Vedel, donde él permanecía, según su costumbre, a la hora del recreo, y como iba de riguroso luto, antes de que ella hablase, lo comprendió todo. Estaban solos en la habitación. Sophroniska cogió a Boris en sus brazos y ambos mezclaron sus lágrimas. Ella no podía más que repetir: «Pobrecito mío... Pobrecito mío...» como si Boris fuese sobre todo el más de compadecer y como olvidando su dolor maternal ante la inmensa pena de aquel niño.

La señora Vedel, a quien habían ido a avisar, llegó, y Boris, agitado aún por los sollozos, se quedó aparte para dejar hablar a las dos señoras. Hubiese querido que no hablasen de Bronja. La señora Vedel, que no la había conocido, hablaba de ella como lo hubiese hecho de una niña corriente. Las preguntas mismas que hacía, parecíar a Boris indelicadas en su banalidad. Habría él querido que Sophroniska no las hubiese contestado y sufría viéndola mostrar su tristeza. Sofocaba él la suya y la ocultaba como un tesoro.

Realmente era en él en quien Bronja pensaba al preguntar, pocos días antes de morir:

—Mamá, yo quisiera saber... Dime: ¿a qué se llama exactamente un idilio?

Boris hubiese querido conocer sólo él esas palabras que desgarraban el corazón.

La señora Vedel servía el té. Boris bebió precipitadamente su taza cuando terminaba el recreo; se despidió luego de la señora Soproniska, que regresaba a la mañana siguiente a Polonia, donde reclamaban su presencia unos asuntos.

El mundo entero le parecía desierto. Su madre estaba demasiado alejada de él, siempre ausente; su abuelo era demasiado viejo; el mismo Bernardo, junto al cual recobraba la confianza, no estaba ya allí... Un alma tierna como la suya necesita de alguien hacia quien ofrendar su nobleza y su pureza. No tenía el suficiente orgullo para complacerse en ellas. Había amado a Bronja demasiado para poder esperar volver a encontrar aquella razón de amar que perdía con ella. Los ángeles a quienes deseaba ver, ¿cómo creer ya en ellos en lo sucesivo, sin ella? Su mismo cielo se vaciaba ahora.

Boris entró de nuevo en el estudio como si se sumiera en el infierno. Hubiera podido sin duda encontrar un amigo en Gontrano de Passavant; era un buen muchacho y los dos tenían precisamente la misma edad; pero nada distraía a Gontrano de su trabajo. Felipe Adamanti no era malo tampoco; hubiese intimado gustoso con él; pero se dejaba llevar por Ghéridanisol hasta el punto de no atreverse a experimentar un solo sentimiento personal; Ghéridanisol es quien le marca el paso; y Ghéridanisol no puede soportar a Boris. Su voz musical, su gracia, su aspecto femenil, todo le irrita y le exaspera en él. Diríase que al verle experimenta esa instintiva aversión que, en un rebaño, precipita al fuerte contra el débil. Acaso ha escuchado las enseñanzas de su primo, y su odio es un poco teórico, porque adquiere a sus ojos el aspecto de la reprobación. Halla razones para felicitarse de odiarle. Ha comprendido muy bien lo sensible que es Boris a ese desprecio que le demuestra; esto le divierte y finge conspirar con Jorge y Fifí, con el solo objeto de ver cómo se cargan las miradas de Boris de una especie de interrogante ansiosa.

—¡Oh, qué curioso es! —dice entonces Jorge—. ¿Se lo decimos?

—No vale la pena. No comprendería.

»No comprendería.» «No se atrevería.» «No sabría.» Le lanzan a la cara, sin cesar, estas fórmulas. Le hace sufrir de un modo abominable ser excluido. No comprende bien en efecto, el humillante remoquete que le adjudican: el «no-tiene»; o le indigna comprender. ¡Qué no daría por

Librodot

poder demostrar que no es el inútil que ellos creen!

—No puedo soportar a Boris —dice Ghéridanisol a Strouvilhou—. ¿Por qué quieres que le deje en paz? No creas que tiene empeño en que se le deje en paz. Siempre está mirando hacia mi lado. El otro día nos hizo reír mucho a todos porque creía que una «mujer a pelo» es decir en cueros, quería decir una mujer barbuda. Jorge se burló de él. Y cuando Boris comprendió que se equivocaba, creí que iba a ponerse a lloriquear.

Ghéridanisol acosó después a preguntas a su primo; éste acabó por entregarle el «talismán» de Boris y la manera de usarlo.

A los pocos días, Boris, al entrar en la sala de estudio, encontró sobre su pupitre aquel papel del que no se acordaba apenas. Lo había apartado de su memoria con todo lo que se relacionaba con aquella «magia» de su primera infancia, de la que hoy se avergonzaba. No la reconoció al principio, porque Ghéridanisol había cuidado de enmarcar la fórmula encantada:

»GAS... TELÉFONO... CIEN MIL RUBLOS»

con una ancha orla roja y negra, adornada con diablillos obscenos, bastante bien dibujados, a fe mía. Todo aquello daba al papel un aspecto fantástico, «infernal», pensaba Ghéridanisol, aspecto que él creía capaz de trastornar a Boris.

Quizá no había en aquello más que un juego; pero el juego tuvo un éxito superior al que esperaban. Boris se ruborizó intensamente, no dijo nada, miró a su derecha y a su izquierda y no vio a Ghéridanisol que le observaba, escondido detrás de la puerta. Boris no sospechó de él, ni comprendió cómo se encontraba allí el talismán: parecía caído del cielo o más bien surgido del infierno. Boris tenía suficientes años sin duda, para encogerse de hombros ante aquellas diabluras de colegial; pero removían un pasado turbio. Boris cogió el talismán y se lo guardó en la chaqueta. Durante todo el resto del día, le obsesionó el recuerdo de las prácticas de su «magia». Luchó hasta la noche contra una atracción tenebrosa, y luego, como ya no le sostenía nada en su lucha, en cuanto se retiró a su cuarto, se entregó.

Parecíale que se perdía, que se hundía muy lejos del cielo; pero le complacía perderse y convertía aquella misma perdición en una voluptuosidad.

Y, sin embargo, conservaba en él, en medio de su angustia, en el fondo de su desconcierto, tales reservas de ternura, un sufrimiento tan vivo por el desdén con que fingían tratarle sus compañeros que se hubiese arriesgado a realizar caalquier cosa peligrosa o absurda, por un poco de consideración.

Pronto se le presentó la ocasión.

Después que tuvieron que renunciar a su tráfico de monedas falsas, Ghéridanisol, Jorge y Fifí, no permanecieron mucho tiempo desocupados. Los jugueteos absurdos a que se dedicaron los primeros días no eran sino intermedios. La imaginación de Ghéridanisol suministró bien pronto algo más fundamental.

La *Hermandad de los Hombres Fuertes* no tuvo al principio otra razón de ser que el gusto de no admitir en ella a Boris. Pero Ghéridanisol advirtió en seguida que sería, por el contrario, de mucha más perversidad admitirle; sería la manera de hacerle contraer ciertos compromisos por medio de los cuales podrían arrastrarle después a algún acto monstruo. Desde entonces esta idea le persiguió; y como sucede con frecuencia en una empresa, Ghéridanisol pensó mucho menos en la cosa misma que en los medios de hacerla triunfar; esto que no parece nada puede explicar muchos crímenes. Ghéridanisol era, por lo demás, feroz; pero sentía la necesidad, ante los ojos de Fifí por lo menos, de ocultar aquella ferocidad. Fifí no tenía nada de cruel; estuvo convencido hasta el último momento de que se trataba tan sólo de un juego.

Toda hermandad requiere un lema. Ghéridanisol, que tenía su idea, propuso: «El hombre

Librodot

fuerte no tiene apego a la vida». El lema fue adoptado y atribuido a Cicerón. Como signo distintivo. Jorge propuso un tatuaje en el brazo derecho; pero Fifí, que tenía miedo al dolor, afirmó que no se encontraban buenos tatuadores más que en los puertos. Además, Ghéridanisol objetó que el tatuaje dejaba una señal indeleble que podría ocasionarles disgustos. Después de todo, el signo distintivo no era de lo más necesario; los afiliados se contentarían con pronunciar un compromiso solemne.

Cuando se trató del tráfico de moneda falsa, se habló de garantías, y a este respecto Jorge exhibió las cartas de su padre. Pero abandonaron la idea. Aquellos muchachos no tenían mucha constancia, afortunadamente. En resumidas cuentas, no decretaron nada apenas, ni sobre las «condiciones de admisión» ni sobre las «cualidades requeridas». ¿Para qué, puesto que los tres «estaban en el ajo» y Boris no? En cambio, decidieron que «el que se rajase sería considerado como un traidor y expulsado para siempre de la hermandad». Gheridanisol, a quien se le había metido en la cabeza hace ingresar en ella a Boris, insistió mucho sobre aquel punto.

Había que reconocer que sin Boris, el juego resultaba soso y la hermandad carecía de objeto. Jorge estaba mejor calificado que Gheridanisol para embaucar al chico; este último se exponía a despertar su desconfianza; en cuanto a Fifí, no era lo suficientemente astuto y prefería no arriesgarse.

Y esto es quizá lo que encuentro más monstruoso en esa abominable historia: la comedia de amistad que Jorge accedió a representar. Fingió sentir un afecto repentino hacia Boris; hasta entonces hubiérase dicho que no le había mirado. Y he llegado a dudar si no quedó él cogido en su propio lazo, si los sentimientos que fingió no estaban a punto de tornarse sinceros e incluso si no lo eran ya desde el momento en que Boris respondió a ellos. Se inclinaba hacia él con la apariencia del cariño; aleccionado por Gheridanisol, le hablaba... Y, desde las primeras palabras, Boris, que clamaba por un poco de afecto, se entregó.

Entonces Gheridanisol elaboró su plan, que reveló a Fifí y a Jorge. Se trataba de inventar una «prueba» a la cual tendría que someterse aquel de los afiliados a quien designase la suerte; y para tranquilizar por completo a Fifí les dio a entender que se las arreglarían de manera que no pudiese salir designado más que Boris. La prueba tendría por objeto comprobar su valor.

Gheridanisol no dejó traslucir aún en qué consistiría la prueba. Sospechaba que Fifí opondría alguna resistencia.

—¡Ah, eso no! Yo no intervengo —declaró, en efecto, cuando Gheridanisol empezó al poco rato a insinuarle que la pistola del buen tío La Pérouse podría tener allí su empleo.

—¡Qué tonto eres! Pero si es en broma —replicaba Jorge, conquistado ya.

—Y además —añadía Ghéri—, si te gusta hacer el idiota, dilo. No haces falta para nada.

Gheridanisol sabía que este argumento no fallaba nunca con Fifí; y como había preparado la hoja de adhesión en la cual debía firmar cada uno de ellos:

—Ahora que tienes que decirlo en seguida, porque, una vez que hayas firmado, será ya demasiado tarde.

—¡Vamos! No te enfades —dijo Fifí—. Dame la hoja.

Y firmó.

—Yo, chico, bien lo quisiera —decía Jorge, con el brazo echado cariñosamente al cuello de Boris—; es Ghéridanisol el que no quiere nada contigo.

—¿Por qué?

—Porque no tiene confianza en ti. Dice que flaquearás.

—¿Y él qué sabe?

—Que te deshincharás en la primera prueba.

—Ya se verá.

Librodot

—Pero, ¿te atreverías, de verdad, a echar suertes?

— ¡Ya lo creo!

—Pero, ¿tú sabes a lo que eso te compromete?

Boris no sabía, pero quería saber. Entonces el otro le explicó: «El hombre fuerte no tenía apego a la vida.» Habría que verlo.

Boris sintió un gran trastorno en su cabeza; pero se repuso y ocultando su turbación:

—¿Es cierto que habéis firmado?

—Ten, mira.

Y Jorge le entregó la hoja sobre la cual pudo Boris leer los tres nombres.

—¿Es que...? —empezó con timidez.

—¿Qué?... —interrumpió Jorge, tan brutalmente que Boris no se atrevió a continuar.

Jorge comprendía muy bien lo que él hubiese querido preguntar: si los otros se habían comprometido también y si se podía tener la seguridad de que ellos tampoco flaquearían.

—No, nada —dijo; pero desde aquel momento, empezó a dudar de los demás; empezó a sospechar que los otros se reservaban y no obraban con entera franqueza. ¡Peor para ellos!, pensó en seguida; qué importa que flaqueen: les demostraré que tengo más corazón que ellos. Y luego, mirando a Jorge a los ojos:

—Dile a Ghéri que se puede contar conmigo.

—¿Entonces, firmas?

¡Oh! Ya no es necesario; tenían su palabra. Dijo simplemente.

—Bueno, como quieras.

E inscribió su nombre, con una letra grande y perfilada, debajo de la firma de los tres «Hombres fuertes», sobre la hoja maldita.

Jorge llevó, triunfalmente, la hoja a los otros dos. Reconocieron que Boris había obrado con gran intrepidez. Deliberaron los tres.

—Claro que no cargarían la pistola, entre otras cosas, porque no tenían balas.

El miedo de Fifí se debía a que en cierta ocasión había oído decir que bastaba a veces con una emoción demasiado fuerte para causar la muerte. Su padre, aseguraba él, citaba el caso de un simulacro de ejecución que...

Pero Jorge no le dejaba terminar:

—Tu padre es del Mediodía.

No, Ghéridanisol no cargaría la pistola. No era necesario. La Pérouse no había quitado la bala con que la cargó un día. Ghéridanisol había comprobado esto, pero se había guardado de decírselo a los otros.

Metieron los nombres en un sombrero; cuatro papelitos iguales y doblados del mismo modo. Ghéridanisol, que debía sacar uno, había cuidado de escribir el nombre de Boris por duplicado en un quinto papelito, que ocultó en su mano; y éste fue el que salió por casualidad. Boris sospechó que habían hecho trampa, pero no dijo nada. ¿Para qué protestar? Sabía que estaba perdido. No hubiese hecho el menor gesto para defenderse; e incluso si la suerte hubiese designado a uno de los otros, él se hubiese ofrecido a sustituirle, de lo intensa que era su desesperación.

—Chico, no tienes suerte —se creyó en el caso de decir Jorge. El tono de su voz sonaba de tal modo falso, que Boris le miró tristemente.

—Era cosa sabida —dijo.

Después de lo cual decidieron proceder a un ensayo. Pero como corrían el riesgo de que les

sorprendiesen, convinieron en que no utilizarían inmediatamente la pistola. Sólo en el último momento y cuando lo hiciesen «de verdad», la sacarían de su caja. Era preciso no despertar sospechas.

Se contentaron, pues, aquel día, con decir la hora y el sitio, que fue marcado con tiza en el suelo. Era el rincón, en la sala de estudio, que formaba a la derecha del pupitre del profesor, una puerta condenada que se abría antes bajo la bóveda de entrada. En cuanto a la hora, sería la del estudio. La cosa debía ocurrir ante los ojos de todos los alumnos: se quedarían boquiabiertos.

Ensayaron estando la sala vacía y siendo testigos únicos los tres conjurados. Aunque aquel ensayo era inútil en último término. Pudieron comprobar, únicamente, que desde el sitio que ocupaba Boris al señalado con tiza, había doce pasos justos.

—Si no tienes canguelo, no darás ni uno más —dijo Jorge.

—No tendré canguelo —dijo Boris, a quien aquella duda persistente resultaba un insulto. La firmeza del pequeño empezaba a impresionar a los otros tres. Fifí creía que no debían pasar de allí. Pero Ghéridanisol se mostraba resuelto a llevar la broma hasta el final.

—Pues entonces, ¡hasta mañana! —dijo, con una extraña sonrisa que le alzaba tan sólo la comisura del labio.

—¡Y si le besásemos! —exclamó Fifí, entusiasmado. Pensaba en el beso de los caballeros al darles el espaldarazo; y, de pronto, estrechó a Boris en sus brazos. A éste le costó mucho trabajo contener las lágrimas, cuando Fifí le dio dos sonoros besos en las mejillas. Ni Jorge ni Ghéri imitaron a Fifí; la actitud de éste no le parecía muy digna a Jorge. En cuanto a Ghéri, aquello le tenía absolutamente sin cuidado.

Librodot

XVIII

BORIS

A la tarde siguiente, la campana reunió a los alumnos del pensionado. Boris, Ghéridanisol, Jorge y Felipe estaban sentados en el mismo banco. Ghéridanisol sacó su reloj y lo colocó entre Boris y él. Señalaba las cinco y treinta y cinco. El estudio había empezado a las cinco y debía durar hasta las seis. Habían convenido que sería a las seis menos cinco cuando Boris debía acabar, un momento antes de dispersarse los alumnos; era mejor así; así podían escaparse más de prisa, inmediatamente después de aquello. Y al poco rato Ghéridanisol dijo a Boris, en voz alta casi y sin mirarle, lo cual daba a sus palabras, según él, un carácter más fatal:

—Chico, no te queda más que un cuarto de hora.

Boris se acordó de una novela que había leído en otro tiempo, donde unos bandidos, a punto de matar a una mujer, la invitaban a que rezase sus oraciones, para convencerla de que debía disponerse a morir. Como un extranjero, en la frontera de un país del que va a salir, prepara sus papeles, Boris buscó oraciones en su corazón y en su cabeza, y no encontró ninguna; pero estaba tan cansado y tan en tensión, al mismo tiempo, que no le preocupó aquello demasiado. Se esforzaba en pensar y no podía pensar en nada. La pistola pesaba en su bolsillo; no necesitaba tocarla para sentirla.

—Ya sólo quedan diez minutos.

Jorge, a la izquierda de Ghéridanisol, seguía la escena con el rabillo del ojo, pero fingía no ver. Trabajaba febrilmente. Nunca había estado la sala de estudio tan en calma. La Pérouse no reconocía a sus chicos y, por primera vez, respiraba. Fifí, sin embargo, no estaba tranquilo. Ghéridanisol le daba miedo; no estaba muy seguro de que aquel juego acabase bien; su corazón acongojado le dolía y lanzaba continuamente un gran suspiro. Al final, y no pudiendo ya más, arrancó media hoja de su cuaderno de historia (que tenía delante, porque estaba preparando un examen; pero las líneas se embrollaban ante sus ojos, los hechos y las fechas en su cabeza) y escribió muy de prisa, en la parte inferior del papel: «¿Estás seguro, por lo menos, de que la pistola está descargada?» y luego le dio el papel a Jorge, que lo pasó a Ghéri. Pero éste, después de leerlo, se alzó de hombros sin mirar siquiera a Fifí, hizo después una bolita con el papel y la mandó de un papirotazo, precisamente al sitio marcado con la tiza.

Después de lo cual y satisfecho de haber apuntado tan bien, sonrió. Esta sonrisa, voluntaria al principio, persistió hasta el final de la escena: parecía impresa sobre sus rasgos.

—Cinco minutos todavía.

Esto lo dijo casi en voz alta. Felipe incluso lo oyó. Una angustia intolerable se apoderó de él y aunque estuviese a punto de terminar el estudio, fingiendo una urgente necesidad para salir, o sintiendo quizá auténticos retortijones, levantó la mano y abrió dos dedos, como acostumbran a hacer los colegiales para pedir permiso al profesor; luego, sin esperar la respuesta de La Pérouse, se precipitó fuera del banco. Para llegar a la puerta tenía que pasar por delante del pupitre del maestro; corrió casi, vacilando.

Casi a continuación de haber salido Felipe, Boris se levantó a su vez. El pequeño Passavant, que trabajaba asiduamente a su espalda, alzó los ojos. Contó después a Serafina que Boris estaba «espantosamente pálido»; pero es lo que se dice siempre en estos casos. Por lo demás, dejó casi en seguida de mirar y se absorbió de nuevo en su labor. Se lo reprochó duramente después. De haber comprendido lo que ocurría lo hubiese impedido, decía más tarde llorando. Pero no sospechaba nada.

Boris avanzó, pues, hasta el sitio marcado. Andaba con pasos lentos, como un autómata, con la mirada fija; más bien como un sonámbulo. Su mano derecha había cogido la pistola, pero la mantenía oculta en el bolsillo de su chaqueta; no la sacó hasta el último momento. El sitio fatal

Librodot

estaba, repito, junto a la puerta condenada que formaba a la derecha del estrado del profesor un rincón disimulado de modo que el maestro, desde su pupitre no podía verle más que inclinándose.

La Pérouse se inclinó. Y al principio no comprendió lo que hacía su nieto, aunque la extraña solemnidad de sus gestos tuviese un carácter inquietante. Con su voz más fuerte, que intentaba hacer autoritaria, comenzó:

—Señor Boris, haga el favor de volver inmediatamente a su...

Pero, de pronto, reconoció la pistola; Boris acababa de levantarla hasta su sien. La Pérouse comprendió y sintió instantáneamente un gran frío, como si se le helase la sangre en las venas. Ouiso levantarse, correr hacia Boris, detenerle, gritar... Una especie de roneo estertor salió de su boca; permaneció allí petrificado, paralítico, agitado por un gran temblor.

Sonó el tiro. Boris no se desplomó inmediatamente. El cuerpo se mantuvo recto un instante, como aferrado al rincón; luego la cabeza, caída sobre el hombro, le arrastró; todo se vino abajo.

A raíz de las pesquisas que efectuó la policía poco después, extrañó a todos no haber encontrado la pistola junto a Boris, es decir, cerca del sitio donde había él caído, porque ¡levaron casi inmediatamente el pequeño cadáver a una cama.

En el desconcierto que se originó acto seguido, y mientras Ghéridanisol permanecía en su sitio, Jorge, saltando por encima de su banco, logró escamotear el arma sin que nadie lo viese; la echó hacia atrás de un puntapié, mientras los demás se inclinaban sobre Boris, se apoderó de ella rápidamente, la escondió bajo su chaqueta y se la pasó subrepticiamente a Ghéridanisol. Todos tenían puesta su atención en un punto y nadie se fijó tampoco en Ghéridanisol, que pudo correr sin que le viesen hasta el cuarto de La Pérouse y volver a dejar el arma donde la había cogido. Cuando más adelante, y durante una investigación, la policía encontró la pistola en su estuche, era como para dudar que hubiese salido de él y que Boris la hubiera utilizado, con sólo que a Ghéridanisol se le hubiese ocurrido quitar el casquillo de la bala. Realmente había perdido un poco la cabeza. Desfallecimiento pasajero y que se reprochó bastante más, ¡ay!, que lo que se arrepintió de su crimen. Y, sin embargo, este desfallecimiento fue el que le salvó. Porque, cuando bajó a mezclarse con los demás alumnos, a la vista del cadáver de Boris, que se llevaban, le acometió un temblor muy visible, una especie de ataque de nervios, en el que la señora Vedel y Raquel, que acudieron a socorrerle quisieron ver la prueba de una emoción excesiva. Prefiere uno suponerlo todo antes que un acto tan inhumano, en un ser tan joven; y cuando Ghéridanisol protestó de su inocencia, le creyeron.

El papelito de Fifí, que le entregara Jorge, que él había mandado lejos de un papirotazo y que se encontró más tarde debajo de un banco, aquel papelito estrujado Je sirvió. Verdad es que era culpable, lo mismo que Jorge y que Fifí, de haberse prestado a un juego cruel; pero no se hubiese prestado a él, según afirmó, de haber creído que el arma estaba cargada. Jorge fue el único que siguió convencido de su completa responsabilidad.

Jorge no estaba corrompido hasta el punto de que su admiración hacia Ghéridanisol no cediese al horror. Cuando volvió aquella noche a casa de sus padres, se arrojó en los brazos de su madre; y Paulina tuvo un impulso de gratitud hacia Dios, que, con aquel drama espantoso, le devolvía a su hijo.

DIARIO DE EDUARDO

»Sin pretender, precisamente, explicar nada, quisiera yo no presentar ningún hecho sin un motivo suficiente. Por eso, no utilizaré para mis *Monederos Falsos* el suicidio del pequeño Boris; bastante difícil me resulta ya comprenderlo. Además, no me agrada la sección de «Sucesos». Tiene algo de perentorio, de innegable, de brutal, de injuriosamente real... Accedo a que la realidad venga

Librodot

a apoyar mi pensamiento como una prueba; pero no que la preceda. Me desagrada verme sorprendido. El suicidio de Boris se me aparece como una «indecencia», porque no me lo esperaba.

»Interviene un poco de cobardía en todo suicidio, a pesar de lo que sobre esto piensa La Pérouse, que cree, sin duda, que su nieto ha sido más valiente que él. Si ese niño hubiese podido prever el desastre que su gesto atroz iba a acarrear a la familia Vedel, no tendría disculpa. Azaïs ha tenido que cerrar el pensionado, por el momento, según dice; pero Raquel teme la ruina. Cuatro familias han sacado ya de allí a sus hijos. No he podido disuadir a Paulina de que vuelva a Jorge a su lado; tanto más cuanto que el pequeño, hondamente trastornado por la muerte de su camarada, parece dispuesto a enmendarse. ¡Qué repercusiones trae esa desgracia! Hasta Oliverio parece afectado. Armando, preocupado, a pesar de su aire cínico, por la ruina en que corren el riesgo de encontrarse hundidos los suyos, se ha ofrecido a consagrar al pensionado el tiempo que consiente en dejarle libre Passavant; pues el viejo La Pérouse ha resultado claramente inepto para lo que se esperaba de él.

»Temía yo volverle a ver. Ha sido en su cuartito, del segundo piso del pensionado, donde me ha recibido. Me ha cogido en seguida del brazo, y con un aire misterioso, casi sonriente, que me ha sorprendido grandemente, porque me esperaba una explosión de llanto.

»—El ruido, ¿sabe usted?... Aquel ruido de que le hablaba el otro día...

»—Sí, ¿qué?

»—Ha cesado. Se acabó. Ya no le oigo. Por mucha atención que pongo...

»Cómo se presta uno a un juego infantil:

»—Apostaría —le he dicho— a que ahora siente usted no oírlo.

»—¡Oh, no, no!... ¡Es un descanso tal! ¡Tengo tanta necesidad de silencio!... ¿Sabe usted lo que he pensado? Pues que no podemos saber, durante esta vida, lo que es realmente el silencio. Nuestra sangre produce en nosotros una especie de ruido continuo; no percibimos ya este ruido porque nos hemos acostumbrado a él desde nuestra infancia... Pero creo que hay cosas, armoniosas, que no conseguiremos oír durante nuestra vida... porque ese ruido las domina. Sí, creo que sólo después de muertos, podremos oír realmente.

»—Me ha dicho usted que no creía...

»—¿En la inmortalidad del alma? ¿Le he dicho eso?... Sí, tendrá usted razón. Pero tampoco creo, entiéndame usted, en lo contrario.

»Y como yo me callase, él prosiguió, moviendo la cabeza y con un tono sentencioso:

»—¿No ha notado usted que en este mundo, Dios se calla siempre? Sólo habla el diablo. O, al menos, al menos... —continuó—, sea cual sea nuestra atención, nunca conseguimos oír más que al diablo. No tenemos oídos para escuchar la voz de Dios. ¡La palabra de Dios! ¿Se ha preguntado usted alguna vez qué puede ser eso?... ¡Oh! No me refiero a la que se ha forjado en el lenguaje humano... Ya recordará usted el principio del Evangelio: "En el comienzo era el Verbo". He pensado con frecuencia ? que la Palabra de Dios era la creación entera. Pero el diablo se ha apoderado de ella. Su ruido domina ahora la voz de Dios. ¡Oh! Dígame: ¿no cree usted que, a pesar de todo, la última palabra la dirá Dios?... Y si, después de la muerte, no existe ya el tiempo, si entramos acto seguido en lo Eterno, ¿cree usted que entonces podremos oír a Dios... directamente?

»Una especie de frenesí empezó a agitarle, como si fuese a sufrir un ataque epiléptico; de pronto, empezó a sollozar:

»—¡No!, ¡no! —exclamaba confusamente—. ¡El diablo y Dios son uno mismo! ¡Se entienden! Nos esforzamos en creer que todo lo malo que hay en la tierra viene del diablo; pero es porque de otra manera no encontraríamos en nosotros la fuerza suficiente para perdonar a Dios. Él se divierte con nosotros, como un gato con el ratón al que atormenta... Y todavía nos pide, después de eso, que le estemos agradecidos. Agradecidos, ¿de qué?, ¿de qué?...

»Y luego, inclinándose hacia mí:

Librodot

»—¿Y sabe usted qué es lo más horrible que Él ha hecho?... Pues sacrificar a su propio hijo para salvarnos. ¡Su hijo!, ¡su hijo!... La crueldad: éste es el primer atributo de Dios.

»Se arrojó sobre su lecho y se volvió hacia la pared. Todavía, durante unos instantes, le agitaron espasmódicos temblores, y luego, como parecía adormecerse, le dejé.

»No me había dicho una sola palabra de Boris; pero me pareció que debía uno ver en aquella desesperación mística una expresión indirecta de su dolor demasiado asombroso para poder ser contemplado fijamente.

»Me entero por Oliverio de que Bernardo ha vuelto a casa de su padre; y es lo mejor que podía haber hecho, a fe mía. Al saber por el pequeño Caloub, encontrado casualmente, que el viejo magistrado no estaba bien, Bernardo no ha escuchado más que a su corazón. Nos veremos de nuevo mañana por la noche, pues Profitendieu me ha invitado a cenar con Molinier, Paulina y los chicos. Siento verdadera curiosidad por conocer a Caloub.»

FIN

Librodot